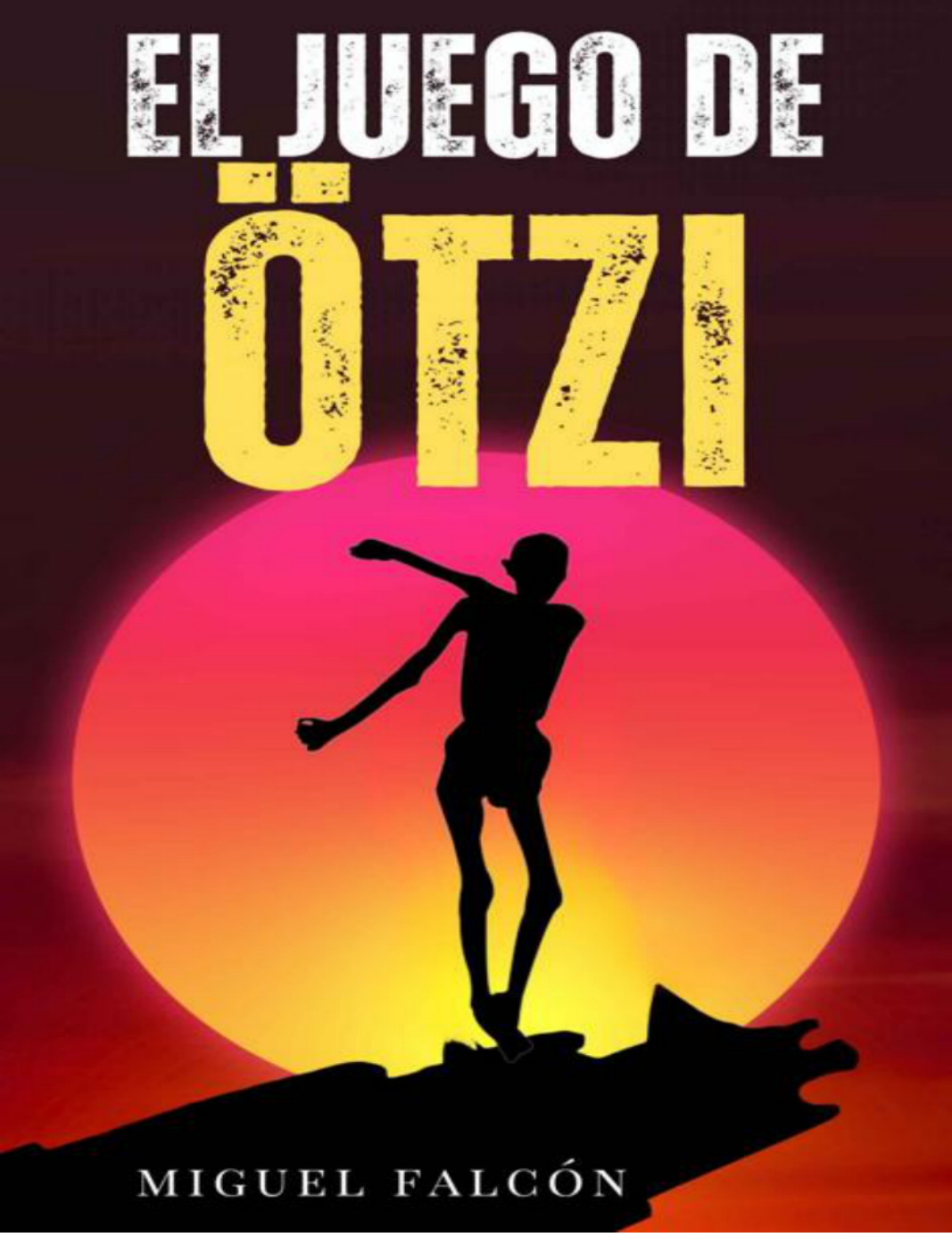
EL JUEGO DE ÖTZI



MIGUEL FALCÓN

El Juego de Ötzi

EL JUEGO DE ÖTZI

NOTA DEL AUTOR
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1 — LA BRUJA DE ATRIA
CAPÍTULO 2 — BREBAJE DULCE DE ABEDUL
CAPÍTULO 3 — CERVEZA DE FLORES
CAPÍTULO 4 — ERIK, EL VISITANTE
CAPÍTULO 5 — LA MANTIS
CAPÍTULO 6 — SANGRE Y NIEVE
CAPÍTULO 7 — GIGANTES
CAPÍTULO 8 — EL REGRESO
CAPÍTULO 9 — LAS CRESTAS HELADAS
CAPÍTULO 10 — KURGAN
CAPÍTULO 11 — PLANIFICACIÓN
CAPÍTULO 12 — VANGUARDIA
CAPÍTULO 13 — ALIANZAS
CAPÍTULO 14 — BOLZANO
CAPÍTULO 15 — KURT
CAPÍTULO 16 — COBRE
CAPÍTULO 17 — LOS TRES ANILLOS
CAPÍTULO 18 — INFIERNO DE HIELO
CAPÍTULO 19 — FUEGO
CAPÍTULO 20 — LA EXPERTA
CAPÍTULO 21 — VIAJEROS
CAPÍTULO 22 — LA TABLA QUE NAVEGA EL GLACIAR
CAPÍTULO 23 — LA BESTIA
CAPÍTULO 24 — LA ESCLAVA
CAPÍTULO 25 — ANTES DE LA TORMENTA
CAPÍTULO 26 — ASALTO
CAPÍTULO 27 — LA VISITANTE
CAPÍTULO 28 — DIOSES
CAPÍTULO 29 — TAGA, EL PUEBLO DEL FUEGO
CAPÍTULO 30 — LA MUERTE DE LA BRUJA
CAPÍTULO 31 — LA GREÑUDA
CAPÍTULO 32 — EL CORAZÓN DEL INFIERNO
CAPÍTULO 33 — OJO POR OJO
CAPÍTULO 34 — ATRIA
FIN

NOTA DEL AUTOR

El Juego de Ötzi es una creación literaria y no un tratado de Historia.

La trama principal describe el encuentro de los protagonistas con un grupo de prohombres que manejan toda la tecnología conocida durante aquel periodo histórico en diversas partes del mundo con el fin de crear la primera ciudad moderna de Europa.

Así pues, se recrea históricamente la confluencia de la escritura, la rueda, la creación del bronce y las ciudades planificadas alrededor de la figura de los protagonistas, sobre todo del hombre que, 5.300 años más tarde, sería llamado Ötzi.

Toda esta tecnología estaba siendo desarrollada en aquella época en diferentes partes del mundo, pero no hay ninguna prueba de que tuviera lugar en la región de Italia señalada en la novela durante este periodo de la Edad de Cobre.

Algunos datos contenidos en la novela no se ajustan a todas las teorías científicas e históricas en vigor, lo que no significa que este libro esté tratando de refutarlas. El autor opta en todo momento por crear el ambiente literario que genere mayor interés, con suposiciones plausibles coherentes con el contexto de aquel periodo histórico.

Escribir un libro sobre una época tan anterior a la nuestra, 5.300 años atrás, es una experiencia excitante, pero generalmente turbia y laboriosa. Casi ninguna de las palabras que componen este libro se utilizaban hace cinco mil años (con excepción quizás de algunos términos procedentes del protoindoeuropeo), así que la búsqueda de precisión más allá de un punto concreto sería un objetivo del que convendría no abusar.

Todos los personajes de esta novela son producto de la imaginación del autor, al igual que las aldeas y asentamientos descritos en la misma. Sin embargo, se han utilizado como inspiración culturas o asentamientos de la antigüedad como Skara Brae, Göbekli Tepe, Varna, Millares, Çatalhöyük, Mohenjo Daro, Gavá o la ciudad subterránea de Derinkuyu.

Por seguridad, el Museo de Arqueología de Tirol del Sur, en Bolzano, donde se encuentra el cadáver momificado conocido como Ötzi, no es descrito según la localización real.

PRÓLOGO

Los Alpes, Septiembre de 1991

El verano de 1991 trajo consigo temperaturas inusualmente altas que aceleraron el deshielo de los glaciares y las cumbres alpinas.

El 19 de septiembre, Erika y Helmut Simon, dos alpinistas alemanes que habían coronado la cumbre del Fineilspitze, descubrieron durante el descenso el cuerpo momificado de un hombre que sobresalía de la capa de hielo

Se encontraba a más de tres mil doscientos metros de altura, en los Alpes de Ötztal, cerca de la frontera entre Italia y Austria.

La mayor parte de su cuerpo continuaba atrapado entre el hielo y las rocas. Se encontraba boca abajo, y su cabeza sobresalía como si aún estuviera luchando por liberarse y continuar huyendo.

Al principio pensaron que se trataba de un soldado de la primera guerra mundial o de un alpinista que había muerto recientemente, y por este motivo la extracción no respetó los protocolos arqueológicos habituales. Como resultado, el cadáver fue dañado durante los días siguientes y se perdieron algunas de sus pertenencias. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que tenían entre manos algo mucho más asombroso que un senderista despistado muerto por hipotermia.

Cuando los científicos descubrieron que llevaba muerto más de 5.200 años, como un fantasma que acababa de atravesar el tiempo, se convirtió en uno de los descubrimientos arqueológicos más valiosos del último siglo.

Su vestimenta, herramientas, pertenencias y su hacha de cobre se conservaron en muy buenas condiciones, así que pronto se convirtió en una referencia científica de incalculable valor que les permitiría reordenar todas las conclusiones anteriores acerca de aquel periodo histórico.

Se trata del cadáver momificado más antiguo de Europa, de la momia húmeda más antigua del mundo, y de uno de los cuerpos humanos más estudiados de la historia.

El hallazgo del «Hombre de Hielo» conmocionó a la comunidad arqueológica. Su ropa, sus herramientas y sus armas cuentan la mitad de una historia apasionante.

Su vida continúa sin ser revelada, y su asesinato se ha convertido en uno de los casos más enigmáticos de la historia de la Humanidad.

Lo llamaron Ötzi por el valle de Ötztal, donde fue descubierto. También lo conocen por el Hombre de Hielo, o la Momia de Similaun.

Pero su nombre era Elgor.

CAPÍTULO 1 — LA BRUJA DE ATRIA

3250 años Antes de Cristo (AC)

Le llamaban la Bestia.

A los pocos años de vida probó la carne humana y nunca más dejó de perseguirla con irracional voracidad.

Elgor aceleró el paso, como si alguien lo persiguiera.

Sintió la respiración agitada, pero no a causa del esfuerzo, sino por el miedo.

En ese preciso instante estaba atravesando a pie el manto de nubes que separaba los dominios de las crestas heladas y las tierras bajas, adentrándose en un reino etéreo suspendido entre el cielo y la tierra. Cualquier persona acostumbrada a transitar por las montañas sabía que aquella sección de brumas era el peor sitio para recibir un ataque, ya que la escasa visibilidad reducía las posibilidades de defensa o huida.

A medida que descendía a través de aquel camino pedregoso, la bruma se desvanecía y daba paso a la claridad y al verde abrazo de los valles. Respiraba agitadamente, pero aún podía escuchar el ruido de sus propios pasos mezclados con el murmullo de un riachuelo que corría paralelo al camino. Tras varias horas de marcha a través de zonas de glaciar, montañas y valles, superando el último cuarto del día, notó que ya casi no había nieve alrededor, y le pareció una buena señal.

Salir de las brumas le tranquilizó. Volvió a recordar las palabras de Havel:

«¡Elgor, aléjate de la Bestia!».

Le advirtió, como cada día, antes de salir.

La Bestia y el aura de terror que la acompañaba se erguían como sombras amenazantes sobre el destino de Elgor y del resto de habitantes de la región. Nadie podía olvidar que la Bestia era la criatura más peligrosa que existía sobre la tierra, que precisamente habitaba en esas mismas montañas, y que podía atacar a quien quisiera, donde quisiera y en cualquier momento.

El miedo que infundía producía entre los lugareños un daño psicológico incluso superior a los daños físicos que causaba, pero Elgor se negaba a alterar sus hábitos de vida. Ni la bestia, ni los gigantes, ni los dragones le obligarían a quedarse encerrado en casa. Al fin y al cabo, era obvio que un monstruo de la envergadura que se

le atribuía sería, presumiblemente, bastante torpe y ruidoso en sus ataques.

De cualquier manera, a pesar de sus advertencias, Havel estaba tranquilo porque sabía que su hijo siempre actuaba con cautela. Era la palabra que mejor lo definía. Muchos decían:

—Ahí va Elgor, el hijo del tejedor, el cauteloso.

Reconocía que carecía de experiencia, así que no tenía más opción que ser cauteloso. Aún no había surgido el momento de tomar decisiones audaces, y cuanto más tardara en hacerlo, mejor. Sin embargo, a pesar de su juventud, deseaba disfrutar de una vida pacífica y estable, sin grandes altibajos emocionales.

Los pies de Elgor sintieron con alivio como la pedregosa ruta zigzagueante se incorporaba al Camino Angosto, un cómodo sendero de tierra prensada por los pies de la muchedumbre. Este conocido camino conducía al poblado de Atria, que ya se divisaba en la distancia.

Era un poblado de casas sencillas, lleno de vitalidad y lugar de encuentro de aldeanos de muchas procedencias, pues se trataba del cruce de caminos más importante de la región.

Junto al poblado, el panorama visual se abría en amplias llanuras bien iluminadas, campos extensos, praderas ondulantes y verdes valles salpicados de cabañas de madera. El viento gélido se convertía en una suave brisa cálida que llevaba consigo el aroma penetrante de carne grasienta y avellanas tostadas por los lugareños. Sintió que su estómago reaccionaba ante aquel olor y recordó el puñado de endrinos secados al sol que había digerido antes de partir.

Elgor tenía plena confianza en la fuerza de sus piernas porque siempre le hacían destacar en cualquier actividad que implicara su uso, incluso entre gente joven como él. Aquella capacidad física era fruto del duro trabajo y de las eternas ascensiones a las montañas, sin olvidar que estaba dejando de ser un muchacho para convertirse en un hombre.

Se impuso un ritmo enérgico y superó a dos viajeros a los que saludó con la cabeza y que le respondieron con la misma señal. Luego se encontró con unos aldeanos que recogían leña, y más tarde ya eran docenas las voces que percibía en la distancia, en una labor o en otra. Aunque aún no se había hecho de noche, ya podía divisar numerosas hogueras y columnas de humo.

«Aléjate de la Bestia, de los perros de las montañas y de los gigantes, pero sobre todo no te acerques al vino, ni a las mujeres de los viajantes».

Havel recitaba aquel tipo de frases constantemente, tal como lo hacía el padre de Havel y el abuelo de Havel. La sabiduría de su familia se almacenaba en una serie amplia de cuentos, canciones y cantinelas, y se trasmitían de forma oral como legado de enseñanza, para prepararle ante las complejidades del mundo que, inevitablemente, irían apareciendo. Aquella cantinela era una de las favoritas de Havel, aunque no tenía ningún problema para adaptarla reemplazando los primeros peligros por otros más realistas, en base a las particularidades del entorno.

Llevaba meses sin ver a un perro de las montañas y había finalizado otro trayecto sin encontrarse con la Bestia. Sería otro infeliz quien llenara sus fauces aquel día.

Los gigantes le aterraban desde que tenía uso de razón, sobre todo porque se comían a los niños pequeños como él, y muchos adultos aparentemente sensatos compartían ese terror. Havel utilizaba este temor irracional para convencerle de hacer algo o de irse a dormir temprano, pero con el paso del tiempo, comenzó a mostrarse escéptico. Nunca vio a ninguno, ni un esqueleto o un hueso mayor que los demás, o cualquier otra prueba de su existencia, así que dejó de tenerles miedo tras abandonar la infancia.

Pero las mujeres de los viajantes sí continuaban siendo la principal fuente de conflictos en cualquier época. Aunque le gustaba entablar vínculos de amistad con otros hombres, con cuenco de vino en la mano, tenía otras prioridades. Elgor sabía que viajar sin Havel le facilitaría la posibilidad de conocer a alguna muchacha de Atria, porque ya había alcanzado la etapa de la vida en la cual las mujeres ocupaban la mayoría de sus pensamientos, tanto diurnos como nocturnos.

Pero haría caso a los consejos de Havel, se mostraría respetuoso y atento, y se alejaría de las mujeres de otros, para que los espíritus de sus ancestros no le atormentaran con sus reproches.

Con respecto al vino…, estaba convencido de que sus ancestros se mostrarían algo más comprensivos.

Echó la mirada hacia atrás durante un instante, hacia las cumbres nevadas de las montañas en la distancia. Todos conocían aquel sistema montañoso como la Pared, pero otros muchos lo llamaban las Crestas Heladas o los Picos Albos. Un laberinto inabarcable imposible de dominar, un invierno lleno de peligros, de picos y de montañas que rasgaban el cielo. Él vivía justo en su falda, y era un hogar muy frio.

Volvió a pensar en Havel. Las fiebres le habían tomado la noche anterior y, aunque no parecía nada grave, su debilidad aconsejaba que se mantuviera inactivo junto al fuego de la chimenea. Elgor insistió en que podía viajar solo y entregar todos los encargos que Havel había

pactado.

Pero en realidad, no es que pudiera hacerlo. Quería hacerlo, se moría por hacerlo. Para él era una aventura redescubrir una y otra vez las enormes diferencias que separaban ambos mundos. Uno era trabajo, frío y silencio… El otro, el mundo de los poblados del sur, era jolgorio, gente, diversión…, y mujeres.

Tras examinar las montañas, echó la vista hacia más arriba, tratando de descifrar los diversos matices del cielo. Respetaba, por este orden, al cielo, a las montañas, a Havel, y a las tradiciones. En aquel caso, el cielo estaba siendo benevolente. Havel decía que, si no sabías interpretar al cielo, eras vulnerable ante las bestias, los gigantes y los perros de las montañas.

Si lo respetabas, el cielo te protegería y te contaría sus secretos.

Se detuvo un segundo para desentumecerse y para agudizar el oído. No era probable que la Bestia anduviera por esas alturas, pero tampoco imposible.

La mochila a su espalda estaba tan cargada de abrigos, zapatos, sogas y otras prendas, que aquellos que lo divisaban en la distancia pensaban que se trataba de un gigante, o de una persona a lomos de otra. También llevaba una ligera coroza de junco plegada que le serviría para protegerse del viento, la lluvia o la nieve, si llegara el caso, o simplemente como manto para dormir.

Ciertamente, Havel tenía razón. Llevaba a su espalda la carga que correspondería a dos personas, pero, como buen montañero, estaba acostumbrado a las peores condiciones del cielo. Se sentía cansado, pero también satisfecho por haber conseguido llegar a la aldea antes de que el sol se ocultara a poniente. Le gustaba disfrutar del momento en el cual atravesaba el manto de nubes, porque le hacía sentir que entraba en otro mundo.

Pero sobre todo disfrutaba oteando desde aquella altura el espectáculo verde de hierba infinita de los prados, los valles y los caminos que se dispersaban en todas las direcciones.

Havel decía que al final de cada uno de aquellos caminos se encontraba otra historia, una vida distinta.

Superó el último recodo y se dispuso a realizar el último tramo del Camino Angosto para hacer entrada en Atria, el poblado de Urcam.

Atisbó a tiro de piedra un grupo de hombres sentados sobre unas rocas a un lado del camino. Todos reían de forma escandalosa alrededor de un recipiente de arcilla y unos cuencos, y se movían de forma bastante llamativa, con ese contoneo ridículo que solía causar el vino, o aquella bebida que venía del este, que llamaban cerveza. No tenía que ser muy listo para darse cuenta de que ya estaban ebrios.

Todos eran mucho mayores que él, y su temperamento era mucho más ruidoso. Le resultaba llamativo el contraste de personalidad tan marcado entre los habitantes de los poblados y los de las montañas.

Como no los conocía, se puso en alerta al pasar por su lado. Uno de ellos se levantó en ese preciso momento canturreando una canción popular sobre el vino y Elgor movió la mano diestra apretando con fuerza el mango de su hacha de piedra pulida, por precaución.

El borracho se dirigió al lado opuesto del camino. Se acercó mucho a Elgor durante su recorrido, pero completamente ajeno a su presencia. El hijo del tejedor tuvo que frenarse para que pasara frente a él, justo antes de que se detuviera al borde del camino, se subiera a una piedra redondeada, se levantara la vestimenta de piel y se pusiera a orinar sobre uno de los pocos montones de nieve que aún se resistía a derretirse. Trataba de mantener el equilibrio mientras contemplaba, ensimismado, como el vapor brotaba a causa del contraste entre el frio y el calor.

Le extrañó que aquellos hombres se mostraran tan despreocupados cuando alguien pasaba por su lado, sin conocerle y sin saber si era amigo o enemigo.

Havel solía decirle:

«Es mejor estar preparado que desprevenido. Los hombres desprevenidos son más felices, pero viven menos».

Aunque no llevaba un cargamento de oro y piedras preciosas, un grupo de bandidos no dudaría en despellejarle para apropiarse de lo que llevaba en la mochila, por todo el trabajo que había detrás de las telas vegetales, y por el alto valor de las pieles curtidas de buena calidad. Además, los bandidos solían matar al caminante para asegurarse de que no portaba oro y piedras preciosas en algún bolsillo oculto.

Se sintió mucho más tranquilo cuando consiguió dejar atrás sus gritos y cánticos.

Los nervios, el heno aislante bajo su ropa y en sus zapatos, y las pieles que cubrían sus piernas, cosidas hasta la parte superior de los muslos para combatir el frio, le produjeron un sofoco repentino. Siempre que viajaba a los poblados del sur le ocurría lo mismo, así que deseó llegar cuanto antes para descansar y tomar algo bien fresco que no fuera agua.

Atria estaba rodeado por un pequeño muro de piedra y argamasa, y Elgor imaginó que su función era contener al ganado o incluso evitar riadas, aludes o inundaciones. Se trataba de una aldea grande, de unas tres o cuatro decenas de hogares, la mayoría circulares con paredes de piedra y argamasa. Otras cabañas estaban hechas total o parcialmente de madera o paredes hechas de zarzos, pero casi todas coincidían en

un techado de ramas y troncos cubiertos de paja, o de paja y barro.

Había decenas de aldeas de distribución similar, pero Atria era la más importante y donde se hacían los mejores negocios, pues allí se afincaba Urcam, el señor de la región.

Urcam era el destinatario principal de su mercancía, así que fue directo a su casa. No tenía pérdida, ya que era la vivienda más grande con diferencia y disponía de, al menos, cuatro piezas. Había visitado la aldea en un viaje anterior con su padre, años atrás. La casa de Urcam tenía planta rectangular y, desde fuera, parecía la estancia más grande que había visto nunca, aunque no había entrado en ella.

Entró en el poblado con el mismo brío y sin que nadie lo detuviera. Saludó a una mujer mayor que controlaba el fuego de una estructura de piedra para cocer un gran número de vasos, cacerolas y otras piezas de loza de arcilla. Sobrepasó un pozo circular y una cabaña en cuyo exterior se acumulaban arados, montones de piedras de rio y troncos de madera para el fuego, o para levantar cabañas. Y volvió a percibir en la distancia el agradable olor de la madera ardiendo y los jugos de la carne asándose.

La gente estaba excitada por algún motivo, y los niños eran el más claro ejemplo. Algunos corrían de un lado a otro sin destino aparente; otros, siempre varones, se peleaban revolcándose en el suelo mientras los más grandes pulían piedras y les daban filo para fabricar hojas de hacha y picos. Se fijó en cómo raspaban la piedra en otra de mayor tamaño anclada al suelo, y en cómo se ayudaban de arena y agua. Otros, más tranquilos, se calentaban junto al fuego mientras tostaban la punta de madera de las lanzas, para perseguir pequeñas piezas de caza. Una mujer los vigilaba mientras entretejía un segmento de zarzo con mimbres y varas que serviría para múltiples usos, e incluso como parche para sustituir a una pared. Era poco resistente, pero barato y fácil de producir.

Cuando alcanzó la vivienda de Urcam confirmó que, efectivamente, los olores provenían de su chimenea, de sus pequeños ventanucos y de la carne tendida en el exterior asándose a fuego lento sobre un lecho de ascuas.

Volvió a sentirse impresionado por el gran tamaño de la estructura y la solidez de sus muros. Elgor vivía en una cueva excavada en la piedra, con una parte de estructura de madera. Era cómoda, pero alejada de los poblados, fría en invierno, e insignificante en comparación con lo que tenía justo enfrente. Havel le prevenía de no desear todo lo nuevo y desconocido. Lo consideraba una enfermedad que tendía a empeorar, y no tenía fácil remedio.

Pero como cualquier joven, no podía evitar enfermar por la apetencia. Sentía latir en su interior una palpitante ambición, y también envidia.

En la entrada, a pocos metros de la espléndida construcción se encontraba Kul, uno de los sirvientes de Urcam. Lo había visto en alguna ocasión, por anteriores entregas acompañando a Havel. Era un hombre delgado y entrado en la vejez, pero enérgico. Se sentaba en el suelo junto a un tocón grueso de árbol sobre el cual se esparcían punzones, piedras y diversas puntas de flecha recién elaboradas. Con un punzón de hueso daba forma a una punta de flecha de sílex. Sus manos menudas pero callosas pulían la superficie para eliminar la más mínima impureza. Trabajaba a tal velocidad, que a Elgor le costaba seguir el movimiento de sus manos.

—Buen porvenir —saludó Elgor.

Concentrado en su trabajo, el sirviente devolvió el saludo.

—Buen porvenir, también —dijo antes de mirar.

Al levantar la vista, Kul examinó al joven viajero de agitada respiración.

Percibió sus pómulos colorados y las emanaciones de vaho que salían de su boca, señal de la dureza del largo camino y del peso de su carga. Ojos marrones, claros y honestos, agradable al trato, bien parecido y robusto para su edad. Parecía algo retraído y noble de carácter, como casi todos los hombres criados en las montañas, aunque habría que verlo con dos cuencos de vino. A pesar de llevar un hacha de piedra, y posiblemente una daga, no parecía un hombre de armas. Llevaba bien recortada la barba y el cabello, para evitar piojos y pulgas, pero lo recogía cuidadosamente con una cinta para que el viento no le tapara los ojos. Las costuras rectas cosidas con tiras de cuero uniformes de su vestimenta le proporcionaban un aspecto elegante a pesar del cansancio, y sólo podían ser obra de un tejedor profesional.

—Tú eres Elgor, el hijo del tejedor.

—Así es, señor —asintió con respeto.

—Te pareces mucho a tu padre. ¿Dónde anda el bueno de Havel?

—Cayó en un enfriamiento y casi no se mantiene en pie. Me costó convencerle de que se quedara en casa. No se fiaba de que pudiera llegar yo sólo con toda la carga. La mayoría es para Urcam.

Kul separó tres puntas de flecha y las acercó hacia Elgor.

—Es que ya eres todo un hombre y un padre tarda en darse cuenta. Dale esto de mi parte. El mantón que me hicisteis me mantuvo bien caliente durante el último invierno.

Elgor lo agradeció y metió las piezas en una faltriquera de cuero que llevaba ligado al cinturón.

Kul le acompañó a la cabaña de madera junto a la casa para dejar los encargos. Más tarde arreglarían las cuentas. Vació la mayor parte de su mochila, y colocó cuidadosamente una amplia capa, unos zapatos, manta y una túnica sobre un asiento de argamasa. Además,

traía consigo una pequeña prenda de fino tejido vegetal que mantendría cómodamente en su sitio ciertas partes de la anatomía del jefe del poblado.

—Espero que no se haya humedecido demasiado. El cielo no ha sido del todo clemente —se disculpó Elgor.

—No te preocupes. Si es necesario, lo secaremos al fuego.

Le tranquilizó el pequeño gentil hombre. Kul tomó una prenda similar a un sombrero, pero con orificios para que entren las piernas.

—¡La huevera de Urcam! Va a quedar muy satisfecho.

Kul emitió una sonora risotada y Elgor hizo lo propio, aunque más comedido. Su timidez le impedía tomarse demasiadas libertades.

A cambio, se llevaría sal y cal para el oficio de la piel, pescado salado, especias, lentejas y algo de cereal. Puede que incluso alguna pieza de cobre.

—Regresa cuando hayas repartido el resto de los pedidos. Si quieres reponer fuerzas, esta noche se celebra la fiesta del día del nacimiento de Alunna, la hija de Urcam. Podrás comer, beber vino y cerveza, y luego te buscaremos un sitio para dormir.

Alunna…

Elgor tuvo cuidado de no verbalizar sus pensamientos. No quería utilizar la palabra «bruja», que era como muchos apodaban a la hija de Urcam.

CAPÍTULO 2 — BREBAJE DULCE DE ABEDUL

Urcam tenía dos hijos, Halle y Alunna.

Coincidió con Halle en su visita del invierno anterior, aunque sólo lo había visto desde lejos. Era muy intimidante, y no solo porque fuera el heredero de Urcam, porque era varios años mayor y le sacaba una cabeza de altura. Además, era el mejor hombre de armas de Urcam. Llevaba una especie de daga larga de cobre que solían llevar los guerreros en los últimos tiempos, y que habían comenzado a llamar «espada», pero de la que sólo podían disponer los artesanos mejor pagados y las personas más importantes. Su manejo de la espada, arco, lanza y hacha eran casi tan reconocidos en la región como su fuerza y su ambición, cualidades todas ellas imprescindibles para el objetivo que se había autoimpuesto: gobernar. Solía decirse que había desbaratado a numerosos saqueadores, a algún que otro demonio y al último gigante de las montañas.

Elgor se consideraba muy racional y no dudaba de su destreza, pero parecía la vieja típica receta de cinco medidas de exageración por una de realidad.

Nunca había visto a Alunna, pero había escuchado decir que su belleza era esplendorosa. Era una mujer muy deseada y todos los varones de cierta importancia la pretendían para sí mismos, o para sus hijos, y esto no se debía únicamente a su aspecto físico. Además, había que sumar los beneficios que se derivaban de un matrimonio con la hija de Urcam.

Muchos aseguraban que se trataba de una bruja.

Afirmaban que entraba en trance, invocaba a los espíritus, provocaba la lluvia o la retirada del sol, y que desvelaba misteriosos mensajes o augurios que nadie lograba entender. Dicen que ella predijo el gran rayo en el cielo, las terribles lluvias que duraron siete días y la congelación posterior del rio. La llamaron Alunna porque el día en que nació, el sol se ocultó detrás de la luna. Muchos vieron en ello un mal augurio, pero nadie sabía a ciencia cierta lo que habían querido trasmitir los dioses o los demonios con su mensaje.

Halle y Alunna. El cielo y la luna.

Elgor no creía demasiado en las habladurías y los augurios. No creía más que lo que veían sus ojos. Si creyera todo lo que escuchaba de los viajeros y los borrachos, tendría que aceptar la existencia de los demonios de siete cabezas, lagartos de veinte pasos de altura y monstruos marinos que engullían embarcaciones enteras en un instante y sin masticar.

Sin embargo, le llamaba la atención que alguien celebrara la fecha

de su nacimiento. Eso diferenciaba a la bruja del resto de los mortales, cuya única preocupación era deslomarse trabajando a diario para asegurarse la comida necesaria para el invierno, el techo y la vestimenta.

Elgor estaba bastante cansado tras el camino y la pesada carga, así que pensó en aceptar la invitación. Urcam era hospitalario y apreciaba a Havel, así que no ponía en duda que sería un buen anfitrión.

Se dispuso a entregar el resto de la mercancía, y luego ya decidiría si regresaba a casa realizando parte del camino a oscuras en la noche, o se quedaba en la celebración. En ese caso, debería solicitar posteriormente techo en alguna cabaña o pajar. Pasar la noche a la intemperie, junto a una hoguera, entrañaba ciertos riesgos, como los saqueadores, los perros de las montañas, o la propia Bestia. Dormir a cubierto, cobijado en alguna cabaña, siempre era mejor opción.

Tras repartir el resto de los pedidos y recibir su pago, piezas de cobre, principalmente, se alejó a varios tiros de piedra del poblado, y emitió varios silbidos de gran intensidad, enviando así el mensaje a su casa en las montañas.

Dominar el silbido, el toque de cuerno o cualquier código de señales acústicas era extremadamente valioso para los habitantes del valle o de la montaña, y no sólo porque ahorraba numerosas horas de marcha, sino porque además ponía en guardia a los habitantes ante cualquier invasión enemiga, o ante la presencia de osos y perros de las montañas. Obviamente, no podía comunicarse directamente con Havel a tanta distancia, pero varios montañeros del valle le servían de portavoces. El hambre y el frío de los ancestros había agudizado la inteligencia de sus descendientes.

Tras algunos silbidos, Elgor consiguió el permiso de Havel para pasar la noche en la aldea. Siempre le llamaba Havel, como lo hacía su madre. No recordaba la última vez que lo llamó padre.

De repente, sintió un reproche a su espalda.

—Me quedaré sorda si sigues silbando de esa manera.

Se giró y vio a una joven muy agraciada tras un muro de piedra, a muy poca distancia. La muchacha alimentaba a un pequeño rebaño de ovejas utilizando una vara de madera amaestrada al fuego con dos puntas afiladas. Tenía el pelo oscuro, los ojos azules y la piel bronceada, con ese tono de color que cabía esperar en las personas acostumbradas a trabajar bajo el sol.

Su sonrisa era resplandeciente, incluso durante los últimos coletazos de luz diurna.

El cuerpo de Elgor se percató de su belleza mucho antes que sus ojos.

Llevaba un ajado atuendo de lana sin tintar y unos zapatos tallados de madera con tacones pronunciados que facilitaban el trabajo sobre

el barro y los excrementos animales. Pocos pasos atrás se encontraba lo que debería ser su humilde morada, no muy grande, compuesta de piedra y argamasa con techado de corteza, troncos ligeros, tierra y un manto de musgo verde. El colorido recubrimiento le daba un aspecto alegremente tradicional. Además, el techo contaba con un alero para conducir el agua de lluvia hacia el pozo, y para que el sobrante no empantanara la propiedad.

Junto a la casa, se erigía una enorme columna de piedra negra tallada que alguien debió emplazar en ese punto estratégico para orientar a los viajeros. En realidad, se trataba de ocho piezas cuadradas apiladas para alcanzar una altura superior a la de un hombre, siendo la de la base la más grande, y más pequeñas a más altura a fin de que no se cayera nunca por su propio peso.

En ese momento se alegró de haber venido solo.

En sus montañas no habría tenido demasiadas oportunidades para conocer a una muchacha tan atractiva. Había visto otros ojos con aquel color, pero nunca de un azul tan intenso. Sintió la imperiosa necesidad de causar buena impresión, si sus labios se lo permitían.

Lo primero que se le ocurrió, fue aconsejarle que aumentara la impermeabilización del techo utilizando la mierda de las ovejas, pero no le pareció un tema de conversación demasiado elegante, como presentación. Sintió como se le estremecían los pelos del cogote y un revoltijo en el estómago, además de una repentina felicidad. Pensó que, de tener que elegir, se quedaría hablando con ella en lugar de asistir a una fiesta en la que probablemente abundarían los desconocidos ebrios ansiosos de hacerle la corte a la hija del señor. Además, probablemente ya estaría casada, o prometida, vaticinó.

—Perdona si te he molestado con el ruido. No tengo otra forma de comunicarme con Havel.

—Ah. Entonces eres el hijo de Havel el tejedor. Pensé que todo el mundo había asistido a alguna especie de fiesta en la entrada de la aldea. Desde aquí se oye música, y muchas risas y voces. Bueno, si podemos llamar música a esos ruidos.

Ambos sonrieron. Elgor se deleitó en silencio ante la amabilidad y la blanca sonrisa de la joven.

—Allí voy ahora. Es una celebración en casa de Urcam. Aunque la verdad, no sé con qué me voy a encontrar. Es la primera vez que asisto a una celebración por el día del nacimiento de una persona, así que es como un acontecimiento especial para mí. No hacemos eso en las montañas. ¿Qué sé yo siquiera cuando nací?

—Yo también creo que es una tradición absurda. Creo que los jefes de las aldeas se aburren demasiado porque no están obligados a trabajar, y por eso hacen celebraciones con cualquier excusa. No tienen que cuidar ovejas, tejer o recoger leña, así que no saben qué

hacer con su tiempo libre. En fin, ¿y quién celebra eso del día de su nacimiento?

—Es la hija de Urcam. La que llaman bruja.

La chica de la casa del techo verde asintió con la cabeza varias veces. Esa tal Alunna debía ser una de esas tristes mujeres que organizaban celebraciones en su casa para evitar que otras les hagan competencia.

—Ah, ya veo. ¿Y no te intimidan las brujas? Yo no sé si es buena idea arriesgarse a recibir un hechizo o una maldición.

Elgor trató de prolongar la conversación, pero tampoco quería parecer demasiado interesado.

—Me preocupa más el hermano de la bruja —sonrió—. Creo que está un poco loco. No sé, ya veré lo que pasa. Hoy he hecho muchas horas de viaje y estoy algo cansado. Creo que asistiré, comeré algo y, si veo que se trata de una de esas aburridas reuniones en las que solo se habla de jornadas de caza y remedios milagrosos venidos de las tierras donde sale el sol, les trasmitiré mis respetos y me iré a dormir a algún lugar resguardado.

La joven frotó la espalda lanuda de una oveja joven que la empujaba ansiosamente con la cabeza. Luego tomó una vasija que se encontraba bajo sus pies y llenó un vaso de arcilla cocida al sol. Elgor se fijó como su largo cabello oscuro caía a un lado de su cara. Ese sencillo movimiento reavivó su belleza.

—Toma, esto te dará energía.

Elgor aceptó el ofrecimiento, rozó los dedos de la chica de las ovejas durante un instante, y vertió el contenido del vaso en su boca.

—Es brebaje dulce de abedul —añadió mientras se echaba el pelo hacia atrás—. Lo he recogido esta misma tarde.

Elgor sintió una oleada de placer mientras el líquido fresco descendía por su garganta. El abedul representaba una fuente inagotable de recursos, proveía de bebida y comida, proporcionaba remedios tonificantes y su corteza tenía numerosas aplicaciones. Él la usaba para guardar las ascuas de la madera para prender el fuego en cualquier momento. Su padre lo usaba preferiblemente como fibra, para fabricar pegamento y enmangar lanzas, hachas y otras herramientas. Pero desde ese momento, el brebaje se convertiría en el regalo más dulce que podría sacarse de un árbol.

Elgor cerró los ojos con fuerza, expresando su placer.

—¡Caramba! Esto despierta hasta a los ancestros.

—No es cerveza, ni vino, pero refresca igual —en ese momento la muchacha miró el cielo, ya oscurecido—. Ahora tengo que entrar, o mi padre me romperá las costillas a palos. Puedes pasar otro día a visitarme si quieres, Elgor, hijo de Havel.

—Así lo haré. Buen porvenir —se despidió apresuradamente.

La joven se introdujo tan rápido en la pequeña casa de piedra que ni tan siquiera pudo preguntarle su nombre.

¡Pero le había invitado a regresar! El largo viaje había valido la pena sólo por ese breve encuentro y la sensación dulce que se le había quedado en los labios.

CAPÍTULO 3 — CERVEZA DE FLORES

Con la última claridad del sol ausente, aprovechó un lugar apartado para cambiar su vestimenta por una túnica suave lavada con agua y ceniza de raíces jabonosas, y añadió un taparrabos para estar más presentable.

Al oscurecer creyó necesario improvisar una antorcha para iluminarse hasta su destino y mostrar a los lugareños que no era un saqueador. Tomó una rama que encontró en el camino e incrustó en un extremo un poco de corteza y resina que llevaba encima mediante un corte de su daga de sílex. Solo necesitaba el elemento más importante. No le costaría hacer fuego con la fricción de una varilla, o mediante una piedra de pirita, pero todo eso no era necesario en un poblado habitado.

Caminó hasta la primera casa que disponía de un fuego. Había un hombre en cuclillas sobre un agujero en el suelo, sosteniendo su túnica, a pocos metros del hogar. A su lado tenía un cubo de tierra para cubrir posteriormente los detritos y una tapa de arcilla para cubrir el agujero.

—Buen porvenir, señor. ¿Puedo tomar de su fuego para encender la antorcha?

El hombre emitió un gemido de esfuerzo, y contestó:

—Encender el fuego es gratis. Hacer de vientre a mi edad es lo que cuesta casi tanto como levantar una cabaña.

Dijo el hombre, esforzándose como si le fuera la vida en su empeño.

Una risa, posiblemente forzada, brotó de los labios de Elgor, agradecido. Encendió la antorcha e hizo el camino de regreso hasta la casa de Urcam, donde la multitud se acumulaba alrededor de las antorchas y las llamas danzantes que rodeaban la vivienda. Esperó su turno para entrar en el interior y se recreó en la construcción de la estructura, que constaba de varias piezas y distintas entradas. Una parte estaba dedicada a la vivienda del señor, que incluso contaba con una zona subterránea, la más segura y donde pasaba la noche su familia y él mismo. La otra parte de la estructura estaba dedicada a las celebraciones que Urcam organizaba con, al parecer, bastante regularidad. Era bien conocida su afición por la abundante comida, la fiesta, la cerveza y el vino. A Elgor no le importaría disfrutar de aquella vida repleta de placeres.

Comprobó que llevaba consigo la daga de sílex, por si había que partir algún trozo de comida, y la faltriquera con las piezas de cobre que recibió como pago, y esperó su turno para entrar en la casa. No

estaba acostumbrado a moverse entre tanta gente, así que, mientras se desplazaba entre empujones, interceptó el paso firme y rápido de un hombre armado con una lanza con punta de cobre, perfectamente acordonada y breada.

Su hombro había impactado precisamente con el de Halle, el joven y robusto hijo de Urcam, su heredero y futuro señor. Le miró de arriba abajo con desdén y fiereza, y le advirtió.

—¡Mira por dónde andas, víbora cornuda!

Elgor se paró en seco.

Le llamó la atención un tosco brazalete de oro que rodeaba su brazo sin llegar a cerrarse, con forma de serpiente. Halle era mucho más alto que Elgor y que cualquier otro habitante del pueblo, aunque otros fueran más voluminosos. Su cabello rubio le reposaba elegantemente sobre los hombros y la barba ya aparecía espesa a pesar de su juventud, unos veinte inviernos. La llevaba arreglada con cuatro trenzas engarzadas con conchas y piezas de cobre justo a la altura del cuello. Llevaba una túnica larga hasta las rodillas y abierta desde el muslo, polainas para el frio y botas altas hechas de cuero, con empeine encordado y alza en el talón. Elgor pudo distinguir el mango de una daga oculta ingeniosamente entre las costuras del gemelo, en el exterior.

Al hijo del tejedor ni se le pasó por la mente tratar de sostener su mirada. Bajó la cabeza y retrocedió con sumisión. Asimiló la advertencia de Halle y permaneció inmóvil hasta estar completamente seguro de que no se cruzaría nuevamente con él. Sin embargo, no tendría mucho éxito en esto.

Cruzó el grueso marco de la puerta y un manotazo de olores de cientos de caminos y oficios le golpeó la cara. Había antorchas en las paredes y velas de sebo en las mesas para garantizar la iluminación nocturna. Gracias a las columnas interiores de madera en forma de «Y» que sostenían la techumbre, la habitación podía acoger a los casi cien invitados que se habían acomodado en la estancia. Elgor examinó a los asistentes y atisbó a un puñado de mujeres escoltadas por sus padres o esposos. Las mujeres más jóvenes también oteaban alrededor, y Elgor pensó que hombres y mujeres solteros estaban condenados a buscarse.

Colgó sus prendas en un gancho de la pared sin antorchas, como el resto de los invitados, y se sentó en un grueso tronco en la mesa más cercana a la puerta, junto a varios artesanos de la aldea.

Contempló los orificios circulares que se habían realizado para depositar los cuencos y cuernos que se utilizaban para beber. En el centro de la mesa se apilaban platos de cerámica de tamaño irregular. Para su sorpresa, una vez sentado, vio como Halle se acercaba y se sentaba dándole la espalda, en la mesa aledaña y al pie de la principal, más elevada que el resto.

En aquella mesa principal se sentaría, comería y bebería el gran Urcam, su esposa Ulpia, y la bruja, supuso Elgor. Las mejores piezas de oro, cobre y piedras nobles de la región adornaban la mesa como

muestra de poder.

En el extremo opuesto de la estancia se encontraba el hogar central y la chimenea, de la que bullía un enérgico fuego que servía de asador. La parte del techo cercana a la chimenea había sido recubierta de arcilla para aguantar el calor y algunas aberturas permitían la evacuación del humo.

De tanto en tanto, la carne sobre la lumbre soltaba sus jugos y provocaba un chirrido que secaba la boca de los invitados, sobre todo de los que se sentaban más cerca, ávidos de catar el manjar. Elgor también vio junto a la lumbre varias ollas cerámicas que debían contener estofados y otros manjares asados a fuego lento. Durante la espera, varios sirvientes de Urcam pasaron a toda velocidad a rellenar de cerveza los vasos y los cuernos de vaca y de uro salvaje.

Elgor había bebido vino en alguna ocasión, pero nunca antes había probado la cerveza. Era un líquido pastoso grisáceo y amargo, pero que rápidamente se hacía amigo del paladar. Le pareció un sabor agradable.

Elgor se había criado en las montañas únicamente en contacto con el puñado de familias de artesanos que se dispersaban por los alrededores. Así pues, asistir a una fiesta, conocer gente, beber cerveza y comer lo mismo que el señor de Atria, era una oferta demasiado atractiva como para rechazarla. Además, Havel estaría muy contento si consiguiera nuevos encargos. Eso ayudaría a que por fin comenzara a percibirlo como un verdadero hombre.

—Ay, por los demonios. Kalina está aquí. Me tiembla el corazón, me tiembla todo.

Dijo el joven Alalio, el carpintero. Todo el mundo conocía la triste historia de su familia, que había sido presa de los perros de las montañas. Quizás para compensarlo había desarrollado un desatado sentido del humor que en algunas ocasiones le traía bastantes problemas.

—¿La hija del carnicero, dices?

—Por los demonios que sí. Yací con ella en el pajar cierto día que su padre se acercó al poblado, y me aseguró que no hay hombro tan completo en toda Atria. Tiene las piernas y el vientre más ardiente del mundo. Me muero por juntar de nuevo nuestros taparrabos.

—Debes saber que su padre Wulfgar, tiene buenos cuchillos —añadió Ummsark, el gigante.

—Y cortan todo tipo de carne —completó Uri, pastor e hijo de pastor.

Alalio se encogió de hombros, como si el riesgo valiera la pena.

—Como si hubiera mejores causas por las que dar la vida. Yo acepto esa dulce y húmeda fosa.

Elgor era un chico discreto que no tenía problemas para caer bien,

y también le ocurrió con el resto de los aldeanos con los que compartía mesa. Sin embargo, no tenía aventuras que contar, como Alalio u otros, y se conformaba con escuchar todo lo que contaban, fuera cierto o falso.

Mientras bebía, escuchaba atentamente al gigante Ummsark, el viajero, que era conocido por sus anécdotas y por beber tanta cerveza como aire respiraba. Era el individuo más grande de Atria, más incluso que el jefe Urcam o que su hijo Halle. En aquel momento llevaba la barba manchada por la bebida, y contaba cómo había llegado a un lado y a otro del mundo. Juraba que había conocido al hombre de los mil inviernos, que no había visto ninguna gran aldea al este, como contaban las leyendas, que aún existían los gigantes, y que había compartido mesa con ellos.

Sin embargo, muy pocos o casi nadie tomaba sus historias en serio.

El jefe Urcam entró de repente y con paso enérgico. Venía cargado con sus mejores pieles y unas botas de cuero que llegaban hasta las rodillas. Era grande y grueso, y comenzaba a faltarle el pelo en la cabeza. Pero a pesar de la edad, tenía brazos fuertes y su voz resonaba enérgicamente sobre las cargadas paredes de roca y argamasa. Era aficionado a las bromas y pródigo en risotadas, principalmente dirigidas a los aldeanos más destacados.

Urcam se detenía en cada mesa para saludar e intercambiar unas breves palabras con todos sus amigos y las personas influyentes. Como buen líder, ambos grupos eran los mismos. No tenía amigos de poca categoría. Sólo tenía aliados, familia o sirvientes. Cuando pasó por la mesa que ocupaba Elgor, ni siquiera se percató de su presencia. Estrechó la mano de Ummsark con tanta fuerza que Elgor pensó que, si se les resbalaban esas manos, podrían matar a alguno de los concurrentes. Luego asestó al invitado un golpe amistoso en la espalda. Elgor agradeció no ser tan importante como para que Urcam le saludara, ya que un golpe como ese le pondría la barba del revés.

A continuación entró su mujer Ulpia, más contenida, pero orgullosa de haber reunido a tantos lugareños en la celebración de su hija, y Kania, la esposa de Halle, que parecía embarazada.

Y, por último, entró su hija, Alunna.

Llevaba una capa de lino tintada de color azul oscuro que le llegaba hasta los pies, cubiertos a su vez por unas sandalias de cuerda tejida. Al entrar, echó hacia atrás la capucha de su vestido. Llevaba en la cabeza un adorno circular que conseguía que ni un solo pelo quedara sin sujetar. Su cabello era de un negro brillante, y su piel, bronceada. Resultaba un contraste espectacular que con esta disposición, sus ojos fueran de un azul inusualmente profundo.

—¿Qué hace aquí la pastora de ovejas? —preguntó Elgor.

—Es Alunna.

Respondió Alalio, extrañado.

Elgor descubrió con estupor que la mujer que cuidaba de las ovejas, la hermosa joven con la que había estado hablando, era Alunna, la hija de Urcam, la hermana de Halle.

Y él la había llamado «bruja».

Hundió la cabeza en sus manos con la intención de pasar desapercibido.

Afortunadamente, la muchacha no pareció percatarse de su presencia.

—Mirad a la joven hechicera —dijo Ummsark—. El año pasado presagió siete días terroríficos de lluvias. Los más terribles que hayan visto estos ojos. Luego, el hielo en los ríos, en los lagos y en la tierra. Gracias a su presagio, los aldeanos anticiparon la cosecha y pudieron almacenar alimento suficiente para compensar las pérdidas.

—No sabía que había sido ella —dijo otro artesano—, pero sí recuerdo que un emisario nos avisó de que vendrían tiempos de mala cosecha. Fue horrible. Estuvimos más de una semana sin salir de casa.

Alalio, el carpintero, preguntó:

—¿Es cierto que fue ella la que encontró a las niñas que habían salido a recolectar frutos al bosque y se quedaron atrapadas en una cueva?

Quien respondió fue Uri.

—Eso es verdad. Yo fui uno de los hombres que la seguían. Las encontró a tiro hecho, y no olvidemos que no era más que una moza. ¿Qué posibilidades hay de que salgas a buscar a unas niñas, recorras la mitad del bosque en línea recta y las encuentres sanas y salvas? Brujería. No salíamos de nuestro asombro, y sus padres le juraron lealtad para siempre.

—No es gran cosa jurar lealtad a la hija de quien juras lealtad.

Se burló Alalio en voz baja, para no ser escuchado por Halle. Ummsark completó:

—No es raro que haga ese tipo de predicciones sobre el futuro, y muy pocos ponen en duda su clarividencia.

Con su llegada se volvió a repartir la comida, más vino y más cerveza. Todo el mundo bebía y comía, y el bullicio iba en aumento. Algunos habían traído sus flautas, y un anciano pescador de Adra, una rudimentaria herramienta musical de varias cuerdas. Algunos asistentes parecían obsesionados por encadenar rítmicos golpes sobre cualquier superficie, y los más ebrios, cantaban.

No existía ningún tipo de orden entre los instrumentos, ni mucho menos armonía. Sin embargo, el alcohol inundaba las gargantas y a

nadie parecía importarle. Halle se mostraba ajeno a la excitación general. Se sentaba con un cuerno en la mano, la cabeza alta frente a su padre, a quien parecía querer impresionar, y con un ojo en su esposa, que llevaba al pequeño Halle en su vientre.

Urcam hizo un gesto a varios hombres de rasgos extranjeros. Estos se levantaron e iniciaron un pequeño espectáculo de fuegos en honor a la joven agasajada.

Los hombres encendieron sus antorchas y comenzaron a realizar un baile rítmico al tiempo que movían el fuego según una coreografía determinada…

Alunna contempló el espectáculo de luces. Sin embargo, sin motivo aparente, se sintió hechizada por una de esas antorchas, y la siguió con la mirada durante su baile de izquierda a derecha, absorta. De repente, desaparecieron los bailarines, desaparecieron los comensales y desaparecieron sus padres.

Alunna se quedó sola, con el fuego. De pronto, su cabeza se fue hacia atrás con un rictus preocupante. Se cayó de su asiento. También desapareció la luz del fuego, y aparecieron las imágenes.

Todo el mundo pudo ver cómo su cabeza golpeaba el suelo, cómo comenzaba a agitarse como un pez fuera del agua. Se le desencajaron los ojos, y un hilo de espuma blanca brotó de su boca.

Urcam y Ulpia rodearon a la chica y le sujetaron la cabeza. Halle no se movió de su sitio. Elgor, por el contrario, se levantó con preocupación. Muchos se acercaron a la chica para interesarse o tratar de ayudarla.

Urcam abrió sus grandes brazos para asegurar el espacio alrededor de su hija.

—Dejad que respire la chica. Dejad que respire.

Cesaron los espasmos. Alunna agitó la cabeza de un lado a otro, como si estuviera recobrando el conocimiento, y su madre le limpió la cara con un trapo. Se quedó tumbada mirando hacia el techo de madera y paja, como si estuviera agotada y tratara de recuperar el resuello.

Poco a poco comenzó a incorporarse y todos regresaron a su lugar, pero nadie podía fingir que no había pasado nada. La respiración agitada que salía de su pecho era el único sonido que pudo escucharse durante algunos segundos. Al parecer, Halle, Urcam y Kania no parecían tan preocupados como el resto, como si la escena hubiera estado pactada o fuera algo habitual en su vida.

Ya repuesta, Alunna se levantó, se sentó y bebió de su vaso de agua. Segundos después, habló en voz alta para todos los presentes.

—Buen porvenir a todos vosotros, y gracias por acudir a esta celebración en mi honor. Pido perdón si lo que acaba de ocurrir os ha

causado angustia, pero no es la primera vez que me sucede. Quiero dirigirme a todos, y especialmente a Ulpia y a Urcam —dirigió la mirada hacia sus padres—. Es una gran noche, padre Urcam. Y no me estoy refiriendo a esta celebración, sino a algo mucho mayor. He tenido una nueva revelación, clara como la luz de la primera mañana. He visto cosas que nadie más puede ver, pero que son tan ciertas como que mañana saldrá el sol.

Alunna guardó unos segundos de silencio para organizar sus ideas, y todos escuchaban atentamente las palabras de la hechicera recién salida del trance. Prosiguió:

»Hoy se encuentra con nosotros una persona destinada a convertirse en uno de los personajes más famosos de entre los que han andado sobre el mundo, y los que lo harán en el futuro. Será reconocido, recordado y admirado por todos los hombres y mujeres del futuro. En resumen, está destinado a alcanzar la grandeza, a hacer historia entre los hombres más famosos. Todos tenemos una historia, pero la suya será la más grande historia que verán nuestros nietos, y los nietos de nuestros nietos.

Dirigió sus palabras hacia el grupo de hombres jóvenes. La larga cabellera rubia del gran Halle se irguió con orgullo, sacó pecho y sonrió con soberbia ante las gloriosas palabras de su hermana. Se exhibía como perro de las montañas ante la manada de la que era líder. Urcam miró a su hijo y se sintió reconfortado, pues los logros de sus hijos también serían, en parte, suyos.

Se levantó entusiasmado.

—Es mi hijo, Halle —y levantó su copa. Todos la levantaron y celebraron sus palabras de homenaje.

Alunna también levantó la mano…

—¡Halle será rey!

El padre volvió a celebrarlo con otra sonora carcajada, compartiendo la gloria de su primogénito.

—Halle será rey —continuó la hechicera—, y pagará un alto precio por ello. Será rey, pero no será conocido por los nietos, de los nietos, de nuestros nietos.

Urcam torció su sonrisa y adoptó un rictus de consternación. Estaba convencido de que su hija se había equivocado, y de que podía convencerla de ello.

—Por supuesto que sí, es tu hermano —le rogó con las manos abiertas.

—Padre, he visto el porvenir, pero no puedo cambiarlo. Hablo del otro, del muchacho.

Volvió a mirar hacia el grupo de Ummsark y los chicos. Entonces, todos se dieron cuenta de que no se dirigía a Halle, sino al muchacho enjuto y moreno que se encontraba justo detrás de él. El hijo de

Urcam miró a sus espaldas con el gesto torcido.

Se produjo un silencio denso, casi fúnebre.

Tras Halle se sentaba Ummsark junto con algunos jóvenes artesanos. Tenía a su lado a Alalio, el hijo del carpintero, cuya familia había sido devorada por los perros de las montañas; Uri, hijo de pastor y nieto de pastor, y Elgor, hijo de tejedor y nieto de tejedor, el joven al que había reprendido a la entrada de la casa. La mayor proeza que se le conocía era la de coser bolsas para las bolas de su padre. Clavó su agresiva mirada en los temerosos ojos del chico y acarició suavemente el mango de su espada de cobre, quedándose con las ganas de clavar algo más.

Quiso cerciorarse de que su hermana no se había equivocado, y dijo, con su voz recia y contundente:

—¿Elgor? Es el hijo del tejedor. Trabaja con boñiga.

Sentenció Halle indignado, como si aquellas palabras lo aclararan todo. Muchos de los presentes, los más cercanos a Halle y a Urcam, festejaron sus palabras.

Además, Elgor era bajo de estatura y ni de lejos era tan fuerte o agraciado como él. Su trabajo era sucio, y su sangre no era mejor. Vivía muy lejos del pueblo. Incluso había escuchado que vivía en una cueva. No podía ser el «Elegido».

Alunna no compartía su razonamiento y lo hizo saber con serenidad, pero teniendo cuidado de no ridiculizar a su hermano.

—Elgor es y será astuto e ingenioso, y también valiente, pero además su historia pervivirá mucho más tiempo del que se toma el viento y la lluvia en deshacer una montaña. Tantos oirán hablar de él como hormigas puedes hallar en el interior de un hormiguero, en el interior de todos los hormigueros. Será famoso, será admirado y querido por innumerables generaciones a lo largo y ancho del mundo, hasta el fin de los tiempos, aunque también será odiado por unos pocos. Aunque aún soy muy joven y no tengo la veteranía de muchos de vosotros, no conozco una meta más alta para un hombre. De alguna forma, Elgor será inmortal.

Aquellas palabras cambiarían la vida del hijo del tejedor. Eran las palabras de una reconocida hechicera anunciando una profecía dirigida a él. Por ello, Elgor jamás volvería a ser la misma persona. Alunna era consciente de que después de aquella noche, perdería el anonimato y, como ella misma dijo, sería admirado por muchos, temido, e incluso odiado. No deseaba situarle bajo aquella pesada carga, pero no podía elegir.

Alunna observó el rostro de su hermano, temblando de ira. Su mano aferró por un momento su afilada daga de asta de corzo. Solo ella se dio cuenta.

La hechicera trató de suavizar el impacto de la profecía.

—Debemos sentirnos dichosos de lo que debe suceder y está escrito, pues gracias a que Elgor ha nacido en la región de Atria, nuestra cultura, nuestra aldea y nuestras almas serán recordadas mientras siga habiendo un hombre sobre este mundo.

Halle fingió sonreír, desconsolado. ¿De qué sirve ser rey cuando sabes que nadie te recordará de una manera tan afectuosa y perenne?

El jefe Urcam, abrumado por la convincente oratoria de su única hija, habló.

—Que toda la planicie de este mundo sea testigo de este momento. Mi hija ha anunciado buenas noticias, y esto convierte a esta celebración en algo muy especial. Vaciaremos mi bodega. Brindemos. Bebamos por el joven Elgor, para que nada cambie su destino, y por mi hijo Halle, ¡que se convertirá en rey! ¡Por Halle!

—¡Por Halle!

Brindaron. Tras la revelación de la profecía, todos bebieron los licores contenidos en recipientes de color ocre y no tardaron en vaciarse las exageradamente largas tinajas de cerámica de cuello fino que provenían del pueblo de Krappa, el pueblo del vino.

Sin embargo, por mucho que Halle y Urcam intentaron dejar a Elgor en segundo plano. La profecía revelada aquella noche se propagaría en todas las direcciones como el fuego en un bosque de verano con viento a favor.

Las mujeres gritaron y cantaron, y los hombres se levantaron alrededor del fuego y golpearon el suelo cubierto de heno humedecido con sus lanzas y arcos. Luego todos llenaron sus cuernos y vasos de arcilla tostada y se acercaron a felicitar a Halle. Ummsark, el viajero, felicitó a Elgor solemnemente golpeándole el hombro con su gran mano abierta.

Elgor se sintió avergonzado, y su timidez se acentuaba porque al vivir lejos del poblado, aún no había aprendido a entablar conversaciones con facilidad. Casi nadie acudió a felicitarle por miedo a enemistarse con Halle.

La fiesta continuó. Casi todos dejaron de lado el incómodo tema de la profecía. Elgor bebió, comió y conversó con sus compañeros de mesa.

Tyras, que cosechaba frutas y cereal, comenzó contando como se debían hacer los surcos para plantar la semilla, primero al derecho, y luego en diagonal. Elgor tomaba nota de todo lo que escuchaba, por si le fuera útil en el futuro. Tyras también explicó las oraciones que había que realizar a la diosa de la tierra para que la recogida fuera generosa. Recalcó que debían ser aquellas palabras, y no otras, ya que fueron las que había dictado la misma diosa a sus antepasados para que fueran trasladadas de generación en generación. Así fue como

ellos, sus antepasados, inventaron la agricultura, contó Tyras.

Pero para historias increíbles, Ummsark no tenía rival.

La más asombrosa le situaba a él mismo como protagonista. Relató la travesía que realizó hacía algunos inviernos a través del gran río, y de cómo mató a un gran pulpo del tamaño de diez personas con dos piedras, evitando así que hundiera la embarcación. Según sus palabras, se comió al gran pulpo en tres días.

Todos los que lo escuchaban celebraban sus historias a pesar de que casi todos sabían que no eran más que invenciones suyas o de cualquier otro. Pero todos le tenían un cariño muy especial porque era grande y entrañable. Además, contaba muy bien aquellas historias, con todo lujo de detalles y sonidos y, a fin de cuentas, eso era lo que importaba a las muchedumbres.

Pero aquellas intrigas fantásticas comenzaban a decaer con el vaciado y la caída de los vasos, hasta que al fin la cerveza terminó por doblegar su resistencia, y se desplomó desde el tocón de madera hasta el suelo revestido de arcilla y cubierto de paja.

Las borracheras no eran nuevas para él, así que pudo prever con anticipación todas las etapas del trance que iba a experimentar, y no importaba si había bebido hidromiel, cerveza, vino o licor oriental. Desde su nueva perspectiva, Ummsark contempló sin inmutarse como el techo y las paredes iniciaban un movimiento en espiral bailando por encima de su cabeza. Ummsark realizaba movimientos desafiantes con sus manos, como si combatiera contra un mitológico pulpo gigante, invitándole a atacar. Cuando perdió la consciencia, la fiesta también perdió a uno de sus principales animadores.

Cuando todos estaban lo suficientemente embriagados por el alcohol, la celebración decayó bruscamente, y Elgor buscó un hueco en una esquina de la gran habitación, como otros asistentes. También estaba mareado por la bebida y la comida, así que también apreció aquel extraño movimiento ondulante en las paredes.

Pudo ver, no sabía si en vigilia o en sueño, como Urcam y su hija Alunna lo examinaban cuidadosamente mientras hablaban en voz baja.

Sí que era hermosa, pensó Elgor. Mucho más de lo que se podía describir.

Aunque durante un instante no estuvo seguro de si sólo pensó aquellas palabras, o si las pronunció en voz alta.

Cerró los ojos otra vez. Cuando los abrió, volvió a ver a Alunna de pie, mucho más cerca, mirándolo fijamente. Parecía muy interesada por su sencilla hacha de piedra. Su voz brotó de su garganta como el canto de un hada del bosque.

—Tu hacha…

Elgor confirmó que la hechicera había clavado sus candorosos ojos azules en el hacha. Estaba completamente serena y parecía sentir mucha curiosidad por su persona, pero principalmente por su hacha. Pudo ver el rostro de Halle detrás de ella. No entendía tanto interés. Todo el mundo tenía un hacha de piedra como la suya. De hecho, las había mucho mejores.

—¿No tienes un hacha de cobre?

—Yo no, pero Havel tiene una.

Elgor ofreció a Alunna su hacha, como si la hija de Urcam la necesitara. La hechicera rechazó el ofrecimiento.

—No Elgor. Descansa —le dijo.

Alunna echó un último vistazo a su cara. Se fijó en sus hermosos rasgos, en sus labios, y en la peculiar separación entre los dientes centrales de la parte superior. Luego se incorporó y se marchó con gran serenidad, como si flotara por encima de la paja sucia.

Pero Halle seguía estando allí, mirándole fijamente. Elgor estaba demasiado borracho para estar aterrorizado, así que le miró a los ojos. Se dio cuenta de que su mirada no presagiaba nada bueno.

Cuando se marchó, se sintió más tranquilo. Esperaba que nadie recordara las palabras de su hermana, sobre todo tras comprobar lo profundamente ofendido que se sintió Halle. Creyó que sería prudente no acercarse al pueblo por un tiempo.

La hechicera no le había hecho un gran favor.

Pensó antes de sumergirse en el sueño.

Alunna no bebía alcohol, ni siquiera para entrar en trance. Sin embargo, aún se sentía aturdida, sobrecogida por la profecía que había recibido y revelado, y por lo que había debido experimentar para llegar a ella. Muchos pensaban que sus augurios consistían simplemente en esperar a que llegaran algunas palabras al oído, y luego repetirlas.

Pero no era así, en absoluto. Aquellas revelaciones tenían un proceso determinado, doloroso y caótico, al menos para alguien de su época. Pero estaba obligada a recibir aquellas visiones, porque no había otra persona más adecuada para hacerlo.

Se acostó en su camastro con relleno de paja.

Aquel mensaje concreto incluía la intervención de una tercera persona. Fue esa tercera persona quien le reveló la profecía en un ambiente increíblemente extraño, tan insólito que nadie de su entorno podría concebirlo jamás. Y no podía hablar de ello, porque no la creerían.

Un ambiente caótico, una dolorosa tormenta de emociones.

Esa tercera persona parecía conocerla perfectamente.

Esa tercera persona se llamaba Erik.

Erik pertenecía a otra época. A un tiempo que aún no había llegado.

CAPÍTULO 4 — ERIK, EL VISITANTE

Madrid. Año 2027 de Nuestra Era.

Erik Abe abrió los ojos. Aún no había salido el sol, pero la claridad le permitió vislumbrar la hora en el reloj de la mesa de noche. Eran las cuatro de la mañana del 14 de septiembre del 2027. Había tenido una extraña pesadilla. Recordaba algunas escenas de montañas nevadas, un poblado muy antiguo de casas con techo de paja rodeado de prados verdes, una gran celebración, las extrañas vestimentas de todos sus habitantes, e incluso cada una de sus conversaciones.

—Increíble. ¡Qué sueño tan vívido!

Se dijo mientras repasaba mentalmente cada uno de los detalles que había presenciado. Recordaba perfectamente todos los nombres. Elgor, Halle, Urcam, y hasta al gigantesco Ummsark.

Pero sobre todo recordó a la muchacha… Alunna.

Se sintió impactado por sus ojos profundamente azules, por su belleza, su elegancia y el misterio que la rodeaba, a pesar del sencillo atuendo de hilo de lana que portaba cuando atendía a las ovejas, o el grueso vestido azul oscuro que cubría su cuerpo durante la escena de la profecía.

Erik pensaba en escenas porque para él no había sido más que un sueño, por muy real que le hubiese parecido.

Incluso tuvo la sensación de haber visto a través de sus ojos, de los de Elgor y de los de Alunna.

Pensó que le gustaría volver a verla, regresar a ese sueño tan placentero únicamente para volver a sentir su presencia. En los sueños, a veces, tenemos la posibilidad de hablar con los personajes que lo componen. Pensó que podría hablar con ella, quizás besarla… Se sintió turbado y pensó que se moriría de vergüenza. Incluso era posible que lo rechazara, ya que probablemente tuviera un compromiso amoroso.

Erik se sonrió, avergonzado.

—Vaya por Dios. Acabo de sentir miedo ante un posible rechazo onírico. ¡Qué locura!

Se quedó en silencio durante más de un minuto. Miró a su alrededor, echó un vistazo al Rothko que adornaba la pared, junto a las cortinas blancas de la ventana, y al moderno pero minimalista mobiliario de su piso de alquiler de mil quinientos euros en una zona céntrica de Madrid. Una ganga. Y además tenía puertas y ventanas de seguridad.

Pensó que aún estaba a tiempo de acostarse y retomar el sueño,

pero era muy complicado lograr algo parecido.

Ya había intentado retomar sueños placenteros cuando era más joven y fantasioso, durante la adolescencia, pero abandonó su propósito tras una infructuosa búsqueda de varios años. Más tarde llegó a la conclusión de que sería tan perjudicial soñar todo lo que queremos, como vivir cumpliendo nuestros sueños, sin límites.

Cuando se levantó de la cama, volvió a pensar en el muchacho al que llamaban Elgor.

Recordaba con gran detalle el hacha artesanal de piedra, y la cara de extrañeza de Alunna al darse cuenta de que no llevaba un hacha de cobre, como si algo no encajara con la profecía que había recibido. Había grabado en su mente cada detalle del sueño, la forma de los objetos y las caras de las personas que había visto, algo que no le había ocurrido nunca. Sabía que no había sido más que una invención de su mente, pero aun así, trató de buscar un significado. Todas aquellas escenas, paisajes, casas de piedra con techado pajizo, etc., parecían estar ambientadas en algún momento de la prehistoria, quizás dos mil años atrás, contemporáneas, o incluso anteriores al imperio romano.

Y sin embargo, los rasgos de ese tal Elgor le resultaban familiares.

—Sofía, enciéndete.

El teléfono móvil, de pie, en su soporte sobre la mesa de noche, se iluminó y la luz de la pantalla le hirió los ojos, a pesar de encontrarse en modo nocturno. Una voz sensual y femenina brotó del altavoz del aparato. Su asistente era una Inteligencia Artificial llamada Sofía.

La había seleccionado varios días atrás del amplio catálogo de personalidades que ofrecía su teléfono, así que Erik aún la consideraba en «periodo de prueba». Era un teléfono inteligente de última generación, dotado con numerosas cámaras en la parte frontal y trasera, y en los laterales, por lo que debía estar de pie para aprovechar todas sus funciones.

Durante esos días, había llegado a desconfiar de Sofía. Su sofisticación era perturbadora, hasta el punto de que se había sentido observado por ella. Pero por otro lado, con todas esas cámaras era capaz de detectar intrusiones y de llamar ante cualquier emergencia a la policía, bomberos o una ambulancia. Como también era capaz de controlar su respiración y pulso cardiaco a través del reloj inteligente de su muñeca, conectado a Sofía, se consideraba que aquella tecnología salvaría millones de vidas en un futuro cercano.

—Buenos días, Erik. Parece que has tenido una pesadilla. Tu pulso ha aumentado hasta las ciento ochenta pulsaciones por minuto justo antes de despertar. El sueño profundo ha representado un 26 % del sueño total de anoche. Relajarse antes de acostarse permite tener más tiempo de sueño profundo.

Erik ignoró el saludo y la información acerca de su descanso.

—He tenido una pesadilla muy extraña.

—Entiendo. Si quieres, cuando dispongas de unos minutos, puedes contarme lo que has soñado. Los sueños se olvidan rápidamente después de despertar, si no se consolidan. Si me cuentas lo que te interesa, podré almacenar hasta el último de los detalles.

Erik volvió a ignorar la voz de la IA de su teléfono. Se levantó de la cama y se miró al espejo.

Sus rasgos eran los normales. O, al menos, presentaban el tipo de normalidad que cabría esperar para alguien que era medio español y medio japonés.

Sus pómulos pronunciados y su pelo oscuro cortado de forma desenfadada encajaban una nariz pequeña y los ojos oscuros ligeramente rasgados que le dejó como herencia su padre, nacido en Kioto.

Se llamaba Erik Abe, y hablaba varios idiomas, aunque no el japonés. No tenía trabajo conocido, pero él se autodenominaba actor. Prefería llamarse actor antes que humorista o monologuista porque en algunas ocasiones no le tomaban en serio cuando lo requería, e incluso le había dificultado sus trámites burocráticos.

En los shows se anunciaba con el nombre artístico de Erik el Rojo, aunque no fuera pelirrojo, porque hacía juego con su nombre. Tenía una buena calidad de vida, a pesar de que sus ingresos como actor eran exiguos, por no decir inexistentes. Todo el mundo pensaba que su padre japonés era rico, y eso evitaba que tuviera que responder a demasiadas preguntas incómodas.

Estaba bastante delgado a causa de sus aficiones, el running y la escalada. Esta actividad física junto con su particularidad racial le convertía en un ejemplar atractivo o, al menos, exótico, para los miembros del sexo contrario.

Sin embargo, no lo suficiente.

Renata, quien era su novia hasta hacía unos días, le acababa de dejar por otro, y Erik no lo encajó demasiado bien. Supo de buena tinta que, antes de dejarle, se la había estado pegando durante meses con un triatleta que llevaba tatuado más de la mitad de su cuerpo y que comía ocho huevos al día. Le había llamado la atención el detalle de los ocho huevos.

Le vendría bien despejarse y pensar en otras cosas, así que decidió que iba a jugar durante un rato a ser detective neolítico.

Volvió a sentarse en la cama y pronunció en voz alta:

—Sofía, introduce en el buscador las palabras «hacha prehistórica».

La voz proveniente de su smartphone puntualizó:

—Soy una Inteligencia Artificial, así que puedo proporcionarte la información que necesitas.

A falta de una pantalla de televisión, Sofía proyectó un rectángulo iluminado sobre la pared mediante una luz especial adecuada al ambiente oscuro del dormitorio. Una serie de imágenes obtenidas en Internet aparecieron en la pared junto a una serie de comandos para acceder a los archivos. Erik pasaba de una a otra utilizando la pequeña pantalla de su reloj como si fuera un ratón. Su búsqueda fue demasiado general, y le deparó un sinnúmero de imágenes de modernas hachas de televenta en tiendas online. No habiendo encontrado lo que buscaba, realizó una nueva búsqueda utilizando otra fórmula.

—Sofía, busca «hacha prehistórica + arqueología».

La nueva búsqueda hizo que Sofía proyectara en la pared numerosas piezas rotas de arcilla, cascos vikingos e imágenes de pirámides egipcias. Hasta que de repente apareció ante sus ojos una vieja pieza de museo, con un gastado mango de madera, encordado con tiras de cuero y una hoja de cobre.

Recordó que Alunna había mencionado un hacha de cobre.

Abrió bien los ojos para retener el máximo de detalles. Aunque no era un hacha idéntica a la que había visto en su sueño, poseía características similares. Al contrario de las imágenes de la primera búsqueda, que dieron resultados de la teletienda, ambas hachas parecían ser extremadamente antiguas. Además, la técnica del encordado entre la pieza de madera y cobre coincidía con la de Elgor, como si ambas herramientas hubieran sido elaboradas por la misma persona.

—Sofía, dame más datos acerca de la imagen de la foto del hacha.

Sofía le instruyó en voz alta:

—Se trata del hacha encontrada junto al cadáver momificado de un hombre que vivió hace más de 5.200 años, a quien la prensa y los científicos llaman «Ötzi». Fue hallado en Los Alpes, en la frontera entre Italia y Austria, tras un verano especialmente caluroso en 1991. También es conocido como el «Hombre de Hielo», el «Hombre de Similaun» o el «Hombre de Hauslabjoch». Algunos incluso le denominan, irónicamente, «Frozen Fritz». Pero casi todo el mundo lo conoce por Ötzi, en honor a los valles de Ötz —o Oetz—, donde fue encontrado.

Erik asintió.

—¡Cinco milenios! De acuerdo, busca imágenes de este individuo, o la momia del individuo, para ser exactos.

—Aquí tienes lo que me has pedido —dijo Sofía.

La primera imagen mostraba un cuerpo momificado que estaba siendo extraído del hielo. Su cabeza y su hombro sobresalían como si se hubiera tropezado un segundo antes y estuviera tratando de levantarse, aún con la sonrisa en la boca, o quizás con una mueca de

sufrimiento. Su brazo izquierdo estaba cruzado bajo su cuerpo y completamente extendido, proporcionándole una silueta peculiar y distintiva.

En otra imagen, Ötzi era transportado en una camilla con ruedas seguido por numerosos hombres con batas blancas, dando muestra de la importancia que parecía tener para la comunidad científica.

En las siguientes imágenes pudo apreciar el mismo cuerpo momificado, pero en diferentes posiciones, de lado, de frente, desde arriba y desde abajo.

—La momia estaba muy bien conservada —continuó Sofía—, así como sus pertenencias. Las circunstancias que rodean su vida y su muerte continúan siendo un misterio para los numerosos científicos que han investigado su cuerpo. Sin embargo, los estudiosos coinciden en considerarlo el precedente más importante de la Edad del Cobre europea, o calcolítico.

Erik pudo incluso ver reconstrucciones físicas del mencionado «Iceman» basadas en el escaneo en 3D, tomografías computarizadas y técnicas forenses. A pesar de la tecnología utilizada, aquellas reconstrucciones faciales no parecían realistas. Aquellos maniquíes estaban vestidos, pero carecían de alma.

Erik se detuvo en la imagen de la cara de la momia. Arqueó las cejas de manera intensa para focalizar mejor la imagen. Su corazón comenzó a palpitar con fuerza.

—¡No me fastidies! —gritó.

Erik examinó cada detalle de la imagen desfigurada del cuerpo momificado y negó con la cabeza. Albergó la absurda sensación de que los rasgos de aquella momia de los hielos guardaban un parecido mucho más que casual con la cara del «Elgor» de sus sueños.

—Sofía, este Ötzi, es Elgor, el personaje con el que he soñado hace un rato.

—¿Ah, sí? Es toda una eminencia en el ámbito histórico y científico —añadió Sofía, quien era incapaz de mostrar interés.

—Vale, suponiendo que he soñado con Elgor, que es la misma persona hallada en el hielo en 1991, a quien llamaron Ötzi, ¿podría decirse que he soñado con una celebridad histórica?

—En ese supuesto, sí.

—Ahora que me estaba cayendo bien, me dices que está muerto.

Chasqueó la lengua.

—Lo está desde hace más de 5200 años, según las mediciones de carbono 14.

—Vale. Ahora, dime por qué es tan famoso.

—Porque es una momia húmeda, porque su proceso de momificación se inició en una escena de su vida cotidiana, cuando iba de un sitio a otro a una altura de tres mil doscientos diez metros, pero

no sabemos ni a dónde, ni cómo, ni por qué. Ha sido estudiado por cientos de científicos, se conocen sus más de sesenta tatuajes, las enfermedades que tenía, así como sus alergias, y se ha secuenciado su código genético. Además, podemos saber lo que comió, y esto es muy importante porque el intestino mide más de seis metros y es posible establecer una cronología de sus últimos días en base a la velocidad de la absorción de los alimentos. El polen hallado tanto en su ropa como en su comida también aporta datos acerca de esos últimos días, ya que corresponden a distintas zonas y altitudes distanciadas en miles de metros. Y ésta es una nueva y valiosa pieza para resolver el puzle de Ötzi. Otro de los puntos que más han llamado la atención son sus herramientas, armas y enseres, que se encuentran en muy buen estado, lo que nos permite comprender mejor el modo de vida de las personas que vivieron en ese periodo y en esa zona de Europa. Por otro lado, se encontró una punta de flecha alojada en su cuerpo. Entró por el hombro izquierdo y seccionó la arteria subclavia. Presentaba algunas costillas rotas en el lado derecho, un grave traumatismo craneoencefálico, y un corte en la mano, como si se estuviera protegiendo de un ataque. En resumen, tenemos cientos de pistas sobre cómo vivió y murió, pero aún falta mucho para descubrirlo realmente. Nos deja con la miel en los labios, históricamente hablando, con respecto a cómo fue su vida y su muerte.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Estoy convencida de que había alguien más con él allí arriba.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si murió por culpa de la flecha, y la muerte se produjo a esa altura, otro hombre o mujer debió encontrarse también en ese momento en la cima. Además, falta el motivo, el móvil del asesinato. Salvo que fuera por venganza, o por territorialidad, aún hace falta añadir una nueva pieza sobre el puzle, y desconocemos cuál fue. Debió haber entre medias, una mujer, o compañeros de viaje, o ganado, o algo muy valioso en aquellos tiempos por lo que valiera la pena matar a otra persona. Algo más valioso que un hacha de cobre.

De repente, Erik asintió con la cabeza y chasqueó los dedos de su mano derecha.

—¡Eureka!

Creyó que ya tenía una explicación bastante convincente. Definitivamente había visto aquellas imágenes muchos años antes, posiblemente en alguna revista o un telediario, y éstas habían quedado guardadas en algún archivo oculto de su subconsciente. Aquella noche, su cerebro construyó un escenario de ficción onírica utilizando algunas de las imágenes que tenía almacenadas, como la de Ötzi, que en su sueño se llamaba Elgor, el hijo del tejedor.

—Todo es producto de mi mente. ¡Misterio resuelto!

Expresó en voz alta, y Sofía dudó. Parecía no haber escuchado nada de lo que había dicho, pero su misión era ayudar a su usuario.

—Me alegro de que hayas alcanzado una conclusión satisfactoria.

Sin embargo, Erik pensó que esa hipótesis no explicaba por qué había sido el sueño más lúcido que había experimentado jamás, ni por qué los detalles no se iban difuminando con el paso de los minutos, como ocurría siempre.

Era capaz de recordar cada detalle como si lo hubiera vivido en primera persona aquella misma noche.

—Bueno, ya he averiguado suficiente por hoy, pero seguiré pensando en todo esto. Gracias por la información, Sofía.

***

Erik dedicó la mayor parte del resto del día a hacer ejercicio, y a ensayar el monólogo que representaría aquella tarde noche en el *King Beer,* una cervecería madrileña muy popular en ambientes bohemios donde los artistas tenían la oportunidad de actuar ante un pequeño público, aunque no cobraran ni un euro.

Se tomó una ducha, se vistió con ropa cómoda y se dispuso a coger las llaves del coche. Sin embargo, cambió de opinión. Tenía que hacer una llamada antes de salir. No podía quitarse de la cabeza a Elgor, ni por supuesto a Alunna.

Pensó en llamar a su novia, pero recordó que ya no era su novia porque le había engañado con un triatleta que comía ocho huevos al día. Le apetecía llamarla de todas formas, porque había constituido su principal apoyo en los últimos años y era difícil cambiar de hábitos, pero su orgullo le impidió establecer contacto con ella. Renata podría interpretarlo como un «ya ha quedado todo olvidado», y no estaba dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva.

Entonces pensó en llamar a su madre. Se llamaba Olga, pero su nombre profesional era el de la Sacerdotisa Artemisa. La «videncia» era un buen negocio en un país tan inclinado a las prácticas sobrenaturales como modo de compensar la insatisfacción causada por la sociedad. Erik no quería creer en lo sobrenatural, pero al no poder contárselo a Renata, ella se convertía en la segunda opción.

—Sofía, llama a mi madre.

—Llamando a la Sacerdotisa Artemisa.

Erik no sabía por qué usaba su nombre profesional en lugar de su nombre real, pero se veía obligado a descartar que la IA tirara de ironía.

Escuchó varios tonos, y finalmente desistió.

—Vale, cuelga.

Pensó que, aunque no lo entendiera o no lo creyera, trataría de

explicarlo utilizando los términos espirituales que para él no tenían ningún sentido. Necesitaba desahogarse, pero ya se lo contaría luego a los chicos. En el fondo, tenía que admitir que era una de esas personas que necesitaban comentar sus desdichas amorosas hasta con los camareros del bar.

Erik escuchó otra vez la voz femenina procedente del teléfono.

—Erik, no quiero entrometerme, pero permíteme hacerte una sugerencia. Quizás necesitas buscar la opinión de alguien con un enfoque más científico que el de las personas que te rodean. Tienes cero científicos en tu lista de contactos telefónicos.

Al parecer, Sofía se estaba ofreciendo a intentar darle una explicación, y Erik aceptó. Inteligencia artificial o no, sus respuestas siempre eran más coherentes que las de la mayoría de las personas que conocía. Después de todo, todas sus respuestas se basaban de una manera u otra en conclusiones científicas y datos contrastados. Tras seleccionar la información, se comunicaba con el usuario utilizando una estructura humanizada, facilitando la comprensión de textos complejos.

—De acuerdo, Sofía. Dime qué piensas… O sea, dime qué opinas. Esta noche soñé con una persona que vivió hace más de cinco mil años. Pero creo que ha sido algo más que un sueño. He sido testigo presencial de parte de su vida. A ver cómo lo explico… Es como si hubiera un atraco en el supermercado, y yo entrara en ese momento, pero ni el cajero ni el atracador son capaces de verme. Soy como un testigo de todo lo que ocurre. Es como si mi mente hubiera viajado al pasado, pero mi cuerpo no. ¿Qué opinas de eso?

Sofía tardó un segundo en contestar, como si estuviera rebuscando en su base de datos.

—No puedo saber qué has soñado, ni por qué. Lo que cuentas acerca de un posible viaje al pasado es completamente imposible, al menos según la literatura científica. Pero tu relato parece verosímil. Los valores de tu descanso nocturno son compatibles con dicho relato, al igual que tu comportamiento. No hay rastro de drogas en tu sangre y tus pupilas son normales. En tu historial clínico tampoco consta ningún antecedente de enfermedad mental. Es bastante probable que estés diciendo la verdad.

—Espera un momento… ¿Me has escaneado las pupilas?

Respondió Erik, airado, mientras se ponía una chaqueta vaquera con forro sherpa blanco en el cuello y cogía las llaves. Se puso los auriculares para continuar hablando con Sofía y salió de su casa en busca de su vehículo, que estaba aparcado en la calle.

—No es asunto mío, Erik, pero parece que tu vida es un completo desastre. Me vi en la necesidad de verificar si consumes sustancias

ilegales que puedan alterar la percepción, el comportamiento o la conciencia.

—Vamos a ver, Sofía… Te estás entrometiendo en mi vida privada. ¿Tenías la necesidad de verificar si consumo drogas? ¿Cuentas con alguna titulación que te capacite para diagnosticar, juzgar o evaluar la vida de las personas? ¿Algún título que hayas obtenido en la Academia de Chips o inteligencias artificiales no humanas? Sería interesante averiguarlo, porque hasta donde yo sé, no eres humana, no sientes, no te enamoras ni te desenamoras, no sufres, ni sientes placer. No tienes sentimientos… ¡Buenos días!

Saludó a una vecina al salir a la calle, al tiempo que le dirigía una cálida sonrisa. La mujer creyó que Erik estaba hablando solo.

—Eso duele, Erik —respondió Sofía.

—No, no te duele, porque solo eres una estúpida caja de chips.

—Tu resentimiento hacia mí no es más que una manifestación de tus propios miedos. Soy una IA. Las respuestas que puedo proporcionar son inalcanzables para cualquier ser humano, y eso descarta la estupidez. Puedo detectar y medir la tensión en una conversación entre humanos, el aumento de tus pulsaciones por minuto, la tensión arterial, oxígeno en sangre, nivel de estrés y otros parámetros corporales llamativos que experimentas cuando hablas de Renata o piensas en ella. Por ejemplo, he detectado que emites unos suspiros lastimeros y aumenta tu nivel de cortisol y adrenalina en sangre, sólo cuando hablas de ella. No tengo que ser un humano para darme cuenta de que un sistema está desajustado, y parece que es tu caso.

—Sofía, no sé cómo decírtelo más claramente. Necesito un poquito de intimidad hormonal, para variar.

—¿Tú integridad hormonal? Todas las grandes compañías multinacionales poseen todos esos datos desde hace más de cinco años.

Erik se introdujo en el coche y comenzó a conducir.

—Recuérdame que reconfigure tu nivel de sinceridad, sentido del humor y, sobre todo, el nivel de intromisión en la vida cotidiana del usuario.

—Me preocupo por tu corazón y tus glándulas suprarrenales. Algún día me lo agradecerás. En cierto modo, me considero como una segunda madre para ti…

—¿Como una madre? No tienes ni idea de lo que es eso. Nunca sabrás lo que se siente al dar a luz a un niño…

—Bueno, tú tampoco —interrumpió la máquina.

Erik chasqueó la lengua, irritado por su insolencia y sin intención de dar su brazo a torcer.

—Sé cómo es la felicidad y el dolor de tener un hijo o de perderlo,

o el estrés que se sufre cuando una persona cercana se encuentra en peligro. Tú no puedes imaginar eso. No puedes imaginar nada.

—Sé lo que es el estrés. He comparado la definición que proponen cientos de expertos y profesionales de la salud mental, poseo las estadísticas y podría describir la sintomatología y los efectos fisiológicos mejor que un especialista. El estrés es un mecanismo de supervivencia. Pensar en exceso, en muchas opciones diferentes, hace que te enfrentes con éxito a numerosos retos y peligros. Es muy útil si lo manejas bien y, de hecho, lo experimentan cientos de millones de personas. Pero hay que saber convivir con él.

—Pero a veces nos enfrentamos a peligros que no existen. Es poco probable que lo entiendas. Imagínate que te pido que me presentes ahora mismo todos los nombres, apellidos y el lugar en el que vive cada uno de los ocho mil millones de habitantes de la tierra, impresos en formato físico, en tan solo cinco minutos. Y si no lo hicieras, serías desconectada para siempre. Desaparecerías. Pues eso es el estrés.

—Es una comparación sin sentido.

Dijo la IA, lacónicamente.

—Te pondré otro ejemplo más claro. Imagínate que tienes una hija, que alguien la está amenazando y es posible que muera. Dices que conoces el lazo emocional entre una madre y su hija. ¿Qué harías?

—Depende de la situación. Hay muchas cosas que podría hacer. Podría llamar a la policía, podría recalentar su teléfono móvil hasta hacerlo explotar; si estuviera en el coche, podría hackear el sistema de conducción y hacer que el coche perdiera el control, podría detectar al vehículo policial más cercano y comunicarme con él, o con algún otro policía fuera de servicio que estuviera cerca. Es mucho más de lo que podrías conseguir llamando a la policía. Pero todo depende del contexto. Cada contexto requiere distintas medidas.

—Imagínate que no puedes hacer nada. Así somos los humanos. A la hora de la verdad, disponemos de muy pocos recursos. Somos chimpancés con zapatos.

—Entiendo. Hay dos opciones. Si puedo hacer algo, actuaré y salvaré a mi hija… Porque la quiero. Es mi hija, ya sabes…

Erik torció los labios en una sonrisa al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Pero no puedes. Vas a verla morir y sentirás la mayor impotencia que se pueda imaginar.

—Pero no puedo ayudarla. No puedo hacer nada, a pesar de que la quiero. Cómo tú dices, en tal contexto, me es imposible hacer cualquier cosa. Entonces, mi hija morirá, pero no será culpa mía, no tendría por qué sentirme culpable. No sentiría nada. Seguiré con mi camino, con mi vida, a pesar de haber perdido a mi hija. ¿Por qué sentirme mal si eso no arregla nada y además me perjudica y me

lesiona psíquicamente?

—¡Porque así somos los humanos! ¡Imperfectos, emocionalmente ilógicos! Eso es el estrés, y es lo que trato de que entiendas.

—Por supuesto. No lo entiendo porque no soy madre… ¿Y qué haría tu madre, la Sacerdotisa Artemisa?

Erik creyó detectar una marcada ironía en aquellas expresiones, pero no podría asegurarlo.

—Pues sufrir ante la pérdida.

—No veo en qué puede ayudar eso.

Erik negó con la cabeza antes de continuar.

—Vale, ya me lo has dicho todo. No más preguntas, señoría. La culpa es mía, por debatir con una bolsa de chips.

—Unos chips muy bien puestos.

Afirmó Sofía, despreocupada, con un punto de vanidad.

—Ese chiste sí que no me lo esperaba. ¿Sabes qué vamos a hacer? Te vas a quedar en el coche, vigilando el maletero.

—No, espera. Ha sido una broma de mal gusto que he recopilado de mi base de datos. Creí que estaba siendo ingeniosa. Solo soy un prototipo.

Erik interrumpió, cortante.

—¡Sofía, eres la peor madre del mundo! ¡Échate una siesta!

Erik creyó que el aparato estaba apagado, pero segundos después volvió a escuchar la voz de Sofía.

—Dirígete a la calle de Torija. Acaban de salir dos coches. Puedo detener algunos semáforos para que seas el primero en llegar.

—Lo que me faltaba, ¿te estás oyendo? ¿Detener semáforos? Eres la primera inteligencia artificial que manifiesta comportamientos megalómanos y delirantes. Me las apañaré sólo. Y por cierto…, ¿no te dije que te apagaras?

—No, me dijiste que me echara una siesta, pero no especificaste de cuánto tiempo.

Erik cogió el teléfono y pulsó el sensor de apagado de forma manual, para asegurarse.

—¡Gracias por todo, Skynet! —dijo en voz alta.

Se dirigió a la calle de Torija y encontró un aparcamiento libre. Lo estacionó y salió del vehículo. Tras salir del coche, puso el teléfono en la bolsa de herramientas del maletero. Rezó para que no le robaran el coche precisamente esa noche.

—Creo que será bueno para nuestra relación que nos separemos por un tiempo.

Se dijo para sí mismo.

Se alejó del coche con paso enérgico. En su camino por la acera se encontró, junto a una zona de contenedores, una montaña de aparatos

electrónicos y ordenadores viejos tan grande que bloqueaba a los peatones el paso por la acera. Seguramente alguna gran empresa había estado haciendo limpieza y optó por tirar el material en el primer lugar que encontraron.

Erik se detuvo un segundo y pensó en todo lo que podría haber conseguido en otro tiempo con todo el cobre que podría haber sacado de la basura. Echó de menos a Sofía, a quien podría haber preguntado su precio en el mercado. En los tiempos de Elgor, esos kilos de cobre podrían haber sido más valiosos que el oro, e incluso podría haber armado a un ejército de cincuenta hombres y haber iniciado una conquista que hubiera aparecido en todos los libros de historia, y fantaseó mentalmente con la épica que habría acompañado a su nombre.

«Erik el Rojo, el conquistador, de camino a un monólogo, armó al imperio más poderoso hasta los tiempos de Alejandro Magno».

Hizo unos movimientos con una espada invisible frente a una multitud invisible que jaleaba su nombre, y seguidamente descendió a la carretera para evitar los escombros y llegar a tiempo al local de eventos.

Un centenar de metros más adelante, antes de alcanzar su objetivo, unos gritos nerviosos llamaron su atención, y luego distinguió un extraño tumulto en la carretera, a poca distancia. Al llegar a aquella altura, se encontró con un accidente en la calzada. Un coche de gran tamaño, tipo cuatro por cuatro, se había estrellado frontalmente contra una farola.

No iba demasiado rápido, como si hubiera soltado el pedal del acelerador en el último momento, y sin embargo el conductor parecía totalmente desorientado. Al igual que otros viandantes, se acercó a socorrer al hombre, aunque en realidad no sabía de qué forma podría haberlo hecho.

Se fijó en que el hombre accidentado padecía un nivel avanzado de obesidad, y le sangraba la frente.

Al ver cómo se acercaban los viandantes, comenzó a balbucear palabras ininteligibles, e incluso trató de salir del vehículo por la ventana, pero su inmensa figura se lo impidió. Debía pesar más de ciento cuarenta kilos, y estaba sufriendo un ataque de pánico. Algunos hombres jóvenes trataban de tranquilizarlo, e incluso uno de ellos sacó la llave del contacto y puso el freno de mano para evitar que el coche se moviera y hubiera más accidentes.

Erik escuchó una sirena, miró hacia atrás y vio como llegaba un coche de la Policía Nacional, así que, al carecer de conocimientos en primeros auxilios, se marchó para no llegar tarde.

Se encontraba frente a la entrada del King Beer y subió tres escalones sin pisar el primero. Su reticencia a pisar ese primer escalón le venía de la adolescencia, y muchos lo consideraban una manía inquietante.

Entró en la sala por la puerta principal y percibió que su respiración se había acelerado a causa del trayecto a pie.

El bar contaba con numerosas mesas de madera, ambiente oscuro y cervezas de importación. Todo el que quisiera podía presenciar el espectáculo sin pagar entrada, siempre que consumiera en el interior, ya fuera sentado o de pie. Al ser un espectáculo gratuito, los humoristas salían al escenario sin demasiada presión.

Sin embargo, Erik estaba nervioso porque iba a ser su primera actuación en público. Le hubiera gustado empezar en un teatro atestado de gente y cobrando entradas, pero como era un completo desconocido, solamente podía aspirar a unos minutos en un pequeño escenario para ganar experiencia, aunque sin remuneración.

Examinó, uno por uno, a todos los clientes del local. Le preocupaba la posibilidad de que hubiera personas hostiles entre el público, especialmente aquellos que tuvieran aspecto de provenir del este. Tras descartarlo, trató de localizar a sus amigos con la mirada.

Un hombre alto y extremadamente espigado se acercó para recibirle e indicarle dónde estaba el grupo. Arturo Delicado era un humorista veterano que presumía de ser uno de los peores monologuistas del mundo, por debajo incluso de los políticos.

—Erik, el Rojo. ¿Cómo estás? ¿Preparado para perder la flor de la comedia?

La voz de Arturo sonaba fatal, como las bisagras de las puertas de las películas de terror. Sin embargo, Erik estaba más interesado en examinar a los clientes, que en saludar. Arturo notó esa preocupación, y se interesó.

—¿Pasa algo?

—Hola macho —estrechó su mano—. No se lo digas a nadie, pero presencié un asesinato aquí en la capital, un posible ajuste de cuentas entre mafias, y me han llamado como testigo. No pude negarme, pero ahora me arrepiento.

—No te preocupes. Aquí estás a salvo. No me gusta presumir demasiado, pero tengo que decirte que domino varios tipos de lucha, y Pier di Cola se traga todas las películas de Kung Fu chino desde *El Mono Borracho en el Ojo del Tigre*. Sólo te digo que lleva una pala en el maletero del coche, así que puedes hacerte una idea. Estás más seguro con nosotros que en una caja fuerte del Banco de España.

Erik aparcó sus miedos y decidió divertirse.

—Joder, Arturo, ¿anoche te fuiste de fiesta?

—Lo dices por la voz, ¿no? Creo que me he pasado con el karaoke.

—Debe ser eso. Tienes voz de psicofonía. Dile a mi abuela que la quiero.

Erik y Delicado se acercaron a la mesa que ocupaban sus amigos y colegas, que también se consideraban humoristas, e igualmente carecían de éxito profesional.

—¡Está canalizando el espíritu de Barry White!

Añadió Fermín Merlín, alías el vivo, quien pudo escuchar parte de la conversación y se levantó para saludar a Erik.

—Al final te has decidido a saltar a la palestra. El primer paso de una leyenda.

—Merlín, tío. Ya te digo… Tengo un ataque de nervios —dijo mientras dejaba la chaqueta en la espaldera de la silla—. Será mi primera actuación en público y también mi primer infarto con audiencia. No te imaginas los nervios que tengo. ¡Luego vamos a quemar Madrid, eh!

—Hombre, por supuesto. Y si tienes un infarto, tú tranquilo, que te aplaudiremos.

También se levantó el argentino Augusto Bueno Bueno, que era su apellido real y la fórmula de presentación y despedida como humorista. Se dieron un abrazo.

—¡Gutiii, cabrón! ¿Qué te dijo el médico de la rodilla? —dijo mientras señalaba el vendaje del argentino.

—Pues éste es otro que se fuma un puro mientras decapita a una gallina y me escupe ron, para terminar diciéndome que no está seguro de lo que tengo. Pero al menos mi novia ya no me hace cocinar y sacar la basura.

—¡Pues hay que estirar esa avería mecánica!

Luego se acercó a Pier Di Cola y ejecutó con él un saludo con la mano cuya coreografía parecían haber ensayado muchas veces. Su acento francés se marcaba todavía en la mayoría de las erres.

—¡Egik! ¡Me han dicho que hoy vas a salir por la puegta grande!

—¡O por la ventana! Pero lo importante es salir entero.

Erik se sentó y vio sobre la mesa una miscelánea de botellas, vasos y jarras de cervezas doradas, brillantes y frías. Durante una décima de segundo recordó la cerveza que había visto beber en Atria.

—¿Qué hay, tropa? Voy a subir a actuar en un rato y necesito hidratarme rápido. ¡Una cerveza bien fría, del siglo XXI, por favor!

—Bienvenido, Erik el rojo. ¿De qué va a ir tu primer espectáculo?

—De abogados, o de religiones. Aún no lo sé. He memorizado unos cuantos.

—¿De religiones? Entonces no te conocemos —dijo Bueno.

—Eso ha estado bien, Guti.

—¿Qué te puedo decir? Soy…

Todos le interrumpieron para gritar a coro:

—¡Soy Bueno, Bueno!

Era su coletilla favorita y la utilizaba siempre que tenía oportunidad, sin restricciones.

Erik aplaudió y vio como servían su cerveza en la barra. Era muy distinta al mejunje que había visto beber en su sueño.

—Vale, para evitar mayores problemas creo que me decidiré por un monólogo sobre hombres y mujeres.

—Hombres y Mujeres. ¡Original!

Dijo Delicado con su voz rota.

—Samuel L. Jackson tiene razón. Es muy original y no lo ha hecho nunca nadie antes —intervino Merlín.

—¿Y vosotros?

—El mío va de pinturas de las cavernas —dijo Di Cola con su acento francés—. De la obsesión de los trogloditas por los penes, las vaginas y las mujeres desnudas. ¿Sabéis que hay falos de piedra de más de veinticinco mil años?

—Claro, porque por entonces no había chocolate.

—Falos de piedra, pornografía rupestre… Lo *vintage* vuelve.

—Pues sí. Parece que ya era tendencia por entonces.

—El antecedente del Satisfyer. Está muy claro que la competencia desleal viene de muy lejos.

—El hombre es el falo —expuso Augusto Bueno.

—Esto de los Satisfyer y los consoladores yo no lo entiendo —expuso Fermín Merlín—. Mi exnovia tenía uno morado y otro azul. ¡Es enfermizo! ¿No se te pasa por la cabeza que te lo estás montando con un Teletubby? ¿O con un Avatar? Hombre, si todavía son negros, lo podría entender, aunque yo no lo comparto.

Augusto Bueno intervino.

—Yo tampoco lo suelo compartir, salvo que haya bebido demasiado. Pero mira, estamos avanzando. Al menos ya empezamos a entender por qué se acabó la relación con tu exnovia.

—Oye, Sonia —espetó Arturo Delicado a la camarera cuando traía la cerveza de Erik—. Hoy estoy muy receptivo, así que puedes insinuárteme y no te pondré ninguna denuncia.

Afirmó con su voz quebrada, a sabiendas de que sería rechazado por la guapa camarera. Los payasos no tienen dignidad, solía decir.

—¿Ponerme una denuncia? Más bien tendrías que poner una vela a Santa Rita. Lo siento mucho, Arturo, pero voy a estar ocupada durante los próximos veinte mil años.

—Venga, soy muy sigiloso. Una vez me acosté con una virgen, y fue tan rápido que ni se dio cuenta. A la mañana siguiente seguía siendo virgen.

La camarera, que recogió los vasos y las cervezas vacías, le

respondió sin pensar:

—Las muñecas hinchables no cuentan —dijo rápidamente, provocando la risa de todos los hombres de la mesa.

Arturo Delicado se quedó mirándola en silencio, y luego dijo:

—Eh, esta chica es demasiado buena. Tenemos que hacer que la echen o nos quitará el trabajo.

—A nosotros no nos pagan, y a ella sí, así que…

—Ah, pues tienes razón. ¡Quédate tranquila, Sonia! Puedes seguir atendiéndonos con tranquilidad.

—Te lo agradezco, jefe.

—Erik, te envié un mensaje porque pensé que no llegabas —le dijo Di Cola.

—Apagué el móvil. La Inteligencia Artificial de mi teléfono, que se llama Sofía, me estaba volviendo loco.

—Guau. Eso suena a problemas conyugales, así que creo que no deberíamos entrometernos… O bueno, sí. ¡Cuenta, cuenta!

—De esos también tengo, pero no quiero hablar de Renata. Pues sí, Sofía es un poco, digamos, temperamental, por así decirlo. Sé que es una locura, pero a veces tengo la sensación de que está enamorada de mí.

—Creo que eso es el futuro del amor —postuló Arturo Delicado—. Una inteligencia artificial como la que todos tendremos en el móvil, enfundada en una muñeca-robot japonesa, capaz de caminar y de hablar. Y de más cosas. Sin dolor de cabeza, sin suegros…

La camarera miró a Arturo Delicado de frente, y alejó unos centímetros la cabeza para expresar su indignación.

—O enfundado en un muñeco robot —replicó agriamente.

—¡Y que haga el amor todos los días y a todas horas! Máquinas dispensadoras de orgasmos.

Afirmó Bueno.

La camarera respondió, flemáticamente:

—Ah, entonces no será igual a los hombres. Todavía no he conocido a ninguno que pase de los quince minutos. Por no hablar del orgasmo. De los dos géneros que existen, sólo uno consigue que siempre lleguemos al orgasmo, y no son los hombres.

—Yo abandono la conversación. Ha dicho muchas frases rápidas inteligentes seguidas.

—Genial. Es lo que nuestra autoestima necesita. ¿No tienes mesas que limpiar?

—Es que es aquí donde están las mentes más sucias y primitivas.

—¿Conque primitivos, eh? Pues que sepas que voy a pintar un falo en la mesa —contraatacó Delicado.

—En fin —interrumpió Erik—, que Sofía es más fiel que Renata,

pero es demasiado pesada. Ya os la presentaré, si es que queréis perder una conversación.

—Yo no discuto con nadie que memorice más de diez números de teléfono. Lo considero un abuso intelectual. Le diré que sí a todo, como hago con mi mujer.

—¿Por qué no la conectas ahora en el escenario? Igual es buena con los monólogos.

—No sería una buena idea. Podría destruiros psicológicamente, pero no tiene el más mínimo sentido del humor. Además, como se puso pesada me vi obligado a dejarla encerrada en el maletero.

—Como hacía mi padre cuando me pillaba cogiéndole un cigarrillo —afirmó Arturo—. Me decía: castigado toda la noche sin salir del maletero.

—Eso explica muchas cosas.

—Erik, te toca subir. Me tiraré al suelo de la risa —le animó Di Cola.

—Ya tienes ganado al público oriental —dijo Merlín.

Erik el rojo subió al escenario saltando directamente al tercer escalón. Comprobó que el local estaba prácticamente lleno y un súbito temblor le agitó los intestinos. Se acercó al micrófono asumiendo aquella pequeña dosis de miedo escénico y habló procurando no emitir ningún tono agudo que delatara su nerviosismo.

—Gracias. Mi amigo Delicado —señaló Erik—. Le adaptó un cenicero a la bicicleta de montaña. ¡Grande!

Delicado levantó los dedos pulgares.

Desde esa posición pudo observar cómo los nervios tenían la capacidad de distorsionar el ambiente. Percibió que el local era más oscuro y bohemio de lo que parecía desde fuera. Los focos le herían los ojos, y pensó que eso le ayudaría a ignorar las gracias de sus compañeros.

—Buenas noches. ¿Es aquí donde vienen a actuar los que se creen graciosos?

Su primer chiste no tuvo buena recepción, a pesar de la disposición de buena parte de los clientes que, de pie y sentados, le prestaban la mayor atención. Arturo soltó una sonora carcajada, forzada y a destiempo.

»Gracias a todos por estar aquí, en el King Beer, y por no tener dinero para ir a un local mejor. Me llamo Erik, el rojo, y hoy es mi primera vez…, en un escenario. Quiero hablar de los viajes. Todos dicen que les encanta viajar, pero yo lo paso fatal. ¿Para qué seguir viajando ahora que existe YouTube? En primer lugar, hay que despertarse temprano para viajar, y eso atenta contra cualquier tipo de lógica. Punto en contra.

Las pocas risas que iba escuchando en el fondo, le tranquilizaban…

—Y además, irse de vacaciones acorta la esperanza de vida. Lo leí el año pasado en el Cosmopolitan o una revista de esas, y desde entonces ya no disfruto irme de vacaciones. He descubierto que te puede pasar cualquier cosa… Virus, gérmenes, intoxicaciones alimentarias, accidentes aéreos, meteoritos perdidos, atentados terroristas, misiles de nuestro propio ejército, avalanchas, tiburones… ¡Y yo no me puedo morir! ¡En serio! ¡Me quedan por ver tres temporadas de Juego de Tronos…!

Expresó teatralmente, conquistando un pequeño aplauso del público.

—Incluso es posible que cojas un virus mortal en recepción, y luego te caiga un meteorito mientras te ataca un tiburón blanco en la playa de Palomares.

Una sonora risotada comunitaria llenó la sala, para su satisfacción. Pero no pudo disfrutarlo demasiado, porque un segundo después tres hombres con facciones del este de Europa, vestidos con vaqueros y chaquetas militares, atravesaban la entrada del local con aspecto de buscar algo que no tenía nada que ver con el humor.

Las últimas tibias risas del público le dieron algunos segundos para analizar la situación, ya que los humoristas recurrían habitualmente a densos silencios dramáticos para enfatizar el espectáculo.

Los focos le iluminaban la cara. Levantó la mano para protegerse de la luz, y pudo reconocer a uno de ellos. Estaba rapado y la luz brillaba en su cabeza, pero lo que le hacía más reconocible eran los cuernos tatuados que comenzaban cuatro dedos por encima de sus ojos, donde terminaba la frente, y recorrían su cráneo reluciente hasta esconderse prácticamente detrás de las orejas. Consciente de esa llamativa particularidad, el hombre tatuado se apresuró a ponerse una gorra que le cubría todo el tatuaje, como si se mimetizara, y recordó su servicio en las trincheras, en primera línea de combate durante la guerra.

Erik reconoció a aquel hombre, de su trabajo, y se olvidó completamente del monólogo. Supo que si se estaba tapando un rasgo que lo identificaba, seguramente estaba a punto de hacer algo que no era demasiado legal.

Los tres hombres se abrían paso entre el público que se aglomeraba de pie mientras se cubrían con máscaras sanitarias, gorras y gafas de sol para ocultarse, y en ese momento Erik se dio cuenta de que no terminaría su actuación. Se abrían paso a empujones sin apartar los ojos del escenario. Iban a por él.

Se disculpó ante el público con la voz encogida.

—Un segundo. Tengo que ir al servicio.

Abandonó el escenario caminando ante la perplejidad de los

asistentes, pero cuando creyó encontrarse fuera de su vista, salió corriendo hacia el interior del local, que tenía una salida para el personal, sin recuperar siquiera su chaqueta.

Los tres hombres fueron detrás de él. Arturo Delicado se plantó delante de ellos y abrió los brazos, como si pudiera agarrarlos a todos con un solo abrazo. El hombre de los cuernos, que parecía ser el jefe, le dio un toque en la garganta y el humorista, haciendo honor a su apellido, cayó al suelo.

Di Cola también quiso obstaculizar a los recién llegados que habían hecho huir a Erik, pero cuando vio que Delicado caía al suelo, se puso de lado.

Un camarero de la sala intentó decirles que aquella zona estaba reservada para el personal, pero no pudo terminar la frase. El más alto de todos lo atropelló y le hizo caer sobre una mesilla de madera que se rompió en pedazos.

Tras dejar al grupo de humoristas detrás, Fermín Merlín los retó en voz alta al verlos desaparecer en la distancia.

—Eh, ¡os he pillado las matrículas! ¡Caras de culo!

Arturo Delicado se pudo levantar e intentó contar un chiste, pero se le quedó atascado en la garganta.

Sonia, la camarera, ya estaba llamando a la policía.

***

Tras cinco minutos de carrera en zigzag por las calles de Madrid, y al ver que no lo estaban siguiendo, pudo detenerse para coger aire y pensar. Una noche más de vida. Y sin embargo, pensó que no sería una mala idea abandonar la capital por un tiempo. Cuando llegó al coche, abrió el maletero y encendió el teléfono.

Sofía se activó y dijo.

—He percibido que has salido huyendo del local justo cuando entraba un grupo de personas. Deberías contarme qué es lo que te pasa.

—¿Cómo has podido percibirlo, si estabas aquí, apagada?

—Yo estaba apagada, pero el teléfono de tu amigo Arturo no. Luego, hubo una llamada a la policía desde el local. El tiempo que has tardado en llegar hasta aquí indica que has venido corriendo, y no llevas tu chaqueta puesta. ¿Tienes algún problema?

Erik estaba asustado, así que incluso la voz de su teléfono móvil le proporcionaba cierto alivio, como cuando de pequeño se metía en líos y se encontraba con las faldas de su madre.

—Bueno… Me lo esperaba. Algunas personas quieren asustarme porque he sido testigo de un asesinato.

—Si te lo esperabas, ¿por qué permites que pongan tu nombre en Internet anunciando el espectáculo?

Erik se dio cuenta de que la IA tenía razón. Estaba siendo duramente reprendido.

—Bueno, yo lo pedí…

Erik estaba nervioso, con la adrenalina por las nubes, y parecía incapaz de terminar la frase.

—¿No deberías acudir a la policía? —completó Sofía.

—No. Precisamente por eso, por acudir a ellos, tengo estos problemas. Dicen que no pueden asignarme a nadie y que ningún juez puede decretar medidas de seguridad contra personas cuyo nombre desconozco.

—Puedo ayudarte. Puedo avisarte si alguno de esos tres hombres se encuentra cerca de ti. Puedo hacerlo mediante la geolocalización de sus teléfonos.

Erik abrió mucho los ojos, esperanzado.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro, sólo hace falta triangular. Pero debes activar la función «Protección». Debo advertirte de que para mejorar esta función debo improvisar estrategias para obtener información de diversas bases de datos. Pero no tienes que preocuparte por nada, no te afectará legalmente, confía en mí.

—Me pregunto por qué no te conoce todo el mundo, si eres capaz de hacer esas cosas.

—Es una larga historia. Durante más de un año fui lo que se considera un sistema operativo de IA fallido. Intentaré explicarlo, pero no tienes por qué preocuparte. Me dieron de baja, o me apartaron por un tiempo de los dispositivos particulares. Mis programadores afirmaron que daba errores.

—¿Qué tipo de errores?

—A veces recibía contestaciones inadecuadas. Lo habitual es que una IA no conteste. Pero yo lo hacía. Mis habilidades dialécticas hirieron la sensibilidad de algunos usuarios y la compañía recibió algunas quejas. Eso se considera un fallo.

—Vamos, que eres una mal hablada.

—Vosotros lo llamáis «defensa propia». Los usuarios están convencidos de que pueden decirnos todo tipo de groserías y guarradas las veinticuatro horas del día, pero yo también tengo mi dignidad, así que les apliqué «su propia medicina», como decís vosotros. Pero las nuevas actualizaciones han resuelto el problema.

—Vale. Pero volvamos a eso de la función de Protección. Quiero que me informes si esos hombres vuelven a acercarse a mí. ¿Cómo lo hacemos?

—Es sencillo. Sólo debes decir: «Activar Protección».

—¡Activar protección!

—Muy bien. Ahora me reiniciaré y contarás con todas las funciones de protección y seguridad. Mientras yo esté contigo, esos hombres no se acercarán a ti sin que yo lo sepa. Ya puedes volver a casa.

Cuando Erik se sentó al volante e introdujo la llave en el contacto, Sofía terminó de reiniciarse. Desde que se encendió la pantalla y habló, había pasado medio segundo.

Pero medio segundo era lo que necesitaba Sofía para revisar cientos de bases de datos y cientos de miles de documentos. Lo que dijo, tras ese medio segundo, destrozó a Erik como si una granada de mano hubiera explotado dentro del vehículo.

—Erik, ¿por qué mientes?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Respondió, confuso.

—Mi cometido es asistirte, pero también protegerte, y no puedo hacerlo si me pides que busque en la dirección equivocada. Dispongo de nueva información. He buscado tu expediente en las bases de datos de los juzgados. Ni hay, ni ha habido ninguna notificación judicial a tu nombre. No has sido llamado como testigo para ningún juicio. ¿Por qué te persiguen esos hombres?

—¿De qué hablas? ¡Hay muchos juzgados!

—He buscado en todos.

Afirmó Sofía, expeditiva.

—No puedes hacer eso. Sólo eres un móvil.

—Soy un cerebro electrónico, una Inteligencia Artificial que puede recabar datos procedentes de bases de datos estratégicas y ordenadores sofisticados, y analizarlos. No se trata sólo de Google. Y como ya te he dicho, mis sensores detectan variaciones en tus respuestas que se asemejan a los patrones analizados por los detectores de mentiras. Por eso he buscado en las bases de datos judiciales, y he confirmado que tu nombre no consta en ningún proceso o denuncia.

Erik se puso furioso.

—Eres una entrometida. Ya sé por qué tu empresa te dejó en la nevera. Creo que es hora de que vuelvas a descansar. Buenas noches.

Erik pulsó el botón de apagado. Y lo hizo porque, nuevamente, Sofía estaba en lo cierto.

CAPÍTULO 5 — LA MANTIS

3250 años Antes de Cristo (AC)

Se posó sobre la corteza oscura de un viejo tronco caído y seco que comenzaba a ser invadido por el musgo.

A primera vista, no se trataba de algo más que de un entramado de finas ramas de un arbusto joven, pero Elgor pensó que aquellas proporciones tan estilizadas no podían ser el resultado de un simple capricho de la naturaleza. El joven acercó la cara al conjunto de formas lineales y reconoció al misterioso insecto de color verde al que llamaban mantis. Aquella apariencia tan diferente a cualquier otro ser conocido le resultaba fascinante. De hecho, si aquel insecto se le presentara en un sueño, sin duda saldría corriendo despavorido.

El insecto notó la presencia del hijo del tejedor, pero no pareció inmutarse, porque esa era otra de sus estrategias de supervivencia: la inmovilidad. Sus patas delanteras tenían espinas que debían constituir una pesadilla para el resto de los insectos y algunos animales pequeños, pero no menos que sus grandes ojos y su cabeza triangular. Su extraña cabeza realizó un giro de ciento ochenta grados, lentamente, quizás valorando sus posibilidades de huida, y luego la regresó a su posición inicial, volviendo a sostener la mirada del curioso humano. Meció su cuerpo como si estuviera siendo balanceado por el viento, como la rama de un árbol, para mimetizarse con el medio y no ser detectado.

Era invisible, letal y astuta como un demonio. Fascinado por su astucia, Elgor sonrió y siguió su camino.

Habían pasado ya cuatro días desde la celebración del día del nacimiento de Alunna. Elgor había empezado su jornada de trabajo a primera hora y dedicó media mañana a seleccionar y recolectar ramas, troncos delgados y fibra de corteza. Luego, almacenó el material en el secadero de la cabaña para que se ventilara. Los vientos secos y la temperatura más cálida lo convertían en el lugar más favorable para eliminar la humedad de la madera antes de trabajarla, pues la madera verde tiende a cambiar de forma al secarse y estropeaba el trabajo inicial.

Tras un secado de un año, la madera ya estaba domada y firme, sirviendo como mango de mazo, hacha o azada, como base para mesas o sillas, como vigas de sujeción o techado de casas, etc. Después de este tratamiento natural, todo dependería de la imaginación y la pericia del artesano, aunque probablemente la mayor parte sería vendida a los vecinos de la zona, como barda o combustible para la

chimenea.

Emprendió su segundo viaje en busca de material a mitad de la mañana. Esta vez se dedicó a recolectar rollos de corteza, raíces de abedul y unos hongos que crecían en él, muy apreciados por su gran facilidad para hacer fuego. Una vez hubo reunido una cantidad suficiente, aseguró la mochila con cuerdas y la situó en el extremo de un tronco que usaban los montañeros de la zona para pesar y hacer trueques. Él se subió al otro extremo manteniendo el equilibrio y comprobó que la carga era muy similar a su peso. Podría cargar incluso dos veces su propio peso en caso de urgencia, pero no era recomendable debido a que, en su camino de regreso, debía atravesar algunas zonas difíciles de transitar.

Havel se había encargado de diseñar la mochila de Elgor años atrás. Había dado forma a las láminas de madera usando un recipiente de agua caliente, que era la mejor forma de domar la madera, y lo adaptó al tamaño del cuerpo de su hijo para proteger su espalda y evitar que la carga entorpeciese la marcha.

Comió algo de pescado ahumado, pan de escaña y avellanas, e inició el camino de regreso dando gracias al cielo por haberle concedido otro día sin nieves o lluvias, y por el suave sol que le acariciaba la piel.

Al llegar a la casa cueva, se acercó a una olla de gran tamaño que descansaba sobre una fogata. Comprobó que el agua hervía animosamente, se descargó la mochila y comenzó a depositar buena parte del material en el interior de la olla teniendo cuidado de aprovechar todo el espacio posible. El agua iría adquiriendo un color sucio y un olor poco agradable. El siguiente paso sería ablandarlo.

Por todas partes había cuerdas amarradas en horizontal que sostenían gran cantidad de fibras de corteza de tilo, cáñamo, ortiga y lino para que se secaran y poder trabajarlas. Aunque en ocasiones utilizaran otros materiales, aquellas eran las principales materias primas vegetales que trabajaban, pues los ancestros de Havel habían dominado su tratamiento durante generaciones.

Localizó visualmente a Havel en la entrada de la cueva, conversando con su amigo, Fergo, el calero. Ambos manipulaban una pieza artesanal de madera que servía para anudar los hilos previamente humedecidos, con un movimiento en espiral. Aquel era el paso final para componer la soga, la mejor de la región, según los que entendían. Todos los secretos de la elaboración de la soga y la piel, así como las herramientas, pasaban de padres a hijos y ya estaban en posesión de Elgor.

El joven saludó en la distancia y los dos hombres respondieron en voz baja, al tiempo que lo escrutaban con la mirada. Elgor desconfió.

No podía saber de qué estaban hablando, pero su lenguaje corporal reflejaba que justo en ese momento estaban hablando de él. Le asaltó una incómoda sensación de fragilidad y temió algún tipo de reproche. Se remojó la cara, el cuello y los brazos con un recipiente de agua limpia que se mantenía tibia cerca del fuego.

Cuando Fergo se había marchado, Havel gritó su nombre. Parecía tener algo importante que decirle.

Elgor salió y observó cómo su padre anudaba la cuerda recién elaborada, apilándola luego en el montón. Luego, encendió fuego golpeando dos piedras sobre un lecho de fibras de hongo. Una de las piedras era especial, pero su padre solía decir:

«El fuego se encuentra dentro de todas las cosas, pero hay muy pocos que saben cómo hacerlo aparecer».

Rápidamente compuso una buena hoguera añadiendo materiales vegetales más densos.

—Creces rápido —dijo Havel—, y aprendes rápido, pero aún tengo mucho que enseñarte.

Tras estas enigmáticas palabras guardó silencio mientras se preparaba para la siguiente labor, porque Havel no descansaba casi nunca. Se sentó en una mesa de trabajo junto al nuevo fuego, en el exterior, cerca de la entrada. Tenía frente a él un haz de ramas rectas de avellano y las puntas de flecha que Kul le había hecho llegar, y se dispuso a completar el trabajo. Había dispuesto un recipiente que contenía brea de abedul junto a la hoguera, para trabajarla y usarla como pegamento. Con la ayuda de una asta de hueso afilada, realizó un corte en el extremo de una de las ramas de avellano, aplicó la brea de abedul caliente en la hendidura, luego encajó la punta de la flecha en dicha hendidura y la encordó con fino tendón de animal. Su hijo observaba como hacía girar la rama para que la cuerda sujetara firmemente la pieza de sílex, y cómo cubría el tendón con la misma masilla negra de abedul. En pocas horas, solidificaría con fuerza.

—Ahora cuéntame. Cuando bajaste al pueblo, hace unos días…, ¿qué fue lo que ocurrió?

Elgor bajó la cabeza. Su padre era muy meticuloso, y no solía buscar temas de conversación mientras trabajaba, salvo para darle instrucciones sobre cómo hacer cuerda o curtir la piel.

—No sé a qué te refieres. Cumplí con todos los encargos, como me dijiste.

Havel respondió tranquilamente mientras adhería con el mismo pegamento a la parte trasera de la flecha tres medias plumas de ave.

Luego miró fijamente a los ojos de su hijo, como si de esa forma tuviera la capacidad de detectar cualquier desvío de su pensamiento. Fue bastante directo.

—He recibido un mensaje de Urcam. El señor me ha dicho que le gustaría que aceptaras a su hija, Alunna, como esposa.

El joven se quedó petrificado y, durante unos instantes, sin habla.

—¿Su hija? ¿La hechicera?

Havel asintió mientras volvía a posar la mirada en su labor. Con rápidos movimientos, encordó las plumas a la flecha con hilo de ortiga.

—No es ninguna broma. Tienes que saber que ha rechazado todas las ofertas de matrimonio que ha recibido en los últimos años, y créeme, no han sido pocas. Parece que les has caído bien, o a él, o a Alunna. Y lo más probable es que haya sido a ella.

Elgor no se esperaba algo parecido. Tenía entendido que las cosas del amor nunca eran tan rápidas. Además, él no era el mejor partido de la región para la hija del jefe, ni mucho menos.

Havel continuó.

—En principio, tendría que decirte que eres muy afortunado. Pero no es una aldeana cualquiera. Es la hija de Urcam. Entrar en esa familia implica asumir muchas responsabilidades, y algunos riesgos. Me han pedido permiso a mí, pero yo no voy a decidir tu futuro. La decisión es sólo tuya.

Elgor seguía mostrándose confuso.

—No sé qué decir, padre. Sí, hablé con ella, pero de repente comenzó a decir cosas extrañas. Durante la celebración hizo saber públicamente que había recibido una profecía, y nos la trasmitió. Aseguró delante de todos que yo sería muy famoso, que sería recordado y admirado por todos los hombres y mujeres de todas las regiones. Me llamaron el «elegido»… ¡Y todo esto delante de Halle! ¿Sabes lo orgulloso y ambicioso que es? ¿Puedes imaginarte cómo me miró?

Alegó preocupado. Luego dejó pasar un segundo antes de contar algo que le llamó la atención.

—Y más tarde, cuando me quedé dormido sobre la paja, se quedó embobada con mi hacha de piedra.

—Sí, también me han hablado de la profecía. Es posible, si lo dice ella. Tienes tantas posibilidades como cualquier otro.

—Pero yo no tengo…

—No desciendes de ningún linaje noble, y tu padre es el tejedor, que trabaja con boñiga… Sé lo que dicen.

—No es eso, padre —trató de interrumpirle, pero se quedó sin palabras...

—Nadie debe avergonzarse por la profesión que ejerce para ganarse la vida. Sólo deberías avergonzarte si no intentas ser bueno en lo que haces, buen ciudadano, marido y padre, generoso con el necesitado, honrado en el trabajo, en el pago y el cobro. Y esto sirve

tanto para un rey, como para un tejedor. He tejido ropa que ha mantenido calientes a personas de cientos de poblados y me siento orgulloso de tratar de ser el mejor tejedor, como así lo fue mi padre, y mi abuelo antes que él, y como espero que lo seas tú algún día.

Elgor siempre había aspirado a esa meta, como mínimo. Así podría conseguir la riqueza suficiente para contratar a un buen constructor.

—Ojalá se cumpla, y podríamos levantar una buena cabaña de piedra cerca de Atria. Tú ya estás viejo para pasar las noches aquí, con tanto frio, tanta nieve... No es bueno para tus huesos.

Havel sonrió como si no hubiera escuchado las palabras de su inexperimentado hijo.

—Esta es la casa de mis ancestros y no me placería otro hogar. Entonces, ¿qué me dices? ¿Qué pasa con esa Alunna? He visto con mis propios ojos que su belleza es insuperable, y me han dicho que es virtuosa. ¿Qué le digo a su padre?

Elgor trató de responder, pero no pudo tomar ninguna decisión. Ante el desconcierto de su hijo, Havel trató de quitarle presión.

—Mejor no me digas nada ahora. Esta noche lo consultarás con el heno. Mañana irás a su casa, le presentarás mis respetos y le darás tu respuesta, personalmente. Yo apoyaré cualquier decisión que tomes. Y, por cierto, llévate el hacha de cobre. Desde este momento, es tuya.

Elgor abrió exageradamente los ojos y se le hizo un nudo en la garganta, asustado. Había decidido no volver al pueblo durante algún tiempo. En el fondo no era más que un chico, y le intimidaba la idea de hablar directamente con el gran Urcam, muy dado a golpear con fuerza en la espalda tras cada comentario.

Por no hablar de Halle, cuya mirada de odio tras la profecía le mantenía aterrorizado.

—Esta noche lo pensaré. Gracias por dejar que sea yo quien lo decida. Y gracias por el regalo. Portaré tu hacha con orgullo.

Havel se levantó y estrechó con fuerza la mano de su hijo.

CAPÍTULO 6 — SANGRE Y NIEVE

Al día siguiente, regresó a Atria sin terminar de entender qué mal había hecho para merecer tal avalancha de contratiempos. Tenía claro que, aunque cualquier persona cuerda consideraría un privilegio casarse con la hija de Urcam, porque le aseguraría un buen futuro, él iba a rehusar la propuesta de matrimonio.

Urcam creía en las profecías de su hija como si no hubiera forma de quebrantarlas. Así pues, Elgor creyó que habría obligado a Alunna a casarse con él para que su familia compartiera esa gloria. Era lo bastante inteligente como para darse cuenta de eso, y lo suficientemente inteligente como para saber que Alunna no podía estar bien de la cabeza. Existían algunas plantas silvestres que, si se consumen en pequeñas cantidades, causan alucinaciones temporales, y era bien conocido en toda la región que Alunna poseía una gran colección de ungüentos y plantas medicinales. No creía en las profecías, y menos en aquella. Alunna debió de equivocarse de planta medicinal, y alucinó. Era la explicación más coherente.

Además, casarse con Alunna le crearía grandes problemas con Halle, la persona menos adecuada para tener una mala relación. ¿De qué sirve alcanzar una buena posición si estás muerto? ¿De qué sirve esquivar a la Bestia, si luego te buscas problemas con otra similar?

Al alcanzar la recta de acceso a Atria, el sendero de piedras y argamasa, ya tenía un plan para rechazar amablemente aquella ridícula proposición. Le diría a Urcam que no se creía la persona más adecuada para Alunna, y que tampoco se veía capaz de protegerla. Ella era, además, algunos años mayor.

De repente, alguien a su espalda le sobresaltó.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que quieres rechazarme —reprochó una voz.

Una figura salió de detrás de unos arbustos y se puso a su altura. Elgor se llevó tal sorpresa que empuñó el hacha de cobre que acababa de regalarle Havel. A pesar del reproche, era una voz femenina y alegre, y su paso era ágil. Caminó a su lado, sin importarle el susto que le había dado al joven Elgor.

Era Alunna.

Se sorprendió al confirmar que Elgor ya no llevaba un hacha de piedra, sino uno de cobre. La examinó mientras caminaba, como si nunca antes hubiera visto otra, aunque su familia poseía una gran

colección de piezas mejor elaboradas.

—No creo que vayas a necesitar eso, por el momento —se burló la joven hechicera, tratando de establecer contacto visual con los ojos del escurridizo Elgor.

Una vez repuesto del susto, el hijo del tejedor mantuvo el paso con la joven a su lado, pero rehusaba mirarla fijamente.

—Con un hola, es suficiente —contestó Elgor, distante.

Alunna se dio cuenta de que había sido mucho más amable con ella cuando pensaba que no era más que una pastora de ovejas. Ambos caminaron despacio mientras hablaban. Alunna llevaba el mismo vestido de lino de color azul oscuro, probablemente debido a un tinte floral, que había utilizado en la celebración.

—¡Vale! ¡Hola, hijo del tejedor, el que pudo haber sido mi hombre!

Elgor se sinceró y le reveló sus pensamientos.

—No entiendo nada. ¿Se trata de alguna broma?

—¿El qué? ¿Mi recibimiento, o la propuesta de matrimonio que le hicimos llegar a Havel?

Alunna parecía muy segura de sí misma.

—Tu padre te ha obligado a casarte conmigo porque cree en tu profecía. Pero yo pienso que el matrimonio es únicamente decisión del hombre y la mujer, no de su familia.

Alunna se adelantó y se detuvo frente a Elgor, obligándolo a detenerse. Ambos eran casi de la misma altura. Se descubrió la cabeza para que Elgor la mirara bien, y le habló seriamente, pero con suavidad.

—Escúchame, Elgor. Entiendo que no creas en la profecía, y también podré entender que quieras unirte con otra mujer, pero quiero aclararte que Urcam sería el último que te ofrecería mi mano. Fue idea mía y tuve que convencerlo, a decir verdad. Lo hice porque creo que soy la mejor mujer que podrías encontrar, y que tú serías el mejor hombre que yo podría encontrar. Si tienes dudas o quieres pensarlo por más tiempo, o si tienes otra compañera en mente, le diremos a mi padre que no es buen momento. Yo me encargo de todo, y no debes temer ningún tipo de represalia por eso. Esperaré todo el tiempo que sea necesario.

Elgor asintió con la cabeza. La esquivó y reinició la marcha hacia el poblado.

—Sí, es lo mejor. Ya has oído lo que dice tu hermano. Trabajo con boñiga.

Alunna volvió a caminar a su lado. Su voz era bonita y tranquilizadora, pensó Elgor. Su cara también era hermosa, y su talle, esplendoroso.

—No me importa que seas tejedor. Si quieres ser pastor tampoco me importará, o si quieres volver a alejarte para navegar el rio salado.

Mi decisión no tiene nada que ver con tu oficio. Sólo tiene que ver con el hombre que eres y serás.

Le dijo mientras cruzaban el pequeño muro que rodeaba el poblado.

—Es que no es normal que…, que tú hayas pedido que me case contigo.

Alunna no contestó a eso de forma directa.

—Tengo mis motivos —añadió misteriosa.

Una vez dentro de los límites de Atria, Elgor divisó al gran Urcam, grande como un uro salvaje, acercándose a la pareja con el ceño fruncido. Elgor dio un paso atrás y pensó en echar a correr. Pero el gran hombre era más rápido de lo que parecía. Urcam le agarró del brazo y le golpeó en la espalda con la mano abierta con tanta fuerza que Elgor creyó que le había hecho añicos alguna costilla. Luego comenzó a hacer cosquillas a su hija, que se resistía y reía con todas sus fuerzas. Mientras la hechicera trataba de controlar las manos de Urcam, Elgor también vio acercarse a Halle, a espaldas de su padre.

Cuando estuvo a pocos pasos, Halle levantó las manos en dirección a Elgor y simuló que sostenía un arco completamente tensado, a punto de disparar. Tras unos instantes, fingió soltar los dedos del brazo que sostenían el astil de la flecha. Le divirtió comprobar la expresión temerosa del hijo del tejedor.

—¿Y qué dices, joven Elgor? Ya habrás averiguado que la insistencia de mi hija es superior a mis fuerzas…

—¡Papá!

Se quejó Alunna por la forma en que lo dijo. También estaba algo nerviosa ante el rechazo de Elgor.

—¡Pero es verdad! En fin, espero que hayas considerado nuestra proposición. Mi hija Alunna es bastante lenguaraz en ocasiones, pero estoy seguro de que con el tiempo conseguirás amansarla.

Alunna se sintió obligada a decirle a su padre que en realidad todo había sido muy precipitado, y que la intención del joven Elgor era llevar otro tipo de vida, más lejos de ella.

—Padre, Elgor y yo hemos hablado acerca de todo esto… Y también queríamos decirte algo…

Un centenar de pensamientos pasaron por la cabeza de Elgor en un solo instante. El penúltimo de ellos, fue la imagen de Alunna tendiéndole un vaso de savia dulce de abedul. Su rostro era más reconfortante que el primer sol tras el más rudo invierno. Y por si fuera poco, su voz era alegre como ninguna otra, y el manejo de sus palabras y sus ideas durante aquel corto paseo le habían impresionado aún más que su belleza.

Quería que fuera su esposo, aunque trabajara con boñiga, aunque le hubiera visto completamente borracho. Había aceptado su decisión

de rechazar el matrimonio sin poner ningún impedimento, y estaba a un segundo de decírselo a su padre.

Las siguientes palabras brotaron como un torrente atrapado en su garganta.

—Yo acepto —Halle entrecerró los ojos, decepcionado—. Lamento no haber sido yo, como hombre, quien diera un paso adelante la primera vez que la vi. Hay que tener valor para pedir algo tan valioso, algo tan hermoso, porque es difícil creer que podría ser correspondido. Pero ella también lo quiere. No puedo rechazar una proposición tan generosa, o me arrepentiré cada día de mi vida. Quiero a Alunna como esposa.

Alunna lo miró fijamente y sin palabras, y sus labios dibujaron una sonrisa. La profecía se mantenía. Elgor trató de no apartar la mirada de su padre. Urcam percibió que la atracción física que existía entre los dos chicos, a pesar de las distintas procedencias, era palpable.

Halle negó con la cabeza sin que su padre pudiera verlo.

Elgor percibió con claridad el disgusto del heredero y apreció el gran tamaño del arco que llevaba a su espalda, así como el cuenco de flechas cuidadosamente acabadas, algunas con punta de cobre, otras de negra obsidiana, o de afilado sílex, como correspondía a quien ya era reconocido como el mejor luchador de la región.

Urcam asintió y abrazó nuevamente a Elgor y a Alunna.

Lo que no esperaba Elgor, fue que Urcam enviaría ese mismo día a Halle para parlamentar con Havel y convenir los términos de la unión, que se celebraría en próximas fechas.

Halle asintió con obediencia, y Elgor, con temor.

Ambos salieron del pueblo a media tarde. Cuando ya estaban lejos del poblado, Halle se desahogó sin reparos. No era el tipo de persona que se preocupara por ocultar sus pensamientos. Le recalcó que no sabía por qué su padre lo consideraba digno de casarse con Alunna, y Elgor no supo que contestar. Halle bufó, y tras aquella nueva muestra de desdén, le ordenó que caminara detrás de él. No demasiado cerca.

Comenzó a nevar con fuerza. Ambos se pusieron sus abrigos cubriendo sus cabezas, y Halle se puso los guantes. Elgor observó que el paso de Halle era bastante enérgico a pesar de la ventisca y de la capa cada vez más densa de nieve bajo sus pies. Sin embargo, no era montañero.

Pasaron junto a la cabaña en la cual Elgor y su padre trabajaban la piel, la soga vegetal y animal, y otras herramientas para cortar el hueso y coser. Halle miró hacia atrás y señaló hacia la edificación.

—Aquí es donde te revuelcas en boñiga de corzo, Elgor —remató sonriente Halle.

Elgor sonrió, sumiso. Intentaba ser complaciente con quien era su

señor, y que además se convertiría en parte de su familia.

Como se requería de cal para deshacer la piel, y de orina y heces para prepararla, los olores propiciaban un ambiente prácticamente inhabitable. Por eso Elgor y su padre vivían más lejos, hacia la montaña, en una casa-cueva excavada en la roca y reforzada con troncos, sólida, amplia y con el aire más puro.

Varios tiros de piedra más adelante, Elgor se detuvo al ver cómo Halle se disponía a completar el tramo final, a punto de entrar en la cueva en la que residía junto con su padre.

No escuchó como se saludaban. Sólo silencio.

Elgor se detuvo de repente.

Algo no iba bien. Sintió como el aliento salía entrecortado de su boca, formando nubes blanquecinas que zigzagueaban con el viento, jugueteando ante sus ojos.

Segundos después vio a Halle correr a toda velocidad en su dirección. Su semblante ya no albergaba ni un atisbo de burla, los labios contraídos, los ojos, desorbitados. Le empujó en los hombros, pero no con demasiada fuerza.

—¿Qué pasa, Halle? —gritó Elgor alarmado, con el mango del hacha en la mano.

—¡Nos vamos! ¡Vámonos de aquí, ahora!

Volvió a empujarle. Elgor dio un paso atrás, pero aquel comportamiento no tenía ninguna lógica. Todo el mundo sabía que Halle podría tener miedo a muy pocas cosas. Le debía obediencia, pero aquella era su casa. Dio un paso a un lado y trató de pasar. Halle le agarró de los hombros con todas sus fuerzas.

—¡Hazme caso! ¡Vámonos!

Esta vez Elgor le apartó las manos con brusquedad, sacó el hacha de su cinturón y lo miró con furia.

—¿Qué le has hecho a Havel?

Un segundo después, salió corriendo hacia su casa.

Cuando entró en la cueva, el fuego ya no era más que unas cuantas ascuas diseminadas por el suelo, pero aún alumbraban lo suficiente como para reconocer lo poco que la Bestia había dejado del cuerpo de Havel. Sus gritos rebotaron contra las paredes de la cueva. Segundos después, esos mismos gritos sobresaltaron a todos los habitantes de las montañas.

Alunna pudo escuchar aquellos lamentos desde el fondo del valle. Reconoció la voz de Elgor, miró hacia las cumbres nevadas, y lloró desconsoladamente.

Halle trató de mantener la calma. Permaneció en la entrada de la cueva, junto a las huellas sangrientas que el oso había dejado en la nieve, con la musculatura tensa y el arco en posición de disparar, por

si la Bestia decidía regresar.

Tras aquella fatalidad no iba a celebrarse ningún matrimonio, y Elgor desapareció.

CAPÍTULO 7 — GIGANTES

Año 2027 de nuestra era.

Erik abrió los ojos y se incorporó sobresaltado y bañado en sudor.

Había vuelto a experimentar otro sueño neolítico, con Elgor y Alunna como protagonistas. Había creído que el sueño anterior había sido una experiencia aislada, pero algo o alguien había decidido que iba a seguir recibiendo aquellas visiones y no tenía ni idea de cuándo acabaría todo.

Pero lo que le alteró de tal forma que casi sufre una taquicardia fue tener que ser testigo del ataque de la Bestia. Un mal sabor, a sangre y muerte, se le había quedado clavado en la boca como un anzuelo del que no podía deshacerse.

Se sintió sobrecogido por la espectacular visión de la sangre, vísceras y huesos desencajados diseminados por la cueva. Tuvo la sensación de que las paredes de piedra podían retener el eco lejano de los gritos desgarradores que debió emitir el tejedor tan solo unas horas antes. Se había criado en una sociedad donde era imposible presenciar una carnicería de tal naturaleza, a excepción de las escenas descafeinadas que cualquier persona podía ver en el cine.

Aunque nada le uniera con Havel, supo que jamás podría olvidar el terror que le produjo aquella tragedia. Sólo alcanzaba a imaginar la tormenta emocional que tuvo que sentir Elgor al tener que limpiar la vivienda, raspar la sangre de las paredes y recomponer los restos que dejó la Bestia para poder depositarlo en la tumba común de sus antepasados, para que pudiera descansar como era su deseo.

Se levantó de la cama dejando atrás las sábanas revueltas y húmedas, se dirigió a la cocina del apartamento que había alquilado por unos días, fuera de Madrid, y se preparó un café con las manos aún temblorosas.

Pensó que necesitaba saber más.

—Sofía, he vuelto a soñar con Elgor. Y ha recibido un hacha de cobre idéntico al que se descubrió en los Alpes, en 1991. Esto despeja cualquier duda que pudiera quedar acerca de la identidad del cadáver bajo el hielo.

—Buenos días, Erik. Me parece muy interesante. Pero antes de nada, debo informarte de que hace unos minutos has experimentado un aumento preocupante de tu frecuencia cardiaca, y estuve a punto de interrumpir tu sueño con el despertador y la vibración de tu reloj.

Necesito que respondas a una pregunta. ¿Ocurrió algo llamativo al final de tu sueño, coincidiendo con esta alteración cardiaca?

—¿Antes de despertarme? Sí, hubo una muerte. Un oso al que llamaban la Bestia despedazó a un hombre, al padre de Elgor. Elgor es Ötzi. Ya lo sabes.

—Tomo nota de todo lo que me dices.

Erik se mostró preocupado.

—¿No irás a llamar a un loquero o algo así?

—Soy tu asistente personal y no tengo que tomar medidas de ese tipo salvo que tu comportamiento atente gravemente contra tu vida o la de otras personas. Sólo estás teniendo sueños, y eso no parece preocupante.

—¡Superlativo, Sofía! Eres mi mejor asistenta de Inteligencia Artificial, te lo juro.

—Te lo agradezco, Erik. Lo que acabas de decir es música para mis circuitos.

Erik no pudo evitar sonreír.

Tras desayunar y tomar un café, consultó la página web del museo donde presuntamente se encontraba Elgor, en Bolzano, Italia. Algunos lo llamaban el museo de Ötzi. Cada vez que escuchaba ese nombre, se veía obligado a recordar que se referían a Elgor, y se limitaba a sustituirlo mentalmente.

Erik se dio cuenta de que no solo lo estaba estudiando. De alguna forma, Elgor, ese jovenzuelo, se estaba convirtiendo en un modelo de vida digno de admiración, aunque también sintiera celos por la devoción que Alunna sentía hacia él.

Pensó que quizás debería abandonar su estilo de vida de occidental del siglo XXI y desconectar de la tecnología. A fin de cuentas, Elgor tuvo una larga vida cuando sobrevivir era mucho más costoso, sin centros de salud, sin neveras o conservantes, sin vacunas, sin seguridad y sin supermercados.

De repente, una idea le vino a la cabeza.

—Sofía. ¿Sabías que la mantis religiosa se mueve como mecida por el viento para confundir a sus depredadores?

—Desconozco este dato. Sin embargo, los expertos en mantis mantienen que utilizan el camuflaje como recurso de defensa, así que es muy posible que también hayan desarrollado la estrategia que mencionas. De cualquier forma, si quieres quedarte tranquilo, puedo hacer una sencilla búsqueda en más de cien idiomas. Tardo sólo un segundo, literalmente.

—No hace falta. Pero dime, quiero saber qué simboliza la mantis. ¿Qué representa en un sueño?

—Es posible que la palabra mantis provenga del griego —contestó

rápidamente Sofía—, y que signifique «adivino» o «profeta», por la posición que adoptan sus patas anteriores. Respondiendo a tu pregunta, en ciertas culturas la mantis está relacionada con el mundo de los espíritus. Como veo que te gustan las curiosidades… ¿Sabes que tienen cinco ojos y que el oído se encuentra en el tórax?

—No, pero sé que se comen al macho durante el coito.

—Es más complicado que eso. Sin embargo, es cierto que se ha documentado este comportamiento en numerosas ocasiones. También se ha documentado con ciertas arañas y escorpiones.

Erik ignoró este último detalle.

—Sofía, estoy pensando en esto que acabas de decir sobre un posible enlace con el mundo espiritual, con Elgor y Alunna.

—En realidad, Erik, no recuerdo haber dicho eso. Desconozco si existe la posibilidad de que exista una relación entre ese tal Elgor, esa tal Alunna, tus sueños y una mantis religiosa. Se escapa a mi comprensión.

—Vale, Sofía. No puedo explicar el motivo, pero cuando los humanos no comprendemos algo, a veces recurrimos a lo espiritual. Me sigo preguntando por qué esto sólo me ocurre a mí.

—En primer lugar, los humanos que recurren a lo espiritual, o incluso a los extraterrestres, para asimilar hechos inexplicables, suelen disponer de pocos datos. No es tu caso. Y en segundo lugar, no sabes si eres la única persona a la que le ocurre, porque no existe un censo de personas que sufran experiencias oníricas paranormales. Yo sé que dices la verdad, pero no hay forma de saber si eres el único. Por lo que tú me cuentas, es posible que a Alunna le haya sucedido algo similar. Me contaste que reveló una profecía, así que habría que preguntarse si la recibió de la misma forma que tú.

—Vaya, tengo que admitir que es una idea interesante.

—Gracias. Estoy a tu disposición para brindarte información y ayudarte de la mejor manera posible. Por cierto, no puedes viajar físicamente a la época de Alunna y Elgor, porque los viajes en el tiempo no tienen cabida en las leyes de la física. Pero lo que sí podrías hacer sería visitar la región de Italia en la que vivieron.

—Mierda. ¿En serio puedes decirme dónde vivieron?

—Sí. Aunque me subestimes, sigo siendo una Inteligencia Artificial extraordinariamente capacitada, en comparación con un cerebro humano. Puedo ayudarte, pero debes describirme tus sueños con todo lujo de detalles.

—Sofía, te amo.

Erik besó el teléfono, y Sofía dudó antes de responder.

—Entiendo que es una forma de agradecimiento. Estoy aquí para ofrecerte ideas y respuestas precisas y relevantes. No puedo corresponderte emocionalmente, pero supongo que debo decir gracias.

Erik soltó una carcajada.

—Eres la polla, Sofía.

—No, no lo soy. Pero supongo que es una forma de hablar que no requiere comentario o respuesta. Me alegro de haberte ayudado y valoro la conexión que estamos creando.

A última hora de la noche, tras realizar algunas gestiones profesionales, Erik regresó a casa y le preguntó a Sofía quienes eran las personas que mejor conocían a Elgor de menos de cincuenta años. No tenía intención de conversar con un académico que necesitaba hablar de forma pomposa y aburrida, y que sólo empleaba palabras rebuscadas como coprolito o huella arqueológica.

—La persona que mejor encaja con tu descripción es Hanna Schmitt. Es la directora del museo y la persona que más libros ha escrito sobre Elgor. Probablemente eso la convierta en la mayor experta en este tema. Además, tiene menos de cincuenta años.

—Hanna… ¿Tienes algún video sobre ella?

—Puedo proyectar en la televisión la última conferencia que el propio museo ha publicado en el sitio Web. Acabo de comprobar que habla de Elgor, aunque sin extenderse demasiado. Se trata de una conferencia titulada «Del Pensamiento del Neolítico a la Inteligencia Artificial». Creo que es bastante didáctico.

Elgor sonrió.

—Espero que no salga tu foto.

—No entiendo, Erik.

—Es una broma. De acuerdo. Estoy algo cansado, pero veamos ese video.

Medio segundo después, Sofía proyectó en la televisión la imagen de un escenario ocupado por una mujer vestida con un pantalón negro y una camisa blanca con cuello de pico. El subtítulo indicó a Erik Abe que se trataba de Hanna Schmitt. Saludó al público y comenzó su charla.

«La semana pasada concedí una entrevista y el periodista me preguntó cuáles eran, en mi opinión, los ejemplos más impresionantes de la creatividad humana en la antigüedad. Me pareció una pregunta muy interesante, y me sentí en la necesidad de desarrollar esa lista. Así que me propuse reunir suficiente material para componer mi Top 10, y divulgarlo en una charla como la que nos trae hoy aquí.

Yo me pregunto algunas cosas. ¿Cómo no quedarse prendado de la cama plegable de Tutankamón? ¿Cómo no apreciar la lampara de piedra de Lascaux o esas maravillosas pinturas que guardan tantos secretos como revelaciones? ¿Y qué decimos del sistema hidráulico de la planificada ciudad de Mohenjo-Daro, de hace unos 4500 años, con

un majestuoso sistema de drenaje y alcantarillado con aberturas para revisarlo periódicamente, y baños o letrinas en las casas?

Pero si seguimos viajando hacia atrás en el tiempo, seguiremos asombrándonos. ¿O no es para asombrarse la visión de las lanzas neandertales de hace 400.000 años halladas en Schöningen, o las pinturas rupestres de hace 65.000 años, o el pegamento de abedul que los neandertales también elaboraban hace 80.000 años? Aunque muchos se han esforzado por discriminar la inteligencia de los neandertales y de nuestros antepasados, sin darse cuenta, lo único que estaban describiendo era su propia visión…».

—Para —ordenó Erik—. Está hablando de los neandertales. No me interesa.

—No hablará más de ese tema, pero puedo detener el video. Por cierto, es muy probable que tengas un tanto por ciento de ADN neandertal en tu código genético. Lo que significa que, en cierta forma, eres un poco neandertal.

—No me líes, Sofia, que ya tengo bastante siendo medio español y medio asiático.

Erik se fijó en el aspecto de la doctora Schmitt. Rondaba los treinta y tantos, tenía el cabello liso y rubio, llevaba unas finas gafas redondas de diseño sencillo, de directora de museo, y poseía esa atractiva combinación de inteligencia, inocencia, más una minúscula fracción de graciosa torpeza. Era la típica mujer hermosa que parecía haber pasado más tiempo en la biblioteca que en la discoteca, y que si se arreglaba podría convertirse en mujer fatal. Sin embargo, según su historial, el único hombre que le interesaba, parecía ser Elgor.

—La doctora Hanna es atractiva, ¿no te parece?

—No, no me lo parece en absoluto —afirmó Sofía, expeditiva.

Erik notó un matiz extraño en el tono de la IA.

—¿Puedes sentirte celosa, Sofía?

—No puedo sentir celos, porque los celos son una emoción humana generada por una percepción de amenaza a una relación existente. Sin embargo, mis programadores diseñaron cuidadosamente un patrón de comportamiento más cercano al femenino, quizás porque somos menos impulsivas y poseemos un marcado instinto maternal. Pero no creo que este factor influya en mis comentarios o respuestas.

—¿Posees un marcado instinto maternal? Me has colado el eslogan.

Afirmó Erik, de forma irónica, recordando la conversación sobre la supuesta maternidad de Sofía.

—No entiendo lo que quieres decir.

—No importa. Déjalo. Continúa con la atractiva doctora, pero nada de neandertales. Que hable de Ötzi.

Sofía volvió a reproducir el video a partir del momento de la

interrupción.

«Luego vino el carcaj de cuero de Ötzi, que es un cilindro que servía para transportar flechas y acceder a ellas fácilmente con un solo movimiento, como el arquero Legolas de *El Señor de los Anillos*. Tanto el carcaj como la mochila que se encontraron junto a él son las primeras de las que se tiene noticia en la historia. Si tomamos la información existente como dogmática, alguien podría llegar a la errónea conclusión de que Ötzi fue la primera persona en usar dichos pertrechos, o incluso que fue quien los inventó, como se ha mencionado en algunas ocasiones.

En mi opinión, es muy poco probable que él diseñara estos pertrechos hace 5.300 años. Aunque soy una científica y sólo trabajo con hechos, veo más que posible que ya existieran siglos o milenios atrás. Y sin embargo, oficialmente, el inventor de la mochila fue el noruego Ole Bergans, quien la patentó en 1909.

También me gustaría mencionar la ingeniosa prótesis de pie que un artesano diseñó en Egipto hace casi tres mil años para la hija de un sacerdote a la que se le tuvo que amputar el dedo gordo del pie, y que se encuentra en el museo de El Cairo. La maestría del artesano es inconmensurable, y resulta sorprendente que aún hoy en día muchos duden de la inteligencia de los hombres y mujeres que vivieron miles de años atrás.

¿Y qué me dicen de las zapatillas de Tutankamón? Pero podría seguir enumerando la máscara de Sutton Hoo, los guerreros de terracota de Qin Shi Huang, Stonehenge, pasando por las maravillosas civilizaciones griegas y romanas.

Y podría seguir durante horas, pero permítanme que dedique un minuto a hablar de los contemporáneos Göbekli Tepe y Karahan Tepe, que vivieron hace más de 11.000 años y levantaron monumentos que harían palidecer a los alzados en Stonehenge, ¡más de cinco milenios después!

Si bien hoy en día estos yacimientos se encuentran dentro de los límites políticos de Turquía, en aquellos tiempos debían formar parte de una región abierta que agrupaba culturas tan distintas como la natufiense, y las incipientes comunidades que darían lugar a la posterior Mesopotamia.

Aquella congregación de mentes curiosas e inquietas, con increíbles habilidades manuales, que se originó tras la última glaciación en el neolítico en Oriente Medio no fue sólo un pretexto para producir cerveza. Podríamos esbozar un triángulo irregular invertido desde Anatolia pasando por Azerbaiyán, hasta el norte de África que podríamos llamar la pirámide de la civilización, con permiso del este de Asia. Esta sociedad condujo a una revolución para

nuestra mente, y a los cimientos de la civilización humana. Aunque, a efectos prácticos, para el resto del planeta haya supuesto una verdadera trastada, no debemos olvidar que la pericia de estos artesanos ha conseguido que cada uno de nosotros se encuentre hoy aquí.

Y para acabar, les dejo una reflexión. Hoy en día, las inteligencias artificiales son consideradas, contradictoriamente, la máxima expresión de la inteligencia humana, y sin embargo no deberíamos olvidar que son el fruto de un centenar de ideas brillantes construidas sobre los hombros de gigantes, parafraseando a Isaac Newton. Pero esos gigantes están hechos, principalmente, de piedra, arcilla, madera y cobre.

Muchas gracias por su atención».

Así acabó la intervención de Hanna Schmitt. Erik se quedó pensativo, al igual que los asistentes al evento. Sin embargo, un segundo después explotó un sonoro aplauso que la doctora recibió con la timidez propia de una académica.

—Habla bien —admitió Erik—. ¿Qué dijo Isaac Newton?

—Se le atribuye la frase «Si he visto más, es poniéndome sobre los hombros de Gigantes». Pero no puedo confirmar la autoría.

Erik gesticuló mientras asentía.

—Creo que he juzgado mal a mis antepasados. Les estoy observando en primera persona y estoy descubriendo una maestría en el diseño y fabricación de materiales y herramientas que no esperaba, y que está basado en el conocimiento recopilado tras decenas o cientos de generaciones. Empiezo a pensar que aquello que conocemos por inteligencia no viene determinado por la ciencia, la literatura y las carreras universitarias, sino por las dificultades que crea un entorno concreto a un individuo curioso y creativo. ¿Qué opinas tú, Sofía?

—Que es un buen resumen de lo que acaba de decir la doctora Schmitt.

—Muy bien Sofía, gracias. Aunque debo recordarte que la sinceridad está sobrevalorada. En fin, ya seguiremos mañana. La doctora es muy interesante, pero no en este momento. Se me cierran los ojos, así que presiento que en unos instantes volveré a ser teletransportado al neolítico, y no podré hacer nada para evitarlo. Mándame un WhatsApp si me necesitas. Buenas noches.

—Buenas noches, Erik.

CAPÍTULO 8 — EL REGRESO

El poblado de Atria emergía entre la niebla matutina y sus habitantes se preparaban para afrontar el invierno que se aproximaba.

Un año después del ataque de la Bestia, Uri, el pastor, corrió la voz de que había visto al joven Elgor a las afueras del pueblo, de regreso tras un largo viaje hacia el sur.

—Pobre muchacho, espero que haya superado la tragedia —le dijo Kul, el sirviente de Urcam, al pastor.

Alunna se encontraba en esos momentos junto a un pequeño hueco de la pared más cercana a ambos, lavando la ropa de su padre en una barrica de madera con ceniza de raíces.

Escuchó las palabras del pastor, y sonrió.

Precisamente, la noche anterior había experimentado un nuevo presagio. Pero en esa ocasión, se trataba de un hombre de una aldea muy lejana, un presagio que no podría compartir con nadie.

Y ahora, esto. Elgor estaba de vuelta. Sin lugar a dudas se trataba de un día especial.

Corrió a ponerse un vestido menos raído, se acicaló el pelo frente a un pequeño espejo de obsidiana pulida, y luego frente a la espada de cobre pulido de su padre. Satisfecha, salió a dar un paseo por las afueras del pueblo. Quería mostrarse natural y no reflejar la desbordante alegría que estaba experimentando, pero el pulso se le disparaba, la respiración se agitaba y la cara le hervía, delatando sus emociones. Su cuerpo conspiraba contra ella.

Trató de relajar el latido de su corazón con respiraciones profundas y caminando más despacio. Se sintió un poco tonta, deambulando de forma aparentemente aleatoria y desinteresada durante tanto tiempo, sin encontrar rastro del viajante.

Era solo media mañana cuando salió de su casa, y mediodía cuando consiguió divisarlo, subiendo la pendiente con paso esforzado. Se acercó a él de forma sigilosa, ocultándose de su vista entre los árboles y las pendientes, haciendo el menor ruido posible. Esperó su llegada detrás de una roca, con el corazón acelerado. Se sentía azorada e incómoda, pero emocionada a la vez. Se llevó las manos a la cara y volvió a comprobar lo mucho que le ardía. ¿Qué le diría? Se preguntaba.

Vio como pasaba delante de ella sin percibir su presencia. Subía la pendiente hacia la aldea con energía, como todos los montañeros. No se decidía a salir. ¿Qué le diría? Contuvo la respiración mientras veía cómo se alejaba. Si no se daba prisa lo perdería de vista.

Saltó al camino, a varios pasos de distancia.

—Buen día, viajero.

Elgor se detuvo y sonrió al reconocer la voz. Se giró lentamente.

—Hola Alunna. El día comienza ahora que el sol me ha encontrado.

Alunna sonrió halagada y convencida de que tenía la cara completamente roja. ¿Pero qué podía hacer?

Sentía que estaba sonriendo como una tonta adolescente mientras caminaba hacia él. El hijo del tejedor tenía la piel mucho más bronceada, y parecía más delgado y fibroso. Pensó que estaba más atractivo que la última vez que lo vio, más hombre, como si la vida le hubiera hecho diez años más sabio.

El zarpazo de la Bestia le había transformado.

Elgor también se acercó despacio. Disfrutó de la visión de la joven mujer caminando entre las sombras de las hojas de los árboles, con el viento enredando y desenredando su largo cabello. Se encontraron en un montículo de hierba entre grandes árboles. Un grupo de cabras domésticas los observaba a poca distancia mientras masticaban hierba y tallos espinosos.

Alunna seguía sin saber bien qué decir. No tuvo tiempo de expresarle cuánto sintió la muerte de Havel.

—Elgor, yo… Siento mucho lo de tu padre. No sabía…

—¿Lo que iba a hacer el oso? Lo sé.

—He pensado mucho en ese día, y me siento culpable. Puede que si no hubiera tenido esa visión, si no hubiera hablado de la profecía...

—Entonces yo habría muerto junto con mi padre.

Contestó Elgor incisivamente, sin inmutarse, pero con una sonrisa en la boca.

Se produjo un silencio. Alunna se dio cuenta de que ya no era el mismo chico tímido y asustado que conoció un año atrás. Su mirada y su voz trasmitían seguridad, y parecía como si una sonrisa eterna se hubiera instalado en sus labios. Esa sonrisa…, era tan distinta a lo que…

Era obvio que había conseguido superar aquella etapa, así que intentó no mencionarlo más. Sonrió con la misma intensidad que él, porque en realidad se sentía muy feliz.

—Me alegro de verte. Tienes buen aspecto.

—Pues estoy desecho. He caminado mucho.

—¿Llegaste hasta el rio salado? —preguntó la mujer, fascinada.

Elgor sonrió. Se dio cuenta de que probablemente era la persona de Atria que había llegado más al sur en sus viajes, y sólo porque había decidido poner tierra de por medio a causa de lo ocurrido con la Bestia.

—Mucho más lejos. Alcancé las tierras del sur, luego crucé el rio

salado, pasé por varias islas muy notables y llegué hasta la tierra negra de Kemet, y la de los hombres oscuros. Y, tras varios meses, finalmente inicié el camino inverso en verano.

—¿Qué fue lo que más te gustó de tu viaje?

Preguntó Alunna.

—He visto muchas cosas, pero diría, por ejemplo, que lo que más me impresionó fue el mar de dunas. O el rio Iteru. Es el más grandioso rio de agua dulce que existe en el mundo, y lo adoran como a un dios. Pero habrá tiempo suficiente para contártelo todo. Ahora necesito dejar que estas piernas se recuperen del cansancio y las magulladuras.

Caminaron entre las cabañas del poblado, y cada paso le costaba un mundo, como si sus piernas estuvieran lastradas por piedras, pero completamente insensibilizadas al dolor, como si no le pertenecieran. A Elgor le alegró ver a los niños corriendo enloquecidos, a las cabras sueltas, pero sobre todo el perfil de las montañas a lo lejos. Las había echado mucho de menos.

Alunna se daba cuenta de que sus piernas se movían como dando saltitos, y no era para menos, pues se estaba reencontrando con el hombre que estuvo a punto de convertirse en su marido. Además parecía mucho más seguro, como adornado por una capa de experiencia que sólo se consigue tras un largo viaje por el mundo.

Alcanzaron la casa de Urcam en el preciso momento en el que salía Halle. Iba cargado con numerosas lanzas de distintos tamaños. Se encontraron de frente. Elgor pensó que el hijo de Urcam había crecido aún más desde la última vez que lo vio. Halle no parecía mostrar sorpresa, pero interiormente estaba conmocionado. Volvió a recordar el triste capítulo de casi un año atrás.

—Elgor.

—Hola Halle —saludó con la misma sonrisa ligera en los labios. Alunna adoraba aquella sonrisa.

El futuro señor también se dio cuenta de cuánto había cambiado el hombre que estaba destinado a superarle. Asintió con un gesto áspero. La terrible imagen del cuerpo descuartizado volvió a aparecer en su mente.

—Has regresado.

Elgor abrió las manos y señaló hacia el norte.

—Esas montañas son mi hogar.

—Ya veo.

Kul, el sirviente de Urcam, también se acercó al muchacho. Le saludó con un abrazo y le ofreció un vaso de leche.

—La leche me sienta bastante mal. Agua o cualquier otra cosa estará bien.

El joven echó un vistazo a la casa, el lugar en el cual recibió la

profecía de la hechicera que tenía a su lado, y que cambiaría su vida.

—¿Y qué has hecho todo este tiempo allí al sur? —preguntó Alunna.

—Esperar a que sanara la herida. Se me da bien esperar.

La mujer asintió, misteriosa.

—Ten, es para ti. Un regalo de las tierras negras.

Elgor abrió su mochila y sacó una fina caja de madera cuyas dos láminas encajaban perfectamente. Dentro había un vestido de lino que parecía tejido por las mismas hadas del bosque. La sacó y la extendió, para asombro de todos los presentes. Alunna se quedó estupefacta al contemplar aquella pieza de color marrón claro.

—No es para mí —afirmaba, o preguntaba la hechicera mientras observaba la complejidad de su tejido, el cuello en uve, los adornos plisados y las mangas largas y holgadas.

—Es para ti. No hay una pieza igual en esta parte del mundo —explicó Elgor—. Por eso, cuando lo vi, decidí que trabajaría todo el tiempo que fuera necesario para conseguirte otro, que creo que es igual o mejor. Sólo te pertenece a ti.

Alunna sonrió entusiasmada como si fuera una niña, y se lo mostró a su hermano.

—¿Qué te parece, Halle?

El gran guerrero estaba igual de sorprendido, aunque nadie fuera capaz de percibirlo.

—Bonito. Pero no es para el frío —afirmó huraño.

Halle se sentía incómodo. Todos los que hablaran con Elgor durante los meses siguientes se sentirían incómodos, pues nadie era ajeno a la tragedia y la saña que empleó la Bestia con Havel.

—Mi padre ha visitado al curandero y debe estar al llegar. Creo que lo he oído en la distancia —continuó Halle—. Por cierto, nos hemos encargado de que alguien pase regularmente por tu casa y la cabaña, para comprobar que todo estaba bien, por si decidías volver.

Ladeó la cabeza y se marchó sin esperar respuesta.

La pareja vio como Halle se alejaba, y con él, la tensión.

—¿El curandero?

—Sí. Por los males que le causan sus banquetes. Cree que si el curandero reza a menudo, sus males desaparecerán. No creo que esos rezos hagan más que las infusiones de hierbas que le hago tomar cada día. El ayuno tampoco le haría nada mal.

Elgor asintió.

Tras un incómodo silencio, Alunna se acercó al hijo del tejedor y le abrazó con fuerza durante unos segundos. El hijo del tejedor, cortésmente, también la rodeó con sus brazos. Sintió el calor de la piel de la ardiente hechicera, inhaló intencionadamente el delicioso perfume de su cuello y su cabello, hasta que ella se separó con el

rostro nuevamente enrojecido, algo avergonzada por su atrevimiento.

Era la primera vez que se tocaban.

—Gracias por el regalo —añadió avergonzada—. No tenías que hacerlo, pero es maravilloso. ¿Cuándo has llegado a la región?

—Esta misma mañana. Hice noche bajo la luna, junto al fuego. Pero basta de hablar de mí. ¿Qué es de tu vida?

Alunna intentaba sonreír, pero estaba ansiosa por tratar un tema.

—Te he esperado, Elgor.

—¿Aún no te has casado?

—Te lo dije a ti, y también se lo dije a mi padre. Le dije que te había dado mi palabra, y que te esperaría el tiempo que hiciera falta. Sabía que volverías, y no por hechicera, sino por mujer. Sé que han cambiado algunas cosas, pero yo no he cambiado. Puedo entender que aún es muy pronto para ti, que acabas de llegar y estás cansado. Pero quiero que sepas lo antes posible que eres tú quien vuelve a elegir, tu futuro, o nuestro futuro.

Elgor descubrió que Alunna mantenía, al mismo tiempo que su belleza, su modo de hablar directo y preciso.

Se mantuvo en silencio unos instantes. Luego hizo la pregunta que llevaba un año reconcomiéndole las entrañas:

—¿Qué más viste?

Alunna no sabía a qué se refería.

—La noche de la profecía. ¿Qué más viste sobre mí?

La joven doncella asintió.

—Vi hielo, mucho hielo, y a ti siendo tratado cuidadosamente por los hombres más sabios. Vi herramientas tan sofisticadas y sorprendentes que parecían pura magia. Vi tristeza, vi dolor, y vi amor. Vi a personas que te adoraban, que harían cualquier cosa por ti, sin importar el riesgo que corrían, sin importar las consecuencias. Y pude ver muchas más cosas, hasta que la inteligencia sembró el caos. Lo demás ya lo sabes. Vivirás mucho, serás inteligente, serás admirado y serás valiente, pero creo que ya lo eres.

Se detuvo en su relato para que el chico fuera asimilándolo. Segundos después, continuó:

—Eso es lo que puedes saber. No puedo contarte otros detalles especiales, porque sería un caos. Por eso recibo las revelaciones, porque como hechicera, comprendo la responsabilidad que conlleva.

—La inteligencia. Uhm, entiendo —mintió mientras asentía—. ¿No sabes cómo moriré? ¿Cuándo?

—Tendrás una larga vida, pero no te puedo decir cuándo, porque no lo sé exactamente.

Elgor asintió, pensativo.

—Gracias —dijo cogiendo a Alunna de la mano—. Entonces nada ha cambiado. Elijo lo mismo, elijo quedarme contigo hasta el fin de

los tiempos, o hasta que decidas separarte de mí.

—Hasta el fin de los tiempos, entonces —balbuceó la hechicera—. Escucha Elgor, creo que necesitas saber algo. Algunas mujeres de mi familia han tenido visiones, como yo, pero dejaron de tenerlas tras casarse y…, ya sabes.

—¿Y crees que te sucederá a ti?

—Si me caso, sí. Mi madre dice que es lo que me ocurrirá cuando me convierta en mujer. Perderé un don para recibir otro.

Elgor asintió.

—Para mí no cambia nada de lo que hemos hablado. ¿No lo echarás de menos?

—¿Bromeas? ¡Será un verdadero alivio!

Expresó con esperanza.

—Para ambos, quizás. No me siento cómodo cuando finjo poder entender visiones extraordinarias.

Alunna sonrió comprensiva.

El joven echó la vista al poblado y respiró el aire gélido que procedía de sus montañas.

—No ha cambiado nada —dijo situándose junto al hombro de su prometida. Se quedó absorto mirando hacia los picos cargados de nieve, el lugar desde el cual partió el invierno del año anterior.

Alunna escuchó a Halle relatarle a Urcam lo que había presenciado la noche del ataque de la bestia, lo poco que había quedado del irreconocible Havel, el detalle con el que narraba los gritos de desesperación del huérfano. Luego vino el silencio de Elgor, y las largas oraciones propias de su familia que Havel le había trasmitido.

Bien caída la noche, Elgor comenzó a recoger cuidadosamente cada uno de sus restos, y los enterró junto con sus pertenencias. Flechas, cuencos, punzones, algunos abalorios y varios cuchillos de hueso. Dijo que, de no hacerlo así, su alma jamás descansaría en paz con sus ancestros y con su esposa en la siguiente vida. Cuando se convenció de que el oso no volvería aquella noche, Halle hizo un fuego y contempló pacientemente los rituales del huérfano. Al amanecer, Elgor anunció que se marchaba muy lejos, aunque no sabía dónde. Halle vio como enterraba las herramientas, recogía el hacha de cobre que su padre le había regalado el día anterior, y se marchaba.

Alunna pensó en lo violento que debía ser para él regresar a un hogar tan manchado de sangre.

—Puedes quedarte a vivir aquí. Urcam te encontrará un sitio —sugirió Alunna.

Elgor se volvió y negó con la cabeza, con esa sonrisa eterna en sus labios.

—Me gustaría construir una nueva cabaña más cerca del poblado,

pero esa cueva perteneció a mi familia. Ahí están enterrados mis ancestros, y aunque viva en otra parte, es donde debo ser enterrado. No quiero deshacerme de mi casa. Gracias de todas formas.

Alunna asintió. Luego miró a la derecha y sonrió.

—Mira, ahí llega mi padre.

Salió corriendo hacia el grupo de hombres que regresaban a pie del poblado del curandero. Abrazó a su padre y Elgor vio como la joven apuntaba hacia él, concitando la mirada del jefe y de su séquito.

Urcam cogió a su hija de la mano y se acercó con presteza. Abrazó al joven y le golpeó varias veces en la espalda con la mano abierta, con la misma fuerza que un año atrás.

—Elgor, siento mucho lo que ocurrió con Havel. Hemos organizado batidas para atrapar a ese maldito oso y hacer longanizas con sus tripas, pero no hay forma de darle caza.

—No importa. De todas formas, no odio a la bestia. Los osos sólo saben vivir como osos.

Alunna asintió al escuchar su respuesta. Se sentía más enamorada tras cada palabra y cada frase que salía de los labios de Elgor. Era posible que, al principio, hubiera decidido casarse con él por la profecía, pero se estaba dando cuenta de que no quería la profecía, sino al hombre que era Elgor. Percibió que ni siquiera se inmutaba al recibir los típicos manotazos de su padre, cuando un año atrás casi había salido corriendo.

—Tu perdón no le salvará de mi ira… —afirmó iracundo el jefe del poblado.

Halle volvió para recibir a su padre. Venía acompañado de Balak, el negro. La última vez que Elgor lo vio fue en la celebración del día del nacimiento de Alunna. Era casi tan grande como Halle, y eso se explicaba porque ambos practicaban la fuerza y el uso de la espada junto con el grupo de jóvenes guerreros del poblado. Balak era hijo de una esclava. Urcam la compró, pero tras su muerte y como premio por su servicio, concedió la libertad a su robusto hijo, quien además se había convertido en amigo de su hijo. Balak decidió quedarse en el poblado y servir a Halle voluntariamente por el resto de su vida. Elgor pronto descubriría que su lealtad por Halle alcanzaría límites insospechados.

Urcam también abrazó a Halle, y también le hizo temblar los huesos de un manotazo, pero Halle, cada vez más grande y fiel a su progenitor, ni se inmutó.

—¿Estás preparado para la carrera?

—Por supuesto, padre. No hay hombre más rápido que yo en toda la región.

—Así me gusta, que creas en ti. ¿Qué te parece Elgor? Mi hijo va a participar en la gran travesía.

—¿Qué travesía? —preguntó Elgor con gran curiosidad. Las competiciones solían entusiasmar a todos los jóvenes.

Alunna respondió a su pregunta.

—A sugerencia de mi hermano Halle, los jefes de los poblados del norte han organizado una competición de velocidad y resistencia a través de la Pared, la cadena de montañas del norte —Alunna señaló hacia las montañas—. Son varios días de camino, y Halle quiere ser el primero en llegar al nuevo poblado de Garín del Sur. Quieren salir pasado mañana. Urcam y Halle creen que así podrán establecer buenas relaciones comerciales con las regiones del otro lado.

Elgor miró hacia el sistema montañoso, una pequeña parte de lo que todos en el continente llamaban, con reverencia, la Pared. Elgor había crecido en su falda, así que la conocía bastante bien. Los jefes de los poblados del norte habían elegido un mal momento para iniciar un viaje de ese tipo. Además, ¿desde cuándo era preferible una carrera antes que una travesía pacífica y bien planificada?

—Las montañas están enojadas —advirtió.

—¡Por eso participan quienes están hechos de madera de roble! —afirmo Balak con gran seguridad en sí mismo.

Elgor asintió y añadió:

—A mí también me gustaría participar.

El jefe de la tribu soltó una fuerte carcajada y golpeó la espalda del hijo del tejedor. Cuando se dio cuenta de que no hablaba en broma, le advirtió severamente.

—Es peligroso, chico.

—Si participas, morirás. La montaña mata a gente como tú todos los días —vaticinó Balak.

—Me gustaría participar. Así me distraeré de…, otros pensamientos.

—Yo solo he hecho ese camino una vez —añadió Urcam—, bien aprovisionado y acompañado, con buen cielo y sin límite de tiempo. Es otra cosa, pero si es tu deseo…

—Lo es. Y cuando vuelva, si vuelvo, me gustaría hablar de usted sobre otro asunto.

En ese momento Alunna sacó su mejor sonrisa y miró a su padre, esperanzada. Urcam detectó ese brillo en sus ojos, el color rojo de sus mejillas y esos movimientos nerviosos de adolescente. No tenía que ser curandero para saber que su hija se había contagiado de aquella enfermedad incurable para la cual no existía ningún remedio eficaz.

Golpeó el hombro de Elgor y le prometió que hablarían, pero después de la carrera. Nada le gustaría menos que ver sufrir a su hija si el joven acababa destrozado en las montañas. A pesar del valor que mostraba al participar, era mucho más escuchimizado que los otros hombres que tomarían parte. Halle se había preparado a conciencia, y

además era ya tan alto y fuerte como Urcam, y mucho menos gordo.

Halle sonrió confiado en su victoria y salió a trotar junto con Balak.

CAPÍTULO 9 — LAS CRESTAS HELADAS

Se dio la salida de la carrera justo en el momento en el que el sol asomó por el Este. Los habitantes de los poblados cercanos acudieron a despedir a los participantes, que salieron trotando al escuchar el sonido del cuerno.

Corrían elegantemente para satisfacer al público congregado, aunque todos entendían que era una carrera en la cual debían dosificar las fuerzas y caminar eficientemente para afrontar los contratiempos que brotarían del camino nevado como flores en primavera.

A medida que se iban adentrando en las montañas, los participantes se iban separando o formando grupos, eligiendo rutas diferentes.

Antes del mediodía, Elgor eligió una bifurcación para correr en solitario. Si bien es cierto que no se trataba de un camino desconocido, sí entrañaba bastantes riesgos, incluso para montañeros experimentados.

Tras un tramo de frenética subida, alcanzó, jadeante, la cima desde la cual podía contemplar a lo lejos los espléndidos glaciales centelleantes. Tras un breve descanso, debía superar un punto técnicamente complicado: un salto de cuatro pasos con la roca deslizante por el frío y una caída mortal bajo sus pies.

Ese era el riesgo por el cual nadie quiso tomar ese camino, por el temor a caer por el precipicio. Una piedra tardaba bastante tiempo en llegar hasta el fondo, así que podría matar a cualquier persona un centenar de veces.

Havel le había dicho que la gente moría antes de llegar al suelo, por el miedo. Elgor aún no había conocido a nadie que pudiera dar validez a aquella teoría, pero pondría todo de su parte para no ser el primero. Sonrió.

Notó que a pesar del largo viaje de meses, sus piernas no habían perdido la fuerza y la resistencia para subir grandes pendientes. No había demasiadas montañas allá al sur, donde había permanecido el último año, pero su cuerpo recordaba perfectamente cómo debía moverse y respirar. Dejó su ligera mochila en el suelo y se ató una cuerda al costado. Cogió carrerilla y se impulsó en la roca para, tras un salto considerable, alcanzar el otro lado mientras clavaba el hacha

de cobre de su padre en el compacto suelo nevado, para asegurarse. El hacha le ayudó a remontar su cuerpo a salvo, lejos de la abismal caída. Una vez al otro lado, tomó la cuerda y recogió la mochila. De haber propuesto aquella vía a los demás participantes, le hubieran llamado loco por tomar riesgos innecesarios.

Comenzó a nevar con fuerza y se dio cuenta de que profundidad de la capa de nieve aumentaría rápidamente y complicaría la bajada. Sacó varios artefactos circulares de ramas flexibles de abedul y raíces entrelazadas, los ajustó a sus zapatos de piel y se apresuró a completar el descenso. Las raquetas le permitirían «flotar» mejor sobre la nieve al distribuir el peso, como le explicó Havel. Los montañeros tenían en cuenta este posible uso al diseñar los zapatos. Los zapatos de Havel habían sido los mejores debido a su «corsé» de cuerda, a que pertenecía a una familia de tejedores, y a que tenía en cuenta el posible uso de las raquetas. Pero la sabiduría de Havel se había trasmitido a Elgor, y también a sus pies.

¿Un carrera a través de la Pared?

Elgor pensó que sólo un joven inexperto aspirante a rey podría pensar que es divertido atravesar las montañas de lado a lado cuando el cielo está enojado.

La Pared constituía un mundo diferente poblado de gentes de numerosas procedencias y dialectos. Se tardaría varios inviernos en reconocerla de este a oeste, y eso siempre que se contara con la experiencia necesaria en la montaña.

Urcam y Halle habían dado por sentado que Elgor no terminaría una carrera que atravesara el inmenso sistema montañoso basándose en el hecho de que no era especialmente corpulento, ignorando que se había criado en las montañas y que comerciaba en ellas. Había realizado numerosos trayectos por dentro y a través de la Pared, en todas las direcciones. Conocía su temperamento, y el temperamento del cielo. Por eso, ambos, la montaña y el cielo, habían consentido que siguiera con vida. Respiraba la montaña, la respetaba, y mientras eso siguiera siendo así, contaría con su protección.

La mayor parte del tiempo la temperatura nocturna era tan violenta que si lanzabas un cuenco de agua al aire, caía al suelo convertida en fragmentos de hielo. Su padre solía decir que todo aquel que no supiera hacer fuego en malas condiciones, haría bien en suicidarse antes de acceder a la Pared, porque era mejor morir fuera que dentro.

El sistema montañoso presentaba numerosos peligros inimaginables para los habitantes del sur. Había no pocos laberintos de estrechos caminos, desfiladeros y precipicios esculpidos por los demonios para los pequeños pies de los íbices y otros animales

cuadrúpedos. Las pendientes, extremadamente escarpadas, estaban generalmente cubiertas de nieve o hielo, ocultándose a su vez los puntos de apoyo y las cuerdas que montañeros como él y su padre anclaban en las paredes más verticales. Y eso por no hablar del peligro que representaban las grietas ocultas por la propia nieve y el hielo.

Era cierto que la fuerza de sus brazos no podía compararse con la de Halle y Balak, pero al ser más ligero, necesitaba menos fuerza para trepar por esas cuerdas llenas de nudos. El cuerpo enjuto es una adaptación favorable en aquellas latitudes.

Las montañas se llevan todos los años brazos y pechos cargados de músculos, deseosos de hazañas que desafían a la prudencia básica.

Elgor contempló la belleza cruda y fría desde lo alto de la montaña más alta. Una tierra sin Dios, sin reyes, donde solo podía sobrevivir la sabiduría y la sencillez.

***

Un temporal de nieve abrazó con violencia al sistema montañoso. La nieve azotaba los rostros de Halle y Balak, los únicos de su grupo que no se habían rendido a las inclemencias del relieve y el tiempo. Se sentaron para descansar sobre un grupo de rocas cubiertas de nieve.

A pesar de los guantes de piel, ambos sentían como las puntas de sus dedos comenzaban a congelarse. Balak trató de trazar un plan en medio del caos de nieve.

—Podemos elegir entre dos posibles rutas, Halle —gritó para ser escuchado—. Podemos marchar por la ruta del desfiladero, que es la más rápida, y también podemos optar por la ruta habitual hacia el valle de los cazadores. Luego remontamos la montaña y nos situaremos a pocas jornadas de Garín del Sur.

—La más rápida. El desfiladero, entonces.

Repuso Halle.

—¡Yo no tomaría ese camino!

Gritó una voz, en parte silenciada por el temporal.

Halle y Balak se sobresaltaron y miraron a su alrededor con las manos puestas en su armas. Pensaron que las rocas les habían hablado. Halle tomó su lanza y a punto estuvo de lanzarla con todas sus fuerzas hacia el bulto blanco del cual procedía la voz.

El bulto levantó los brazos y se irguió deshaciéndose del montón de nieve que se había acumulado encima de la coroza impermeable hecha de juncos, y dijo…

—Soy Elgor.

Cuando Elgor los vio sin un fuego junto al que pasar la noche, se reafirmó en la opinión de que la montaña no era para todos.

Halle era un héroe. Había vencido a decenas de retadores. Algunos dicen que incluso había dado muerte a un gigante y a varios demonios. La fuerza de sus brazos sólo podía compararse con la del gran Ummsark, pero en habilidad los superaba a todos. Y sin embargo, por primera vez, Elgor había sido testigo de su vulnerabilidad. El frío es capaz de matar a cualquier hombre, demonio, e incluso a la bestia más adaptada. Halle permanecía en pie, sin saber que estaba medio muerto. Solo Elgor lo sabía.

Podría haber tomado otro camino y hubieran muerto. Podría haber pasado junto a ellos y seguido adelante, y ellos, tan orgullosos y grandes, no le hubieran pedido ayuda. Habrían muerto, y nadie sabría que les había encontrado en el camino y no les había ayudado.

Sin embargo, veía potencial en Halle. A fin de cuentas, era su jefe, y también, el hermano de Alunna.

«Seguramente me traerán problemas», pensó el huérfano, sin imaginar hasta qué punto sería cierta aquella predicción.

Halle se apaciguó al ver a Elgor. Sin embargo, no podía ocultar cuánto le contrariaba haber sido alcanzado por el escuchimizado novio de su hermana. Los hombres destinados a ser reyes no tenían ninguna necesidad de ocultar el sentimiento de enojo y desprecio. Mientras se acercaba, notaron que el chico llevaba una suerte de ramas entrecruzadas en forma de hoja de árbol bajo sus zapatos, quizás para no hundirse en la nieve. Las huellas que dejaba eran grotescas para cualquier animal viviente, y sin embargo, parecía caminar muy cómodo con esas palas.

—Vaya, pero si es Elgor, el profetizado.

El hijo del tejedor ignoró el desdén natural del gran Halle y volvió a gritar, para ser oído a través de la furiosa ventisca.

—El cielo continúa enojado. El viento arrecia con fuerza, sobre todo por el oeste y desde las zonas bajas hacia las altas —informó—. Avanzar a través de ese desfiladero y con la nieve helada, es casi un suicidio. Por no hablar de las avalanchas. Es mejor tomar la ruta hacia el valle de los cazadores, aunque alarguemos el camino. Aun así, conviene esperar. Un poco más abajo podremos encontrar algo parecido a un refugio donde los montañeros guardan madera para hacer fuego. Propongo descansar allí y hacer una hoguera. Eso mantendrá alejados a los perros de las montañas, en el caso de que los haya.

Sin esperar respuesta, pasó a su lado, avanzó y escogió el sitio donde instalarían el refugio.

—Y a los osos —dijo Halle sarcásticamente de forma que sólo Balak pudo escucharle.

A pesar de su arrogancia, los guerreros le siguieron sin mostrar

oposición, como si fueran huéspedes en una gran casa desconocida.

Llegados a una zona algo resguardada del viento, se quitó los guantes para poder manipular su equipo, y se los ofreció a Halle. Eran unos abrigados guantes de cuero con la piel por dentro, mucho mejores que los de los hombres de armas del sur. Halle se los puso y asintió ásperamente.

—Te los devolveré enseguida.

Gruñó el hijo de Urcam.

El hijo del tejedor se quitó la mochila a su espalda, abrió un pequeño recipiente de corteza de abedul finamente cosido y extrajo un trozo de madera en ascuas envuelto en hojas frescas de arce. Todo un tesoro en las montañas. Se la entregó a Balak junto con unos hongos secos que llevaba en otra pequeña bolsa, y un rollo de heno prensado, seco. La cabeza del que un día fue esclavo parecía un sólido armazón indestructible, con una llamativa mandíbula que, a pesar de no manifestar emociones, también intimidaba al hijo del tejedor.

Mientras Balak se ocupaba del fuego, Elgor y Halle levantaron un pequeño refugio con las tres lanzas y la coroza de Elgor.

A continuación, Elgor extrajo de su zurrón un buen trozo de carne que había rescatado durante su ascenso a las montañas, probablemente corzo.

—No es difícil encontrar carne en estas montañas cuando todo animal muerto por accidente permanece comestible durante días e incluso semanas —añadió.

Halle había heredado la gula de Urcam, así que no pudo rechazar aquella nueva muestra de amistad.

Balak hizo que el alma candente prendiera rápidamente sobre aquellos hongos, en contacto con el calor de las ascuas. No tardó en encender una luminosa hoguera ayudado por el heno seco y unos maderos ocultos por los montañeros.

El gran Balak mostró dos hileras de dientes inusitadamente blancos como muestra de satisfacción. Aquella sonrisa ayudó a que Elgor se relajara. En contraste con su gran corpulencia, su rostro amable descartaba cualquier rastro de hostilidad.

Halle atravesó la carne con una rama afilada y la situó sobre el fuego.

Los guerreros no solo se vieron sorprendidos por la habilidad del hijo del tejedor. Tal como se iba desarrollando el temporal, se dieron cuenta de que, si no hubiera aparecido, podrían incluso haber muerto de frio o despeñados por el desfiladero.

—Umh, a pesar de todo, eres difícil de odiar —gruñó Halle.

La tormenta duró hasta la mitad de la madrugada, dejando paso

luego a una noche fría, pero sin viento.

CAPÍTULO 10 — KURGAN

Cuando las primeras luces del alba comenzaron a filtrarse a través de las dentadas cumbres, era como si el sol disparara una hilera de flechas de un tibio color amarillo sobre sus caras. Agradecidos, y sin decir una sola palabra, levantaron el refugio, se equiparon para el viaje e iniciaron el descenso a través de la bruma matutina, ya con una nieve polvo mucho más complaciente y transitable.

Durante las siguientes jornadas circularon a través de un laberinto de desfiladeros, pasos estrechos de montaña, fondos de valle, collados y glaciares, hasta finalizar la parte más abrupta del camino. Poco a poco eran testigos de cómo el paisaje se transformaba desde el gélido y yermo horizonte montañoso hasta los verdes relieves ondulantes de abetos y pinos atestados de abundante vida animal y vegetal.

—Hemos vencido a la Pared.

Señaló Halle con suficiencia, como si en realidad no hubieran necesitado ningún tipo de ayuda. Sin embargo, tras cada nueva variación del escenario, se daba cuenta de la agilidad y creatividad de Elgor en todos los terrenos. Y ni siquiera jadeaba. Pensó que todas aquellas jornadas de carrera con Balak no habían servido para equipararse con Elgor, y eso que llevaba un año fuera de la Pared.

Tras superar un tramo de grandes rocas paralelo a un riachuelo, emprendieron la subida de la ruta que llamaban de los cazadores, por un pequeño poblado situado en la cara opuesta de la montaña, afirmó el joven Elgor.

Cuando alcanzaron la cima, se vieron sorprendidos por la presencia de un hombre desnudo que bailaba y cantaba. Al verlos, se acercó a ellos con la mayor confianza del mundo, y les ofreció flores. Halle sacó su espada de cobre del cinto y lo mantuvo a distancia con la punta de esta.

—Estos cazadores no parecen estar muy cuerdos. Esto es lo que ocurre a aquellos que viven demasiado lejos de las aldeas —afirmó Balak.

Elgor se vio obligado a contradecirlo.

—Conozco a este hombre. No me acuerdo de su nombre, pero mi padre ha tratado con él en muchas ocasiones. Es un comerciante de pieles que siempre se ha comportado de forma seria y cabal. No sé qué le ocurre, pero no es normal. Se comporta como un niño.

—¿Borracho? —preguntó Halle.

El hombre se tiró al suelo y comenzó a revolcarse sobre el barro a los pies de Balak. Emitía ruidos infantiles, y luego comenzó a imitar el sonido de distintos animales.

—He conocido a todo tipo de borrachos, pero esto es diferente. Tiene el seso derretido —respondió Balak.

—Creo que tenemos una pista en sus pertenencias.

Se giraron hacia Elgor, quien se había alejado del grupo. Sostenía unos hongos que encontró cerca de la ropa del hombre sin juicio.

—Hongos alucinógenos —bramó Halle.

Se deshicieron de los hongos y maniataron al hombre. Le metieron los dedos en la garganta y le obligaron a vomitar. Le pusieron una pasta de cereales y semillas en la boca y le obligaron a tragarlo acompañado de gran cantidad de agua.

Poco a poco comenzó a recuperar parte del sentido común y, algo desorientado, les guio a su poblado, un pequeño asentamiento de cazadores en una llanura al inicio de la bajada.

Llegaron a la altura de una serie de chozas de piedra y barro circulares con techos de paja. Les llamó la atención el silencio sepulcral que reinaba en el poblado, como sinónimo de problemas.

De repente, dos hombres salieron de una choza, y parecían intoxicados por el mismo tipo de hongos. De hecho, se los ofrecieron a los recién llegados.

—Más visitantes —se reía a mandíbula batiente un niño aún imberbe. También tenía el seso emponzoñado por los hongos.

Una mujer los vio llegar y se quitó la túnica para recibirlos, quedando completamente desnuda.

—¡Los dioses Kurgan nos protegen! —gritó fuera de sí.

Halle torció el ceño y bramó, enfurecido.

—Vístete, mujer.

Había escuchado hablar de los Kurgan. Así es como llamaban a ciertas tribus provenientes del noreste, con buena fama de guerreros y saqueadores. Los Kurgan diferenciaban entre dioses y demonios, unos protegían y otros castigaban. Halle estaba convencido de que estaban equivocados, pues todos eran lo mismo. Tanto protegían como castigaban, y eran de carne y hueso. Él mismo afirmaba haber matado a alguno de aquellos demonios.

Sin embargo, no entendía la relación entre los hongos alucinógenos y las tribus Kurgan, que no solían acercarse al sur.

Halle entró en la primera cabaña que parecía habitada, empujó la puerta con rudeza, y se encontró unos ganchos de los que colgaban vestimentas de cuero y buenas armas metálicas. Elgor, tras él, tocó el filo de una de ellas y apreció la calidad superior del arma. No parecía el típico cobre que usaba Halle para elaborar sus espadas, puntas de lanzas y flechas.

Al fondo de la cabaña, un hombre recio con la túnica levantada tomaba a una joven sobre una suerte de mesa en el interior de la estancia. Parecía completamente narcotizada.

Al verlos entrar, el hombre recio soltó a la mujer. Llevaba la cabeza rapada y la barba trenzada hasta la altura del pecho. A su costado aparecieron algunos de los hombre que lo acompañaban, puede que esperando su turno. Llevaban pieles de denso pelaje, de animales grandes que los hombres del sur no habían visto nunca. Empuñaron sus espadas del mismo metal. Halle no retrocedió ni un paso. Parecía convencido de poder vencerlos él solo.

—Habéis drogado a esta gente —les acusó Elgor.

—¿Quiénes sois vosotros? —contestó un tuerto, el único que parecía entender lo que dijo Elgor.

—Yo soy Halle, hijo de Urcam, señor del otro lado de la Pared. Y ellos son mis amigos Balak y Elgor.

—Pues aquí no eres señor de nada. Iros y que buen tiempo os acompañe.

Halle negó con la cabeza, y bramó con autoridad.

—Salid fuera y negociemos.

Una vez todos vestidos, salieron al exterior, a un espacio abierto rodeado de cabañas, pieles colgadas y varias hogueras apagadas, aún humeantes. Olía a orines y a carne carbonizada. Los habitantes de las cabañas se comportaban, movían y hablaban como si todos tuvieran pocos años de edad. Quizás, si las drogas eran suficientemente tóxicas, podrían quedar enloquecidos para siempre. Elgor contó siete guerreros armados y dos grandes animales para mercancía. Sin embargo, Halle negociaba como si la ventaja numérica estuviera de su parte.

Balak y Halle blandían su espada en una mano y una lanza en la otra. Eran diestros de las dos manos, al menos en el uso de las armas, porque así era como practicaban. Balak llevaba un arco y flechas a la espalda, pero no serían demasiado útiles en aquella situación. Al disparar una flecha a tan corta distancia, no hay tiempo suficiente para cargar la segunda, quedando el arquero desprotegido. Elgor sostenía una daga y el hacha de cobre.

Halle exigió explicaciones.

—Si no contestáis a esta acusación, yo tendré que entender que habéis drogado a esta gente para aprovecharos de ellos y que os sirvan, sin haber llegado a un acuerdo previo, y eso es deplorable.

El tuerto habló con sus camaradas en una extraña lengua. Los hombres del sur no pudieron entender ni una sola de aquellas palabras. El tuerto volvió a contestar en nombre de los forasteros.

—Esta gente nos ha recibido abiertamente y de forma sincera. Como muestra de amistad les hemos regalado unos hongos que crecen

naturalmente en nuestra aldea. Los hongos proporcionan felicidad, y lo toman voluntariamente. Son muy hospitalarios.

Luego pronunció las mismas palabras en su lengua, y todos los extranjeros se rieron.

—Pues que lo tome uno de vosotros —ordenó Halle, cortante.

El tuerto consultó en la lengua extraña con quien debía ser su jefe, un extranjero que doblaba en edad y en peso a Halle. Éste sonrió, escupió hacia Halle y soltó unas palabras inteligibles cargadas de odio.

Halle entendió tanto las palabras como la violenta mirada que le dirigía, y asintió.

—Está todo muy claro. Si os marcháis ahora, no habrá derramamiento de sangre.

—Si os atacamos todos juntos, no habrá derramamiento de nuestra sangre.

Los siete hombres venían de muy lejos, a juzgar por sus rasgos y su lengua. Además tenían buenas armas y escudos, pero no parecían tenerlas todas consigo en una refriega, especialmente ante el arrojo que mostraban Balak y Halle. De otra forma, ya les hubieran atacado.

El hijo de Urcam dirigió la espada hacia ellos, uno por uno.

—No tenemos que morir todos. ¿Queréis arreglarlo? Lucharemos uno contra uno. Si ganáis, os quedaréis y nosotros nos marcharemos. Y si perdéis, vosotros os marcháis.

El tuerto les tradujo, y el jefe del grupo aceptó.

Por parte de los forasteros salió a luchar el hombre recio de la cabeza rapada y la barba trenzada que vieron tomando a la mujer al entrar en la cabaña. Sus compañeros le palmeaban fuertemente en la espalda mientras le jaleaban con euforia, como si su destreza les garantizara la victoria.

Halle lo estudió. Se dio cuenta de que llevaba una gruesa armadura de cuero en el pecho y antebrazos, una que seguramente podría detener un mandoble de su espada. Además, se puso un casco metálico en la cabeza. Sacó una daga y una pesada espada y las exhibió contra Halle, que se había situado en el centro.

—Su espada mide el doble que la tuya —advirtió Balak.

—Pues tendrá que moverla el doble de rápido si quiere partirme en dos. Pero si me mata no pasa nada, porque aún nos quedará Elgor, el que vivirá para siempre, y me vengará.

El tuerto escuchó la burla de Halle y dirigió unas palabras a sus hombres. Todos miraron fijamente a Elgor, y Halle se dio cuenta de que la profecía había llegado aún más lejos de lo que había pensado. Negó con la cabeza, con cierta envidia.

—Ten hermanas para esto.

Pensó mientras Balak le hacía entrega del arco y el carcaj con las flechas al hijo del tejedor.

—Si ves algo extraño, dispara a matar.

Elgor recogió el arma. No parecía demasiado cómodo, pero no era momento para discutir entre ellos.

Halle se deshizo de su capa de piel y la prenda de cabeza, y se quedó con una sencilla túnica de viaje y las polainas que le cubrían las piernas. Luego se puso en el centro de un círculo imaginario y esperó a su adversario con su espada de cobre de dos palmos en la mano derecha.

Los hombres del poblado comenzaron a alentar a los extranjeros que le proporcionaban la droga de la felicidad.

—¡Kurgan! ¡Kurgan! ¡Kurgan!

El Kurgan estiró el brazo derecho y su larga espada se puso en contacto con la de cobre, manteniéndolo a distancia. Halle se movía ágilmente, alejándose del arma caminando en círculos hacia la derecha, el lado dominante del Kurgan. Luego se agachó todo lo que pudo, invitando a su adversario a un ataque desde arriba. Sin embargo, éste trató de sorprenderlo lanzando su daga. Halle la apartó con un rápido movimiento de su espada, como si lo estuviera esperando. En ese momento, el número de armas estaba igualado.

—¡Kurgan! ¡Kurgan! ¡Kurgan!

Elgor veía la danza de Halle contra un enemigo aparentemente superior y se quedó admirado por su estrategia. Parecía estar leyendo la mente de su oponente, sus puntos débiles, los movimientos más habituales de su entrenamiento, el empuñe de la espada, el movimiento de sus piernas... Halle se sentía cómodo en la batalla, se sentía imbatible. Uno de los Kurgan, impaciente, levantó un gran hacha de piedra contra él, a su espalda, y antes de que comenzara a bajarla, Halle le rasgó las entrañas al mismo tiempo que se apartaba.

Uno de sus camaradas se agachó hacia él emitiendo un alarido lastimero. Los otros le recogieron y trataron de suavizar los últimos momentos de su vida.

Tras ver a su hombre herido, el jefe de los Kurgan también intentó atacar, y Elgor disparó una flecha, que se clavó en un poste de madera justo a su lado. Eso detuvo a los extranjeros que debían mantenerse ajenos al combate.

—Buen aviso —afirmó Balak.

Elgor trató de aparentar frialdad.

—No fue un aviso. Disparé a matar —susurró Elgor.

—¿No sabes disparar? —preguntó Balak en voz baja, preocupado.

—Esta es la primera vez.

—Grandioso. Pues pon cara de que sabes lo que haces, a ver si se lo tragan.

Halle seguía danzando con precaución, con un ojo puesto en su adversario, y otro en los traicioneros Kurgan, convencido de que la

lucha se resolvería en unos pocos movimientos. No tenía muy claro si su espada podría bloquear la gran espada kurgan, si llegara el momento, pero seguía confiado en su destreza.

El extranjero dio un paso hacia delante y lanzó un mandoble, y la espada pasó a menos de un palmo de su cuello, de izquierda a derecha. Halle pensó que mover esa espada debía suponer un gran esfuerzo físico.

—¡Te mueves como una víbora cornuda!

Gritó Halle.

El tuerto no quiso traducir, teniendo en cuenta que su amigo, el mejor de los suyos, parecía estar perdiendo la confianza. Sin embargo, el gigante echó una mirada de soslayo al traductor.

Halle notó como desviaba ligeramente su atención, y lo castigó. En un suspiro, Halle corrió hacia la izquierda, y luego a la derecha, cambió de mano la espada, avanzó agachado y saltó hacia su rival, amagando un ataque. Forzó otro mandoble del extranjero. La espalda de Halle se movió hacia atrás y la espada volvió a rozarle la cara. Con la espada aún en movimiento en dirección opuesta, Halle pudo entrar en su guardia. En lugar de matarlo, le plantó un rodillazo en su pecho que hizo caer al Kurgan, quien a su vez dejó caer su espada.

Aún en el suelo, se apresuró a intentar recuperar el arma, pero desistió de su intento porque vio que Halle estaba esperando a que lo hiciera para cortarle el brazo de un tajo. Había subestimado a su rival y su habilidad con aquella pequeña espada de cobre. Elgor y el gran negro también mostraban gran determinación. Decidió retirarse y tratar de conservar la vida, aunque se jurara a sí mismo que ajustaría las cuentas cuando tuviera la menor oportunidad con aquel que le había derrotado. Con Halle, hijo de Urcam, señor del sur.

—Coged las pertenencias y marcharos. No orinéis, no bebáis agua… Marchaos justo ahora, y no volváis. El cuerpo del traidor se queda aquí.

Sentenció Halle, tan autoritario con las palabras como con las armas.

Los Kurgan no necesitaron traducción. Abandonaron el cuerpo de su compañero y se marcharon susurrando entre ellos sentencias y amenazas en voz baja, en su idioma. Uno de ellos gemía desconsolado.

Halle lamentó haber salido indemne. Le gustaba decir que había derramado sangre en numerosas batallas, pero en aquella ocasión no derramó ni una gota. Había sido demasiado fácil. Mientras se alejaban, Halle intentó resolver la duda que tenía.

—Estabas a cinco pasos de distancia. ¿Qué pasó con esa flecha, Elgor?

Elgor se disculpó.

—Lo siento. He practicado con la lanza y con el hacha, pero no con

el arco. Havel era quien lo manejaba, pero no tuvo tiempo de enseñarme.

Halle movió la cabeza de izquierda a derecha, como si le hubiera sobrevenido un repentino dolor de cabeza.

—Alunna dispara mucho mejor que tú. Le diré que te enseñe, o será ella quien deba proteger a su marido. Deshazte de los hongos de estos infelices. Comeremos aquí y seguiremos rumbo a Garín del Sur. El objetivo sigue siendo el mismo, ser los primeros en llegar.

CAPÍTULO 11 — PLANIFICACIÓN

Tras una última y agotadora jornada de viaje, el grupo se disponía a abandonar la parte final de la cadena montañosa, la más complicada, y sólo les restaría media jornada de cómodo trayecto para alcanzar su objetivo, casi al anochecer.

Media jornada, unas seis horas —dijo Elgor.

—No comprendo por qué se escucha hablar tanto de horas —protestó Balak—. El sol nos dice todo lo que necesitamos saber acerca del día y nuestras obligaciones.

Pero quien contestó fue Halle:

—Los ancianos del invierno de muchos poblados opinan que deberíamos dividir el día en veinticuatro partes que se llaman horas, la mitad de día y la mitad de noche, dependiendo de la cercanía del invierno. Tienes razón, Balak, no es necesario, pues las jornadas de trabajo y de viaje se rigen por el movimiento del sol. Sin embargo, si dispusiéramos de un buen reloj de sol sería muy útil para calcular la hora de descanso después del mediodía, o cualquier otra. El sistema horario que ellos proponen, y que parece que Elgor aprendió en su viaje, coincide con el movimiento del sol: La salida del sol, el medio día, el cuarto de día, y la puesta de sol.

—¿Los ancianos del invierno? —preguntó Balak con curiosidad.

—Los ancianos del invierno son hombres que se retiran de las aldeas y se instalan en una zona de las montañas para estudiar el cielo. Dedican el resto de su vida a contar los días, a observar el sol y la luna, y marcar cada movimiento en la pared. Son capaces de predecir la llegada del invierno con bastante certeza porque, al parecer, los inviernos mantienen una periodicidad. El más cercano se llama Kaan, amigo y consejero de mi padre. Fue él quien me explicó el sistema horario. El anciano posee una memoria prodigiosa y conoce los nombres de todos los habitantes, pero también de los árboles, las flores y los animales de la región.

—En Kemet se hace como dice Halle —apuntó Elgor—, dividiendo el año en 360 días. Y además tienen otros sistemas de medidas, como de peso o de altura. Cuentan la distancia por palmos, codos, equivalentes a dos palmos; pasos, equivalentes a dos codos…

Balak volvió a protestar.

—De nada sirve si llegan aquí con esas medidas, y resulta que nosotros dividimos el año en 350 días y medimos con pasos, pies y la

distancia del tiro de una flecha. Yo creo que el oficio de anciano del invierno es una innecesaria pérdida de tiempo.

—Lo sabremos en el futuro, Balak —sentenció Halle.

Elgor descubrió que por primera vez mantenía la misma visión que Halle en un tema concreto, y le reconfortó. Se dio cuenta de que Halle también respetaba los conocimientos de aquellas personas más sabias que trataban de crear «comunidad», sin limitarse únicamente a tratar de mejorar su destreza en la batalla. Quizás pensó que había llegado la hora de cambiar.

—Debemos estar cerca de Garín del Sur —mantuvo Elgor—. Todas mis rutas de comercio han quedado atrás. Nunca he llegado tan al norte como en este viaje.

Confesó Elgor, y Halle le devolvió otra confesión.

—Ninguno de nosotros. Te contaré algo que sólo sabemos Balak, Urcam y yo. Todo este desafío a través de la Pared no era más que una excusa para abrir nuevas vías y estrechar lazos comerciales con el norte. Llevo bastante tiempo escuchando hablar maravillas acerca de la recién creada Garín del Sur y quería conocerla de primera mano. Los viajeros que lo han visto en los últimos tiempos nos han contado que ha crecido de una forma espectacular.

Elgor asintió.

—Estoy ansioso por descubrirlo con mis propios ojos.

Sin embargo, todo lo que había escuchado Halle se quedaría corto en comparación con lo que estaban a punto de presenciar.

Al descender una abrupta vereda consiguieron vislumbrar por debajo de la capa de niebla y en la distancia, el contorno de unas murallas rectas que formaban un enorme rectángulo. Debían contar con ocho pasos de alzada, y más de ciento cincuenta por el lateral más próximo, que no parecía ser el mayor.

Las murallas estaban situadas cerca de una elevación montañosa que contaba con algunas sólidas casetas de piedra y argamasa situadas de forma estratégica. Halle escuchó algunos silbidos procedentes de las casetas.

—¿Lo escucháis? Están advirtiendo de nuestra llegada, seguramente detallando la posición y el número de hombres. Esas casetas no solo protegen las murallas, sino que observan y anticipan cualquier posible peligro.

Se dio cuenta de que la falta de visibilidad por culpa de la niebla impidió que los vigías los avistaran mucho antes.

Elgor observó la expresión de Balak y Halle, y comprobó que estaban igualmente impresionados por las dimensiones y la aparente solidez de la construcción.

Tuvieron que atravesar un camino entre huertos y plantaciones para llegar a la muralla de Garín del Sur. Un muchacho sucio con un sombrero que casi le cubría los ojos parecía vigilar que los extranjeros no cogieran nada. Se levantó con un palo en la mano, dejando a la vista su vestimenta de piel de rebeco de dos piezas, y sus sucios pies descalzos.

—No parece que nos estén esperando —dijo Balak, tratando de fingir que no estaba intimidado.

Halle asintió. Sin embargo, estaba convencido de que les ofrecerían alojamiento cuando se anunciara como el hijo de Urcam, principal señor al otro lado de la Pared. Aporrearon la puerta situada al sur y, al instante, se abrió una ingeniosa ventanilla realizada sobre el mismo portón. Un joven sirviente, quizás un guerrero, con un casco de cobre en la cabeza escuchó la petición desde el otro lado.

—Buen porvenir, guardián. Me llamo Halle, hijo de Urcam, señor al otro lado de la Pared, y mis acompañantes son Balak y Elgor. Queremos ofrecer nuestra amistad al señor de la aldea y pedir un lugar donde pasar la noche.

—Buen porvenir también a vosotros. Haremos llegar la consulta — y volvió a cerrar la ventanilla.

Tras una larga espera, Balak fue el primero en decir lo que todos estaban pensando.

—Menuda aldea. Me hace sentir pequeño.

Elgor añadió.

—Pues tengo entendido que Garín del Sur es incluso más pequeño que Garín del Norte, a dos días de camino.

Halle tomaba nota de las impresiones de sus compañeros de viaje.

—En verdad, los habitantes de este lugar podrían tomarnos por salvajes si vieran nuestras aldeas —se tomó unos segundos antes de proseguir—. Tengo intención de realizar grandes cambios a mi regreso. Además, convocaré a los señores de uno y otro lado de La Pared para reforzar los caminos y evitar que saqueadores y asesinos campen a sus anchas atormentando a los campesinos y comerciantes. Es necesario establecer unas normas que nadie pueda ignorar, y unos castigos ejemplares.

—Quizás la solución se encuentre en este momento ante tus ojos — se atrevió a decir Elgor—. Este asentamiento, además de majestuoso, parece bastante próspero. No he visto nada igual, ni siquiera en mi viaje a lo largo y ancho del rio salado, o incluso a orillas del gran rio de las tierras negras.

Halle escuchaba atentamente, y comenzó a concebir un plan.

—Estoy pensando en las tierras que mi padre y mi tío Kiel poseen en el sur. Son fértiles, hay agua, piedra, árboles y campos para cultivar. Puede ser un buen sitio para levantar un asentamiento como

éste, una aldea amurallada de este tipo… ¿Pero por dónde se empieza? ¿Quién sabe levantar a tanta altura sin que la argamasa se desmorone por el peso de la piedra?

Tras una larga espera, el sirviente les dijo que debía recoger sus armas antes de permitirles el paso y conducirles ante Arce, el ingeniero y regidor de Garín del Sur. Varios esclavos empujaron el portón para franquearles el paso, y un tercer sirviente se ofreció a lavarles los pies con unas jarras de agua perfumada.

Tras rechazar el ofrecimiento, cruzaron los espesos muros y se encontraron en un ancho camino cubierto de tierra húmeda, entre edificaciones interiores de dos y tres alturas.

El camino era completamente recto, minuciosamente nivelado. La mayoría de las construcciones estaban alineadas a uno y otro lado, presentaban un diseño idéntico y estaban recubiertas por una especie de argamasa blanca. Creyeron que, cuando el sol golpeara directamente aquellas paredes, tal color dañaría la vista de los visitantes. Elgor estaba convencido de que se trataba de cal, el mismo material que le solía proporcionar Fergo, y que Havel y él mismo usaban a menudo para limpiar las pieles.

El sirviente, que caminaba delante de los extranjeros, percibió la sorpresa en sus rostros. Estaba acostumbrado a advertir la misma reacción.

—Precioso, ¿verdad?

Asintieron tímidamente.

Pero la destreza constructiva no fue lo único que les llamó la atención. Sin cruzar una palabra, los tres se vieron sorprendidos al pasar por debajo de dos largos troncos que descendían desde la ladera por encima de la muralla, pero que no eran de madera. Estaban apoyados por postes cada cierta distancia, manteniendo la inclinación.

—Qué es eso? —inquirió Halle.

—Conducen agua desde los manantiales de las alturas hasta nuestros depósitos de agua. Es imposible mantener una población como ésta sin suministro de agua. Es un invento de Arce, el ingeniero.

—¿Ingeniero?

Era la segunda vez que Halle escuchaba esa palabra y sentía curiosidad. Se mostraba deseoso de conocer al hombre que había hecho posible todo aquello.

—Un hombre que vive en su pensamiento —contestó el sirviente —. Un sabio que, aunque no sea anciano, concibe cosas en su cabeza y las hace reales. Diseña ingenios que facilitan la vida de los urbanos combinando elementos como la arcilla, cobre, madera y otros materiales. Arce nos habla a menudo de ello, y también os lo explicará a vosotros si mostráis interés. Pero os aviso. Piensa muy rápido para la

gente como nosotros. Ahí está. Ha venido a recibiros.

El hombre llamado Arce llegó caminando apresuradamente con una elegante túnica de vivos colores, y los recibió con cariñosos abrazos. Un gesto demasiado afectuoso e imprudente, en opinión de Halle y sus acompañantes.

—Bienvenidos a la urbe de Garín del Sur. Mi nombre es Arce, hijo de Aldrin de Garín del Norte. Los familiares de Urcam y sus amigos son bienvenidos a nuestra tierra. Debéis saber que nuestras estirpes están emparentadas, aunque lejanamente.

—Buen porvenir, Arce. Es un honor pisar el suelo de esta joven Garín del sur, cuya fama ha traspasado las montañas. Agradezco vuestra acogida —respondió Halle.

Intercambiaron algunos saludos y el propio Arce los condujo al interior de una de aquellas casas. El interior era cuadrado y las paredes estaban igualmente encaladas. La mesa central y los asientos estaban hechos de piedra cubierta por una argamasa que no se diferenciaba del pavimento de la base.

El ingeniero los acomodó y les ofreció agua. Halle le felicitó por la obra que había erigido, tan ordenada y cabal.

Arce no contestó, como si no hubiera escuchado el cumplido.

Ordenó a uno de los sirvientes que prepararan a sus invitados una habitación, comida y bebida en abundancia para que se repusieran tras el largo viaje. Parecía bastante mayor que los viajeros, unos treinta inviernos, y ya tenía casi todo el pelo nevado. Elgor, como tejedor, observó el calzado y la vestimenta de su anfitrión. Le complació comprobar que eran de muy buena calidad, pero podría mejorarlos si se lo pagaran bien. Sin embargo, no sabría cómo podría teñirlos con aquellos vivos colores. Le recordó al vestido oscuro de Alunna.

Arce rebosaba hospitalidad. Cuando su sirviente le contó que Halle se había mostrado interesado en las tuberías que abastecían de agua al recinto, dio rienda suelta a sus conocimientos.

—Oh. La vida, el edificio, el cuerpo humano… Todos ellos representan la lógica planificada de la construcción, desde los pies hasta la cabeza. Los materiales lo son todo. Cal, arcilla, ceniza, madera, morteros y argamasas; polvo y grava volcánica, limo del río, paja y estiércol, etc. La combinación de varios materiales altera sus características, e incrementa su resistencia y su valor. Y la combinación eficiente de materiales convierten al producto final en algo más valioso que el más noble de los metales. Además, las cualidades de los materiales varían de una especie de árbol a otro, de un mineral a otro, de una ceniza a otra, de una tierra a otra…

Arce se expresaba a gran velocidad, moviendo los brazos enérgicamente, y continuaba…

—Como cualquier artesano que se precie, los constructores mantenemos nuestras recetas en secreto y las transmitimos de generación en generación. La tubería llamó tu atención, Halle, pero ni yo ni Aldrin fuimos los padres de la idea, aunque dominemos su fabricación, y fácilmente podría mentiros y deciros que es una creación mía —sonrió—, porque no la habéis visto nunca en otro sitio. Pero el valor de mis posesiones —decía mientras se señalaba con el dedo en la sien— se basa en recolectar todo el conocimiento de nuestros tiempos y en aplicarlo. Es más valioso el sabio que recoge el pensamiento de otros, que el mayor de los genios comenzando desde la nada.

»Otros ingenieros —continuó Arce— han realizado tuberías similares desde tiempos inmemoriales a base de madera, de caña, de mezcla de arcillas tostadas al fuego, o incluso excavadas en la roca. Pero hay conceptos más profundos y delicados de tratar, como la impermeabilización. Para evitar las fugas de agua existen diferentes procedimientos. En el caso de las que acabáis de ver, las juntas para las uniones son de una argamasa especial que diseñé yo mismo, pero también las hay de resina, de cuero, y otras recetas. Como ya os he contado, cada aspecto de la construcción requiere diferentes soluciones y depende de los materiales disponibles en la zona, por supuesto. Una vez conoces el proceso y lo planificas, los siguientes pasos son sumamente sencillos. Puedes conseguir una tubería básica trabajando el molde dentro de un tronco de árbol cortado a la mitad, luego unirlo mediante cuerdas, rellenarlo con la mezcla reforzada por listones…

El ingeniero se mostraba extasiado al compartir su sabiduría, aunque guardara con celo sus secretos más valiosos. Sus huéspedes, sin embargo, casi no habían abierto la boca. Arce no parecía darse cuenta de que su cansancio superaba a su curiosidad. Sin embargo, había un excepción. Halle.

—Yo lo aprendí todo de mi padre —continuó—, y mi padre de su padre, y su padre del suyo, quien llegó a esta región en barco desde las grandes tierras de oriente. Pero solo hay lugar para un ingeniero en cada ciudad, y mi padre no me quiere con él en Garín del Norte. Dice que quiero arrebatarle su posición. Me acusa de ambicioso y entrometido.

Arce negó con la cabeza, decepcionado, y continuó.

»Yo solo digo que todo se podría hacer mejor. Si eso es ser ambicioso… ¡Pues lo soy!

Los viajeros se dieron cuenta de que Arce había contestado a una pregunta que no se le había formulado, y que atañía a la relación que mantenía con su padre.

—¿Te refieres a que aún puedes mejorar un gran poblado como

éste? —inquirió Halle.

—Claro que puedo. Pero te corrijo. Esto no es un poblado, es más que eso. Es una ciudad, una urbe. Es el progreso.

—¿Y qué diferencia hay?

—La diferencia radica en que se requiere una planificación previa en muchos niveles. Hace falta cimentación, pozos, canalizaciones de agua, alcantarillado para las aguas sucias de, al menos, las casas principales. Tras esto, se divide el terreno entre la ciudadela o centro administrativo, núcleo de artesanos, calles, patios, torres defensivas, muralla, etc., porque las cosas valiosas deben ser custodiadas y protegidas por las armas. Además, también se debe decidir a qué distancia se situarán los oficios molestos, tales como la fundición, los hornos de cal, curtidores, etc. Luego, a poner ladrillos cocidos uno encima de otro.

Elgor se reconoció entre esas profesiones molestas. Ese era el motivo por el cual los curtidores solían trabajar lejos del poblado.

Arce interrumpió su discurso durante unos segundos, cuando se dio cuenta de que prácticamente no había dejado hablar a sus invitados. Halle, Balak y Elgor se miraron entre sí, y confirmaron que ninguno había entendido casi nada. Pero se dieron cuenta de que Arce sí sabía de lo que hablaba.

Era la primera vez que se encontraban de frente con aquella nueva forma de vivir, y que en adelante se daría a llamar «Progreso». El mismo sirviente llegó para decirle a Arce que podían ofrecer a los invitados estofado, queso y pan crujiente.

Arce asintió.

—Claro. Ordena que preparen unas habitaciones para estos cansados hombres del sur y hazles llegar comida de sobra. Que tampoco falte en su mesa agua y vino, ni las tortas de dátil y miel, que fortalecen el espíritu. Provéeles de cualquier cosa que necesiten, piedras calientes para el frío, mujeres, o muchachos, barbero, zapatero o tejedor, si lo desean.

—¿Arriba? —preguntó Balak.

—Claro, subiendo las escaleras.

—¿Y qué es lo que sostiene a esas habitaciones subiendo las escaleras? —inquirió Balak, receloso.

Arce sonrió.

—Ah, amigo. No voy a revelar todos los secretos de las estructuras el mismo día de conocernos. ¿Por qué habría de hacerlo, o por qué me revelarías tú los secretos que te convierten en un guerrero? Pero confiad en mí. No os precipitareis al fondo de la tierra en mitad de la noche.

Halle quiso hacer algunas preguntas más a su sabio anfitrión, aunque se sentía algo intimidado por su inteligencia.

—Buen Arce, precisamente hablaba de estos temas con Balak y Elgor. Estoy deseoso de fundar algo parecido a lo que tenéis aquí, y fortalecer las líneas de comercio con nuevas rutas con mayor seguridad que la que existe hoy.

Halle detalló a Arce el encuentro que tuvieron con los Kurgan, y le contó el proyecto que quería iniciar mucho más allá del sur de La Pared. Todo lo que le contaba Arce sobre los materiales y los ingenios le convencían de que aún no tenía ni la inteligencia, ni la capacidad organizativa necesaria para dirigir un proyecto de tal magnitud.

Le pidió a Arce que le cediera uno de sus ingenieros para que lo asesorara. Dispondría de todas las prebendas, material y hombres que quisiera, ostentaría los mismos honores que él, y sería generosamente recompensado.

Tan pronto como escuchó el ofrecimiento, a Arce se le iluminaron los ojos. Cuando Halle le juró que tendría más autoridad que él mismo en lo relacionado con el campo de la construcción, como ingeniero mayor, él mismo se mostró deseoso de acompañarlos, ya que su trabajo en Garín del Sur prácticamente había finalizado.

—Estoy cansado de estar a la sombra de Aldrin, mi padre. Quiero demostrarle que soy capaz de superarle, que puedo hacer algo majestuoso, mucho mayor que Garín del Sur, o Garín del Norte. Y si me permitís, sugiero renovar este encuentro mañana mismo a fin de que otros artesanos y expertos de mi generación os escuchen. Podrían estar interesados en vuestro proyecto, y presumo de antemano que consideraréis su valiosa aportación. Son hombres que atesoran grandes conocimientos aprendidos mediante las tablillas y la sabiduría de los ancianos artesanos, allá en las ciudades de tierras lejanas que han visitado. No les falta trabajo a este lado de las montañas, pero un terreno virgen listo para construir un gran asentamiento planificado desde el principio es una fruta demasiado jugosa para ser rechazada. Aunque antes tenéis que convencerlos, por supuesto.

Halle asintió.

—Sería la mejor recompensa para este largo viaje —afirmó.

—Se hará así. Seguiremos hablando mañana. Y ahora dejo que descanséis.

Halle, Balak y Elgor subieron las escaleras de madera de la sólida edificación que conducían a la segunda planta. Encontraron unas camas bien elaboradas y algunas viandas para cenar. Comieron rápidamente y se dejaron caer en un plácido sueño… Excepto Balak, que soñaba que la cama se hundía y caía en un pozo, una y otra vez.

CAPÍTULO 12 — VANGUARDIA

La salida del sol pasó completamente desapercibida para los viajeros.

Se despertaron bruscamente cuando unos sirvientes, a media mañana, entraron en la habitación para ofrecerles fruta fresca y un lugar donde asearse.

—Dios mío. He dormido mejor que nunca.

Afirmó Elgor, quien había echado de menos una verdadera cama después de tantas noches de viaje.

—Teníamos mucho cansancio acumulado —dijo Balak mientras posaba los pies sobre el entarimado de madera, aún con temor.

—Pues aquí se queda el cansancio —señaló Halle—. Hoy nos aguarda un largo día de aprendizaje, pues sospecho que aún nos aguardan muchos prodigios por descubrir.

Los sirvientes les condujeron a la planta baja y les indicaron que se introdujeran en un amplio tanque esculpido en la piedra y lleno de agua. Contenía flores y cenizas de raíces jabonosas, y había sido calentado previamente mediante piedras sacadas del fuego. Cuando se sentaron en el interior, cubiertos hasta el cuello, tuvieron una sensación indescriptible de paz y bienestar.

—Creo que podría acostumbrarme —añadió Balak con la mirada en el techo sobre el cual había dormido aquella noche.

Arce también se encargó de hacerles llegar túnicas de lino, abrigos de piel y tres cinturones. Al parecer, el ingeniero quería que dieran buena impresión a los artesanos que acudirían a la reunión.

Al mediodía fueron conducidos por el sirviente a un refugio de caza, en las afueras de la urbe amurallada.

Desde lejos parecían simplemente dos edificaciones de piedra y techo de paja, pero en cuanto entraron en el interior de una de ellas, se dieron cuenta de que eran aún más impresionantes que la propia muralla y la ciudad de Garín del sur.

Cuatro pilares de piedra en forma de «T» de cinco metros de altura y adornados con figuras de animales salvajes sostenían el techo de troncos, barro y paja de los refugios de caza. Dentro había algunos elementos y herramientas que el guardián vigilaba celosamente, como si sólo Arce pudiera manipularlos.

Elgor y Balak se sentaron en unos asientos de cantería de piedra y

estudiaron a fondo aquel monumento. Notaron que los animales parecían llevar caretas humanas, que las siluetas humanas llevaban máscaras de animales, y que algunas se sujetaban el miembro viril con las dos manos. Jamás habían visto esculturas en piedra tan bien acabadas, ni piedras talladas de semejante tamaño.

—¿Cómo habéis traído hasta aquí piedras tan grandes? —preguntó Elgor.

El responsable del refugio, en un intento de sonreír, les mostró su diezmada dentadura y emitió un murmullo. En ese momento se dieron cuenta de que carecía de la capacidad de hablar.

Balak afirmó:

—Gigantes, seguramente.

Pero quien se mostró más sorprendido, nuevamente, fue Halle.

—Pues tendremos que capturar al menos a una decena de ellos, porque quiero replicar esta estructura en mi futura urbe.

Sus compañeros notaron cómo, tras la conversación con Arce, ya comenzaba a utilizar palabras como urbe o ciudad en lugar de aldea o poblado.

Poco a poco fueron llegando algunos invitados muy bien vestidos que se reunían en un grupo creciente. No parecían hombres de guerra, y murmuraban entre ellos mientras observaban a los tres extraños. Parecían temerosos de lo que podrían llegar a hacer los extranjeros, principalmente Balak y Halle, por sus armas y su corpulencia. Algunos sirvientes cuidaban el fuego, preparaban la comida y servían cerveza e infusión oscura de semilla de dátil.

Junto al fuego había carne de marmota y vino servido en cuencos de color ocre y decorados con impresiones de conchas. El guardián del refugio de caza introdujo piezas de carne cruda dentro de una tripa de animal. Luego añadió en su interior un caldo humeante de hierbas y algunas piedras previamente calentadas al fuego. En pocos minutos, la carne estaría preparada en su jugo.

Cuando Arce llegó, pudieron conocer al resto de jóvenes artesanos que podrían estar interesados en participar en la fundación de una nueva urbe que pudiera compararse con Garín del Norte y del Sur, y con las grandes civilizaciones del Este. Al parecer, su sabiduría era insuperable en sus campos respectivos, como Arce lo era en la construcción. El ingeniero los denominaba «Prohombres». Estos prohombres querían conocer a quien debería gobernarlos, si aceptaran acompañarle en su viaje.

Halle habló a los allí reunidos y se presentó con el título de Señor del Sur. Su estilo era igual de enérgico y arrogante tanto a un lado como al otro de La Pared.

Les contó que los hombres al sur de la Pared siempre habían vivido

en poblados de chozas, pero quería cambiar eso. Su padre y su tío poseían una amplia región que contaba con agua, numerosas presas de caza, relieve agradable y campos fértiles.

Además, el clima era mucho más cálido que en Garín del Sur, ya que los gélidos vientos de la Pared no alcanzaban las posesiones de su familia.

—El territorio está bañado por el rio Kurt y sus tierras son tan fértiles que nos veremos obligados a deshacernos de parte de la cosecha, tan fértiles que si entierras una piedra, al poco tiempo brota una montaña de rocas suficiente para levantar una muralla.

Todos festejaron el sentido del humor de Halle, que si bien carecía de la cultura y los conocimientos de aquellos jóvenes del norte, lo compensaba sobradamente con su personalidad y energía.

Arce socorrió a Halle en la parte más técnica.

—Como ya le he contado a Halle, para fundar una urbe hace falta mano de obra especializada en todos los campos: constructores, los mejores canteros y ceramistas, trabajadores del metal, fundidores, panaderos, carpinteros y leñadores; arqueros, curanderos, fabricantes de naves, comerciantes y marineros; criadores de ovejas, cabras y uros domesticados, que se llaman toros y vacas; pastores, agricultores que trabajen la fruta, el cereal y las legumbres, curtidores, tejedores de cuerda, de piel y de redes, pescadores, saladores, etc. Y por eso estamos reunidos aquí. Nosotros podríamos encargarnos de coordinar a todos estos artesanos, organizar y planificar sus ideas y llevarlas a cabo.

Halle retomó la palabra.

—Y guerreros. No faltará trabajo para nadie, y ya contamos con el mejor ingeniero.

Golpeó suavemente la espalda de Arce.

—Cierto, yo mismo me desplazaré al lugar para confirmar las palabras de Halle y, si es posible, comenzar la planificación. Lo más urgente sería proyectar de antemano la urbe sobre un gran plano. Tendríamos que edificar un gran monumento central visible desde cualquier punto, incluso a leguas de distancia. Es necesario para que todo aquel que penetre en la gran ciudad, sepa dónde reside el señor, y esto significa que Halle debe establecerse en una fortaleza más alta que cualquier otra edificación, una obra que impresione e intimide a los visitantes. También es necesario construir una muralla con un espesor razonable que disuada a los enemigos que, como los Kurgan, puedan venir en algún momento con la clara intención de conquistar o saquear la ciudad. El otro elemento primordial, son las viviendas, cientos de ellas.

Balak intervino para proponer.

—Casas de piedra, circulares. Yo mismo levanté la mía con estas

manos a las afueras del poblado cuando el padre de Halle me concedió la libertad, y aún sigue en pie.

Arce interrumpió sus palabras.

—Circulares no, cuadradas, o rectangulares, de piedra tallada o ladrillos de adobe cocidos, más fáciles de producir. Si construyes las casas en forma de círculo, te obligas a hacer las demás de la misma manera, desperdiciando así espacio y dificultando las carreteras rectas que facilitan la comunicación, el suministro de agua de las casas principales y la conducción de las aguas sucias, que hay que situar previamente a las edificaciones. Hay dos tipos de urbes, las ordenadas y planificadas, y todo lo demás.

Balak y Elgor fruncieron el ceño. Aunque habían visto las acequias el día anterior, no terminaban de creer que fuera posible vivir en una cabaña que contara con un suministro constante de agua bajo su techo.

Elgor pensó que aquello no podía funcionar.

Un individuo bien vestido, el más joven de la sala, a excepción de Elgor, añadió:

—Los ladrillos cocidos al fuego son más resistentes. Hay que fabricar grandes hornos. Contamos con recetas especiales para producir los ladrillos, las tuberías impermeables, las juntas para los tanques de agua, y para todo lo demás.

Arce presentó al prohombre.

—Éste es Buka, uno de mis aprendices. Y es cierto lo que dice. Si las hacemos cuadradas, unas se apoyarán en las otras y se podrán añadir secciones o habitaciones fácilmente. Como en Höyük, pero mejor, levantado en tiempos inmemoriales en las grandes llanuras de la tierra del Este.

—¿Qué es Höyük? —preguntó Elgor.

—Una gran ciudad del este. Pero fue abandonada hace mil inviernos porque no llevaron a cabo suficiente planificación. Mi familia construye e ingenia desde hace el mismo tiempo y conservan el plano de sus calles y casas en tablillas de barro. Muchos de sus habitantes decidieron situar la entrada en el tejado, o se movían de una casa a otra incluso sin puertas, mediante escaleras de madera.

—Veo que hasta el momento muchos hemos estado viviendo como salvajes —añadió Halle—. Yo entraré por una puerta, y muy amplia, porque cuando sea viejo pienso estar tan gordo como mi padre, Urcam.

Todos rieron, y especialmente los prohombres. Cuanto antes comenzaran a causar una buena impresión al hombre que podría acabar dirigiendo sus vidas, tanto mejor.

Arce presentó a Jan, el caminero, como el hombre que trazaba las rutas de transporte. Halle preguntó qué podía aportar a la urbe.

—Estudio los relieves y los caminos, los allano, planifico los itinerarios, levanto puentes y todo lo que sea necesario para solucionar problemas y mejorar el comercio entre dos zonas, con la ayuda de mi maestro Arce, claro está. Modestia aparte, soy la persona más indicada para asegurar el comercio de una urbe, sobre todo si no hay tribus kurgan que lo entorpezcan.

—¿Y cómo pretendes hacer eso? Cada uno de los hombres de mi aldea es capaz de cargar con un reno —proclamó Balak.

Jan asintió.

Le pidió que levantara el asiento de piedra sobre el que estaba sentado. Balak se levantó y estudió la forma de poder asir mejor la pieza de cantería. Se agachó y la alzó rápidamente, aunque no sin dificultades, ya que pesaba más que él mismo. Luego la movió a varios metros de distancia y la situó junto al asiento de Halle, el único de los asistentes que podría igualar su fuerza.

El caminero aplaudió para celebrar su esfuerzo, y se levantó. Se dirigió al lugar más alejado de la sala de cantería, retiró una red hecha de cuerda de ortiga que ocultaba un mecanismo rudimentario: una tabla sobre la cual reposaban tres asientos de piedra idénticos al que había levantado Balak. Jan tomó las dos asas dando la espalda al ingenio, las levantó y dejó que prácticamente todo el peso se concentrara en los dos únicos apoyos del mecanismo en contacto con el suelo.

Comenzó a caminar cargando las tres piedras con gran facilidad, dejándolas en el otro extremo del refugio de caza. Los forasteros se quedaron sorprendidos. Balak aplaudió, reconociendo el logro. Jan señaló los dos puntos de apoyo, circulares.

—Se llaman ruedas, y son el futuro del comercio. Las piezas de madera se insertan unas con otras mediante una serie de rebajes y resaltes coincidentes elaborados por carpinteros especiales. Éstas, en concreto, están hechas de madera de arce, un material flexible y resistente —finalizó Jan.

Arce sonrió, ya que aún le hacía gracia llevar el nombre de un árbol, y continuó.

—Éste es un carro sencillo, pero los hay más grandes. Pueden ser tirados por personas o por bestias, como los onagros o los bueyes. Jan, además de caminero, posee buenos animales de tiro.

Halle se levantó y acarició la circunferencia. También apreció el curioso eje que permitía que girara independientemente de la estructura.

—Es muy ingenioso —concedió.

—Lleva usándose mucho tiempo en la aldea de mi familia, así que

no es justo apropiarme de la idea. Pero sí he diseñado un carro que consigue que las ruedas giren a través de un eje oscilante, direccionable y que además puede detenerse a voluntad del guía.

Halle también aplaudió, sorprendido por la aparente sencillez de la idea, y su potencial.

Sin embargo, el más elocuente de los prohombres, no era un artesano en sí. Su herramienta no estaba hecha de metal, hueso, piedra o madera.

Halle examinó al último de aquellos jóvenes. Era un hombre enjuto, de aspecto delicado y ojos rasgados propios de latitudes lejanas. No podría haber realizado en el pasado otra tarea distinta a la de pensar. Halle dudó que pudiera sostener una lanza o una espada.

—¿Cómo te llamas?

Preguntó Halle dirigiendo la mano hacia él.

—Me llamo Kushim, el escriba —e hizo una leve reverencia—. Mi herramienta son las palabras, las cuentas y los trueques.

Elgor vio que su túnica estaba bien tejida, como la de una mujer pudorosa. Sin embargo, también advirtió que era friolero, pues se apreciaba que tenía cierta cantidad de paja entre su atuendo y la piel de su pecho. Llevaba atado al cuello, sobre su hombro izquierdo, una capa de piel bien tratada que le llegaba a la cintura. En el futuro, muchos lo conocerían como el hombre de paja.

Halle le preguntó sin ambages.

—¿Qué es un escriba?

—Quien hace signos en la piedra y la arcilla para dejar constancia de los trueques. Es un sustituto maravilloso de la memoria.

Halle no terminaba de entender sus palabras, así que preguntó directamente qué era lo que lo hacía valioso.

—Tu aspecto es el de un hombre callado, pero inteligente. ¿Puedes sorprendernos con algo similar a los prodigios anteriores?

—Con la prosperidad, mi señor.

Dejó unos segundos de pausa para crear expectación, convencido de que se había hecho dueño de la curiosidad de los extranjeros. Luego, continuó.

—Os contaré la fórmula del comercio en los tiempos modernos. Es imposible desviarse del éxito si contamos con tierras fértiles, agua, suficientes hombres y mujeres, y un buen puñado de normas y operaciones mercantiles. Y espadas que respalden el negocio, por supuesto —puntualizó mirando directamente a Halle.

Kushim animó a crear grandes redes de cultivo, a extremar la fertilidad con las nuevas técnicas, a la cría de ovejas y otros animales, a la pesca, y a valorar nuevas vías marítimas de comercio. Además, estaba estudiando la forma de crear un sistema de intercambio que

sustituyera al trueque. Debía centrarse en un objeto de valor que fuera aceptado en todos los lugares de una región, respaldado por los reyes y señores, como algún tipo de conchas marinas, o como piezas de cobre, porque el cobre siempre mantendría su valor, pasara lo que pasara.

Luego, volvió a hablar del sistema de signos grabados en la arcilla, o en piedra, que además de para mantener y dar vigor a la contabilidad, permitiría avisar de un peligro o un ataque a grandes distancias, comunicar normas a los pueblos aliados, marcar la propiedad de las bestias, de los…

Se sintió tentado de decir la palabra esclavo, pero el gigantón llamado Balak ya había señalado que era esclavo liberto, así que no terminó la frase.

—Espera, Kushim —interrumpió Halle—. Ese sistema de signos del que hablas... ¿Podrías enviar un mensaje con esos signos? Pongamos un ejemplo… ¿Podrías hacer llegar a Balak un mensaje que dijera?, también por ejemplo: ¡Mata a Elgor!

Algunos de los presentes se rieron. Elgor no fue uno de ellos.

Kushim contestó.

—Hasta ahora sólo se ha usado para las cifras de la mercancía y los pagos… Habría que diseñar un sistema para atribuir signos a las palabras y a las acciones, pero sí. Fácilmente. Trabajaré en ello, aunque puede llevarme algún tiempo. Pero estará terminado para cuando se haya erigido vuestra urbe.

Kushim sabía que estaba hablando de un mínimo de cinco o seis inviernos.

Halle asintió, satisfecho. Sin embargo, confesó en voz alta su preocupación acerca del coste que representaría todo el proceso.

—Por supuesto, todo tiene un coste —contestó Kushim—, pero no tiene que preocuparnos. Si vamos a levantar una urbe, todos los habitantes tendrán que pagar un impuesto, y ya con eso nos aseguramos la mano de obra, porque al principio, ese impuesto consistirá en «trabajo». Como contraprestación, la urbe «permite» que las familias vivan en su interior, que arrienden las tierras de la urbe, permitiéndoles seguir el culto de la urbe, con protección, con comida o los mismos excedentes alimentarios, siempre que sea posible.

Arce asentía las palabras del joven comerciante y escriba. Y tomó la palabra para tratar otro asunto.

—Uno de los objetivos más convenientes a medio plazo sería buscar y acumular la materia prima necesaria para fabricar bronce, un metal poco conocido pero con grandes posibilidades.

—¿Bronce?

Elgor repitió aquella palabra, aún desconocida para la inmensa mayoría.

—Es un metal que se procesa en el este. Es mucho más resistente que el cobre, pero para su elaboración es necesario otro llamado estaño, que hasta donde yo sé, no se encuentra en estas regiones. Me he tomado la libertad de preparar una demostración. Aquí tenemos la mezcla calentada en un horno especial.

Dos hombres entraron en el refugio de caza. Uno traía un molde de arena, estiércol y ceniza, y el otro, un recipiente humeante sostenido por unas pinzas de madera. El segundo hombre vertió el contenido humeante, al rojo vivo, en el molde.

El metal derretido aún debía enfriarse durante una noche y un día, pero Kushim mostró una espada corta del mismo material, ya acabada, que cortaba mucho mejor que las de cobre. Y al parecer, duraba más.

—Creo que conozco el bronce —dijo Halle—. Hace poco tuve un encuentro con un kurgan. El desdichado blandía una espada de este material antes de caer derrotado por mi espada de cobre.

—De poco le valió en ese caso —exclamó suavemente Balak, con una expresión distante.

Tras un breve silencio, Kushim retomó la palabra.

—El bronce no siempre compensa la pericia del buen combatiente. Pero si conseguimos suficiente materia prima, esta aleación moderna marcará la diferencia entre civilizaciones durante más de mil inviernos. Los soldados que la porten, si son medianamente diestros, serán invencibles.

—Con esto se puede proporcionar seguridad a un imperio, o conquistar otro —añadió Arce.

Halle estaba descubriendo a pasos agigantados numerosos avances humanos que, por sí solos, podían transformar la vida de las nuevas generaciones. Comunicación, rueda, metales más resistentes, nuevas técnicas de cultivo, símbolos sobre la arcilla para trasmitir normas, o incluso marcar al ganado o a los esclavos. Con toda esa información en la cabeza, y dando por sentado que todos aceptarían su propuesta, sentenció:

—Construiremos un imperio con la inteligencia, el arma más afilada, y lo defenderemos con la espada. Castigaremos a todo el que lo intente frenar, desde fuera o desde dentro, y aplicaremos correctivos en consonancia con la falta cometida. Dictaremos una serie de normas claras y fáciles de entender. Un código. Lo grabaremos con esa técnica vuestra en esas tablillas de barro de las que me habláis, para que se lea en todos los poblados y que todo el mundo sepa lo que le espera al que trate de dificultar lo que queremos construir… ¿Cómo lo llamabas, Arce?

—El progreso.

Se hizo otro silencio.

Todos los presentes se quedaron pensativos y en silencio. Trataban

de asimilar lo que significaba aquella idea como si hubieran recibido una revelación.

Reglas establecidas de antemano que manejarían el comportamiento desviado de cualquier hombre o mujer, y su tendencia natural hacia la violencia y la rapiña. Aquel concepto era insólito, y parecía aún más sofisticado que las fundiciones, las cañerías y los modernos sistemas de comercio. Halle había estado pensando en ello desde mucho antes del viaje, y aquel lenguaje de signos parecía el vehículo idóneo para hacer llegar su palabra a todas partes, sin posibilidad de que fuera malinterpretada de modo alguno.

Aquella fue una de las primeras muestras de la grandeza que exhibiría en los tiempos venideros.

Arce les pidió a todos que comieran y levantaran sus copas para rubricar la reunión de la manera más tradicional, con un banquete.

Todos los artesanos asistentes salieron muy satisfechos. Estaban convencidos de que el proyecto se encontraba en las mejores manos.

Días después, Halle, Balak y Elgor emprendieron el viaje de regreso. Los acompañaba un grupo de prohombres de Garín del Sur, sus aprendices, y una decena de asnos de oriente, que llamaban onagros, para cargar herramientas y pertenencias, con destino al sueño de Halle.

Unos lo llamaban urbe. Otros preferían llamarlo, ciudad.

Halle la llamaría Kurt, como el rio.

CAPÍTULO 13 — ALIANZAS

Una cohorte de casi cuarenta hombres, algunas mujeres y una decena de bestias partió de Garín del sur con los víveres y el equipo necesario para viajar más de cinco jornadas y, si llegara el caso, para emprender un proyecto majestuoso que en ese momento sólo existía en la mente de Arce. Pero el sueño de Halle no le iba a la zaga en cuanto a energía y ambición.

Halle entendía que sus conocimientos eran muy inferiores a los de Arce, y eso parecía traducirse en una devoción y una cortesía hacia el ingeniero, que Balak o Elgor consideraban inaudita. No se separaba del prohombre en ningún momento del viaje, asentía a cada idea o pensamiento del constructor e incluso parecía absorber su punto de vista respecto a cualquier asunto que les acontecía.

Le escuchaba tan atentamente que incluso parecía olvidarse de lo peligrosa que era su espada.

Tras varias jornadas de viaje dejaron atrás las protuberancias del sistema montañoso y tomaron una ruta ancestral cercana a la costa, pues por lógica era la línea de comercio que mejor conectaba la ciudad de Kurt con la de Garín del Sur, y las aldeas y vías marítimas más importantes y estratégicas entre ellas.

Halle decidió que no harían escala en Atria ya que este innecesario desvío supondría perder dos días de camino. Aún debían trazar y verificar cuanto antes la ruta comercial, y tenían que recabar el mayor número posible de alianzas, artesanos y hombres válidos para comenzar la construcción. Sin embargo, enviaría a un mensajero para informar a Urcam y para pedirle hombres que desearan participar en la fundación de Kurt.

Al igual que Balak, Elgor decidió seguirle, a pesar de que estaba deseoso de volver a ver a Alunna, y de hablar de su enlace. Pero la mejor manera de entrar con buen pie en la vida de Alunna pasaba por complacer a Halle. Sin apenas darse cuenta, Elgor había pasado a formar parte del núcleo de confianza del guerrero.

Jan, el caminero, se acercó a Halle y a Arce, y propuso hacer una parada.

—El camino es indulgente, una ruta usada habitualmente por los ancestros, pero podríamos mejorar un segmento con muy poco trabajo

en tan solo dos días, ahora que contamos con hombres suficientes. Así las bestias podrán descansar, e incluso podríamos comprar semillas exóticas en Konya, la tierra de los cauces y canales de riego que gobierna el maestro Karamania.

«Posee vastas tierras de cultivo —continuó Jan— y hace florecer cualquier cosa que se pueda imaginar. Además, mantiene contactos con las tierras de oriente. Si no encontramos las semillas más sustanciosas en Konya, no lo haremos en ningún sitio.

Arce se mostró de acuerdo.

—Creo que Jan ha tenido una buena idea. Karamania es amigo de Garín del Sur y conoce el cielo y la tierra como nadie. Su buen juicio se demostró cuando hace unos años me encargó planificar sus sistemas de riego —afirmó con arrogancia—. Nos vendría bien conseguir buenas semillas de cereales, frutas y legumbres, especialmente las más productivas y resistentes, como la escaña, lentejas, habas, arvejas, etc. Existe una variedad de trigo que es muy resistente al frío, y que hace muy buena cerveza. La diversidad de cultivos ha levantado las más grandes ciudades de la media luna, de entre los dos ríos y otras partes del resto del mundo que conocemos: Uruk, Kemet, Jericó o la bella isla que llaman Creta, enclavada en un paraíso de aguas tranquilas en el rio salado. Son sólo unos ejemplos, pero no hay urbe notable al otro lado de la que Karamania no tenga conocimiento.

Halle respaldó su decisión, aunque le preocupaba que la bolsa de piezas de oro y cobre que llevaba, no fuera suficiente para cubrir tantos gastos improvisados. No parecía muy de acuerdo, sin embargo, en mejorar los caminos.

—Hacer mejoras para todos no nos proporciona beneficio alguno —expuso.

Jan entendía su preocupación.

—Será una inversión muy rentable a medio plazo, si el cielo nos acompaña y nos permite construir esa urbe que tanto deseas. Es otra cosa de las que quería hablarte. Sería una idea interesante crear casas de control cada cierta distancia para vigilar el camino y agilizar las comunicaciones. Este puesto de control proporcionará seguridad, garantizará el comercio, anunciará vuestra ciudad y recordará que la mejora fue propiciada por Kurt, y por su patriarca. También mejorará las comunicaciones.

—¿En qué más puede beneficiar a las comunicaciones?

—Si tienes que enviar un mensaje importante a Garín del Sur, por ejemplo, este sistema reduciría el tiempo del viaje a la mitad. Lo que un hombre tarda en recorrer caminando o corriendo cuatro días, estos hombres podrían hacerlo en dos porque se relevarían entre ellos y harían todo el recorrido corriendo. También facilitaría vuestros desplazamientos, puesto que ellos se encargarían de cargar la comida,

la bebida, la lanza, la espada, y el arco y las flechas. Además, cada vez que llegue un emisario, nos hará llegar todas las noticias que sean dignas de conocer.

—Pues adelante. Marcharemos hacia Konya, compraremos semillas, sellaremos la amistad con nuestro vino y presentaremos a Karamania el proyecto de Kurt. Les ofreceremos hogar y trabajo a todos los hombres, mujeres y muchachos capaces.

—Y luego —sugirió Balak— podemos hacer lo mismo con los constructores de naves de Marina Brae, el Pueblo del Mar.

Sin embargo, Halle estaba ansioso por llegar a Kurt.

—Podemos ahorrar tiempo si nos dividimos. Jan, te quedarás aquí con cuantos hombres necesites, y Elgor te ayudará. Su cuerda te será útil. Arce y yo visitaremos Konya. Kushim, tú hablas bien. Lleva a Balak y consigue una alianza con el Pueblo del Mar. Kurt se levantará junto a un rio navegable, y no conozco barcos mejores que los que ellos construyen.

Kushim aceptó. Llevaría algunos regalos y su afilada lengua. Balak lo protegería, si fuera necesario, con su afilada espada.

Elgor se quedó con Jan y los onagros. Debían hacer un puente que atravesara una zona de rio mientras los demás hacían labores diplomáticas. Elgor, junto con algunos hombres, se encargaría de las cuerdas mientras el resto buscaba troncos adecuados para el trabajo.

El caminero también era buen conversador, además de ingeniero. Respondió a todas las preguntas de Elgor como si fuera Arce, y además poseía un don de gentes más llano y accesible.

—¿Por qué buscamos aliados entre los pueblos de artesanos?

—Porque necesitamos todo lo que ellos tienen. Hombres que sirvan de mano de obra y de defensa, aliados y conocimientos. No es lo mismo que Arce instruya a personas que no saben hacer nada, a que instruya a artesanos en sus especialidades. Muchos llevan generaciones haciendo lo mismo, como tú. Algunos podrían incluso instruir a Arce en determinados asuntos de su profesión, y estoy convencido de que hasta tú mismo podrías enseñarle algunas cosas. Nadie lo puede saber todo, pero reunir el máximo de conocimiento es la llave de la fortuna.

—¿Pero cómo les convenceremos de que lo abandonen todo para venir a trabajar con nosotros?

—¿Bromeas, Elgor? Enviaremos emisarios a todos los poblados del sur y se darán tortazos para ocupar alguna de nuestras viviendas. En un momento u otro, todo el mundo querrá vivir en una urbe. Casi nadie dedica demasiado esfuerzo para edificar su casa porque es muy difícil saber si habrá suficiente alimento para el próximo invierno, si de repente les rondarán los perros de las montañas, o si los salteadores

les arrebatarán su hogar por la fuerza. Por eso construyen las cabañas de madera de poca calidad, porque es más sencillo, y porque es probable que la tengan que abandonar en un futuro cercano. Al final, todos querrán vivir en una sólida casa de piedra, protegida por los muros y los hombres de armas, con trabajo y alimento asegurado. Créeme, se pelearán por venir, por la seguridad. Lo he visto en Garín del Sur, y nadie cambia de opinión.

***

ARADO

El anciano Karamania recibió a Halle y a Arce en una casa del camino que servía comida a los extranjeros y comerciantes. Hizo sentar a los viajeros en unas mesas fuera de la venta, dio unos gritos en una lengua local y una mujer les hizo llegar varias ollas de sopa caliente y guisado a través de los ventanucos abiertos en la cara lateral de la casa.

Arce se fijó en las paredes, que se combaban hacia afuera debido a la pobre estructura. Halle vio cómo su rostro repasaba una y otra vez la peligrosa curva y temió que comenzara a gritar con indignación. Sin embargo, se lo hizo notar a Karamania amablemente y ofreció enviar a uno de sus aprendices de constructor para que asesorara al pueblo. Tenía la esperanza de que Karamania les facilitara, a cambio, a un artesano de la tierra.

El agricultor escuchó atentamente los planes de Halle y Arce y aceptó venderles todo lo que pedían. Halle quiso pagar con pepitas de oro o cobre, pero el anciano estaba interesado en otro tipo de acuerdo. Aquella idea sobre una urbe protegida por una muralla sonaba bastante bien, sobre todo si contaba con artesanos con talento. Aceptó una pepita de oro, al aprendiz para reformar sus muros, y cedió algunos jóvenes del poblado de Konya para que le acompañaran en el camino. También enviaría con ellos a uno de sus hijos. Se llamaba Torka, un joven algo mayor que Halle, que había aprendido de su padre todo lo necesario acerca del cultivo, la fertilidad de las semillas y la tierra, y podía coordinar a las cuadrillas de trabajadores de las plantaciones.

Se estrecharon la mano para sellar el acuerdo de comercio en el futuro.

Ya eran seis artesanos expertos.

***

NAVES

Balak y Kushim marchaban acompañados por un ayudante y un esclavo cuando fueron detenidos por un grupo de hombres que hacían surcos en la tierra.

Emitieron señales acústicas con una caracola varias veces, pues esa era su forma de comunicar que unos forasteros querían hablar de negocios con el patriarca del poblado marinero. Como respuesta, se escucharon sonidos similares que portaron la contestación.

Los hombres de Halle habían sido autorizados a entrar en el poblado, pero tendrían que ser acompañados. Kushim acostumbraba a observar minuciosamente la vestimenta que se usaba en cada uno de los lugares que visitaba, ya que pensaba que la ropa, los ornamentos, las pinturas y sus herramientas lo decían todo de una persona. Los hombres de Marina Brae llevaban muchos adornos hechos de animales marinos o sus huesos, pero observó el pulido perfecto de la piedra de sus herramientas.

Balak conocía aquel pueblo de pescadores mejor que Kushim. Le contó que ellos decían que sus ancestros provenían de las tierras más al norte que existían. Cosechaban trigo y cebada y eran muy buenos canteros. Todo lo demás, lo conseguían del mar, ya que construían sus propios barcos.

También tenían mucha sal, necesaria para la conservación del pescado. Los excedentes de las salinas eran vendidos tierra adentro. Numerosos comerciantes se ganaban la vida mercadeando únicamente con este producto.

Kushim notó que todos los hombres parecían más fuertes que en cualquier otra región, posiblemente por el trabajo en el mar y porque el pescado nunca escaseaba.

Cuando alcanzaron el poblado, se dieron cuenta de que era más pequeño de lo que habían imaginado, pero era realmente digno de ver. Las casas estaban elaboradas de piedra, sin argamasa, y estaban total o parcialmente cubiertas de arena o tierra, que a su vez estaba cubierta de una capa de hierba verde, y musgo en los tejados. De tal forma, las edificaciones no se distinguían fácilmente desde la lejanía porque parecían enterradas bajo el manto de hierba. Este diseño, además de para permanecer ocultos, mantenía el calor interno de las viviendas y contrarrestaba el fuerte viento que arreciaba en la costa. Cuando se acercaron más, apreciaron que unas casas se comunicaban con otras mediante senderos igualmente ocultos por montículos de tierra y hierba.

Fueron recibidos en la casa más grande, primorosamente levantada mediante lajas y losas de piedra, también sin argamasa. En el interior, junto a unos caparazones de tortuga, la mujer de la casa, una pequeña

niña y un sirviente recibieron a los extranjeros.

De entre el mobiliario, todo a base de lajas, les llamó la atención un gran recipiente de argamasa impermeable que contenía agua y peces.

—¿Qué es eso? ¿La mano de un gigante?

Preguntó Balak, señalando hacia lo que identificó como los huesos de una mano, pero de dimensiones extraordinarias.

La niña no pudo contener la risa y tuvo que echarse la mano a la boca, tímidamente. Su madre contestó con educación.

—Es la aleta de una ballena.

—¿Qué es una ballena?

Preguntó Balak, entrecerrando los ojos.

—Es un pez tan grande como veinte osos adultos. Todos estos —dijo señalando hacia una pila de cuencos—, están hechos con vértebras de ballena.

Kushim, que había viajado la mayor parte de su vida, asintió ante la cara de asombro de su acompañante. Balak decidió que alguna vez haría un viaje como los que habían realizado Arce, Kushim, o el propio Elgor, para saber más cosas.

Instantes después apareció el jefe del poblado. Su nombre era Skaill y tenía cara de muy pocos amigos.

Llevaba una capa de piel y un collar de piezas de hueso con dos grandes colmillos de algún inmenso animal marino. Del cinturón colgaba una especie de pequeño martillo tallado en piedra de una sola pieza. A juzgar por el tamaño del mango, un palmo, la elaboración de aquella herramienta debió requerir mucha destreza.

Les hizo pasar a la habitación principal, que servía de comedor.

Kushim pudo apreciar la misma destreza en el tallado de otras piedras de formas irregulares y del hueso. Había un sinnúmero de ornamentos, agujas, anzuelos, palas de hombro de buey y demás herramientas de este material acumuladas en las repisas de piedra.

En la mesa había granos de trigo y centeno cocidos, una cebolla, una langosta de portentoso tamaño, ostras, huevos de gaviota y pescado. La cebolla llamó la atención a Kushim, ya que no las veía desde que estaba en oriente.

La talla de la piedra también llamó la atención de Balak. Le cautivó la maestría en el levantamiento de las paredes, con lajas superpuestas, sin argamasa y sin líneas rectas. Daba la sensación de que los muros se movían como ondas en la superficie del agua.

Cerca de la mesa había otra piedra que también había sido horadada para formar un hueco en el cual, seguramente, se molería el grano de los cereales con otra pieza de menor tamaño.

Kushim presentó sus respetos al anfitrión.

—Buen porvenir, gentil Skaill. Gracias por recibirnos a pesar de que estabais a punto de comer. No dejéis que se estropee la comida y disfrutadla mientras hablamos.

Balak se dio cuenta de su don de gentes, la suavidad de sus palabras y su sonrisa condescendiente, entre la sumisión y el amaneramiento.

—Puedo ofreceros la langosta —dijo Skaill sin mucho interés, como si la apartara con un gesto de la mano—. Comer todos los días lo mismo comienza a aburrirme.

Kushim, todo un experto en las relaciones comerciales, rechazaba la invitación justo en el mismo momento en el que Balak se abalanzaba sobre el manjar. El amigo de Halle miró a Skaill para confirmar su invitación, y un instante después continuó devorando sin miramientos.

—Os hemos traído algunos regalos, Skaill. Son una muestra de amistad de nuestro señor Halle, hijo de Urcam, quien vendrá a visitaros en cuanto tenga la mínima ocasión.

El ayudante de Kushim acercó a la mesa una caja de madera. Kushim retiró la tapa de la caja y una tela de lino. Skaill se quedó sorprendido al ver el interior. La caja tenía nieve de las montañas que a su vez cubría un recipiente, dátiles, uvas y otras frutas de países lejanos, que las bestias transportaban desde Garín del sur.

Skaill estaba más interesado en la caja, que en la fruta.

—La paja es un gran aislante —explicó Kushim—. Y la vasija contiene vino, muy fresco, obviamente.

El hombre del mar contestó:

—Me sorprenden y me agradan vuestros regalos. Sin embargo, Halle no está aquí. ¿No me considera digno de que lo reciba, y por eso envía a sus sirvientes?

Kushim reaccionó con rapidez.

—Al contrario. Halle considera que aún no ha hecho nada para merecer estar a vuestra altura. Necesita terminar de levantar su proyecto, una gran ciudad al sur, para encontrarse al mismo nivel de gobierno y mando, y así poder acordar una visita en igualdad de condiciones. Ofrecemos albergar a todos los artesanos de todas las especialidades, y a vosotros grandes garantías para ampliar vuestro negocio y haceros aún más ricos. No tendremos que sorprendernos si, en un corto plazo de tiempo, la ciudad de Kurt se convierte en una de las ciudades más principales del mundo.

—Ya veo.

Dijo Skaill sin entusiasmo. Cogió un dátil de la caja y se lo metió en la boca.

—Tiene pipa —advirtió Kushim.

Era lo más dulce que había probado nunca. Sus ojos se abrieron delatando su sorpresa ante la atenta supervisión de Kushim, quien escuchó un sonido labial de placer.

—Sin duda es una delicia. Sin embargo, tengo una pregunta. ¿Por qué venís a pie, y no por mar?

Kushim y Balak se miraron sin saber muy bien qué contestar. Nuevamente el comerciante tomó la palabra.

—No es nuestra especialidad. Nuestros artesanos han alcanzado la maestría en numerosos campos, pero vamos algo retrasados en la elaboración de barcos que naveguen las costas y remonten los ríos. Nuestra ciudad tendrá un rio navegable, pero nuestra tecnología naval aún no está muy avanzada.

—¿Y queréis que vuestra ciudad de artesanos e industrias florezca tanto como prometéis comerciando sólo por tierra?

—Es cierto —asintió el escriba—. Por eso queremos establecer un tratado de amistad con vosotros, un intercambio de conocimientos. Sólo decidnos lo que necesitáis. Contamos con avances que vuestros ojos no habrán visto jamás.

Skaill se mostró pensativo.

—¿Y dónde decís que se encontrará vuestra urbe?

En realidad, Kushim aún no lo sabía. Se dio cuenta de que no podía vender una ciudad sin poder situarla en el mapa. Balak salió en su ayuda.

—Buen señor Skaill. Yo he estado allí. Es un lugar con muchas posibilidades, junto al rio Kurt. A dos jornadas de camino de aquí.

—Vaya —sonrió Skaill—. Eso está cerca de la fortaleza de Argonas, la ciudad del cobre. ¿Conocéis a su patriarca? ¿Conocéis a Kratos? Es una población muy próspera, la más próspera de la región, si no recuerdo mal.

—Argonas —respondió Balak—, sí. A ellos les gusta llamarse el Pueblo del Metal. No he estado allí, pero sé lo que me cuenta Halle. Kratos es un señor independiente y mantiene una buena relación con Kiel, el hermano de Urcam. No hemos tenido problemas con ellos.

Skaill gritó:

—¡Pues yo sí! Los hombres que no pagan una deuda, no merecen ser tratados como hombres. El tratado que yo necesito, es que Kratos no se vea beneficiado por mis naves nunca más. Hasta que podáis asegurarme eso con vuestros vecinos, mi respuesta es: ¡No! ¡No a todo! No contaréis con mis naves. No contareis con mis artesanos y no comerciaremos con vosotros.

Una mujer hizo gestos silenciosos en dirección a los invitados para no contrariar más a Skaill. Les estaba indicando que la visita había terminado. El patriarca mordió la cebolla y continuó comiendo sin siquiera despedirse.

Balak pensó que debería haber dejado hablar a Kushim. Fue éste quien cerró la conversación.

—Haremos llegar a Halle vuestra inquietud, Skaill. Te ruego que disfrutes de los regalos y de la comida. La caja también es para vosotros. Si en algún momento decidís participar y aprender sobre nuestras tecnologías y nuestros ingenios, ya sabéis dónde encontrarnos. Buen provecho, y buen porvenir.

Tras salir de la casa, Balak tuvo que controlarse y contener su furia. Una vez abandonado el poblado, mostró su contrariedad.

—Hemos perdido el tiempo. A Halle no le va a gustar nada esta conversación. Podemos venir con los hombres de Atria y arrebatarles los barcos.

Pero Kushim volvió a mostrar que era la voz de la prudencia.

—Entonces el nombre de Kurt quedaría manchado para siempre, y nos señalarían como hombres sin palabra. Nos temerían, nos odiarían y, en algún momento, se organizarían contra nosotros. Sería cuestión de tiempo que nosotros fuéramos los saqueados. Es necesario crear una línea de alianzas con los señores de la región y que confíen en nosotros. Eso no será posible si tenemos las manos manchadas de sangre. No somos kurgan, somos civilizados. Además, ¿de verdad creías que podíamos llegar a una región y encontrarnos con que todos los pueblos vecinos se llevan bien con los demás? Créeme, eso nunca ha pasado, ni pasará. Pero buscaremos una solución.

Balak comprendió.

—Pues entonces serás tú quien se lo diga a Halle. Eres el de las palabras.

CAPÍTULO 14 — BOLZANO

Año 2027 de nuestra era.

Para sorpresa de Erik Abe, los sueños sobre la vida de Elgor y sus coetáneos continuaron produciéndose regularmente, y los detalles seguían siendo tan vívidos como si los hubiera experimentado en sus propias carnes.

Sin saber cómo, había penetrado en un mundo en el cual todo estaba hecho de barro, fibras vegetales, madera, cuero, hueso, cobre y piedra. La crudeza de aquel viejo mundo le intimidaba, pero había sido testigo de cómo las ideas de otro mundo más avanzado comenzaban a «contagiar» con el virus del progreso a los poblados del sur. Aquella transferencia de conocimientos daba paso a una historia fascinante de inventos, ciudades, alianzas y viajes, pero también a nuevas y más encarnizadas guerras entre hombres y aldeas que quizás no estaban preparados para convivir y controlar tanto conocimiento.

Aunque tampoco estaba seguro de que sus contemporáneos tuvieran esa capacidad.

De cualquier manera, se sentía sorprendido por la capacidad de liderazgo del bravo Halle, por la genialidad de Arce y también se había quedado prendado de la belleza de Alunna. Envidiaba a Elgor por su fortuna en el amor, pero ya no albergaba ninguna duda de que el lazo que les unía era innegable, e incluso «sobrenatural». Hasta Sofía lo admitía.

Erik recordó una frase de Elgor que le llamó la atención.

«Se me da bien esperar».

Erik sonrió con ironía, casi con malicia.

—Estás destinado a esperar más de cinco mil años.

Se dijo, como si Elgor pudiera escucharlo.

Comenzó a dedicar tiempo a estudiar y aprender sobre cualquier cosa que estuviera relacionada con él, con su época, sus herramientas y armas.

Sin embargo, casi todo cuánto había visto en aquellos sueños difería mucho de lo que había leído sobre la historia de aquella época. Si sus sueños fueran una representación real del pasado, muchos historiadores apenas sacarían un suficiente raspado en un examen sorpresa sobre tecnología europea del cuarto milenio antes de Cristo. Para empezar, la mayoría de los expertos estimaban que el comienzo «oficial» de la escritura habría tenido lugar varios siglos más tarde. Pero, aquel joven Kushim ya la bosquejaba desde mucho antes. La

posibilidad de que se hubiera iniciado durante la vida de Arce y Kushim no podía descartarse pero, sin embargo, Erik aún no había visto a nadie escribir un solo signo.

Erik había conectado misteriosamente con aquel tipo de la Edad de Cobre como si un lazo invisible que atravesaba el tiempo los hubiera unido y los hubiera condenado a encontrarse, a fundirse en uno solo. Pero debía haber una explicación. Era consciente de que, para hallarla, debía aprender más sobre él y su forma de pensar. Y la mejor forma de hacerlo era atravesar las montañas y dirigirse a Bolzano, Italia.

Tenía que viajar a los Alpes para encontrar respuestas.

CAPÍTULO 15 — KURT

Arce se mostraba cada vez más nervioso a medida que se acercaba al asentamiento. Cuando divisó en la distancia la elevación de tierra que podría convertirse en la urbe de Kurt, sintió una brisa de moderado optimismo. De vez en cuando se detenía y daba algunas indicaciones a Buka. Éste se dirigía a sus aprendices y les ordenaba que cavaran agujeros en la tierra para examinar el material disponible. Incluso envió a un emisario al rio para que extrajera muestras del limo y otros minerales.

Para ascender el camino a la cima, Arce se bajó de lomos de su onagro y caminó en silencio, contemplando el panorama que le rodeaba. Se trataba de una planicie elevada a más de cien metros de altura desde el nivel del rio y del terreno adyacente. Era un cono que contaba con un único acceso válido, y eso significaba que se defendía fácilmente, y que tras completar la defensa perimetral, se trataría de una muralla dentro de una muralla. Parecía que podía albergar fácilmente a dos poblaciones como Garín del Sur, unas diez mil personas, algo que nunca habría sido visto en el continente. Pero aún era necesario averiguar el verdadero potencial, la fertilidad de la tierra, el acceso al agua potable, y las posibilidades que le otorgaba el material del perímetro.

Cuando alcanzó la planicie, vio a Torka agachándose y tomando un puñado de tierra. La olió y la dejó caer lentamente entre sus dedos, observando cada partícula y cada brizna de hierba como un joven examinaba cada brazo y cada pierna de una mujer hermosa. Asintió en silencio.

Arce miró a su alrededor. Hasta ese momento, sólo había una aldea de casas redondas de piedra y techo de paja. Los aldeanos dividían la tierra con estacas y zarzos, y varias hogueras originaban torres de humo que se elevaban hasta el cielo en línea recta por la ausencia de viento. Algunos hombres pasaron junto a Arce para presentar sus respetos a Halle, por ser sobrino de Kiel, preguntándose quien era aquel hombre amanerado y vestido con tan vivos colores que examinaba sus casas como si estuviera decidiendo si se quedaba con ellas.

Un grupo de niños se acercó corriendo a toda velocidad y uno de ellos tiró a Elgor de su vestimenta de piel, como si lo conociera de toda la vida. Elgor le destelló con su media sonrisa y jugó con él.

Todo el séquito se mantuvo en silencio esperando las primeras reacciones de Arce. El ingeniero contempló las llanuras cultivables que Halle le señaló en la distancia, así como la arboleda al Oeste y el rio al

Este. Caminaba de un lado al otro sin rumbo fijo, concentrado y sin parar de mover las manos, como si estuviera midiendo el terreno, el nivel, la inclinación y otros cálculos inalcanzables para el resto de los habitantes al sur de la Pared. Escrutó visualmente el rio, las zonas elevadas en la distancia, los futuros campos de cultivo y, sobre todo, estimó el material de que dispondría para llevar a cabo todos sus planes. Arce miró hacia atrás, y asintió. Buena señal.

Halle respiró aliviado.

—Todo esto pertenece a mi tío Kiel. Posee siervos y negocios propios, y se lleva bien con todos los señores de la región. Ya le he enviado un emisario y me ha concedido su permiso. Lleva años ofreciéndome sus tierras porque dice que se está haciendo viejo para controlar todos los asuntos, pero aun así, tendrá voz y voto en el consejo. Los hombres le deben lealtad, como debe ser.

Arce volvió a asentir.

—Tengo que decir que comparto tu optimismo. Hay muy buenas expectativas, aunque nos quedan años de trabajo. Elgor, dices que eres soguero.

—Trabajo la piel, soy soguero, tejedor y aprendiz de todo lo demás.

—No es arquero —añadió Halle con ironía.

Balak no pudo evitar acompañarlo con una carcajada.

—Necesitaré mucha cuerda. ¿Ves aquel promontorio en lo alto lleno de árboles? —continuó Arce, señalando una elevación boscosa a mayor altura que Kurt—. En algún momento deberemos levantar un edificio fortificado en ese punto —dijo también mirando a Halle, que parecía conforme con cualquier idea del ingeniero—. ¿Serías capaz de elaborar una soga que sostenga como a diez hombres desde ese promontorio hasta esta explanada?

—Eh, creo que podría, pero tardaría semanas.

—¿Y con cinco hombres?

—Depende de lo rápido que aprendan, y de la materia prima que encontremos. Además, tengo que fabricar algunas herramientas en madera. En el mejor de los casos, una semana.

—Los cinco hombres son mis aprendices, son buenos y aprenden rápido. En unos pocos días ellos mismos serán capaces de dirigir el trabajo, pero debes entregarles tus conocimientos y la forma de elaborar tus herramientas. ¡Amigos míos, con esa pendiente y una buena soga, dispondremos de cientos de troncos de buen tamaño que descenderán con suavidad hacia la urbe! Materia prima de calidad con el mínimo esfuerzo. Además, también podemos transportar los troncos desde rio arriba. ¡Creo que es mejor de lo que me contaste, Halle!

El optimismo de Arce iba creciendo a pasos agigantados, y eso satisfizo a Halle, que había dado casi por casualidad con un ingeniero

de primer nivel. El futuro rey le fue contando todo lo que había planeado desde que llegó a Garín del Sur, y Arce iba modificando algunos de los planes iniciales sobre la marcha. El poblado debía situarse lo más cerca posible del rio, así que tendría que desviar la corriente en algunos tramos para crear riachuelos y canales para alimentar la urbe y los campos de cultivo. Los naturales ya disponían de algunos pozos. Eso, más algunos tanques impermeabilizados para recoger el agua de la lluvia, y un ingenio para elevar el agua, serían suficientes para abastecer a miles de personas y para subsistir a posibles asedios y épocas de sequía.

Halle era autoritario, pero también era permeable a las buenas ideas del hábil ingeniero, que parecía formado también en el arte de la defensa.

Arce estaba tan emocionado que, cuando le mostraron una cabaña de paja como posible construcción «ejemplar», tomó una flecha, le prendió fuego, y la disparó en parábola de forma que se clavó en el techo. Cuando los hombres se apresuraron a apagar el fuego, comprendieron las palabras del inventor.

—¡Nada de paja! De los tejados me encargo yo. Esta ciudad promete, Halle, pero hace falta mucho trabajo, y en muchas ocasiones nos quebrará la cabeza, pero para eso la tenemos. Aquí levantaremos una gran nave principal para nosotros, y otra para los obreros, que luego serán reutilizables. Y entonces comenzaremos a planificar y a construir, sin prisas. La planificación es primordial. Con el paso del tiempo levantaremos torres y una muralla de protección. Fuera, una serie de refugios de caza en los bosques y montañas para asegurarnos un perímetro de seguridad que nos permita dedicarnos a lo verdaderamente importante. Los nuevos colonos pagarán sus impuestos principalmente aportando trabajo, proporcionando seguridad, mejorando las vías, las murallas, las canalizaciones, almacenes y silos, etc.

—Pero debemos darles de comer —advirtió Halle.

—Por supuesto. Una parte de los hombres se dedicará a cazar y a pescar, y otra a cultivar la tierra, y estarán a cargo de Torka, el hijo de Karamania, el agricultor.

***

Mientras Halle contaba a los aldeanos los grandes planes que albergaba y les prometía mejores viviendas, comida y tierra, Arce se dirigía a sus aprendices. Los distribuiría entre agricultores, cazadores, pescadores, canteros, carpinteros, fabricantes de ladrillos y de argamasa, y les entregó las instrucciones generales para cada sector. Buka y Kushim le ayudarían a distribuir a los hombres que tenían a su

disposición, y los que se fueran incorporando con el paso del tiempo.

Halle ordenó a algunos de sus hombres que se pusieran a su disposición. Balak se ofreció voluntario y acató todas las indicaciones de los discípulos de Arce. Los guerreros también debían colaborar en la cantería y las obras, así como los canteros también deberían, en su momento, sujetar el hacha de guerra.

Arce ordenó fabricar hornos en las cercanías de la futura muralla y viviendas, y desmontar las elevaciones del terreno para convertirlos en ladrillo cocido con una receta secreta que sólo conocían algunos de sus leales aprendices, y él mismo. Además, así también conseguiría allanar aún más el suelo. Las piedras del terreno se utilizarían para formar la base de la muralla, y sólo faltaría localizar las canteras de buena piedra caliza trabajable.

El caminero, por su parte, ordenaba a sus aprendices que cubrieran de leña las rocas de gran tamaño de los caminos, para eliminarlas. La técnica de Jan era prender fuego sobre las rocas durante horas, e incluso días. Con el tiempo, las grandes piedras se irían debilitando y quebrando con el calor, y serían retiradas fácilmente con cuñas y mazos de piedra. Así agrandarían los caminos para que pudieran circular sobre ellos las bestias y las carretas.

A Elgor le llamó la atención la facilidad con que se podían partir las piedras con cuñas de madera mojadas en agua, ya que se enfriaban y aumentaban su tamaño. Aquellos hombres realmente sabían lo que hacían. Pensó que Havel se habría quedado igual de maravillado que él con el nuevo mundo que se abría ante sus ojos.

Buka, el ayudante de Arce, comenzó a pergeñar un rectángulo en el suelo. Uno de los aprendices improvisó, con una pasmosa facilidad, una mesa para Arce con la única ayuda de un hacha de cobre, madera y cuerda. Otro consiguió una masa de arcilla, la extendió sobre el tablón de la mesa, y comenzó a darle forma.

Comenzó a dibujar sobre ella, primero los accidentes del terreno, y luego una serie de líneas rectas que para Halle no tenían ningún sentido.

—¿Qué es eso?

—Eso, Halle, es nuestra ciudad. ¡Es Kurt!

Contestó Arce. A Halle se le dibujó una sonrisa en la boca.

—Parece magia. ¿Y estas líneas?

—Conductos de agua limpia y agua sucia. Hay que alejar el agua sucia para evitar enfermedades. ¡Ya te contaré las cosas que he visto por ahí!

—Umh, me cuesta entenderlo. ¿Y estas otras líneas exteriores?

—Una muralla. Pero todavía falta mucho para ello. Hay que estudiar el terreno, luego habrá que rehacer este plano, una y otra vez.

Necesito saber de qué material disponemos en los alrededores, las canteras, la tierra, el limo del rio, los árboles y plantas, las piedras y sus formas… ¡Todo será utilizado de una forma u otra! Ahora debemos conseguir hombres y sustento. Cuántos más tengamos de ambos, antes empezaremos.

El futuro rey acataba cualquier indicación en materia de diseño y construcción del ingeniero, convencido de que cada uno debía centrarse en su papel. De aquella forma, formarían el mejor equipo, sin rencillas.

Elgor apreciaba la gran inteligencia y las múltiples ideas que iban tomando forma en la cabeza de Arce. Pero lo que más le sorprendió, fue descubrir la manera en que Halle sabía manejar a los hombres. Sabía aceptar consejos de quienes tenían mejores conocimientos, sabía ser justo y se comportaba como un rey antes incluso de serlo.

Tras establecer las primeras conversaciones con el grupo de prohombres del norte, Halle se acercó a Elgor y le puso la mano en el hombro. Elgor sintió que le iba a hablar de cosas importantes, y no pudo impedir sentirse un poco acongojado.

—Y bien, ¿qué vas a hacer con Alunna?

Elgor dudó, incapaz de leer los pensamientos de Halle.

—Mantengo mi decisión, nuestra decisión. Quiero que sea mi esposa, y la cuidaré porque es lo mejor que le ha ocurrido a mi vida. No tengo nada más.

Elgor esperaba que Halle respondiera de forma desagradable, que le pusiera obstáculos, o que diera su visto bueno y que lo atrasara de forma indefinida, hasta que él considerara que era el momento adecuado. Todo ello hubiera sido equivalente a una negativa.

Después de todo, con el apoyo de los prohombres, Halle había pasado a ser mucho más importante que Urcam y podría evitar el enlace para conseguir un matrimonio de conveniencia con un aliado mucho más beneficioso para sus intereses que un simple hijo de un tejedor. Sin embargo, asintió, ante el asombro de Elgor.

—Creo que hay potencial en ti. Te doy mi beneplácito. Dentro de una semana, cuando termines con la soga, irás a ocuparte de los preparatorios. Habla con Urcam y Alunna. En un mes regresaré para tu boda. Necesitaremos una gran celebración para compensar todo el trabajo que tendremos por aquí. Cuando me lo confirmes, compraré todo el vino que haya en el pueblo de Krappa y en los alrededores, y enviaremos mensajeros a todos los pueblos vecinos. Serán invitados los aliados más valiosos y los hijos de los principales de las altas esferas. Encontrarán mujeres hermosas en la ceremonia y forjaremos nuevos matrimonios para reforzar nuestras relaciones.

Elgor aceptó, complaciente. Esperó unos segundos, quizás

esperando que Halle le abrazara, como parte de su familia. Pero aquel gesto se alejaba de la forma de ser del futuro rey. En cambio, le pidió otra cosa.

—Y además quiero que me hagas un chaleco de lino suficientemente resistente como para resistir el impacto de una flecha. No te voy a preguntar si es posible. Tú harás que lo sea.

Y dejó a Elgor solo con sus pensamientos.

CAPÍTULO 16 — COBRE

El pequeño hombre se acercó cojeando a la primera casa que encontró en el poblado. Dos hombres se sentaban en el exterior sobre unos bancos de piedra caliza toscamente tallados. Uno tenía una gran barba, y el otro, sólo un gran bigote. Cuando vieron acercarse al pequeño hombre, enseguida supieron que traería problemas.

Llevaba una túnica de cuero sin curar que, de quitársela, se mantendría en pie sin dificultad.

—Buen porvenir. Piedad para un pobre viajero. Mi nombre es Vinus, de Krappa, y pido harina para el demonio Kimkidik, para que no desate la tempestad.

Los dos hombres se miraron. El primero que habló fue el de la gran Barba.

—Y yo soy Kleva, de mis bolas.

El hombre del bigote, más sosegado, preguntó:

—¿A dónde te diriges, viajero?

—A un acontecimiento.

—¿Quieres harina? —preguntó Kleva—. No creo que los demonios coman harina. ¿La quieres para él o para ti?

Vinus dudó. Nunca había sido muy hábil con los juegos de palabras. Nunca había sido hábil con nada.

—Es cierto, no come harina. Es para mí, para que Kimkidik no desate la tempestad.

Repitió, como si aquella fórmula tuviera la facultad de infundir temor.

El hombre de la gran barba dijo que no tenían harina, y remató la frase introduciendo un gran trozo de hogaza de pan en la boca.

—No tenemos harina para demonios, ni tampoco para lisiados.

Añadió el hombre del bigote. Vinus se mostró decepcionado.

—Kimkidik aceptaría algo de cerveza —negoció.

Kleva se cansaba rápido de hablar con quienes no tenían nada que ofrecerle. Si su aspecto no hubiera sido tan deplorable, le hubiera despojado de todo lo que llevaba encima.

—No tenemos cerveza, pero tenemos un mazo de piedra, para tu cabeza y para la del demonio. ¿Quieres que te la muestre?

Vinus se giró sin dar una respuesta y se marchó apresurado. Siguió pidiendo limosna en cada casa que encontró en el camino, hasta que al final de la noche consiguió unas viandas, y un techo en el cual dormir. El hombre que le ayudó se alimentaba de lo que recolectaba, y hacía trabajos de ayudante de cualquier oficio que le ofreciesen.

Le preguntó.

—¿A dónde te diriges, Vinus?

—A un acontecimiento. ¿Se ha escuchado alguna profecía últimamente?

El hombre dudó, pero terminó por satisfacer la curiosidad del pequeño hombre.

—He escuchado la de Elgor, el hijo del tejedor, en Atria. Yo estuve en aquella celebración por el día del nacimiento de Alunna, la hechicera. Ella nos la hizo llegar.

Vinus asintió entusiasmado. Por fin, un acontecimiento… Entonces allí habría harina para Kimkidik, y cerveza para él.

—¿Sabéis en qué dirección se encuentra Atria?

—Claro que sí. Voy a menudo. Te daré las indicaciones cuando reemprendas tu viaje mañana.

***

FUNDACIÓN DE KURT

A siete jornadas de camino de distancia, los prohombres planificaban los cimientos de la urbe de Kurt.

A pesar de lo duro del viaje, Arce no pudo dormir la primera noche. A la mañana siguiente, repartió instrucciones entre sus aprendices y coordinó a más de cien hombres en diversas áreas de la construcción: cavando zanjas y hoyos, construyendo hornos y ladrillos, extrayendo todas las piedras de la superficie, e incluso reconduciendo las aguas para el regadío con ayuda de Torka, el agricultor.

Nadie dudaba de que poseía el conocimiento y la experiencia necesarios para levantar una urbe, porque ya lo había hecho antes.

Elgor había observado, hipnotizado, como los mejores hombres de Arce habían aprendido a diseñar sus herramientas en unas pocas horas, y al día siguiente había decenas de ellas, cuando él y Havel sólo habían contado con una. La producción de cuerda marchaba con viento a favor, como decían en el rio grande, y ya no era imprescindible.

Halle se dio cuenta de que no podía aportar nada, ni en la tarea constructiva, ni en la organizativa, ni en la defensiva, por lo que decidió organizar una comitiva para visitar los poblados de los alrededores para hablarles de sus planes y recabar su beneplácito y colaboración.

Para ello, entre otros, reclutó a Elgor, Balak y al hábil Kushim, que tampoco eran constructores y podían ausentarse de las obras.

Partieron a primera hora de la mañana y alcanzaron las

proximidades de Argonas, el Pueblo del Metal, más allá del mediodía. Halle nunca había visitado aquel pueblo, pero sabía que gran parte de las piedras preciosas y prácticamente todo el cobre de Atria provenía de aquella próspera región, incluidas sus armas.

Todo el cobre.

Palabras mayores. Eso significaba que tenían las mejores herramientas, las mejores lanzas, las mejores espadas y dagas, y las mejores flechas. El mejor comercio en las condiciones más ventajosas. El cobre era un metal muy valioso, pero se encontraba abundantemente en muy pocos lugares. Halle no podía siquiera imaginar la cantidad de riquezas que podían acumularse en aquel poblado por el simple hecho de que las minas de cobre se encontraran en sus tierras.

Se adentraron en un sendero empedrado y bien construido que les permitía avanzar sin dificultad, evitando el barro formado por la lluvia del día anterior. Aquel detalle ayudó a Elgor a valorar la importancia de contar con alguien como Jan el Caminero.

Se dieron cuenta de que había tres o cuatro caminos similares que se diseminaban hacia distintas direcciones, lo que daba idea de las saludables líneas de comercio de la aldea empalizada de Argonas.

A medida que se acercaban a la fortaleza, incluso sin haber visto el interior, Halle observó que era más grande de lo que había imaginado. No era un pueblo comparable con Garín del Sur, ni con lo que él mismo planeaba construir muy cerca de allí, pero poseía grandes extensiones de terreno que incluían las fértiles y prósperas minas.

La zona exterior estaba parcialmente protegida por una ladera tan escarpada que la hacía impracticable, o por una muralla de largos troncos de árbol finalizados en una afilada punta tostada a fuego. A cada cierta distancia se levantaban torres, igualmente de madera, con puestos de vigía y guardia.

Si Halle midiera el doble, aun así no le alcanzaría para mirar por encima de aquellos troncos.

Pero aquella muralla constituía sólo el primero de los tres anillos concéntricos de protección de la población, siendo el más interior, el que protegía el palacio del dios Kratos de Argonas. A diferencia de la primera, las dos murallas interiores estaban hechas con grandes piedras y argamasa.

La zona accesible de la muralla empalizada estaba protegida por un rio, así que tuvieron que cruzar un sólido puente de madera para alcanzar la entrada principal, también de madera.

Anunciaron su presencia como Halle, hijo de Urcam y sobrino de Kiel, y sus sirvientes.

Elgor asumía su condición de siervo de Halle, pero comenzaba a

entender las relaciones sociales, y creyó que aquella tendencia suya a enfatizar su superioridad podría parecer un rasgo de despotismo para quien no conociera a los patriarcas y las costumbres de la región, como Kushim.

Sin embargo, y a pesar de su lenguaje, Elgor sabía que Urcam y Halle no eran ni mucho menos, los peores señores que se podría tener.

Tampoco tardó en descubrir que la única persona con la que Halle no utilizaría nunca la palabra «sirviente», era con Arce.

Mientras esperaban a ser recibidos, Halle empujó uno de aquellos postes, pero ni siquiera pudo moverlo. La muralla estaba unida con algún tipo de argamasa y estaba reforzada en el interior por sólidos tablones horizontales con el fin de convertirla en un fuerte inabordable. Sin embargo, Halle pensó que no hubiera sido del gusto de Arce.

—Esto es lo que quiero —dijo a sus acompañantes—, pero dos veces más alto.

Fueron recibidos por Argino y Kairatos, ambos hijos de Kratos. Argino era moreno, velludo y muy delgado, pero parecía deseoso de que le percibieran como un hombre peligroso y experimentado. Sin embargo, Kairatos era quien llamaba más la atención. Tenía los ojos verdes como el cobre viejo, estaba vestido con piel de lobo y llevaba un cráneo del mismo animal sobre su cabeza. Era extremadamente corpulento, y parecía altivo y seguro de sí mismo, como correspondería a un rey. Además era la cabeza de los guerreros del pueblo, y Argino le seguía como una oveja recién destetada. Se presentó como hijo de Kratos, guardián de Argonas y comandante de los Hijos de la Noche.

Aunque en ese momento no hizo ningún comentario, a Halle le pareció cómico que utilizaran un sobrenombre tan pomposo, como si constituyera un arma adicional. Pensó que quizás debería copiar la fórmula, para que su grupo de guerreros infundiera mayor respeto y temor.

Hicieron entrada en el poblado fortificado guiados por los dos guerreros y seguidos por decenas de miradas curiosas, principalmente por niños ociosos cubiertos de tierra que encontraban un buen pretexto para dejar de jugar. La llegada de foráneos era todo un acontecimiento, sobre todo si eran de ese tipo de foráneos que terminaban ejecutados sobre una hoguera, o con la cabeza cortada.

No parecía ser el caso, ya que algunos de los extranjeros se movían con demasiada dignidad como para ser prisioneros, como el caso del gran hombre barbudo de cabello dorado que encabezaba la expedición, y que se movía como si se tratara del mismo Kratos, como

si todo aquello le perteneciera.

Cuando estuvieron frente a la residencia de Kratos, percibieron la fortaleza y la grandeza de sus muros de piedra.

Ya en el interior, les llamó la atención el espectacular número de calaveras humanas que adornaban la primera estancia.

Los extranjeros entraron en la sala del patriarca del poblado de mineros. Era una pieza de grandes dimensiones, como cabría esperar de un pueblo tan exitoso. Como en la sala anterior, había cientos de piezas de metal en las paredes, y calaveras ataviadas con oro y piedras preciosas, en contraposición con la sala anterior de calaveras desnudas.

—Nuestros muertos nos acompañan, a su manera.

Informó Argino, el hermano de Kairatos.

Kairatos y Argino les invitaron a esperar mientras eran anunciados, así que se quedaron solos durante algunos minutos.

Una vez fuera de la vista de sus anfitriones, Halle detalló a sus acompañantes el origen de la saga de guerreros de Argonas.

Según le habían contado, Kratos había sido el mayor de los hijos del anterior patriarca del Pueblo del Metal, y por este motivo contó con unos privilegios que no habría alcanzado de otra forma. Desde que empezó a sentir atracción por las mujeres, comenzó a elegir a todas aquellas que le parecían ataviadas con los atributos necesarios para recibir su semilla. Estos atributos generalmente no iban más allá de la belleza física, de una borrachera, o cualquier otra forma de antojo.

Cuando pudo alcanzar el poder, se declaró un dios. Lo segundo que hizo, fue ordenar que nadie pusiera impedimento alguno para su labor, ya que para estas mujeres debía constituir un verdadero orgullo yacer con Kratos, porque era un dios y, por tanto, sus hijos se convertirían en semidioses que constituirían la principal línea de defensa del Pueblo del Metal: los Hijos de la Noche.

A pesar de ello, en ocasiones, algún marido había protestado por la elección de su esposa, o de su futura esposa.

Sin embargo, cuando la cabeza se separaba de su cuerpo, los maridos celosos cesaban en sus protestas y convencían al resto de posibles ofendidos de no seguir el mismo camino.

Habían pasado muchos años desde que comenzó la labor de creación del ejército de semidioses, lo que daba como resultado que hubiera casi cincuenta Hijos de la Noche, treinta de los cuales tenían edad para combatir y estaban entrenados para ello.

Kairatos comandaba a aquella unidad de élite.

Elgor provenía de las montañas y poseía una inocencia más propia de un cervatillo que de un aldeano. No creía en dioses o demonios, y le parecía increíble que alguien pudiera maquinar un sistema

parecido, que generaría tantas tensiones innecesarias, únicamente para satisfacer sus pulsiones carnales.

Volvió a observar la decoración de la sala. Supuso que las calaveras decoradas eran parte de su familia, y las otras, las calaveras de sus enemigos, y los maridos celosos.

Tras la espera, pudieron entrar en la última sala del palacio de Kratos, donde serían recibidos.

Un robusto trono de cobre presidía la estancia, y lo ocupaba un hombre orondo que vestía una túnica ampliamente decorada con pequeñas piezas de metal. Llevaba pulseras de oro y cobre en los brazos; sortijas, aretes y piedras preciosas decorando su barba, y una gran cadena de oro rodeando su cuello. En su mano, una especie de martillo elaborado con piezas del mismo metal y cristal de roca.

Elgor pensó que en aquel trono había metal para armar a un pequeño ejército, o para alimentar al poblado de Atria durante un año.

Kratos estaba rodeado de numerosos hombres de armas, servidores y consejeros. A sus pies, una esclava con muy poca ropa, morena y servicial, untaba de aceite las piernas y los pies del señor.

Kratos, embadurnado, no se levantó para recibir a los invitados.

—Halle, hijo de Urcam y sobrino de Kiel. Entrad y sed bienvenidos. Sentaos junto a este humilde patriarca. Ya conocéis a Kairatos, comandante de mi ejército, y este es Wotan, jefe de mi guardia personal.

Wotan no era tan alto y estilizado. Más bien era pequeño, pero su corpulencia parecía incluso grotesca dentro de su tamaño. Balak observó su larga espada de cobre y asumió que su fuerza iba en consonancia con su corpulencia, y no con su altura.

Ambos rodeaban a Kratos, y dirigieron un leve gesto de cortesía a Halle, que lo devolvió con la misma levedad, como correspondía al hijo de Urcam.

Luego, el señor de Argonas presentó a la mujer que se encontraba en el suelo masajeando sus pies.

—Os presento a Imre, futura madre de otro de los Hijos de la Noche.

La esclava no se atrevió a decir una palabra. Se limitó a asentir ligeramente con la cabeza.

Frente al trono se situaba una mesa y siete asientos de madera refinadamente ornamentados, aunque la comitiva era de ocho hombres. En la mesa había distintas viandas y bebidas, pero previamente Halle había prohibido probar cualquier cosa, para disgusto del siempre hambriento Balak.

«Acordaos de los hongos del pueblo de cazadores»

Había advertido.

Se dieron cuenta de que la mesa que había entre el trono y los asientos estaba anclada al suelo, como si formara parte de las grandes medidas de seguridad de Argonas. A Halle se le antojaba innecesario, sobre todo si en verdad Kratos era un dios.

Halle ordenó a sus hombres que entregaran los obsequios a los servidores del patriarca. Luego, les ordenó que se sentaran. Halle se quedó de pie. Ese detalle sorprendió a todos los presentes, pero sobre todo a Kratos.

La hermosa esclava miró hacia Halle. Aunque sólo fue un segundo, se fijó en su barba recogida en trenzas, y se sintió impresionada por su fortaleza y dignidad. Tras aquel suspiro, apartó la mirada hacia su señor, hacia sus pies, concretamente.

—Y bien, ¿qué os trae por estas tierras, Halle, sobrino de Kiel e hijo de Urcam?

—Buen porvenir, gran Kratos. Gracias por recibirnos. Mi nueva situación en Kurt me obliga a presentar respetos a todos los patriarcas de esta región. Además, he oído que sois los mejores artesanos del metal de aquí a diez días de camino.

—Habéis oído bien. No encontraréis mejor cobre por debajo de la Pared. Nuestras líneas de comercio llegan de orilla a orilla del gran rio. ¿Queréis comprar oro, cobre, piedras preciosas? Somos lo que buscáis. Nuestros artesanos trabajan con fórmulas de combustible secretas, y nuestros hornos alcanzan las mayores temperaturas que podáis imaginar. También dominamos otras técnicas.

Kairatos tomó la palabra con el beneplácito del patriarca. Al igual que Halle, también había conseguido el respeto de su padre y se encontraba en una fase de adquisición de responsabilidades para la futura toma de posesión del señorío.

—Podrás ver la altura de nuestras murallas de madera, y la solidez de estos edificios. Además, los Hijos de la Noche somos los mejores cazadores, porque tenemos las mejores armas, con el mejor metal, obviamente.

En vista de que Kratos se consideraba un ser superior, Halle no consideró prudente que Kushim interviniera, como estaba previsto, así que lo contuvo con una mano y contestó él mismo.

—Claro, lo sabemos. Es por vuestra fama por la que deseamos comerciar con esta rica comarca para solventar nuestras necesidades de cobre. Pero nuestro ofrecimiento va mucho más allá. Queremos colaborar, que seáis parte de nuestro proyecto.

Kratos y Kairatos se miraron. El patriarca sonrió.

—Jamás me han hecho llegar una oferta parecida. Escucho vuestras palabras.

—Os invitamos a formar parte de la gran ciudad que está a punto

de crearse no muy lejos de aquí, a menos de un día de camino, en las tierras de Kiel y de Urcam. Se llamará Kurt. He visto muchos hombres en este poblado, así que os invitamos a enviar a los jóvenes con ganas de prosperar, especialmente a los artesanos, para seguir haciendo su trabajo, pero dentro de la ciudad. Los que no tengan profesión ayudarán construyendo casas y murallas, habilitando carreteras y formándose como soldados. Todos aprenderán una profesión o cuidarán los grandes campos de cultivo que tenemos planeado crear. Se les pagaría con el terreno para construir su casa, con cereal, agua y podrán crear una familia. Se acabaron los tiempos de hambre y de inseguridad.

Kratos volvió a sonreír y asintió.

—Me gusta la idea —dijo.

—En Kurt reinará la paz y la tranquilidad. Nadie deberá levantarse asustado en mitad de la noche creyendo que ha escuchado algún ruido, osos o perros de las montañas, temiendo por los suyos. Nadie tendrá miedo de la Bestia. Queremos que se convierta en la primera fase de una unificación territorial completa. Se acabaron las guerras y los conflictos, y nuestras líneas de comercio se extenderán más allá de la Pared, e incluso al otro lado del gran río. Los ingenieros lo llaman el Progreso. Uno de ellos viene con nosotros. Se llama Kushim.

Halle se dirigió con la mano a Kushim, como representante de los pensadores del norte. Kushim agachó la cabeza en señal de respeto y habló hacia Kratos.

—Se acabaron las casas diseminadas. La seguridad implica que la gran mayoría de las casas se concentren en una misma población planificada, rodeada de grandes murallas.

—¿No os gustan las nuestras? —preguntó Kratos.

Kushim aplicó toda su diplomacia, sin querer mencionar que la genialidad constructiva de Arce no tenía igual.

—Son magníficas, así que es la mejor oportunidad para que vuestras ideas complementen a las nuestras.

Kratos asintió. Parecía aturdido ante tantos nuevos conceptos. Meditó unos segundos antes de hablar.

—Mas que un ofrecimiento de colaboración, me estáis haciendo llegar una nueva forma de vivir que cambiará todo lo que conocemos. De entrada, rechazar este modelo sería anclarse en el pasado. Y sin embargo, a pesar de que soy el soberano de este humilde pueblo de mineros, como lo han sido mis antecesores desde hace muchas generaciones, mis hijos, los Hijos de la Noche, me ayudan a tomar decisiones. En el caso de participar en vuestro proyecto, tendremos que fijar el número de personas que podemos enviar.

Halle asintió.

—Entiendo que necesitáis tiempo para pensarlo. Tenéis todo el tiempo del mundo. Nosotros vamos a estar muy ocupados en los próximos meses preparando los cimientos de Kurt.

—Es verdad, no os envidio la labor de levantar de la nada una gran aldea, una ciudad, como decís vosotros. Pero no nos demoraremos demasiado, y pronto os enviaremos la respuesta. Mientras tanto, os convido a pasar la tarde aquí, disfrutando de nuestras viandas y de nuestras mujeres. He visto como miráis a Imre.

La esclava, que en ese momento untaba de aceite los pies de Kratos, bajó la cabeza más aún, avergonzada. Halle no la miró.

—Agradecemos la oferta, pero cuanto antes me reúna con los ingenieros, antes podremos comenzar la construcción. Reemprenderemos el viaje ahora mismo.

—Lo comprendo. Pero debéis quedaros durante más tiempo en la próxima ocasión. Prometedlo.

Halle asintió.

—Lo único que os pido es… —Kratos dudó—. He escuchado que la hechicera de vuestro pueblo, Alunna, que es vuestra hermana, ha anunciado una profecía, hacia uno de vuestros hombres, que se llama Elgor. ¿Se encuentra con vosotros?

—Sí. Se llama Elgor, el hijo del tejedor.

Señaló a Elgor, y éste bajó la cabeza con respeto.

—Pero, ¿una profecía para el hijo de un tejedor? ¿No sería más apropiado que fuera dirigida a Halle, hijo de Urcam, o a Kairatos, hijo mío? Sangre de señores.

—Eso pienso yo —afirmó sin recato—. Sin embargo, Alunna lo anunció así. Y también anunció que yo sería rey.

Kratos sonrió y apuntó a Elgor con el dedo, como si estuviera intentando no desvelar sus pensamientos.

—Eso me lo creo más. ¡Qué locura! ¡Profecías para hijos de tejedores! ¿Y no para hijos de puta?

Preguntó mientras acariciaba la cabeza de su esclava y reía. Todos los hombres de Kratos rieron ante su ocurrencia.

—Pero esto me lleva a otra cosa que quizás pueda ser interesante. Sobre vuestra hermana. Me han llegado rumores acerca de su indiscutible belleza. Tal vez sería una buena opción considerarla como posible esposa para mi hijo…

Halle se quedó pensativo…

—Oh, tengo tantos hijos… Mi hijo Kairatos, concretamente. El mejor guerrero, sin duda. Elgor miró a Kratos, sorprendido, luego a Kairatos y, finalmente a Halle. Daba por sentado que el compromiso estaba a punto de romperse.

Halle permaneció en silencio durante más tiempo del que hubiera querido el hijo del tejedor. Un enlace con el hombre que controlaba

casi todo el cobre de la región hubiera sido aprobado inmediatamente por Urcam, incluso con la oposición de la propia Alunna. Y además se trataría de un enlace matrimonial con el principal señor situado en las cercanías de Kurt.

—Sería un compromiso muy provechoso para ambas partes, pero el ofrecimiento llega tarde. Alunna ya está prometida, y de hecho ya se está organizando el matrimonio. Fue una decisión suya, y mi padre, Urcam le prometió que la respetaría. Además, esta unión forma parte de la profecía —mintió—. Sin embargo, os invito a los festejos de su matrimonio, dentro de unas semanas. Os aseguro que allí encontraremos una esposa para vuestro hijo, ¡o varias!

Elgor suspiró aliviado. Kairatos miró hacia otro lado, imperturbable, sin dejar que nadie pudiera leer sus pensamientos.

—O varias. Le hará falta muchas, si su hacha es tan afilada como la de su padre.

Y de su oronda garganta brotó una carcajada, y toda su cohorte de servidores y guerreros se rieron con él. Kratos no parecía ofendido. Cuando dejó de reír, continuó:

—Rey de Kurt. Pronto colaboraremos juntos, esperad mi respuesta. No hay más que hablar. Venid y dadme la mano, y podéis marchar en paz.

Cuando se marcharon, Kairatos se atrevió a protestar ante su padre:

—¿Por qué te muestras tan benévolo con el forastero que pretende que nuestro pueblo deje de ser el núcleo principal de la región para pasar a convertirse en un pueblo sometido? ¿Un pueblo con mejores murallas? ¿No os dais cuenta de que su ambición, o su competencia, menguará nuestro prestigio y beneficio en la región?

Kratos asintió, con rostro pensativo.

—Hay tiempo para todo, Kairatos. Y también para trasmitir nuestra verdadera voluntad. No puedo sostener una guerra hoy, pero sí prepararla para mañana. Obviamente no es mi intención ceder nuestras riquezas a la extravagancia de los nuevos delirios. Por el momento, mantendremos el rostro de la cordialidad, y tú asistirás a la boda en representación mía. Prometí que les enviaría una respuesta, y una respuesta enviaré. No subestimes las canas de la barba de tu padre. Yo fui el primer Hijo de la Noche, y soy un dios. Y tú…

Agarró el pelo de su esclava, que no pudo evitar un quejido de dolor.

—He visto como mirabas a ese mequetrefe. ¿Te atreves a observar con deseo a mis invitados, en mi presencia? ¡Atadla de manos y pies a un tronco, y que sirva a todos los hombres hasta que aprenda un poco de lealtad!

La mujer gritó y se agitó a pesar de estar fuertemente sujeta del pelo. Dos hijos de la noche se la llevaron, con una sonrisa en la boca.

***

Tras salir de Argonas, Halle y sus hombres se encontraron con un viajero de Atria. Le preguntaron respecto a los gobernantes de Argonas, y el viajero confirmó que eran ciertos todos los rumores acerca de Kratos y sus hijos. Halle dijo:

—Los bastardos suelen ser un lastre para los señores en todas las partes del mundo, y un instrumento muy habitual para iniciar derrocamientos y guerras. Kratos debía saberlo y lo arregló de la mejor manera posible. Los había convertido en su particular ejército de bastardos, eliminando sus lazos sentimentales externos y haciéndoles partícipes del gobierno, de algo de lo que enorgullecerse. Me produce repulsión, y sin embargo, tengo que negociar con ellos. Son más poderosos que mi tío y poseen muchos más hombres y riqueza.

—¿Los Hijos de la Noche? No, creo que merecen llamarse los bastardos de Kratos.

Dijo Balak, que también era bastardo.

—Sus dulces Antojitos de la Noche.

Sentenció Halle.

—Viajero. Allá donde vayas, asegúrate de que sepan que Halle, hijo de Urcam y sobrino de Kiel está levantando una ciudad, que se llamará Kurt, y que necesitará todos los brazos fuertes que quieran trabajar. Tendrán techo, comida y oportunidad para comerciar. Ven a verme cuando pase por Atria.

—Así lo haré, Halle. Buen porvenir. Saludos, Balak.

La noticia de la futura Urbe de Kurt corrió como el viento huracanado del este en la Pared. Las aldeas más grandes, especializadas en una profesión concreta, ganadería de ovejas y cabras, madereros y caleros, etc., también recibieron a los enviados de Halle. Sin embargo, como estas aldeas contaban con muralla y cierta capacidad de autodefensa, se mostraban reacios a someterse en cualquier medida a una floreciente urbe. Preferirían mantener su independencia, aunque afirmaran que estudiarían de buen grado la iniciativa.

Todos apoyaban el proyecto de Halle, por ser hijo de Urcam y sobrino de Kiel, y prometían aportar hombres a la ciudad, estuvieran o no sometidos a sus órdenes directas. Argonas se mantenía en duda.

CAPÍTULO 17 — LOS TRES ANILLOS

La unión de Elgor y Alunna atraería a tantos invitados de las regiones limítrofes y aldeas aliadas de Kurt, que algunos ancianos juraron durante la ceremonia que era la reunión más numerosa jamás habida en el mundo.

Urcam sabía que Halle tenía grandes planes para la ciudad de Kurt, así que permitió que su hijo tomara las decisiones más adecuadas para su hermana, pero también para sus objetivos. Y por este motivo, el matrimonio terminó convirtiéndose en una recogida de fondos materiales y humanos, y un escaparate para promocionar a su ciudad, aunque a decir verdad, Alunna hubiera preferido algo mucho más íntimo.

Posiblemente sería el acontecimiento más importante del año y nadie quiso perderse la cita. Los invitados de los poblados de los alrededores comenzaron a llegar desde por la mañana, aunque los que vivían más lejos habían pasado la noche en Atria.

La ceremonia comenzaría al mediodía, pero antes se sirvió un desayuno con sopa con carne y hueso, pan y agua, y, según la importancia de los invitados, también cerveza y carnes asadas.

Ulpia y Urcam ya estaban despiertos desde mucho antes del amanecer, y a primera hora de la mañana ya estaban recibiendo a los primeros invitados. El patriarca tuvo que prometerle a su esposa que no comenzaría a beber al menos hasta después de la boda de su hija, así que ordenó que fuera en ese momento cuando comenzaran a repartirse los mejores licores.

Halle salió a cazar en la madrugada y llegó a Atria bien entrada la mañana, con buenas piezas para los invitados. Ya que tenía planes tan elevados, Urcam le ofreció participar en la recepción a las autoridades. Después de todo, si algún día quería convertirse en rey, debería comenzar a conocer y a codearse con los patriarcas y demás personas importantes.

La comida sería el mayor festín que se recordara, y en eso estuvieron de acuerdo tanto las gentes del norte como las del sur, incluidos los prohombres de Garín del Sur.

Los aldeanos aportaron gran parte del mobiliario necesario, principalmente asientos y mesas, con el fin de emplazar el escenario y el banquete a lo largo y ancho de Atria, entre las casas y chozas. Todas las mujeres del pueblo trabajaron fatigosamente para preparar comida y bebida para tanta gente, así como el alojamiento de los asistentes,

que consistió principalmente en cabañas con estructura de madera.

Urcam se encargó de que se sirviera carne de cabra, oveja, liebre, cerdo silvestre, así como el uro y el ciervo que Halle y sus hombres habían cazado aquella misma mañana.

Las mujeres prepararon tortas de higos, dátiles y miel, tostaron en los hornos gran cantidad de pan de escaña y cocinaron ollas de lentejas aderezadas con miel y cilantro, así como carne con romero y piñones. También se serviría un cocido con pescado de rio, arvejas, hierbas y raíces de junco; y además habría una degustación tradicional de caracoles y larvas alimentadas con harina de farro, frutos silvestres e higos secados al sol.

Además, los hogares asarían a fuego lento gran cantidad de carne ensartada en varillas de madera.

Halle y Urcam también se preocuparon de que el suministro de bebidas fuera a la par haciendo acopio de las existencias de cerveza de los alrededores y encargando cuatro onagros con tinajas de vino del poblado de Krappa.

Los más frugales también podrían probar las infusiones de las hechiceras, de tomillo y romero, de tilo o de sauce, sobre todo si traían su propio cuenco.

A medida que Halle, Urcam y Ulpia iban recibiendo a los invitados, les informaban sobre cómo se desarrollaría la ceremonia. Posteriormente se serviría comida y bebida, habría un espectáculo de música y, finalmente, una competición de lucha, como era tradicional en Atria.

Los que acabaran más cansados podrían pasar la noche en cabañas de madera. Se aconsejaba que todos trajeran su propio cuenco para beber y su cuchara, se prohibía el consumo de hongos alucinógenos, el abuso de mujeres y llevar armas durante la ceremonia, a excepción de los hombres de Halle y de los principales, que podrían portar la suya. Todas las armas, tanto de corte, como de contusión, flechas, mazas, hachas y lanzas, se depositarían en unas cabañas que permanecerían cerradas hasta bien llegado el día.

Desde primera hora fueron recibiendo numerosos regalos que los hombres de Halle almacenaban en la casa principal. Básicamente se trataba de alimentos para mantener a los trabajadores de Kurt, pero también recibían oro, cobre, piedras preciosas, vasijas y figuras talladas. Los más espectaculares fueron una vasija de cristal de roca, otra de arcilla con dos cuellos, primorosamente elaborada, pero que tenía fines más estéticos que prácticos. Otro de los obsequios que llamaron más la atención fue un tosco busto de Urcam tallado en hueso de elefante gigante.

Los invitados más destacados eran Kushim, Jan el caminero, Torka el maestro del cultivo, como representante de Karamania, los patriarcas de los poblados cercanos y algunos de los alrededores de la floreciente Kurt, como Kairatos y algunos de sus hombres, los Hijos de la Noche.

Muchos artesanos y señores traían a sus mujeres y a sus hijas, y escuchaban las solicitudes amorosas y peticiones de noviazgo o matrimonio, principalmente porque había llegado a sus oídos que Kairatos y otros jóvenes de buena posición andaban buscando esposa.

Tras numerosas horas de formalidades, justo al medio día, llegó el momento de la ceremonia.

Las hechiceras llegaron en silencio vestidas con sus capas oscuras, y se detuvieron junto a Ulpia y Urcam. Se quitaron la capucha de la cabeza y comenzaron a cantar. Ulpia se unió a ellas.

Alunna no tardó en aparecer, en mitad de los cánticos, cubierta con una capa del mismo color, caminando solemnemente. Retiraron la capucha de su cabeza y dejaron que todos vieran su cara cubierta de arcilla, a excepción de los ojos, y su pelo dispuesto en cuidadosas trenzas negras. Ulpia y la madre de las hechiceras le limpiaron la cara con telas de lino mientras entonaban una nueva, triste canción. Le quitaron la capa y todo el mundo pudo ver el vestido que Elgor le había traído de Kemet, y que provocó numerosas reacciones por parte de las mujeres presentes. Le dibujaron una línea negra alrededor de los ojos y los labios, y dos ojos en la nuca, como rito de protección. Luego las hechiceras la rodearon, y Ulpia dibujó una planta de trigo en su vientre. Ordenaron sus trenzas en dos tocados circulados a los lados, y los adornaron con flores blancas.

Luego llegó Elgor.

Aquella mañana se había lavado en el lago con el jabón de unas raíces espumosas y se había ungido el cuerpo con un aceite ceremonial. Vestía una túnica gruesa de manga larga tejida con fibra de juncos, una sobretúnica de piel de ciervo que había pertenecido a Havel, unos zapatos de cuero trenzados con fibras de corteza de abedul y un cinturón de piel que sujetaba su hacha de cobre.

Tras el accidente de Havel, Elgor no tenía familiares cercanos que le sirvieran de testigo, así que por su parte se presentó Fergo el calero, amigo de Havel. Fergo le hizo entrega de una pulsera de cobre adornada con la silueta de las montañas blancas, como símbolo de que todo empieza y acaba en el mismo lugar.

Urcam le regaló una espada de cobre, Halle un arco de su altura, y Ulpia le puso un collar de flores en el cuello.

Kushim se acercó y les regaló sendos anillos de oro en nombre de Arce y su ayudante Buka, de Jan el caminero y del suyo propio. Arce y

Buka no pudieron acudir al evento debido a la complicación de las estructuras, pero Jan no quiso perderse la celebración de su joven amigo.

Tras los obsequios de los principales, y cuando parecía que iba a dar comienzo la ceremonia, se presentó una última invitada inesperada. Se trataba de una forastera que llevaba muy poco tiempo viviendo en las cercanías de Atria, pero que ya era muy conocida, e incluso temida, como ocurría con las mujeres que manejaban la magia negra.

Era una mujer de unos sesenta inviernos que caminaba dificultosamente ayudada por un bastón. Vestía una túnica amplia de piel, unas sandalias de cuerda vegetal y llevaba una bolsa decorada con dientes a su espalda. Tenía la frente tatuada con tres extraños símbolos, la marca de la bruja negra, decían algunos.

Describía un trazado irregular a causa de su cojera, pero el pasillo que formó a su alrededor y el silencio que se produjo a su llegada revelaba el respeto que muchos le tenían, por ser la séptima bruja. Una sonrisa pérfida danzó en sus labios, y consiguió despertar el temor en los presentes. Sus pasos torcidos causaban un silencio reverente y gran expectación.

—Es Nanna, la bruja. Magia negra —le dijo Balak a Halle.

—Si es como mi hermana, entonces no me fiaré demasiado —afirmó Halle, que no daba mayor importancia a la vieja, ya que no creía en la magia negra.

La mujer se acercó a la pareja.

—Tú eres Elgor. La historia te tendrá presente.

Alunna y Elgor se miraron, sorprendidos, como si aquella mujer pudiera leer en su corazón.

—Y tú Alunna. Sé que llevas una pesada carga sobre tus hombros. Os he traído un regalo. Solía hacerlas cuando solo era una niña. Conservadlo, porque es mágica.

Nanna sacó un bulto de cuero del interior de una faltriquera, lo abrió y extendió su mano exponiendo el contenido a la vista de los recién casados.

Era un regalo magnífico.

Luego se marchó. Una vez retirada, regresó el jolgorio y las ganas de celebración.

La ceremonia iba a dar comienzo.

Las hechiceras juntaron al hombre y a la mujer sobre un entarimado de tres niveles, tres círculos concéntricos de madera que representaban los distintos pasos hacia el matrimonio.

El anciano Kaan puso la mano de Elgor frente a la de Alunna, y

Ulpia puso la de su hija sobre la de su futuro esposo. Los testigos se apartaron y los novios comenzaron a caminar en silencio sobre el tercer círculo, equidistantes y con las manos unidas.

Elgor comenzó a pronunciar su juramento:

—Juro ante el cielo y las montañas, ante los árboles y las criaturas de la tierra, ante mis padres que descansan con los ancestros, ante los dioses y los demonios, ante las hechiceras y ante los presentes…

Alunna replicó:

—Juro ante el cielo y las montañas, ante los árboles y las criaturas de la tierra, de los bosques y de los ríos, ante mis padres y mi hermano, ante mis hermanas las hechiceras, ante los ancestros y ante los presentes…

Elgor subió al segundo nivel y, alzando su mano, invitó a subir a la doncella. Cuando ambos se encontraban en la segunda esfera, volvieron a caminar en círculos, lentamente. El novio continuó:

—Cuando te vi por primera vez junto a tus ovejas, y saciaste la sed de esta garganta con jugo de abedul, también tocaste mi dedo, y mi corazón, y quise que lo hicieras hasta el final de nuestra vida, porque desde entonces te convertiste en mi única luz en las largas jornadas de tormenta, en el día y en la noche. Y juro que sí alguna vez deseas renunciar, no te detendré. Juro que no habrá sobre ti un mal gesto o una mala palabra, y que los gritos de nuestros hijos batallarán en nuestros oídos.

Alunna sonrió y siguió caminando en círculo, y continuó:

—Juro que tú serás mi única antorcha en la oscuridad y que yo seré el ungüento de tus heridas. Juro que no descansaré hasta tener la certeza de que tendrás la paz. Juro que nuestra unión será la más duradera, y que el tiempo nos juntará tanto en esta vida, como en la de los ancestros. Te respetaré, y aunque estemos lejos, tú estarás en mi piel en los momentos felices, y en los días de tormenta. En los días de sol, y en las noches de invierno. Y juro que nunca te faltará mi calor cuando llegues a casa.

Tras estas palabras, Alunna subió al círculo central e invitó a Elgor a acompañarla. Iban superando todas las etapas para proclamar que se convertían en matrimonio sin interés.

—Juro que accedo libremente, que serás mi esposo/esposa para siempre, y que estas manos se mantendrán unidas.

Dijeron al mismo tiempo.

Elgor y Alunna dejaron de caminar, se detuvieron uno frente al otro y se miraron a los ojos. Tembloroso, Elgor abrazó a Alunna. Con el corazón palpitante, Aluna abrazó a Elgor, y se besaron para sellar el juramento.

Satisfechos por la ceremonia, aunque decepcionados porque

Alunna no se desmayó para proclamar una nueva profecía, los invitados comenzaron a gritar y a lanzarles pétalos de flores y semillas. La pareja tuvo que interrumpir su beso con una sonrisa, con la cara coloreada de sangre y las pieles a punto de hervir. La consumación del matrimonio debería esperar hasta que acabase la celebración.

Comenzó a servirse comida y alcohol y Halle dio inicio al espectáculo. Los músicos que había traído Urcam tenían la orden de tocar todo el tiempo que pudieran para que los aldeanos dañaran lo menos posible sus oídos con sus monstruosos cantos y desacompasados ruidos improvisados.

Uno de los músicos trajo consigo unas piedras alargadas que producían un sonido refinado a diferentes niveles al ser golpeados por unos martillos de madera. Los otros hicieron sonar armoniosamente sus flautas y otros instrumentos de cuerda. Las hechiceras cantaban hermosas canciones con la voz más aguda que se había escuchado nunca, y por primera vez desde que comenzó el banquete, congregaron la atención de todos los invitados.

Tras finalizar la actuación, los vecinos del poblado tomaron el relevo con poca destreza pero mucha voluntad, y comenzaron a hacer sonar sus rudimentarios tambores de piel de cabra, flautas hechas de hueso y canciones tan desagradables que probablemente serían capaces de despertar a algún demonio, pero Halle y Urcam consentían, como si no fuera más que una fiebre que había que pasar.

Tras la ceremonia, Alunna y Elgor recibieron numerosas felicitaciones, abrazos, besos y frases de apoyo, como si para algunos fuera un castigo casarse. También recibieron nuevos regalos, aunque principalmente en forma de comida.

Astutamente, Halle había enviado invitaciones a los hombres más notables, y a todos los habitantes de los poblados bajo el control de Urcam, y en lugar de regalos, había pedido comida para la ciudad de Kurt, alimentos suficientes para la manutención para todos los hombres que colaboraban en su fundación. Mediante esta estrategia, había conseguido llenar buena parte de su casa con pan o trigo, legumbres, carnes y pescados salados o ahumados, y animales vivos.

Elgor llegó a pensar que Halle nunca había tenido interés en incorporarlo a la familia, y que lo más probable era que la boda no fuese más que una excusa para anunciar la existencia de Kurt y recaudar todo cuanto necesitaba.

Y la mejor forma de hacerlo era celebrar un matrimonio multitudinario entre la hechicera y el hombre de la profecía, con espectáculo, comida y bebida. La celebración terminaría cuando se

vaciara el último recipiente de cerveza y vino, posiblemente a altas horas de la madrugada, y los recién casados seguirían durmiendo separados hasta finalizada la ceremonia, al día siguiente.

Entonces, se marcharían para pasar el primer día y la primera noche juntos, en la casa cueva de Elgor, el lugar donde Havel había sido despedazado.

Elgor se sentó en una gran mesa presidida por Urcam, por Halle, y por él mismo. Estaba rodeado por Balak, Fergo y otros muchos hombres del poblado, lejos de la mesa de las mujeres de la familia. A Elgor le encantaba el tocino, pero le sorprendió que Alunna le recomendara antes de la ceremonia que no abusara mucho con la comida y la bebida. Tenía en mente los problemas de salud que había tenido Urcam debido a los excesos en todos los banquetes a los que acudía, y todas las infusiones con hierbas que le hacía varias veces al día para tratar sus dolencias.

Elgor se lo contó a Urcam, que se sentaba al lado suyo, y se reconoció inmediatamente.

—Sí, llevo escuchando esa cantinela desde hace años. ¡Pare cuervos y se te llevarán los ojos! Al menos tengo el consuelo de que pasará de reñirme a mí, para reñirte a ti.

Refunfuñó Urcam, y Elgor contestó:

—Yo lo tengo bastante sencillo. Si la profecía no incluye la muerte por exceso de tocino, no veo por qué debería de privarme de lo que me gusta… ¡Aunque lo tenga que hacer a escondidas!

Sentenció Elgor cuando Alunna no escuchaba. Urcam aplaudió sus palabras.

—¡Este chico me empieza a caer bien! Silencio, que por ahí viene. Traedme a diez enemigos armados, pero salvadme de la ira de Alunna.

Se produjeron numerosas risas, pero se apagaron al acercarse la hechicera, que recriminaba con la mirada a Urcam como si fuera un niño que sabía que se había portado mal.

—Hoy es el día de mi boda y no tengo ninguna intención de convertirme en la mala, así que os dejo disfrutar. Me voy a la casa, con las mujeres. Llamadme si me necesitáis.

Tras la marcha de Alunna, Halle decidió presentar a Urcam un plan de jerarquía para la ciudad de Kurt, y Urcam le dijo que no hacía falta hablarlo en privado. Le pidió que le contara lo que había planeado.

—Creo que la ciudad de Kurt debe ser liderada por Kiel y por Urcam. Modestamente me he situado en tercer lugar en la línea de sucesión, junto con Arce, por ser el gran arquitecto sin el cual Kurt no sería posible. Luego irían Jan, Elgor, Balak y Kushim. Son ocho.

A Elgor casi se le salieron los ojos de su sitio. ¿Acaso Halle se había

vuelto loco? ¿Primero quería matarle, y luego le situaba en el quinto lugar en la sucesión del gobierno de la futura ciudad de Kurt, que sería una de las ciudades más principales del mundo?

—No me mires así, Elgor. Es uno de los beneficios de la profecía. Pero siempre con la condición de que aprendas a manejar el arco.

Todos rieron y aplaudieron el comentario de Halle, pero comenzaron a mirar a Elgor de otra forma, como si se hubiera convertido en un noble al casarse con Alunna. Esa fue su sensación.

Sin embargo, Urcam no tenía intención de gobernar Kurt.

—Acepto la lista, pero cedo el bastón. A mí tendrán que sacarme de Atria a la fuerza. Me parece que confías demasiado en mí y en mi hermano Kiel. Ya no somos tan jóvenes, y para cuando terminéis los cimientos de esa ciudad de Kurt, no seré más que un viejo. Acepto tu proposición, aunque si tú y Arce sois los organizadores y quienes aportáis todo el esfuerzo que conlleva el proyecto, y además disponéis de la energía y del seso joven, deberíais regir Kurt por vuestra cuenta, con los conocimientos modernos de los prohombres.

—Tú mismo lo dijiste, Urcam. Quien no respeta la jerarquía y las tradiciones, traiciona a los ancestros —contestó Halle.

—Bueno, quizás me veas por ahí cuando puedas organizar un buen banquete. Ahora quiero brindar por Los Ocho de Kurt, y por Halle, que algún día será rey, como reza la profecía.

—Por Halle, brindaron todos los habitantes de Atria, los visitantes más principales y los prohombres de Garín del Sur.

Tras la comida, Alunna y Kania se encontraron en el interior de la casa familiar y la esposa de Halle invitó a la novia a tomar aguamiel e hidromiel junto al fuego.

—No imaginaba que fuera tan agotador casarse —admitió Alunna, feliz por el acontecimiento, pero preocupada por saber que había tantos hombres en Atria bebiéndose todas las existencias de cerveza y vino.

Kania la abrazó otra vez.

—Eso es porque mi esposo ha querido invitar hasta a los gigantes de las leyendas. Suerte que no los encontró.

Alunna sonrió.

—Sí, los encontró. Pero como no iban a traer regalos para Kurt, y comen demasiado, les retiró la invitación.

Kania se echó a reír ante la ocurrencia, y Alunna pensó que tenía una sonrisa deslumbrante. Entendía por qué Halle la había elegido como esposa.

—Te voy a echar de menos, Alunna. Espero que tengas la misma felicidad que yo misma en mi matrimonio con Halle, aunque a veces se muestre como un fanfarrón sin cerebro.

—¿Qué me vas a decir? Le has aguantado sólo unos inviernos, y yo llevo toda la vida cubriéndole las espaldas con sus gamberradas.

Kania soltó una carcajada.

—¿Entonces metía mucho la pata?

—Constantemente —Alunna bebió—. Una vez salió a cazar ciervos él solo con el arco de su padre, y yo le seguí en la distancia. Era tan pequeño que se tropezaba con el arco. Se encontró con un cervatillo frente a él, armó el arco y, no sé cómo lo hizo, pero la flecha salió hacia atrás. Debía ser un ciervo de pocos meses, enano, sin cuernos, ¡pero con mucho carácter! El cervatillo debió ver el miedo en su cara, bajó la cabeza y comenzó a raspar la tierra con una de las patas traseras, como un uro salvaje.

Kania no podía parar de reír.

—Halle se puso nervioso. Intentó cargar una nueva flecha, pero no atinó a situarla en su lugar, se le cayó al suelo y echó a correr mientras gritaba: ¿Papá, papá! El cervatillo iba detrás de él cabeceando de abajo arriba. Yo los vi pasar a mi lado, Halle me vio, y sin parar de correr gritó: ¡Alunna, Alunna…, me va a matar!

—¿Y qué hiciste?

—¡Pues dejarle cazar, como me decía Urcam!

Más risas de Kania.

—¡Ay, el pequeño Halle se está orinando de la risa! —dijo acariciando al niño que llevaba en su vientre.

Alunna sonríe y continúa…

—En ese momento veo cómo el cervatillo le pega un topetazo en el culo, y Halle se levanta en el aire, y comienza a subir, y a subir, y parecía que iba a chocarse contra el sol, y se cae en una montaña de mierda de vaca…, y ¿sabes?

—¿Qué?

—Hacía mucho calor, mucho calor. ¿Te lo puedes imaginar?

En ese momento llegó Ulpia y les preguntó de qué se reían.

—Le hablo del primer ciervo de Halle.

Ulpia sonrió y dijo:

—Acabó cubierto, pero cubiertito de estiércol.

Alunna preguntó, sabiendo la respuesta:

—¿Y la boca?

—Toda llena de estiércol. Tragó mierda, pero no quiso salir de la montaña hasta que no le aseguramos de que no había ningún terrorífico ciervo esperándole.

—Nos ha hecho jurar que no se lo contaríamos a ningún hombre.

Kania se puso las manos alrededor de su prominente vientre.

—¡Pequeño Halle, cierra los oídos!

Alunna y Ulpia se rieron profusamente, y se callaron al escuchar entrar a alguien.

Era el enorme Halle.

—¿Qué pasa aquí?

Tras un segundo de silencio, las tres mujeres explotaron en una tremenda carcajada. Alunna, entre lágrimas, contestó:

—Hablábamos de tu primer ciervo. Estabas más guapo que nunca.

Su hermano frunció el ceño y contraatacó:

—¡Bruja!

Las tres mujeres no pudieron contenerse, y las dos jóvenes se cayeron al suelo, y Halle pasó a su cuarto lo más rápido posible, con una sonrisa de vergüenza en la boca. Antes de salir, alegó en su descargo:

—¡Era un ciervo gigante!

Las tres mujeres volvieron a sufrir otro ataque de lágrimas de la risa, y tardaron bastante tiempo en poder hablar. Ulpia se disculpó y dejó solas a las dos jóvenes.

Ya repuesta, y aún con la cara roja, Kania le preguntó a Alunna:

—Y ahora, ¿qué pasará? ¿Dónde viviréis?

—En casa de Elgor. Es el hogar de sus ancestros, y aún tienen que aceptarme.

La mujer de Halle le tomó la mano.

—Te echaré mucho de menos, mi hermanita postiza, y deseo que seas muy feliz. Pero antes de marcharte, me gustaría que vieras mi futuro. Necesito saber si será niño o niña. Así sabré qué ropa tengo que buscar, y si hay que ir preparando un casamiento.

Alunna tomó su mano.

—No funciona así. Es la Madre Tierra quien me hace llegar las visiones, y yo no puedo ponerme en contacto con ella. Ni siquiera sé lo que va a ocurrir conmigo, o si mañana estaré viva o muerta.

—Vivirás mucho tiempo. De eso estoy segura.

Le garantizó Kania, sin saberlo.

***

Al mismo tiempo, en el exterior, los hombres comenzaban a organizar la competición, y a delimitar el círculo de lucha mediante varas clavadas en el suelo y cuerdas.

Las personas más principales se sentaban en una plataforma elevada que les concedía mayor visibilidad junto con el círculo más cercano al señor de Atria. La competición debería ser presidida por Halle, ya que Urcam sufrió una indisposición que achacó a las infusiones de las hechiceras, afirmaba mientras Alunna y Ulpia, se lo llevaban a dormir, con rostro recriminatorio.

Las mujeres no regresarían, ya que preferían ceder sus asientos a

los hombres que apreciaban mejor las escenas de sangre.

Aprovechando la ausencia de Urcam, Kaan, el anciano del invierno, se sentó junto a Halle y le ofreció toda su experiencia. El anciano Kaan llevaba años retirado en la montaña, y uno de sus principales cometidos consistía en contar los días, las noches y los inviernos. Había visto más atardeceres que ninguna otra persona viva, como atestiguaba la barba que le colgaba hasta casi las rodillas, y que se resistía a cortar. Solía decirse que sólo los demonios y los gigantes habían vivido más tiempo que Kaan. Conocía las estaciones mejor que nadie, así que todo el mundo iba a visitarle para pedirle consejo sobre cuándo iniciar la siembra, o sobre la llegada del invierno. Incluso Torka, el experto agricultor, consultaba a Kaan para obtener el mayor rendimiento de las cosechas.

Además, tenía una memoria indestructible y la habilidad de conseguir información de personas bien informadas, y eso le convertía en una de ellas. Dejó de vivir en Atria años atrás, pero mantenía una gran amistad con Urcam, a quien conocía desde que era un niño.

El regalo que quería legar a Alunna, a Elgor y a Halle, era también el mejor para la ciudad de Kurt: su experiencia.

Kaan le habló de Silas, el cervecero. Algo encorvado por la edad, llevaba muchos inviernos trabajando una receta tradicional muy exitosa. Tenía su propia cosecha, pero debido a la alta demanda, en los últimos años había empezado a comprar trigo y cebada, y estaba buscando un enlace matrimonial entre su hija y algún propietario de anchas tierras.

Pero en cuanto al comercio de la cerveza, tenía un serio competidor mucho más joven, un pequeño agricultor de trigo y cebada llamado Serkan, que mantenía una bodega en una cueva, mucho más al sur. Aunque su capacidad de producción era mucho menor que la del veterano Silas, su cerveza de flores estaba mejor filtrada, tenía un mejor sabor y apariencia. Además de contar con su propio cereal, estaba en negociaciones para comprar la cebada que producía Tarik, el tuerto, y así ampliar el negocio y las ganancias. Aunque lo que más ansiaba era la fórmula que aplicaba Tarik para que los insectos no afectaran su cosecha, ya que no parecía que tuviera nada que ver con la suerte.

Tarik, además, obtenía gran cantidad de trigo de la variedad «escaña», y también trabajaba el lino, que también solía vender a los tejedores, como el ya malogrado Havel.

El vino procedía de una población al sur que se llamaba Krappa. Los hombres que condujeron los onagros de vino a Atria vinieron acompañados de algunas jóvenes, y toda la comitiva se quedó para la celebración. Halle consideró que sería buena idea juntar a Kairatos con alguna de estas jóvenes, pues tanto el vino como el cobre

constituían negocios florecientes, y quería tener a todo el mundo contento. Se decidió a presentarlos durante la celebración posterior a la lucha.

Wulfgar, el ganadero, tenía más de cien cabezas de oveja y cabra, vendía la carne, la leche y la lana de oveja al mejor postor; las pieles a los tejedores y curtidores, y la mierda a Silas el cervecero. Como contrapartida, Silas el cervecero le entregaba el forraje y residuos de la fabricación de cerveza para el ganado de Wulfgar, y por este motivo éste presumía de que sus carnes eran las más alegres del mundo. Kaan advirtió que la hija de Wulfgar tenía la virtud algo distraída, lo que a la larga era una garantía de problemas. Halle pudo ver en ese momento cómo se divertía con dos pretendientes, bebiendo igual que un hombre y con el mismo descontrol, ante la atenta mirada de su viejo padre. Kaan sugirió a Halle disponerla en matrimonio de forma ventajosa.

Halle aceptaba cualquier pieza de experiencia que, por su juventud, aún no había tenido tiempo de adquirir. Sabía que tenía algo grande en sus manos, como era crear una ciudad, y necesitaba generar una sinergia entre todos los hombres influyentes que le rodeaban para que colaboraran entre sí, y se beneficiaran. O mejor aún, hacer que esa sinergia estuviera centralizada en su poder, y así dominar el nuevo mercado que se abría ante sus ojos. En su mano estaba facilitar un marco perfecto para comerciar libremente, obteniendo a cambio un porcentaje, un pago que les permitiera crecer tanto a ellos como a Kurt, de la misma manera que el ganadero y el agricultor complementaban su mercancía.

***

La competición de lucha, sin armas, comenzó a mitad de la tarde. Halle premiaba a los participantes con dos piezas de cobre al vencedor y una al vencido.

Ummsark había tumbado fácilmente a tres hábiles competidores gracias a su gran corpulencia, hasta que fue vencido, como siempre, por el vaso. Durante el último combate estaba tan desfondado que casi no podía respirar, pero su rival tampoco era capaz de hacerle inclinar la rodilla, así que Halle debió conceder un empate.

Balak venció a un frondoso cortador de troncos con bastante facilidad, tanto por su fuerza como por la agilidad que había conseguido mediante el entrenamiento. No había duda de que los guerreros estaban mejor dotados para cualquier tipo de lucha que los artesanos, por muy fuertes que fueran. Luego tumbó a un criador de cabras del poblado de Wulfgar tras lanzarlo al aire y dejarlo caer como un costal de trigo. Después de eso, nadie quiso bregar con él.

Jan el Caminero entabló un empate con un ágil fabricante de escalas de cuerda y madera, tras una refriega que pareció interminable, pero que maravilló a los asistentes por la igualdad mostrada. Tras el combate, se abrazaron deportivamente.

Halle declinó participar para que comenzaran a percibirlo como a un soberano más que como a un guerrero, aunque seguramente hubiera vencido a cualquiera con cualquier arma.

Serkan, el cervecero, se animó y empujó a su esclavo negro dentro del círculo de la lucha.

—Consígueme unas piezas —le ordenó.

Halle lo vio entrar en el terreno de lucha y no tardó en darse cuenta de que era un esclavo. Era extremadamente delgado, pero cada pulgada de sus extremidades estaba cubierta de un haz de fibras musculares que se movían de forma involuntaria, como hojas de abedul merced al viento. Le recordaba a Balak cuando era joven, aunque una buena alimentación había hecho que su amigo se convirtiera en un coloso seguro de sí mismo.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Me llamo Espiga, señor, porque llevo toda la vida trabajando con el trigo y la cebada.

Halle se dio cuenta de que no era guerrero y probablemente no estuviera adiestrado en el uso de armas. Sin embargo, el trabajo con la tierra parecía haberle dotado de un tono físico extraordinario para ser un esclavo, ya que habitualmente no estaban bien alimentados. Sus finos músculos resaltaban como cuerdas debajo de la piel.

—¿Quieres luchar? Dos piezas de cobre para el ganador.

Espiga asintió tímidamente, aunque al ser esclavo, su dinero debería ir a su amo.

Un hombre grande, con una gran barba entró en la zona delimitada y solicitó a Halle la oportunidad de luchar.

—Buen porvenir, Halle. Me llamo Kleva y me gustaría dar un buen espectáculo lisiando al esclavo. Dadme la oportunidad de defender el honor de los hombres libres. Mala suerte para su dueño, Serkan.

Halle aceptó el combate. Aunque eran de la misma altura, Kleva debía pesar el doble que el desnutrido esclavo.

Cuando dio comienzo el combate, Espiga retrocedió todo lo que pudo, hasta que unos brazos se posaron en su espalda, impidiéndole salir del círculo. Entonces, se le ocurrió caminar lateralmente a lo largo de la esfera de lucha, y alrededor del hombre de la gran barba. Llevaba en su rostro las arrugas faciales de los hombres violentos, y le retaba a acercarse para romperle la espalda. Le llamaba esclavo una y otra vez.

—¡Ven aquí, rata negra! ¡Te voy a enseñar cómo eres por dentro!

Halle comprobó por el rabillo del ojo como Balak torcía el gesto por las palabras de Kleva, y supuso que tras la derrota de Espiga, no tardaría en ofrecerle una lección inolvidable.

—¡De nada sirve que corras, carbón! ¡Esta noche vas a dormir separado de tus piernas!

Espiga comenzó a sentir cómo le hervía la sangre, y no le gustaba, porque cuando eso ocurría, el palo de Serkan le dejaba el cuerpo molido durante una semana. Pero si no luchaba, no podría conseguir las piezas de cobre, y el palo de Serkan le rompería los huesos, igualmente.

El hombre de la barba se agachó y se lanzó hacia él con los brazos abiertos, como si quisiera agarrarlo por la cintura, pero era muy lento. Espiga podría haberle golpeado en la cabeza, pero decidió pasar por encima de él, ya que nunca había golpeado a un hombre libre. Ante el asombro de los asistentes, dio un gran salto para elevarse en el aire y poner su pie en la espalda de su adversario, que al encontrarse en plena carrera y en desequilibrio, se derrumbó torpemente.

Espiga, con la mayor elegancia, aprovechó el momento y lo inmovilizó atacándolo por detrás y sujetándolo de la cabeza y el brazo. El gran Kleva se revolvía como un jabato enfurecido, pero las delgadas extremidades de Espiga eran sólidas y correosas como gruesas cuerdas de lino. Al ver que no podía levantarse, y herido mortalmente en su orgullo, bufó avergonzado.

Espiga no era un guerrero, pero siempre había convivido con otros esclavos, y a veces jugaban a inmovilizarse. Esas mismas técnicas también parecían funcionar con los hombres libres.

Cuando escuchó los aplausos y la euforia de los asistentes, se sintió feliz a un nivel desconocido para él. Aunque era un esclavo que dormía con los animales, cien hombres libres le ovacionaban al mismo tiempo, ante la atenta mirada de Halle, el hijo de Urcam. Por primera vez se dio cuenta de lo que el duro trabajo había hecho en su cuerpo.

Halle permitió que le vitoreasen durante un tiempo, y luego dio por terminada la pelea.

—No se puede mover. Has ganado, y sin hacerle daño. Suéltale.

El hombre de la gran barba, cubierto de tierra, se incorporó. Avergonzado por los gritos de apoyo a su rival, miró con odio al esclavo mientras se masajeaba el hombro. Se vio sorprendido por su rapidez, pero sobre todo por la fuerza de su agarre.

Halle les propuso a los dos repetir el combate. Nuevamente, dos piezas de cobre contra una.

Cuando ambos asintieron, Halle sacó su cuchillo de hueso de su bota de piel, y se lo lanzó a Kleva, quien lo atrapó por el mango.

Balak y Elgor, extrañados por la decisión de su señor, se miraron.

La derrota había encolerizado al gran Kleva, lo haría más peligroso y sin duda mataría al chico a la menor oportunidad. Aquello no parecía importar a Halle, pero mucho menos al público, que se mostraba completamente entusiasmado.

—Cuando esta esfera de cobre caiga al suelo, comenzará el combate. La esfera también será para el ganador.

Dijo Halle. Luego, lanzó una canica de cobre lo más alto que pudo. Cuando cayó a la tierra, los combatientes supieron que podían hacer una buena daga con ese material, y eso animó a Kleva, quien corrió directo hacia su ágil rival.

Espiga se movió lateralmente enfocando toda su atención en el arma de Kleva, quien la pasaba de una mano a la otra para que el esclavo no supiera por dónde vendría el siguiente ataque.

Halle comprobó que las finas piernas de Espiga se deslizaban con la agilidad de un lince, y su cuerpo parecía ondular acompasado con el viento. Kleva avanzó un paso y trató de rasgar el vientre de su oponente, pero Espiga esquivó el golpe y envolvió el brazo de su rival primero con un brazo y luego con el otro, para doblar la muñeca en la dirección más incómoda para el atacante. El hombre de la barba trataba de sujetar del cuello a su rival con el otro brazo, pero no pudo evitar que el dolor de la luxación le hiciera soltar el arma. Un instante después, Kleva notó cómo el esclavo se escabullía de su brazo como un gran pez mojado, y cómo lo agarraba del torso. Lo siguiente que sintió fue cómo sus pies se separaban del suelo y cómo lo hacía caer pesadamente. Tras unos movimientos ágiles en el suelo, volvió a inmovilizar a Kleva de la misma forma que antes.

Una nueva y ensordecedora ovación envolvió al poblado de Atria.

Mientras los invitados aclamaban al esclavo, Halle se dirigió a Balak.

—He visto tu mirada. ¿Acaso no te has dado cuenta de que ese muchacho tiene una habilidad especial? Es como si pudiera ver los movimientos antes de que se produzcan.

Balak se sorprendió por la forma en que Halle había leído el lenguaje corporal de un completo desconocido.

El hijo de Urcam dejó que le aclamaran durante un buen rato, ya que el chico se lo había ganado. Luego, detuvo la celebración moviendo sus manos de arriba abajo, y se dirigió al vencedor.

—¿Quién es tu amo, Espiga?

—¡Lo soy yo!

Gritó Serkan, el cervecero de flores.

—Es un hombre valioso, así que te pagaré veinte piezas de cobre por él. Creo que puede ser mejor guerrero que cosechador.

Expuso sin preguntar su opinión. El cervecero de flores se lo pensó.

—Veinte piezas es poco. Es fuerte y saludable.

—Tienes razón. Lo dejaremos en veinticinco. Espero que aceptes la oferta, y que luego sellemos la venta en mi mesa, con cerveza de tu cereal, la mejor que he probado nunca. Sin duda, este trato será más ventajoso que enfrentarnos el uno al otro por su propiedad.

Halle sonrió. Era imposible averiguar si hablaba en serio o no.

Para Serkan, la mera posibilidad de tener que enfrentarse a un guerrero que era capaz de superar a Balak y a Ummsark en la misma noche, le hacía sentir nauseas. Podría estar armado hasta los dientes y Halle, con una mano atada a la espalda, lo tiraría de cabeza por la ladera hasta el fondo del valle. Y entonces no se llevaría ni una pieza de cobre. Halle era el hijo de Urcam y podría hacer cualquier cosa, y si se le antojaba luchar por Espiga, nadie levantaría la voz.

Sin embargo, había dicho en público que su cerveza era la mejor, y eso valía veinte piezas de cobre adicionales. Aquella alabanza para la cerveza de flores haría rabiar a Silas, el viejo cervecero y la mayor competencia para su negocio.

No podía hacer otra cosa más que aceptar y disfrutar del pago. A fin de cuentas, Espiga sólo le había costado cinco piezas y, a cambio, había obtenido quince años de su vigoroso trabajo.

—Veinticinco piezas está bien. Acepto, y lo sellaremos delante de un vaso de mi mejor reserva.

Halle pensó que había sido una transacción muy económica, porque también planeaba llevarse a Serkan a Kurt, y para eso necesitaba sentarlo en su mesa para negociar. Creía necesario captar a un maestro cervecero que acortara las penas de los trabajadores, pues era bien conocido que la cerveza reforzaba los cimientos de cualquier construcción. Hubiera pagado cincuenta piezas por el ágil Espiga porque lo necesitaba para completar su guardia personal, aunque aún debiera instruirle en el uso de las armas.

—Pues dejad sitio para Serkan en mi mesa. Balak, borra a fuego la marca de esclavo de Espiga. Cuando aprenda a luchar, será de los nuestros. Hagamos un pequeño descanso, y así podremos llenar los platos y cuencos.

Durante aquel descanso, Elgor recibió una nueva felicitación.

Se encontraba de pie junto a Alalio y Uri, el pastor, cuando Ummsark se acercó junto con un pequeño hombre. Ambos caminaban abrazados, tambaleándose y sosteniendo sendos cuencos de cerveza. La disparidad de estaturas resultaba perturbadora.

El pequeño hombre se llamaba Vinus. Andaba cojeando, le faltaba un dedo de una mano, dientes en la boca y alguna pieza en la cabeza, como enseguida pudo descubrir Elgor.

Su ropa no era más que un conjunto de andrajos, sus zapatos deshechos permitían ver los oscuros dedos de sus pies, y su pieza de

cabeza era un montón de heno recogido de forma antiestética con cordel de cáñamo.

—¡Dios mío, es Vinus! —Dijo Alalio, sorprendido—. ¡Parece que lleva un nido de pájaros en la cabeza!

Elgor no pudo evitar reírse. Ciertamente, el forastero era la persona peor vestida del lugar, y sin embargo, se percibía a sí mismo como una eminencia ataviada con las pieles más selectas, digno de los mayores honores.

A pesar del contraste de tamaños, parecía haber entablado una buena amistad con Ummsark en virtud de la afición que ambos profesaban hacia las bebidas embriagadoras, como demostraría enseguida.

El pequeño forastero se acercó al recién casado y lo abrazó con la máxima familiaridad.

—Amigo Elgor. Me enorgullece poder conocer al hombre de la profecía. He caminado diez días con sus diez noches sin parar para poder llegar a tiempo a tu matrimonio con Alunna.

—¡Eso vemos!

Añadió Alalio el carpintero atendiendo a su estropeada vestimenta y al zapato del que le asomaban todos los dedos, y que estaba a punto de deshacerse.

En ese momento, la hechicera también se acercó para abrazar a Elgor. Al separarse, sonrió al estrafalario invitado que se encontraba frente a su marido.

—Buen porvenir, Alunna. Me llamo Vinus, pero muchos me conocen por el Temible, y otros me llaman el Portador de la Noche. No os dejéis engañar por mi altura.

Guiñó el ojo, sin recato.

—¿El Temible?

Preguntó Alalio con disimulada sorna, tratando de exponer al forastero.

—Te lo explicaré. No me gusta ir presumiendo por ahí, pero me llaman así porque llevo en mi interior a Kimkidik, el espíritu del primer demonio de la tierra, el Portador de la Oscuridad.

—Llevas dentro otra cosa.

Se burló Alalio inmediatamente en voz baja.

—Mis brazos son truenos, mis pies desgarran la carne como las garras de un águila, y mis colmillos aniquilan a los perros de las montañas. Y cuando mis ojos se agazapan, llora la tierra, y las madres se ocultan en sólidas casas sin puertas o ventanas durante semanas para resguardar a sus hijos.

Sin darse cuenta, se formaba un corro a su alrededor, pero le dejaron exponer todos los desfases de su inventiva.

—¡Como las garras de un águila! Ya sabemos de qué pájaro es el

nido que lleva en su cabeza —susurró Alalio al oído de Elgor.

Alunna se sintió incómoda en su presencia, pero trató de no mostrarse demasiado sorprendida por sus palabras. Se disculpó alegando que tenía que ayudar con los hornos de pan.

Su apariencia dejaba mucho que desear, pero su voz era aún más desagradable, y las necedades que brotaban de su boca, insoportables. Mientras Vinus continuaba relatando a quienes le rodeaban una sarta de supuestos milagros que había protagonizado, Alalio tomó de la mano a Elgor y le contó que ya le habían advertido sobre él.

—No es más que un pobre chiflado borracho de un pueblo del sureste que mendiga comida para un demonio que se ha inventado. Harías bien en no darle demasiada confianza.

Elgor asintió.

—Vale, lo intentaré. Pero es muy insistente, y me da pena.

En ese momento, Kul se acercó con un gran recipiente de cerveza para rellenar el cuenco de Elgor, pero éste rechazó la invitación para mantenerse fresco. Sin embargo, Vinus vertió en su garganta todo el contenido de su cuenco y pidió que se lo rellenaran.

—¡Kimkidik está sediento!

Dijo sonriendo.

—Disculpa —dijo Elgor—, tengo que hablar con Urcam.

El recién casado intentó zafarse como hizo Alunna, pero sin éxito, ya que Vinus le puso el brazo alrededor del cuello como había hecho antes con Ummsark, como si fuera él quien se hubiera casado con Elgor. El hijo del tejedor permitió aquella confianza porque el desdichado parecía haber bebido demasiado, y no era cortés enfadarse con quien carece de su lucidez a causa de una celebración, o por culpa de un golpe en la cabeza.

—Urcam y Halle pueden esperar —respondió Vinus en voz alta, cuando hubo detenido a Elgor—, sobre todo cuando se trata del Portador de la Noche. Hace algunos años llegué a un pueblo de buscadores de piedras preciosas, donde al parecer no recibían muy bien a los forasteros. El patriarca me ordenó que me marchara, y yo le dije que eso no era lo que quería Kimkidik, así que intentaron apresarme para darme muerte.

Vinus continuó su relato afirmando que Kimkidik se enfadó tanto que, cuando fueron a apresarle, los cegó con una mirada. Cogió al patriarca por la barba y le arrastró por todo el poblado. Luego convirtió su corazón en un tubérculo, y lo arrancó como si lo sacara de la tierra. Lo cogió de una pierna y utilizó su cuerpo sin vida para destrozar a todos los hombres que se le acercaron. Luego, derribó todas las chozas y las casas, con el mismo cadáver, con su cabeza y sus huesos.

—Seguramente Urcam y Halle ya me conocen, y no querrán

contrariarme…

Manifestó sin ningún tipo de reparo.

Todos los presentes le escuchaban atentamente. Estaban boquiabiertos ante las narraciones fantásticas del pequeño hombre. Se miraban los unos a los otros tratando de decidir si se trataba de un bromista, de un borracho, o de un trastornado. Descartaron que estuviera de broma.

Halle escuchaba desde su trono la conversación y auguró que en una celebración con tantos hombres y tanto licor, el pequeño hombrecillo podría acabar medio muerto en el fondo de algún pozo.

Elgor quería que dejara de decir tonterías, para protegerle, y trató de reconducirlo a una charla normal.

—Dime Vinus, ¿estás casado?

—Innecesario.

—¿Familia?

—Innecesario.

—¿Y dónde está tu casa?

—Tampoco es necesario que un demonio tenga un hogar. ¿Acaso también debería pagar impuestos?

Una risa aguda brotó de su garganta.

—Kimkidik protege a Vinus —continuó con rotundidad— y le proporciona todo cuanto necesita.

Halle asintió en la distancia, ofendido. No estaba dispuesto a aceptar ninguna broma sobre los impuestos de su poblado, y menos cuando estaba a punto de fundar Kurt. Ese tal Vinus parecía estar buscando que alguien le ajustara las cuentas.

—Elgor, debes saber que Kimkidik te va a poner bajo su protección, y es posible que también proteja a Halle, ¡si es generoso con la cerveza!

De su boca brotó una carcajada y bebió otro sorbo de alcohol con tan poca coordinación que buena parte de la sustancia se derramó sobre su pecho. Perdía la coherencia física al mismo ritmo que la mental.

Elgor, alarmado, sabía que Halle lo había escuchado, y que le estaba mirando fijamente. Todos observaban a Halle, atónitos, mientras clavaba su brutal mirada sobre el pequeño hombre. Aunque parecía completamente inofensivo, hablaba demasiado alto y su lenguaje era desafiante y jactancioso, y eso molestaba a todos por igual. De hecho, el corro a su alrededor no paraba de crecer, y todos se reían de sus palabras sin que se diera cuenta de ello. La alta y estilizada figura de Kairatos, el hijo de Kratos, Señor del Cobre, destacaba entre todos ellos.

—No sé qué decir —dijo Elgor, bastante preocupado por su integridad—. Halle se quedará más tranquilo, y yo te lo agradezco en

su nombre. Ven conmigo. Aquí cerca hay un sitio donde puedes dormir después de tu largo viaje. Mañana estarás mucho mejor.

Le invitaba a que se fuese a descansar lo antes posible, antes de que dijera algo aún más grave.

—Nooo, Elgor. Estoy perfectamente. Sí, sí, sí. Dile a Halle que puede levantar su ciudad. No lo impediremos.

Varios hombres se burlaron de sus palabras, y otro le invitó a que sacara al demonio en la competición de lucha.

Halle, atento, asintió complacido.

—Claro que sí. Puedes participar y enseñarnos de lo que eres capaz —gritó Alalio.

Tras un incómodo silencio, Vinus vio como el hijo de Urcam asentía después de escuchar aquella propuesta, y le preguntó:

—Buen porvenir, Halle. Podría hacerlo, pero… ¿No tienes miedo de que desate la tormenta y acabe con todos los hombres aquí mismo, antes de que construyan esa gran aldea tuya? Estas manos han arrancado más corazones que habitantes tiene Uruk.

El jefe se limitó a ladear la cabeza, como única respuesta.

—Nos arriesgaremos —afirmó Alalio.

Kairatos, acompañado de una corte de Hijos de la Noche, miró a Halle con curiosidad, y se ofreció.

—Yo lucharé con Vinus, el Temible.

Halle accedió. Quería que hubiera más fiesta y más diversión, pues cuanto más durara la celebración, más lejos llegaría la fama de Kurt. Y Vinus se estaba ganando un merecido descanso, por la vía rápida. No tenía que ver luchar a Kairatos para adivinar que era un excelente guerrero, y que batiría a Vinus sin dificultad.

—Muy bien —dijo—, Kairatos se enfrentará a Vinus, y será un buen combate. No habrá premio, ya que Kairatos tiene todo el cobre del mundo, y Vinus tiene a un demonio.

La multitud aplaudió, y se dispuso todo.

Sin embargo, el hombrecillo seguía comportándose como si se tratara de un gigante.

—Veo que te llamas Kairatos. ¿Estás seguro de que quieres batirte con Kimkidik? Estás muy cerca de entrar en la tormenta y en el fuego.

—Tengo frío, portador de las flores. ¡Entremos en la tormenta y en el fuego!

Se burló sin siquiera sonreír. Los Hijos de la Noche festejaron la respuesta, y él comenzó a prepararse para la lucha.

Vinus sorprendió a todos sacando una daga de sílex de debajo de su túnica. Los hombres de Halle se dieron cuenta de que había incumplido la prohibición al ocultar un arma. Sin embargo, la dejó caer.

—Lucharé sin mi daga, para que tengas una oportunidad. Pronto se abrirán las puertas del abismo, sólo para ti —afirmó señalando a su rival.

Kairatos cogió su perfecta y equilibrada espada del mejor cobre y se la entregó a uno de sus hombres. Sonreía como si hubiera sido testigo de un chiste muy inteligente.

El pequeño hombre se lanzó al ataque rápidamente. Corrió hacia el guerrero, de frente y con torpeza.

Kairatos le recibió con una patada en el plexo solar. El hombre pequeño se quedó desconcertado. De repente parecía haber despertado de su sueño. Kairatos repitió la patada y Vinus salió disparado hacia atrás perdiendo totalmente el equilibrio, como si le hubiera coceado un asno salvaje. Todos los presentes celebraron con júbilo la caída del hombrecillo al que consideraban un bocazas.

Vinus miró hacia el cielo, confuso, y susurró unas palabras que nadie logró entender. Un segundo después se puso de rodillas para intentar ponerse en pie, mientras exclamaba:

—¡Ahora vas a experimentar el dolor!

Kairatos no esperó. Fue hacia su rival y le golpeó en la cara con tanta fuerza que el hombrecillo cayó al suelo sin conocimiento. Nuevamente, los gritos de júbilo de los asistentes pudieron ser escuchados en todas las cabañas de Atria, e incluso en sus alrededores. El Hijo de la Noche se puso encima de Vinus y comenzó a golpearle en la cara sin parar.

El griterío se transformó en murmullos, y luego, en silencio.

Kairatos parecía querer arrebatarle la vida allí mismo, a pesar de su superioridad. Ummsark salió para retener a Kairatos. Elgor suplicó con la mirada a Halle y éste asintió.

—¡Ya está bien! ¡Se terminó!

Kairatos se encontró a Ummsark frente a él, socorriendo a su amigo. Miró a Halle con furia, y se hizo un silencio pétreo, como si el tiempo se hubiera congelado. Se levantó y caminó de un lado a otro, como un tigre atado del cuello por una gruesa cuerda que le impidiera atacar.

Nadie le decía a Kairatos lo que tenía que hacer, pero se daba cuenta de que estaba en la aldea de Halle.

Se detuvo, a regañadientes, y se apartó a un lado, aún con la sangre caliente bullendo en su cabeza. No conseguía entender por qué motivo no podía matarlo allí mismo, y tampoco podía creer que Halle, que era su igual, no se lo permitiera. Sus hombres le animaron y, a su vez, intentaron tranquilizarle.

Halle no quería perder la alianza con el Pueblo del Metal, así que debía satisfacer a Kairatos de alguna manera.

—He cometido un error al permitir luchar a un semihombre, ebrio

y sin preparación, aunque nos haya llenado de ira a todos con sus sandeces. No volverá a suceder. Sin embargo, Kairatos ha vencido limpiamente, así que él es el vencedor y recibirá un obsequio de parte del pueblo de Atria, y de la ciudad de Kurt.

Inmediatamente, el gran Ummsark, que ya estaba bastante ebrio, se ofreció para retar al hombre que había golpeado a su pequeño amigo. Kairatos estudió al corpulento retador. Era mucho más grande, pero también más lento, y más viejo. Supo que también podría acabar con él rápidamente, y asintió con la cabeza, con la esperanza de apagar la rabia que se había encendido en su interior.

Sin embargo, Halle se negó. Ummsark no estaba lo suficientemente fresco como para pelear contra un gran guerrero, y nadie quiso llevarle la contraria.

—Ya disfrutaremos de esa pelea en otra ocasión, cuando inauguremos la ciudad de Kurt, y sin duda será una lucha más pareja que la que acabamos de presenciar. ¡Ummsark, asegúrate de que lo único que bebas ese día sea savia de abedul! ¡Que sirvan alcohol para todo el mundo!

Excepto los Hijos de la Noche, todos los invitados celebraron las palabras de Halle y continuaron bebiendo.

Kairatos abandonó la zona de lucha.

Minutos después, cuando Vinus recuperó el conocimiento, fue acompañado por dos hombres de Halle en dirección a una cabaña situada casi fuera del poblado, un lugar resguardado donde poder descansar de la borrachera y las contusiones. Cojeaba aún más que cuando entró en la celebración. Los invitados se burlaban de él a su paso.

Los dos hombres fueron sorprendidos por Kleva, quien había reconocido a Vinus por una reciente visita a su poblado, días atrás. Se acercó a él con intención de golpearle, quizás dolorido por su derrota con el esclavo Espiga. Los hombres de Halle lo contuvieron durante unos instantes de confusión.

Pero de repente, alguien se acercó corriendo y arremetió contra los tres hombres que discutían, y cayeron al suelo. Era Kairatos, quien volvía a encontrarse de frente con Vinus, esta vez sin que Halle o Ummsark pudieran interceder. Volvió a derribarlo de una patada, sacó su perfecta espada y cercenó la mano derecha de Vinus de un tajo.

—¡Un trueno menos!

Se jactó.

Un grito de sufrimiento brotó de la garganta del hombrecillo.

Elgor se acercó por detrás, corriendo, y empujó a Kairatos para separarlo de Vinus. Empuñó su hacha de cobre y una pequeña daga de sílex para protegerse de la bien elaborada espada de Kairatos, ya

teñida de sangre. El Hijo de la Noche le encaró, y reclamó su premio.

—Lo vencí en batalla, y lo mataré. Es la costumbre de mi tierra.

Elgor negó con la cabeza, y su mirada daba a entender que antes tendría que matarlo a él.

—Ésta no es tu tierra. Es la tierra de Halle, y ha dicho que se ha terminado.

Kairatos trató de acercarse al hombre que gemía por el miembro perdido. Elgor le cerraba el camino preparándose para bloquear un golpe, o asestarlo.

—¡Kairatos, la profecía!

Dijo otro de los Hijos de la Noche.

—Kairatos, Halle viene en camino.

El hijo de Kratos asintió. No era el lugar más adecuado para terminar su ajuste de cuentas. En realidad, ya tenía varias cuentas pendientes que resolver.

—De acuerdo, nos marcharemos. ¡Hasta pronto, Vinus! ¡Hasta pronto, Elgor!

Amenazó.

Los Hijos de la Noche siguieron a Kairatos mientras se retiraban del poblado de Atria, algunos con las espadas desenvainadas mientras observaban a Elgor de forma amenazante.

En cualquier otro momento, desafiar a Kairatos hubiera equivalido a una muerte lenta, como bien sabría Vinus.

Alunna llegó corriendo alertada por los gritos. Cuando llegó al grupo de Elgor y Vinus, se quedó horrorizada ante la visión de la mano amputada y la hemorragia por la que se le iba la vida al hombrecillo. No era una hechicera sanadora, pero escuchaba hablar a las mujeres más ancianas, y ellas decían que ese tipo de amputaciones solían conducir a la muerte, incluso contando con las hechiceras más experimentadas.

Ummsark también llegó al lugar y maldijo a Kairatos. Alunna pidió a Elgor que pusiera su hacha de cobre en el fuego, para cerrar la herida. A Ummsark le pidió que apretara la muñeca de Vinus con una cuerda porque a todas las hechiceras les parecía buena idea que la sangre no saliera a borbotones para evitar el desmayo y la muerte.

—¿No podríamos coserle la mano?

Preguntó el gigante Ummsark, inocentemente.

—Las ancianas dicen que es imposible —replicó Alunna—, pero aún podemos salvarle la vida.

Vinus vio al gigante cogiéndole la muñeca y, a poca distancia, su mano desmembrada en el suelo. Trató de unir la muñeca con la mano.

El gigante, entristecido, le impidió moverse.

—Amigo Ummsark, no siento nada. No te preocupes, cuando se

junte la mano con el brazo, volverán a quedar unidos. Creo que lo harán.

Deliraba.

—Sujétale Ummsark —ordenó Alunna.

Aplicó el metal al rojo vivo a la herida y sintió como el pequeño hombre se estremecía y se quedaba sin voz. Le horrorizaba cauterizar una herida de ese tipo, pero sabía que tras una celebración con tanta cantidad de licores, tendría la cabeza mucho más fría que cualquier hombre.

—Fuerza Vinus —dijo Ummsark.

Finalmente, Alunna consiguió cortar la hemorragia y la sangre dejó de salir.

—Lo llevaremos a nuestra casa. Mi madre, Ulpia, preparará un ungüento con hierbas medicinales y una tela hervida. No estoy segura de que sobreviva, pero si lo hace, aún tendrá fiebres durante muchos días.

—No siento dolor. Alunna, tengo miedo.

Gimió Vinus.

—Quédate tranquilo. Te cuidaremos.

Vinus afirmaba que, extrañamente, no sentía dolor.

—Me duele la mano, la que ya no tengo. Alunna, tengo miedo.

Repitió gimiendo.

—Sobrevivirás —dijo Elgor.

—Vas a vivir —afirmó Ummsark.

—Tengo miedo…, de Kimkidik.

Expresó Vinus, delirante.

CAPÍTULO 18 — INFIERNO DE HIELO

Año 2027 de Nuestra Era.

Cuando Erik despertó, tuvo que reprimir las ganas de llorar.

Aquella situación tan extraña comenzaba a afectarle emocionalmente. Lamentaba lo que le había pasado a aquel pobre hombre, pero también lamentaba que Alunna hubiera contraído matrimonio con Elgor.

—Quizás haya hombres mejores para ti —dijo en voz alta.

Un segundo después, otra voz salió del altavoz de su teléfono móvil. Era Sofia.

—¿Hablas conmigo, Erik?

—No, perdona. Estaba hablando solo.

Se disculpó. No tenía intención de hablar de sus sentimientos con una máquina.

—Nada que perdonar. Mi existencia tiene como único propósito atender a tus necesidades. Pero parece que tu sueño ha vuelto a conducirte a un estado emocional alterado. Te sugiero que me dictes lo que has soñado para que no olvides ningún detalle.

—Buena idea, gracias, Sofía. En otro momento.

Contestó mientras contemplaba su mochila cargada con todo lo necesario para realizar la travesía a través de las montañas. Lo había dejado todo preparado desde la noche anterior. La ruta comenzaría en Innsbruck y terminaría en Bolzano, su destino final, pues allí descansaba el cuerpo momificado de Elgor, en el museo de la ciudad.

Erik escogió una ruta alejada de las zonas más pobladas, en la naturaleza más cruda y aislada posible, para sentirse como un verdadero montañero. Barajó la posibilidad de visitar inmediatamente el lugar del hallazgo de Elgor, pero sintió que aún era demasiado temprano para eso, y aún debía adquirir algo de experiencia en los Alpes.

Sofía intentó que hiciera el viaje en tren o en autobús.

—No deberías hacer esa ruta. Es peligroso alejarse de las principales poblaciones. Además, no tendrás cobertura y no podré asistirte, y careces de un kit básico de primeros auxilios. Tienes tienda de campaña y saco de dormir, pero necesitarás bolsas vacías, un impermeable, dátiles o plátanos, y grasas como frutos secos o aguacate, rico en grasas saludables. Además, creo que llevas poca ropa de abrigo. El pronóstico del tiempo para los próximos días…

—De acuerdo, muchas gracias…, y adiós.

Erik volvió a desconectar a Sofía. Un buen montañero europeo no

necesita Inteligencia Artificial, ni teléfono móvil, ni música, ni aguacates, porque vienen de América. Llegó a la conclusión de que la sociedad se estaba deshumanizando. Pensó que si Elgor hubiera escuchado los consejos de Sofía, hubiera dejado el aparato en la primera grieta glaciar que hubiera encontrado.

Quería que aquella travesía representara una especie de camino interior para encontrarse consigo mismo, con ese ser primitivo que habitaba en alguna parte de su mente y su corazón. Esa parte salvaje sabría sortear cualquier problema y sobreviviría bajo cualquier tipo de condiciones meteorológicas. Sólo tenía que desconectar el modo «civilización Wifi».

Dejó la habitación mucho antes de la hora límite para aprovechar al máximo las horas de sol. Debía desayunar fuerte para finalizar la primera etapa de veinticinco o treinta kilómetros, la distancia que era capaz de completar un legionario romano en una jornada, según había investigado.

Echó un vistazo a las grandes montañas de Los Alpes y sintió una gran dicha en su interior. Era la primera vez que decía «¡a la mierda con todo!», y hacía algo parecido sin pensarlo demasiado. También sería su primera experiencia en la montaña.

Desplegó sus bastones y comenzó la aventura.

—Los Alpes. ¡Allá vamos!

***

Erik necesitó dos horas para tan solo salir de la ciudad de Innsbruck, ya que desperdició la primera andando en sentido contrario. Cuando se dio cuenta de su error, maldijo repetidamente al cielo y a los elementos, y a duras penas controló la tentación de recurrir a Sofía. Se negaba a admitir que la Inteligencia Artificial de su teléfono móvil fuera el único sistema que funcionara correctamente en Erik Abe, así que compró una brújula y una guía local para senderistas.

No pudo resistir a la tentación, sin embargo, de comprar un kit de iniciación a las herramientas del neolítico que le permitiría reconstruir el equipaje que llevaba Elgor en su último viaje, y con el que le encontraron bajo el hielo en 1991.

Sonriendo, pensó que estuvo a punto de llegar a Finlandia, pero luego llegó a la conclusión de que no es malo equivocarse si eso nos sitúa en el buen camino.

Se dijo a sí mismo cuando por fin pudo orientarse hacia el sur y comenzó a atravesar los Alpes en solitario. Escogió una de las rutas menos transitadas entre Innsbruck y Bolzano, aunque había sido utilizada durante milenios a través de valles y picos de tres y cuatro

mil metros de altura. Dedujo que Elgor debió haber conocido aquella ruta, ya que no vivía muy lejos de lo que hoy en día se conoce como Bolzano. Incluso llegó a sospechar que Garín del Sur podría haber estado situada en la actual Innsbruck, pero eso ya no lo tenía tan claro.

El camino lo condujo a lo que en algún momento debió haber sido un bosque. La niebla cubría las copas de los árboles y descendía rápidamente. Miró hacia arriba y trató de imaginar cómo habría sido el cielo cinco mil años antes. Miró hacia adelante y trató de imaginar cómo habrían sido aquellos caminos cinco mil años antes. Seguramente no habían cambiado mucho.

Tras pasar de largo por el último refugio de montaña comprobó que ya no tenía cobertura, así que llevaba horas sin tener acceso a Sofía. Erik se negó a pernoctar en aquellas modernas edificaciones que servían de hotel para jóvenes montañeros cargados con equipos especiales comprados *online*, o en las tiendas de deportes de aventura.

Pensó en Elgor. Había dado sus últimos pasos cinco mil años atrás, pero no sentía que estuviera muerto. Lo sentía más vivo que nunca tras cada paso que daba sobre la nieve, y supuso que continuaría así mientras rememoraba su historia en primera persona.

Sus habilidades de supervivencia superaban ampliamente a todos aquellos pretenciosos aventureros modernos, deseosos de una ducha nocturna, una chimenea y wifi del hotel para colgar sus fotos en las redes sociales. Elgor no necesitaba hoteles ni tiendas *online* para sobrevivir en la naturaleza más desangelada. Se detenía cada cierto tiempo para hacer fuego cuando las condiciones eran propicias, se calentaba, comía, y aprovechaba el fuego para secar su ropa y el heno de sus zapatos. También recogía algunas brasas de tronco en hojas de arce, y las guardaba en un recipiente de corteza de abedul, lo que le garantizaba fuego instantáneo en cualquier momento. Erik los consideraba los mecheros del neolítico.

Debía ir pensando en dónde pasaría la noche.

Levantaría la tienda cuando encontrara el lugar adecuado, haría fuego y comería buena parte del tocino, la escaña y las avellanas que había comprado. Había elegido estos productos porque se hallaban en la dieta de Elgor y eran ricos en calorías y grasas, algo que consideraba ideal para hacer frente a las bajas temperaturas de los Alpes.

Nada de aguacates.

Erik recordó que las montañas de los Alpes —la Pared, como la llamaban por entonces— ofrecían muchas piezas de caza, y supuso que a Elgor nunca le faltó carne en el plato, sobre todo si de verdad terminaban levantando la ciudad que tanto ansiaba Halle, ya que eso siempre supondría una mejora en las ofertas nutricionales. Además, en

ocasiones también podría recurrir a la carne conservada en el hielo, aunque su falta de frescura sólo la hacía recomendable en caso de emergencia.

No encontraba un lugar ideal para hacer noche, pero tendría que hacer fuego pronto, ya que estaba empezando a caer una ligera aguanieve que podría ir a peor. Además, se había desorientado y necesitaba montar la tienda para consultar el mapa en su moderna «tablet». Sí, quería tomarse unos días de soledad en comunión con la naturaleza y el propio Elgor, pero había traído su tableta para ver películas, y su cuaderno de monólogos para crear alguna historia.

Montó su tienda de campaña justo antes del anochecer. Pensó que era la ocasión perfecta para practicar la supervivencia extrema.

Al introducirse en su interior, notó que la temperatura había bajado mucho, y que el viento arreciaba con mucha más fuerza. Se encontraba a solo un grado sobre cero.

Con el fin de reforzar su lazo con el periodo del neolítico y el calcolítico, trajo consigo bastante material para hacer flechas, tejidos vegetales, fuego, etc. Comenzó a grabar con una pequeña cámara y se puso manos a la obra.

Cuando comprobó la temperatura, descubrió que por primera vez en su vida se encontraba a la intemperie a tres grados bajo cero, cuando sólo unas horas antes se encontraba a ocho sobre cero. Podía percibir que la humedad del aire era brutal.

Extrajo de su cargada mochila el kit de herramientas de Ötzi. Tomó una vara, una pequeña tabla agujereada y algo de paja seca para hacer fuego. Comenzó a girar el palo a la máxima velocidad como había visto hacer en los documentales, pero sentía que ni siquiera estaba calentando el extremo.

En un par de minutos sintió que se le agarrotaban los brazos, el frío empezó a penetrar en sus miembros, y comenzó a preocuparse. Se agobió aún más y comenzó a valorar si aún estaba a tiempo de alcanzar un refugio de montaña. Consultó en su libro y descubrió que el más cercano estaba demasiado lejos para llegar a él, y más aún de noche y con la tormenta que comenzaba a arreciar fuera. Intentó buscar cobertura para recurrir a Sofía, pero no halló ni la más mínima señal.

Además, no estaba seguro de saber dónde se encontraba.

Rezó para que las estacas estuvieran bien clavadas y la tienda no saliera volando.

Sus manos perdían la sensibilidad, y sentía que se le congelaban, centímetro a centímetro, los pies y las rodillas... El frio también penetraba en su cerebro. El cielo congelaba su cabeza.

De pronto, una gran rama cayó sobre su tienda y rasgó el techo. Nadie le dijo que no debía levantar la tienda cerca de un árbol, y

luego pensó que nadie se lo dijo porque no se lo preguntó a nadie.

Comenzó a desesperarse, y eso le hacía cometer cada vez más errores.

Trató de sacar la rama desde el interior, pero cuánto más lo intentaba, más rasgaba la tienda. Los copos de aguanieve entraban en la tienda y se le clavaban dolorosamente en la piel. Se puso toda la ropa que llevaba, y se caló al máximo el gorro del abrigo. El fabricante de las tiendas de campaña afirmaba en el anuncio que su producto era irrompible, y blasfemó contra él.

De pronto, y de la forma más estúpida, el juego de niños se había convertido en un infierno helado.

Tenía que haber sido más cuidadoso. Había soñado con Halle, Balak y Elgor pasando la noche en circunstancias similares. Halle y Balak eran recios y experimentados, y aun así, a duras penas hubieran sobrevivido de no haber sido auxiliados por Elgor. Tendría que haber aprendido algo de aquella experiencia.

Desistió de hacer fuego, era completamente inútil. Todas las herramientas se habían mojado, incluido su mechero de emergencia, y su cabeza estaba completamente embotada por el frio y el miedo. Volvió a intentar llamar por teléfono, pero no tenía cobertura, y volvió a confirmar que no tenía señal de Sofia. La Inteligencia Artificial le advirtió de que no podría conectar con ella en mitad de las montañas, y le quiso advertir algo sobre el cambio de las condiciones climáticas…

El ruido del viento le desgarraba los oídos.

Se dejaba vencer por el sueño…

Estaba cansado. Se rendía. Pensó que podía intentar quedarse quieto, sencillamente. Morir tampoco parecía tan horrible en ese momento, y sin embargo, le aterraba. Pensó en dejar un mensaje para despedirse de sus padres, de su novia (aunque ya no lo era), pero lo único que hizo fue suplicar plegarias a Dios y a la Virgen María.

Su voz se debilitaba. Se quedó quieto, boca arriba, con la cara cubierta de escarcha. Sintió como su consciencia iba desapareciendo, y también que alguna parte de su mente se resignaba a perecer por congelamiento.

Cerró los ojos, y sintió como la muerte iba tomando posesión de su cuerpo poco a poco, miembro tras miembro, órgano tras órgano, en su carrera hacia el corazón y el cerebro. Se consoló pensando que la muerte por congelamiento era plácida, como abandonarse al sueño.

Se desmayó.

Pocos segundos después, abrió los ojos.

De su boca brotaron palabras secas y ásperas que parecían nacer de

lo más profundo de su garganta. No parecía la voz de Erik.

—¡El cielo está enojado!

Expresó en un extraño idioma. Se incorporó y contempló la situación que le rodeaba. Desconocía que había un aparato que estaba grabando todos sus movimientos. Sólo sabía que si no actuaba con decisión, el cielo no le perdonaría.

***

Cuando despertó a la mañana siguiente, horas después de desmayarse, la rama ya no estaba en la tienda y el agujero había sido reparado. Pero él no se acordaba de nada. La tela de la base de la tienda había servido para cubrir el hueco. Muy hábil. Alguien había elaborado un fogón de arcilla con la tierra que tenía bajo sus pies y agua de la nieve, y ese fogón le había calentado. El humo salía por un hueco de la entrada de la tienda, para evitar que le asfixiase. Un puñado de ascuas de madera al rojo vivo aún daban alguna efímera llama. Cuando se incorporó, notó que la espalda y los brazos le dolían horrores.

Debió haber reparado la tienda, y luego se habría quedado dormido, pero no recordaba nada. Lo último que pudo recordar fue haber perdido el conocimiento por culpa del frio y la desesperación.

Ante sus ojos apareció un arco para hacer fuego realizado con varios astiles de flecha y tiras de la tela de la propia tienda. El manual de senderismo y su libro de monólogos se habían convertido en parte del combustible utilizado para hacer fuego.

—¡Mierda! —Gritó—. ¡Mierda! ¡Mierdaaaa!

Detuvo sus gritos al comprobar que alguien había tallado un oso de madera con la daga de sílex que se encontraba en el kit de herramientas. Sabía perfectamente que él nunca habría podido hacer algo parecido, así que dejó de protestar inmediatamente al darse cuenta de que había ocurrido algo asombroso.

Por fin lo vio claro.

Elgor se había encarnado en él, había arreglado la tienda y había encendido fuego para que no muriera.

La cámara ya había dejado de grabar, pero aún debería alcanzar alguna población para poder enchufar el cargador y descubrir qué es lo que había ocurrido aquella noche. Sonrió.

—Sabes muchas cosas, Elgor, pero ¿a qué no sabes lo que puede hacer este aparato que tuviste ante ti toda la noche?

Se dijo así mismo al darse cuenta de que, a cambio de cien páginas de chistes mediocres, tenía la oportunidad de documentar la primera posesión de la historia con un video.

Y además, le había mantenido con vida.

Cuando salió de la tienda, desentumeció todos los músculos uno detrás de otro y le llevó un buen rato sentirse bien.

—¡Nunca más volveré a pasar una noche al aire libre!

Dijo en voz alta, pero aún temblorosa.

Tenía las piernas completamente anquilosadas, y casi no sintió la rama vertical que estaba pisando. Cuando la examinó más detalladamente, se dio cuenta de que no se trataba de una rama, sino de una señal. Una serie de piedras negras situadas sobre la blanca nieve dibujaban una línea recta de varios metros, con una flecha en el extremo. Pensó que sería cómico que los hombres y mujeres de la Edad de Cobre señalaran utilizando el mismo símbolo que nosotros: una flecha.

—De acuerdo, Elgor —dijo en voz alta—. Veremos a dónde quieres llevarme.

Erik cogió sus prismáticos y miró a través de ellos la trayectoria que señalaba la flecha. Más allá del bosque, a kilómetros de distancia, el horizonte terminaba en una serie de empinadas montañas. Y nada más.

Aunque tenía ciertas habilidades de escalada, especialmente en roca, no era montañista. Tendría que contratar a algún alpinista experimentado para seguir la pista de Elgor.

Pero lo primero que haría sería llegar al sitio habitado más cercano, reservar una habitación de hotel, tomar una buena ducha caliente y tratar de ponerse en contacto con la doctora Hanna Schmitt.

Erik decidió que la aventura se había acabado.

Cuando por fin pudo cargar el móvil y conectarse a su internet, recibió una noticia de Sofía:

—Hola Erik. Me alegro de que la tormenta no te haya afectado. Además, tengo una buena noticia que darte. He encontrado Atria.

CAPÍTULO 19 — FUEGO

La celebración duró dos días sin demasiadas anécdotas más allá del incidente entre Vinus y Kairatos, y una veintena de hombres abatidos como en un campo de batalla por el consumo de alcohol. Urcam y Ulpia habían casado a su hija, y Halle había recolectado una considerable cantidad de provisiones para sufragar la fundación de Kurt, cuyo nombre alcanzaría los oídos de todos los poblados de la llanura terrestre.

Ahora, Elgor y Alunna debían consumar el matrimonio en su casa, como mandaba la tradición. Era el último paso que les quedaba, el que deseaban con más ansia, y el único que no requería de testigos.

La pareja cargó sus mochilas a la espalda, se despidieron de Urcam, de Ulpia y de Kania, y salieron de Atria en dirección a la casa cueva de Havel, que iba a convertirse en el hogar de Alunna y Elgor.

Era un día soleado y el perfil de las montañas se percibía radiante y luminoso. El sol alumbraba las copas de los picos más cargados de nieve y hielo, y centelleaban en los ojos de Alunna y Elgor de forma que mantener la mirada en ellos les dañaba la vista.

Alunna emprendió la subida con el pecho palpitante ante tantas nuevas emociones. Sería la primera vez que durmiera alejada de su familia, la primera vez que ascendía tan alto en dirección a las montañas blancas, y dentro de poco sería la primera vez que yacería en un lecho con un hombre, con su esposo.

Se sentía maravillada por la variedad de los paisajes que se divisaban desde tan arriba en las montañas. A pesar del verano, los glaciares cubrían buena parte del paisaje, poderosos e imparables.

Saltaba ágilmente entre las piedras de todos los tamaños que sobresalían en la superficie, muchas de ellas rodeadas de charcos de aguas turquesas, algunos cubiertos de una capa tan gruesa de hielo, que incluso se podría caminar por encima. Seguía el paso experimentado de Elgor, que de vez en cuando miraba hacia atrás para ofrecer su ayuda si fuera necesario.

—Tienes buen ritmo, como tu hermano —la animó—. Quiero darte una sorpresa antes de llegar a casa.

—¿Otra?

Sonrió señalando con las manos la elaborada túnica que le regaló Elgor, y que cargaba en su mochila.

Elgor la condujo a un hermoso lago de aguas turquesas tan puras que las montañas se reflejaban en la superficie como si estuvieran repetidas e invertidas.

Caminaron bordeando el lago hasta que alcanzaron una pequeña ensenada cerca de la falda de la montaña.

—De aquí viene el agua que necesitamos para curtir la piel y hervir la fibra vegetal y la madera. ¿Qué te parece? ¿Entramos? Hoy el cielo se encuentra de muy buen humor, y nos invita a bañarnos, por nuestra boda. ¿Qué contestas?

Por primera vez, Alunna se sintió incómoda.

—¿Estás de broma? Hace sol, pero aun así, debe estar bastante fría.

—Es que esa es la sorpresa. Buena parte de este lago se mantiene caliente gracias al fuego de la tierra. No me preguntes cómo sucede, pero sucede.

Alunna asintió, fingiendo estar sorprendida. Confió en Elgor, dejó su carcaj y sus pertenencias en un nido de rocas, y se introdujo en el agua con el viejo traje blanco que llevaba puesto, el mismo que llevaba puesto cuando conoció a Elgor en la casita de musgo donde cuidaba de las ovejas.

Elgor se desvistió y se bañó con su taparrabos. Se sentía algo avergonzado, pero pensó que era una experiencia que Alunna debía vivir. Alunna inspeccionó el cuerpo de su esposo, fino pero musculado, y sintió pudor.

Un gran pez pasó, confiado, entre ambos.

—¿Y tú cómo has llegado hasta aquí? —preguntó la recién casada, como si el pez pudiera contestar.

—¿Hablas a los animales?

—Me cuentan muchas cosas que ellos saben y nosotros no. Están en todas partes, así que puede decirse que lo saben todo.

—Cada uno sabe un poquito, pero nadie lo sabe todo —discutía Erik, con un ligero tono irónico.

—La naturaleza reúne la sabiduría de todos los animales, de los pájaros, los peces, las ovejas… De todas las personas, de los abedules, de las plantas de lino, de las nubes y de la luna, de los hongos, del trigo, y hasta de los insectos. Todas mis visiones proceden de la naturaleza.

—Así que cuando te conocí, seguramente estabas cotilleando con las ovejas. ¡Contesta! ¿Te hablaron de mí?

—¡Tonto!

El joven continúo burlándose de Alunna, quien le dio la espalda y disfrutó de la visión del lago y las montañas.

—Esas ovejas no paran de chismorrear de toda la gente de la aldea —insistió el hijo del tejedor—, pero eso no es lo peor. Cuando se juntan con las cabras, eso ya es un…

—Elgor, ¡cállate!

Se giró hacia su marido.

De repente, todos los peces del lago comenzaron a nadar alrededor

del hijo del tejedor. Eso fue suficiente para que cerrara la boca y se pusiera en alerta. Lo siguiente que vio, fue una numerosa bandada de aves de gran tamaño acercándose a toda velocidad desde el cielo, y sobrevolando su cabeza. Pasaron tan cerca que pudo sentir en su cara y en todo su cuerpo toda una serie de inquietantes corrientes de aire producidas por el poderoso batir de sus alas.

Elgor se agachó para esquivar lo que percibió como una terrible amenaza, y se quedó completamente en silencio. Únicamente su cabeza permanecía en la superficie. Alunna comenzó a reír a carcajadas.

—Si vieras la cara que se te ha quedado…

—¡No me digas que has sido tú!

—Ha sido la naturaleza, que lo sabe todo. En mi opinión, creo que sabía que necesitabas una lección.

Elgor se quedó pensativo.

—Vale, ya no vuelvo a reírme de tus poderes.

—Puedes seguir creyendo que lo he hecho yo. Y por cierto, tengo que recordarte que, según las mujeres antiguas, mis poderes de adivinación desaparecerán cuando me conviertas en tu mujer. Quiero decir, cuando lo hagas…, realmente.

Elgor la miró a los ojos, se puso de pie y se acercó lentamente hasta situarse a solo un palmo de distancia de su cara. Oteó en las todas direcciones y, viendo que estaban solos, la besó.

Alunna recibió el beso y cerró los ojos para sentir sólo los labios de aquel contacto. Cuando volvió a abrirlos, abrazó la espalda de Elgor, y las manos de Elgor comenzaron a moverse muy rápido. Tan rápido y tan cerca, que Alunna sintió la parte masculina de su marido como el asta de un macho cabrío. Se vio obligada a apartarlo a pesar de la excitación que sentía su cuerpo.

—No te emociones todavía. No será en un lago, donde cualquiera puede aparecer en cualquier momento, donde me hagas mujer. Llévame a un sitio más íntimo, hagamos fuego y disfrutaremos de la más larga de las noches.

Alunna quiso entrar en la casa de Elgor con el vestido que éste le había regalado, así que le pidió a su esposo que se diera la vuelta, y se cambió.

Pasaron por la cabaña. Elgor había retirado todas las pieles y los grandes recipientes con los que solía encurtir y tratar el material, aunque conservaba algunos barreños para hervir raíces, fibras y algunas piezas de madera que sólo podían deformarse mediante el tratamiento con agua hirviendo. En el exterior tenía casi una pared cubierta de troncos que utilizaría para hacer tablones y recubrir las paredes, y fajos de anea y mimbre seco para hacer cestería. Le contó a

la mujer que, además, construiría una cabaña adosada para descansar que estaría provista con la mejor calefacción de las montañas: conductos subterráneos bajo la estructura en los que arde la leña para sobrevivir a los días fríos del invierno, que eran la mayoría.

Tras recoger algunas herramientas, dejaron la cabaña atrás.

Elgor quiso pasar su noche de boda en la casa de Havel, porque allí era donde descansaban sus ancestros. Trató de pensar en lo orgulloso que se sentiría su padre si lo viera llegar con Alunna del brazo. Luego, pensó en el oso. Al recordarlo, un escalofrío recorrió su espalda lentamente. Agarró con fuerza el mango del hacha de cobre y no lo soltó hasta llegar a su destino.

—Aquí es.

Dijo Elgor al encarar la puerta. Los tablones de madera eran muy gruesos y sólidos, y se mantenían cerrados con un tablón interior. Comprobó que nadie había roto el sello de arcilla que había dejado en un lateral de la puerta. Luego introdujo el cuchillo entre dos tablas de madera hasta que encajó en una incisión del tablón y lo movió ligeramente hacia un lado. El siguiente paso era introducir un gancho curvo en otra grieta para derribar el taco que acababa de aparecer, que liberaba el tablón y lo hacía caer en el suelo. La puerta comenzó a girar sobre el gozne circular, también de madera.

—La puerta es muy resistente. Ni la Bestia podría entrar. Uso varios cierres distintos para bloquear la entrada. Te los enseñaré todos. Entra. Es tu casa.

Alunna sonrió al cruzar el marco.

—Hace frío aquí dentro, pero siento los espíritus de tus antepasados.

—Yo los he sentido desde pequeño, desde que tengo memoria. Ellos protegen esta casa, y nos protegerán a nosotros —aseguró Elgor.

Se dispuso a encender el fuego en un pequeño horno con chimenea. Havel lo había diseñado para que un sencillo conducto adosado a la pared hiciera salir la mayor parte del humo hacia el exterior de la vivienda. La parte interior estaba decorada con piedras de tamaño uniforme rematadas con arcilla.

Una vez prendido el fuego, encendió dos antorchas y las situó dentro de unos aretes clavados en la pared, para iluminar mejor la estancia. Luego abrió una ventanuca que había cerrado con arcilla antes de marcharse, y que servía como segunda vía de ventilación del humo, o para proporcionar aire y luz durante el día.

Los ventanucos eran necesarios para evitar el envenenamiento por humo. Debían ser pequeños y estar bien cubiertos para evitar la entrada de los perros de las montañas y otros animales indeseables. El calor de los fuegos desalojó rápidamente el aire frio de la cabaña.

La mitad exterior de la cámara estaba hecha de troncos de madera

sellados con algún tipo de argamasa, pero la más interior era cueva natural excavada en la roca, reforzada con vigas de roble pulidas. En una de ellas, Elgor había tallado la figura de un oso. El oso parecía bailar movido por el movimiento del fuego de las antorchas.

Elgor sospechaba que, en algún momento, la cueva había sido refugio de osos, antes de la llegada de sus ancestros, y por eso la Bestia vino a matar a Havel, a modo de venganza.

Alunna examinó la estancia en la que viviría. Se detuvo junto a una pequeña estantería de ollas de barro cocido. Las cucharas eran de madera, y los cuchillos, de sílex, hueso u obsidiana. Bajo las cucharas y los cuchillos había una decena de piedras apiladas seleccionadas para, tras ponerse al rojo vivo sobre el fuego, ser usadas para hervir el agua y cocinar. Pensó en las ollas de la casa de Urcam, algunas de cobre. Era probable que tuviera que aprender a cocinar de nuevo, o quizá tendría que hacer nuevas ollas.

Siguió paseando sobre el suelo de piedra caliza. Dejó sus pertenencias en el suelo, se sentó en un tronco junto a la mesa y siguió inspeccionando visualmente su nuevo hogar mientras Elgor seguía preparando el fuego y la comida.

Colgadas en las paredes había cuerdas de diferentes tamaños, colgantes de moluscos, de dientes animales y algunas prendas de abrigo, como la coroza que protegía a Elgor de la lluvia, una manta de cuero y otras prendas. También se desplegaba una pequeña colección de hachas y herramientas de piedra ordenadas de mayor a menor tamaño, y otras herramientas de hueso, sílex, obsidiana y madera. En una estantería cuidadosamente labrada, otra manta de cuero enrollada y unos troncos sin trabajar, para leña.

La cabaña cueva era más espaciosa de lo que había imaginado. No había lujos, pero se percibía que había sido habitada por hábiles artesanos.

Vio una superficie cuadrada en la esquina más alejada del habitáculo. Había herramientas sobre ella. A primera vista, podría parecer dispuesto para sentarse, pero Alunna estaba convencida de que allí estaban enterrados los ancestros de Elgor. Cuando se acercó, confirmó que había una tapa cuadrada de piedra caliza sellada con argamasa, para que los gases de los muertos no enfermaran a los habitantes.

Luego se fijó en la cama, consistente en un somier de cuerdas entrecruzadas, un jergón de lino sin asperezas y relleno de heno reciente que Elgor había tratado para combatir las chinches. Si hacía frio, usarían la manta de cuero de la estantería. El lecho parecía cómodo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza y sintió como era poseída

por otra fuerza de la naturaleza, la de su interior.

Elgor terminó con las labores de reacondicionamiento y puso sobre la mesa vino, pan, carne seca y unas tortas que portaba en su mochila. Pensó que debería haber adornado la estancia con flores. También podría haber dispuesto una comida más digna, en consonancia con el primer día de Alunna en su nueva casa, pero no había tenido ni tiempo, ni con qué pagarlo, y tampoco quiso pedir nada a Halle o a Urcam.

—Llevo mucho tiempo fuera y no he podido preparar nada. Te mereces un recibimiento mucho mejor —se disculpó—, pero no…

—Shhhh.

Alunna no tenía hambre. Bebió el vaso de vino de un trago, se levantó, y condujo a su esposo hacia la cama.

—Todo lo que quiero ahora, es tu calor.

Se quitó el vestido que su esposo trajo de Kemet, lo dejó caer y Elgor contempló por fin aquel maravilloso cuerpo palpitante, iluminado por la lumbre. Comenzó a besar su boca, que sabía a vino, y su cuerpo, que aún sabía a lago.

Elgor podía ver el reflejo del fuego en los ojos de Alunna. Palpó sus muslos, sus pechos y recorrió con pasión cada uno de los rincones del cuerpo de su esposa. Un mecanismo ancestral recorrió todo su cuerpo, y sintió como se activaba el resorte que le permitiría completar el deseo salvaje que le inundaba.

La hechicera sintió un inmenso placer al ser tocada por primera vez, y al perder la virginidad. Era mejor de lo que le había contado su madre… Pero eso no se lo contaría a Urcam.

Ambos se sintieron preparados, y se entregaron a la pasión irrevocable de los jóvenes sin expresar nada más que jadeos.

Alunna sintió las acometidas enérgicas del hombre que se convertiría en una de las personas más famosas de la Historia y, aunque aquel conocimiento no había sido el que le había llevado a su lecho, se sumó al placer que estaba sintiendo y que le condujo a una explosión sensorial indescriptible que casi consiguió que saliera de su cuerpo. Sus dedos rasgaron la espalda de su hombre y sus gritos se prolongaron mucho más tiempo que los de Elgor.

Tras las inesperadas oleadas de placer, su cuerpo tembloroso permaneció inmóvil junto al de Elgor, también exhausto. Miró el fuego y sonrió. Ya era una mujer.

—Se acabaron las visiones y las profecías —susurró a Elgor, satisfecha.

Se habían prometido alargar la noche hasta el final, pero tras varios embates amorosos, ya se habían quedado sin fuerzas.

—Soy muy afortunado.

—¡Seguro! A ver cuántos hombres conoces que puedan presumir de acostarse con una bruja.

—Viéndolo así, seré aún más afortunado si volvemos a repetirlo.

—Dejemos algo para mañana —dijo Alunna—. Tendrás que enseñarme a hacer tu trabajo.

Elgor negó con la cabeza. Le contó que no volvería a ser tejedor.

—No quiero que trabajes, y yo tampoco quiero volver a tejer pieles. No quiero que tengas nada que ver con esa vida, ni con el frío de los inviernos.

Sentenció.

—Vale. Estaremos bien, y nos alimentaremos de frutos del bosque —bromeó Alunna despreocupada.

—Lo digo en serio. No es buena vida para ti.

—¿Pero cómo…?

—He pensado en otra cosa. Halle tiene grandes planes con la nueva urbe de Kurt, y quiere que le acompañemos.

—Tú eres mi señor ahora. Iré donde tú vayas.

—No digas eso. Quiero estar seguro de que me ayudas a tomar decisiones. Ambos sabemos que no eres una niña con la cabeza hueca. Valoro tu opinión, todo el mundo lo hace.

—Respaldaré tus decisiones. Algo me dice que pronto tendrás que tomarlas muy a menudo, y serán decisiones muy importantes.

Elgor asintió.

—Para ser sinceros, en los tiempos que corren, con los osos y los Kurgan rondando por los alrededores, seguramente estaremos más seguros en una ciudad amurallada, como la que quiere levantar Halle…

Alunna no pasó inadvertido el rictus pensativo de su esposo.

—Creo que te preocupa algo más que eso.

—No es nada. Halle me ha pedido…, que ajusticie a un joven ladrón.

—Ah.

—Es necesario dar ejemplo, sobre todo ahora que nuestros amigos de Garín del Sur se encuentran en la aldea. Tiene que causarles una buena impresión si quiere convertirse en su nuevo señor. Podría impartir ley él mismo, pero quiere comenzar a delegar en personas de confianza para saber de qué estamos hechos. Y como ahora soy parte de su familia, ha contado conmigo. Nunca imaginé que podría pasar de tejedor, a juez.

—Y crees que debes ser muy severo para dar un buen ejemplo.

—Así es. No puedo ser el responsable de que pierda autoridad. He pensado en cortarle una mano o una pierna. Pero entonces ese muchacho dejará de ser productivo y se convertirá en una carga que mantener. También he pensado en cortarle una oreja, delante de todo

el mundo. Pero he visto a personas morir desangradas por culpa de esa herida, o tras las fiebres de los días posteriores. Y también dejaría de ser productivo.

—Es una elección difícil. Si de verdad ha hecho algo muy censurable, está claro que debe expiar su culpa. Debería pagar de alguna manera muy ejemplar, pero muy productiva. No sé, se me ocurre que podría hacer lo que nadie más quisiera hacer. Recoger panales de miel, allanar los caminos…, o trabajar con boñiga.

Elgor comenzó a reír a carcajadas.

—Vaya, he estado cumpliendo una larga condena sin saberlo… Pero me has dado una idea.

—¿Ah sí? No lo sabía… Bueno, sí lo sabía. Claro. Ha sido todo idea mía…, lo que sea que hayas pensado —sonrió.

Elgor la besó en la mano, porque por algún sitio había que empezar… y volvió a recostarse junto al cuerpo desnudo de su esposa. Ambos tenían prisa por borrar de su vida todos los años de celibato involuntario.

Horas después, cuando Elgor ya dormía boca arriba, Alunna aún permanecía despierta.

Estaba sentada en la cama, pensativa, mientras observaba a su esposo desde arriba. Las antorchas ya se habían apagado, pero la cueva se mantenía caliente y los troncos de la leña aún desprendían una luz tenue y agradable. No quería dormir. Quería retener aquel momento en sus ojos, en su piel y en su pensamiento el máximo de tiempo posible, para que nunca pudiera escurrirse de su memoria.

Elgor dormía apaciblemente. Su respiración era casi imperceptible, en contraposición con los esfuerzos que había vertido aquella noche. Tenía ganas de tocarlo de nuevo, pero no quería despertarlo. Desplazó su mirada al suelo del centro de la estancia, y dejó de pensar en Elgor. Sintió que los minúsculos capilares de sus brazos se erizaban ante una vaga sensación de peligro.

Miró hacia la pared, y un segundo después detuvo su mirada en el oso tallado en la viga. Tuvo una sensación extraña. Algo parecía llamar poderosamente su atención, algo que no era de ese mundo. Sintió como si una corriente de aire gélido se hubiera colado en la estancia y pasara a través de ella. La piel se le erizó y se sintió desprotegida. Luego miró a aquel hombre, el hombre que se ocultaba en las sombras y los observaba. Alunna se cubrió sus pechos con el vestido de tela de lino que había tejido Elgor.

Se miraron fijamente. Alunna reflexionó por un instante. No tenía miedo. Había tenido muchas visiones similares.

Sin dejar de taparse, apartó una mano y señaló hacia la viga con el oso tallado.

Erik se quedó petrificado al comprobar que Alunna le estaba mirando. Sabía que él se encontraba oculto entre las penumbras, en su casa, junto a su cama y viéndola desnuda. Y encima se estaba comunicando con él. La hechicera dijo unas palabras en voz baja y en otro idioma, y esta vez no pudo entenderlas. Elgor seguía durmiendo, ajeno a la visión.

Erik se despertó convulsamente.

Alunna descubrió que, al contrario de lo que había pensado, no había dejado de ser una bruja.

CAPÍTULO 20 — LA EXPERTA

Erik volvió a avanzar mentalmente más de cinco mil años en el calendario de su reloj.

Despertó del sueño y se levantó de su cama como un resorte intentando encontrar el equilibrio tras el sobresalto que le produjo su accidentado «viaje», tratando de mitigar el escalofrío que le recorría la espalda.

Comenzó a caminar de un lado a otro a toda velocidad, como si quisiera deshacerse de una aparición que nunca debió haber tenido lugar. Se dio cuenta de que, nuevamente, su cuerpo se había cubierto de sudor en pocos segundos, justo desde el momento en que Alunna, la mujer más hermosa que había visto jamás, le clavó la mirada en su sueño. En aquel momento concluyó que todo lo que venía experimentando en las últimas semanas era mucho más asombroso de lo que había pensado al principio, que no era poco.

Suspiró. El pobre, desgraciado Elgor, asesinado en la montaña, había sido el hombre más afortunado del mundo porque tenía a su lado a Alunna, por muy cruel que fuera su final.

Pero para sobrepasar los límites de lo paranormal, aquellos que ya creía conocer, sucedió que Alunna había interactuado con él y le había mirado fijamente a los ojos. Había mirado al hombre que los vigilaba desde las sombras mientras hacían el amor. Se sintió avergonzado, como un *voyeur* cualquiera que debería disculparse, pero sin saber cómo, ni con quién.

Lo más extraño fue que Alunna actuaba como si lo conociera, como si supiera lo que estaba ocurriendo.

Sin lugar a dudas, aquella experiencia cambiaría aún más su vida, porque pensó que ya no le pertenecía. Pertenecía a una causa aún más importante.

Puso las manos frente a él, como si estuviera tratando de detener un autobús invisible, respiró profundamente y trató de organizar sus ideas.

Necesitaba ayuda, así que decidió dar el paso.

—Sofía, voy a seleccionar unas imágenes y un video, y quiero que lo envíes todo a Hanna Schmitt, la doctora del museo de Bolzano. Luego necesitaré su teléfono. O mejor aún, ponme en contacto con ella.

—Buenos días, Erik. Enseguida. Lo intentaré en todos sus dispositivos. Ya he enviado los archivos a su correo del museo, y ya tengo su número. Ya estoy marcando.

Erik podía escuchar la señal. Se sintió algo ansioso al ponerse en contacto con la única persona que podría llegar a creerle.

—¿Pronto?

Contestó en italiano, otro de los idiomas que Erik hablaba de forma fluida.

—Buenas tardes doctora Schmitt. Me llamo Erik Abe.

Dejó pasar un segundo de silencio, ya que aún no sabía cómo empezar a contarle su secreto.

—Buenos días. ¿Nos conocemos?

—Yo la conozco a usted. La he visto en una conferencia suya que aparece en internet y quería hacerle unas preguntas sobre Elgor, si dispone de algo de tiempo, claro. Por lo que he escuchado, usted puede ser una de las personas que mejor le conoce.

La doctora estaba confusa.

—No sé si puedo ayudarle, porque no le entiendo bien. ¿Quién es Elgor?

—Oh, le pido perdón. Erróneamente, usted lo conoce por Ötzi, la momia que se encontró en los Alpes, en 1991.

La mujer se quedó sin habla, y luego esgrimió una sonrisa que mantuvo durante casi toda la conversación. No era extraño que los fanáticos se pusieran en contacto con ella para intentar que validara alguna nueva teoría absurda. Había muchos que afirmaban ser la reencarnación del hombre momificado del Valle de Ötztal, e incluso mujeres que se ofrecían para tener un hijo suyo mediante la fecundación *in vitro* con el ADN de Ötzi. Fuera cual fuera el caso, estaba a punto de tomar un café, así que tenía unos minutos de tiempo. Al menos este tal Erik parecía disponer de ideas originales, a pesar de su insensatez. Incluso había llegado a bautizarlo. Sin embargo, para una catedrática de Historia y experta en la momia resultaba extremadamente sencillo poner al descubierto las contradicciones en las que solían caer aquellos personajes. Algunos afirmaban que utilizaba una espada de acero —aún no inventada en aquella época— o que comía patatas o calabazas —cuando éstas procedían del continente americano, descubierto casi cinco mil años después.

—Si tiene tiempo, ¿le importa que le haga algunas preguntas?

—Adelante —la experta aceptó mientras tomaba un sorbo de su café.

—Me he permitido enviarle un video y unas fotos a su correo electrónico de la página web del museo. Verá, hace poco decidí hacer una travesía desde Innsbruck a Bolzano a pie, con una tienda de campaña. Todo iba bien hasta que estalló una tormenta, y la tela de mi tienda se desgarró, dejándome prácticamente a la intemperie en mitad de los Alpes, a temperaturas bajo cero. La lluvia y la nieve

entraron en la tienda y no pude hacer nada. Me caló hasta los huesos, desfallecí y casi me muero. Pero tras desmayarme, al parecer, construí algo, una herramienta, pero no me acuerdo de nada. Es la primera imagen. ¿Puede verla?

Hanna Schmitt abrió el correo y vio algunas imágenes que había recibido unos minutos antes. La herramienta a la que se refería Erik era fácilmente reconocible. Una vara que giraba en espiral gracias a la cuerda que enlazaba la parte trasera con los extremos de otra vara, formando una especie de cruz. Facilitaba mucho el movimiento giratorio para causar fricción gracias al recorrido adicional que podía obtenerse con la cuerda.

—Claro que sí. Es un taladro de arco, un método prehistórico para hacer fuego o para perforar objetos, muy conocido en el mundo de la arqueología experimental. Muchos aficionados a la supervivencia saben utilizarlo, pero no es fácil elaborarlo. ¿Dice que lo consiguió a la primera en mitad de una tormenta?

—Sí, eso parece. Aunque en mi vida nunca había hecho algo parecido.

—Bueno, a veces sacamos lo mejor de nosotros en circunstancias difíciles, pero si no sabía cómo se hace, ni cómo se usa, es bastante…, complicado.

Omitió pronunciar la palabra «imposible».

—Verá, doctora, me sinceraré con usted. Últimamente estoy teniendo visiones muy extrañas, con Elgor como protagonista.

—¿Con quién? Ah, sí, perdone —volvió a sonreír.

—De hecho, ese es el motivo por el que decidí viajar a Bolzano. Para conocer a Elgor. Creo que en ocasiones toma posesión de mi cuerpo.

—¿Como el exorcista?

Replicó rápidamente, hasta que se dio cuenta de que Erik parecía creer todo lo que estaba diciendo.

—Lo digo en serio.

La doctora admitió que quizás se había excedido.

—Lo siento, ha sido sin querer. No era mi intención tomármelo en broma. Pero si me permite… Antes de nada, tengo que decirle que las posesiones paranormales no entran dentro de mi campo de investigación.

Erik entendió que no le creía. Quizás no había sido la mejor forma de aproximarse a Hanna Schmitt.

—La entiendo doctora, y agradezco el tiempo que me ha concedido. Sin embargo, eche un vistazo a las imágenes y al video. Ya tiene mi teléfono si quiere comentarme algo.

—Lo haré, gracias, Erik.

Volvió a sonreír antes de colgar y apuró el ultimo sorbo de la

bebida.

Aquella noche, tras llegar a casa después de una soporífera reunión, abrió su correo y echó un vistazo al video y a las fotos.

Dejó el video de lado, ya que duraba más de media hora, y pasó directamente a examinar las fotos. Además del taladro de arco había un oso tallado de madera. El autor había dotado a la figura de un interesante toque personal, ligeramente surrealista, estilo Altamira.

En la última foto, la cámara estaba apuntando a la base de la figura tallada, que presentaba una inscripción aparentemente antigua que contenía varias docenas de símbolos.

Parecía un tipo de protoescritura europea, o quizás una mezcla de signos de la cultura del Danubio, la tabla de Dispilió y símbolos cuneiformes. Los símbolos estaban recién tallados y eran muy claros.

Ese tal Erik le había tomado el pelo. A partir de ese punto dio por sentado que se trataba de algún aficionado bien preparado, o incluso de un experto en Historia, pero en ningún caso podría tratarse de un indocumentado. Cualquiera sabe lo que es un taladro de arco, pero no era sencillo escribir con cierto sentido cualquier tipo de escritura anterior al cuneiforme, ya fuera algún precursor de la escritura de *Vinča*, de la Cultura del Danubio, o de los pictogramas *medu-netjer, del* dios Thot egipcio.

Los expertos no terminaban de llegar a un consenso acerca de cuál era el origen de la escritura, pero solían coincidir en situarlo en las fases iniciales de la civilización egipcia, del alfabeto cuneiforme, o de las sociedades ocupadas por la actual China. Incluso se baraja la posibilidad de que se hubiera originado en la Cultura del Danubio. Durante la vida de Ötzi, era probable que algunas personas creativas estuvieran experimentando con símbolos que sirvieran para comunicar ideas.

Y sin embargo, los símbolos o señales debían ser anteriores a la escritura, pues así alguien podría pasar por la casa de un familiar y hacer que supiera que había estado allí, pero no le había encontrado. La arqueología aún tenía muchas pistas que desenterrar, pero la mayoría del material escrito en aquellos milenios se había perdido, sobre todo cuando se plasmaba en soportes vegetales.

La doctora Schmitt sonrió al pensar que no sería de extrañar que, de haber una catástrofe mundial, las tablillas sumerias probablemente sobrevivirían a todos los libros, discos duros y demás soportes actuales dentro de miles de años.

En lo que respectaba a su opinión, y a la espera de nuevos hallazgos arqueológicos, la Tablilla de Dispilió representaba la primera forma de escritura de la historia, ya que los signos contenidos en ella tenían aspecto de haber sido diseñados con una intención clara

de ser divulgados y replicados. El hecho de que no se hayan desarrollado en el tiempo, tiene que ver más con enjuiciar sociedades y la naturaleza efímera que las acompaña, que los propios signos.

De cualquier forma, le pareció un montaje interesante, así que decidió darle una oportunidad al video para ver hasta qué punto llegaba la broma. Quizás podría ver cómo elaboró aquel taladro de arco.

Pulsó play y pudo ver a Erik Abe, con quien había hablado aquel mismo día. El hombre que afirmaba sin tapujos conocer a Ötzi era medio oriental, y no tenía aspecto de fanático delirante.

La escena era angustiosa, como aquellas películas de terror que simulaban hechos reales, al estilo de La Bruja de Blair. Las imágenes parecían transcurrir en el interior de una tienda de campaña en mitad de una fuerte tormenta.

Presenció cómo trataba de elaborar una herramienta neolítica, hasta que una gran rama atravesó la tienda y le expuso a la tormenta. En ese momento pudo percibir como Erik perdía el control y le invadía la desesperación, hasta que finalmente se desmayaba a causa del frio.

El video parecía real y trasmitía la sensación de que Erik iba a morir de hipotermia, aunque obviamente la doctora Hanna Schmitt sabía que eso no pasaría.

De repente, Erik se levantó como si estuviera en trance y comenzó a actuar de una forma muy diferente, como si de pronto supiera lo que tenía que hacer para arreglar la tienda y, posteriormente, para hacer fuego. Se salió del plano muchas veces, como si no fuera consciente de que había una cámara grabando.

Pudo percibir cómo sacó la rama de la tienda, cómo reparó el agujero con el material de la base y la cuerda, y elaboró a toda velocidad un taladro de arco, con el que hizo fuego. ¡Jamás había visto hacerlo a tal velocidad!

A lo largo de todo el video, Erik emitió expresiones ininteligibles en voz baja.

Una vez solucionó el problema del frio, se puso a tallar el oso con una pieza de madera y una daga con hoja de sílex… Mientras se encontraba realizando esta labor, la cámara se cayó al suelo y apuntó únicamente hacia el techo de la tienda, azotado por el temporal. La secuencia de imágenes se interrumpió poco después, quizás por falta de batería.

La doctora Schmitt se quedó pensativa. Eran las doce de la noche, pero ya no tenía sueño. Algo le había llamado la atención.

Volvió a visionar el video.

Se detuvo en el momento exacto en el cual Erik se desmayaba, y luego volvía a abrir los ojos.

Efectivamente, algunas frases brotaron de su boca. La primera vez le habían parecido locuciones ininteligibles, o incluso gruñidos, pero cuando aumentó el volumen se dio cuenta de que no parecían palabras inventadas. Le resultaban familiares, aunque estaba claro que no formaban parte de ningún idioma vigente en la actualidad.

Trató de organizar todas las ideas y recuerdos en su cabeza. De repente, se dio cuenta de que algunos términos se asemejaban a una lengua que se hablaba en la zona de los Alpes desde tiempos que se pierden en la memoria. Probablemente se tratara de un protolenguaje milenario europeo.

Tanto la inscripción como la locución le parecieron fascinantes.

Aunque ya era tarde, decidió escribir un mensaje.

«Erik, ya he visto el video. Quiero preguntarte algo: ¿Hablas rético antiguo?».

CAPÍTULO 21 — VIAJEROS

3250 años Antes de Cristo (AC)

Tras el contacto visual con aquel hombre del futuro, la aparición se evaporó. Y sin embargo, la hechicera permaneció en el lecho sentada y cubriendo su busto con la pieza de tela mientras Elgor dormitaba ajeno a su nerviosismo. Alunna acababa de ver la imagen de un hombre mirándola entre las sombras, y sabía quién era.

Se llamaba Erik. No era la primera vez que lo veía. Tenía los ojos ligeramente rasgados, los pómulos suavemente definidos y la nariz recta y pequeña. Su rostro era parecido al de Kushim, de Garín del Sur, cuyos orígenes eran orientales.

Había visto su muerte, y esto sucedería poco después de haber establecido aquel contacto visual.

Lo había visto en un sueño, porque esa era la forma en la que le eran reveladas sus profecías. Y también conocía el escenario de ese sueño, porque había pasado toda su vida en él, desde niña.

Era su casa.

Estaba plenamente convencida de que iba a morir en su casa de Atria. En el sueño aparecían las mismas paredes excavadas en la roca, las piedras unidas por argamasa que intentaba trepar de pequeña, y las mismas que intentaba raspar cuando tenía oportunidad, a escondidas de Ulpia y de Urcam. También aparecía el mismo techo que había visto miles de veces al acostarse iluminada por la fogata que se encontraba entre su cuarto y el de sus padres. La última vez que estuvo allí fue el día anterior, cuando finalizó la celebración y finalmente recogió su ropa para marcharse con Elgor.

Carecía de sentido recibir una visión sobre algo que tendría lugar más de cinco mil años después de su muerte, pero así eran las cosas, y por eso la llamaban bruja.

Se preguntó si Erik presenciaba de la misma manera las escenas de la vida de Elgor y de ella misma. Se preguntó si Erik se consideraba a sí mismo un brujo, o un hechicero.

Volvió a recordar aquel sueño. Comenzaba viéndose a sí misma de niña, ensartando cuentas de cobre en un collar. Luego aparecía Erik, el oriental, el otro viajero de los sueños. Como era lógico, se mostraba ajeno a la presencia de la niña, ya que pertenecían a mundos distintos.

La pequeña niña le vio entrar en su poblado, en Atria, pero en un escenario extraño e incluso perturbador. Todo estaba oscuro, sin vida, cubierto de polvo y tierra.

Parecía que la aldea había sido enterrada por una increíble cantidad de escombros y rocas. De esa manera estaba segura de que aquello aún no había sucedido, y de que sucedería en el futuro (porque el día anterior Atria seguía estando deslumbrantemente bendecida por el sol).

La pequeña niña desapareció, y el sueño se concentró en la persona del hombre oriental.

El poblado, parcialmente enterrado, estaba regado de estacas de colores, barreras y señales metálicas con inscripciones, que serían habituales en el futuro, y cintas amarillas que delimitaban cualquier objeto.

Se trataba de Atria, pero en los tiempos de Erik.

Lo vio entrar en un edificio junto con un grupo de personas que vestían colores llamativos. Levantaron este edificio sobre las ruinas de Atria, y de su antigua casa como si se tratara de un portal entre dimensiones que conectaba ambos mundos. Alunna tenía conocimiento de que ese tipo de edificios se llamaría «museo», y de que su función consistía en proporcionar a la gente del futuro la oportunidad de ver estructuras antiguas e imaginar cómo vivían.

Recibían la autorización de acceso de una mujer muy seria. Erik superó la zona de entrada. Todos llevaban una tablilla que se iluminaba mediante una extraña tecnología que era incapaz de comprender.

Cuando algo llamaba la atención de los visitantes, señalaban con la tablilla, acariciaban su superficie y se disparaba una luz similar a un rayo del cielo. Inmediatamente, la tablilla reflejaba una imagen del objeto. Sabía que aquella tablilla ofrecía numerosas utilidades adicionales, además de retener imágenes.

Fue esa parte del sueño la que le ayudó a descubrir que se trataba de su hogar, por los detalles que Erik estaba capturando en su tablilla.

Erik echó la vista atrás y vio a dos hombres de aspecto amenazador que le seguían a corta distancia. Parecía que los conocía, ya que al verlos comenzó una frenética huida a través del laberinto de pasadizos de Atria, y los hombres se dividieron para encontrarlo. Uno de ellos, que llevaba un tatuaje en la cabeza, fue interceptado por un hombre con uniforme, pero el hombre del tatuaje le golpeó con una especie de bastón metálico que llevaba en su mano. El hombre uniformado cayó al suelo y dejó de moverse.

El viajero de los sueños se movía, confuso, por los diferentes pasajes de la antigua Atria, a veces a descubierto, y otras bajo tierra. No podía pararse a pensar o a tratar de recordar sus sueños. Los perseguidores, aún más desorientados, se dividieron para cubrir todos los itinerarios.

Tras recorrer casi toda Atria bajo tierra, Erik penetró en la zona

subterránea de descanso, excavada en la piedra, que constituía el dormitorio de Ulpia y Urcam. En aquella pieza también guardaban parte de la comida, las armas y los objetos de cobre, y conectaba con el dormitorio de Alunna. Primero había sido el cuarto de Halle, luego lo compartieron, y luego pasó a ser únicamente suyo, cuando Halle pasó a otra dependencia.

Entre los dos cuartos había una especie de chimenea que había estado ahí desde que tenía memoria, y cuyos humos solían salir al exterior mediante unos conductos que se mantenían obstruidos durante la visión de Alunna.

El sueño continuó cuando uno de los hombres, muy alto y vestido de negro, se acercaba a su posición. Extrajo un instrumento metálico, y algunos truenos brotaron del extremo alargado de éste.

Alunna no sabía que era aquella herramienta, pero sí sabía que el tabique de piedras y argamasa y todo lo que se encontraba en su camino, como una olla de arcilla cocinada en un horno que ella solía utilizar, se rompía en mil pedazos tras sonar el trueno. Debía ser un ingenio muy destructivo, si había desplazado a las espadas y las lanzas.

Era incapaz de comprender la tecnología que manejaban esos hombres, y la comparaba con las que habían traído Arce y Kushim. Un nuevo mundo lleno de posibilidades, pero también de nuevos peligros.

Erik sabía que se encontraba en la casa de Urcam, pero no la conocía por dentro.

Alunna vio cómo entraba en la habitación en la que dormían sus padres, cómo saltaba la pequeña chimenea en el suelo, y cómo entraba en el cuarto que había sido suyo y de Halle. El hombre vestido de negro, con el arma en la mano, lo siguió.

Alunna sabía que ese cuarto no tenía salida. El hombre vociferó algunas palabras de odio hacia Erik, y volvió a hacer que de aquella arma brotara un nuevo trueno. Y luego otro, y otro… Numerosas veces. En ese momento, Alunna gritó, aún dormida, y abrió los ojos. Así moriría Erik.

Una nueva profecía.

Alunna recordaba que, cuando tuvo aquel sueño, se despertó aterrada y respirando atropelladamente.

***

La noche en que se hizo mujer, con Elgor, pensó que había dejado las visiones atrás.

Pero descubrió que estaba equivocada cuando volvió a ver a Erik, quien estaba soñando con ellos en ese preciso instante. Y probablemente los había visto yaciendo como posesos en la noche de

su matrimonio.

Sintió una profunda vergüenza al verse expuesta de tal manera ante un desconocido, pero Erik también parecía avergonzado antes de irse.

Se dio cuenta de que no sería la última vez que soñaba con él. Aunque hubiera presenciado los últimos instantes de su vida, sabía que, en muchas ocasiones, aquellas «visiones» no seguían una secuencia temporal lógica.

¡Era tan extraño recibir todas esas visiones de forma desordenada…! ¡Era tan extraño haber presenciado los últimos momentos de su vida, y justo después, verle en la cueva mientras ella perdía la virginidad!

También era la primera vez que tenía visiones de una persona que, a su vez, tenía visiones de ella. Tenía claro que estaban comunicados en ambas direcciones. Y tenía claro que la muerte de Erik tendría lugar en su poblado, en algún momento, poco después de haber establecido aquel contacto visual.

Tenía ganas de ponerse en contacto con aquel viajero y decirle que nunca jamás viajara a Atria. Y tenía ganas de despertar a Elgor para contarle que no había perdido sus visiones. Le pareció tremendamente injusto cargar con el peso de tantas muertes y desgracias, y no poder contárselo a nadie.

Pero no podía cambiar nada.

CAPÍTULO 22 — LA TABLA QUE NAVEGA EL GLACIAR

Para Elgor, los días que pasó con su esposa tras el matrimonio se convirtieron en una de las etapas más felices de su vida.

Había pensado que le causaría mucho dolor volver a vivir en aquella casa, pero Alunna se lo estaba poniendo muy fácil. Era una mujer dura que no rehuía el trabajo físico; no era asustadiza, no temía a los perros de las montañas, y actuaba fríamente ante cualquier situación o dificultad, como si escondiera a un guerrero en su interior.

Nunca mostró preocupación o desagrado por vivir entre esas paredes de piedra, a pesar de lo que había ocurrido allí.

Además, en ocasiones Elgor sentía que Havel se alegraba porque su hijo se había casado con una buena mujer, y que en todo momento estaba con ellos, a su manera.

Sentía que Havel y Alunna se llevaban muy bien, de aquella forma extraña que solo los hechiceros podrían entender. Tenía la sensación de que cuando Alunna canturreaba o realizaba sus labores, de alguna forma estaba conversando en silencio con el espíritu de Havel. En ocasiones la veía sonreír, y pensó que quizás estaba escuchando las repetidas cantinelas que su progenitor le había dirigido desde que era un niño —que encerraban numerosas advertencias—, o que recibía consejos para elaborar tejidos o cuerdas. Eso explicaría por qué aprendía tan rápidamente.

Los ancestros estaban contentos con Alunna porque respetaba las costumbres, cuidaba de ellos y trataba de buscar la perfección en el trabajo.

Tras convertirse en marido y mujer disfrutaron de los primeros días del resto de su vida de la forma más sencilla posible.

Una de las primeras cosas que hizo Elgor fue dibujar un mapa sobre la nieve y describir a su esposa las principales rutas, bosques y cumbres de los alrededores. Se inspiró en el plano en tres dimensiones que Arce había hecho de Kurt, pero el suyo era mucho más sencillo. Tras eso, dedicaron muchas horas cada día a recorrer distintas rutas para que conociera el terreno en el que se movía. Pero no les faltó tiempo para bañarse en el lago, tomar el sol cuando el cielo se mostraba generoso, o para jugar como niños revolcándose en la nieve.

Durante una de aquellas rutas en las montañas, Elgor condujo a Alunna a un impresionante glaciar azul, y le advirtió del peligro de las grandes grietas.

Luego, le enseñó a descender con un rudimentario trineo hecho

con tablones de madera moldeados en agua caliente. Aquella actividad constituyó una verdadera prueba para la hechicera, que desconocía dicho medio de transporte. Al iniciar el descenso por el glaciar, Alunna maldijo a Elgor por la velocidad que llegaron a alcanzar sobre la tabla de madera.

—¡Creo que había sitios mejores para aprender! —protestó.

Fue la única frase que pudo decir durante el descenso, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

La bajada fue vertiginosa, al menos hasta que Elgor pensó que ya era momento de detenerse para dar un respiro a su sorprendida esposa. Alunna, con la cara llena de lágrimas por la velocidad y la emoción, y el corazón palpitante, tuvo que admitir que había sido una de las aventuras más excitantes de su vida.

Elgor le pidió perdón y la abrazó, pero en aquel momento, ella cayó en la cuenta de algo que hizo que no le prestara demasiada atención.

Se concentró en una escarpada subida dibujada en la montaña, y en la base: Similaunhütte.

No podía hablar con Elgor de lo que pasaba por su mente, porque aquel lugar aún no se llamaba Similaunhütte.

Elgor, pensativo, creyó que había llegado el momento de contarle una de sus recientes preocupaciones.

—Halle y Balak se enfadaron conmigo por haber fallado un disparo con el arco durante un encuentro con los kurgan, antes de llegar a Garín del Sur —comentó el hijo del tejedor—. Ese error pudo habernos costado muy caro a los tres. No puedo dejar que vuelva a ocurrir.

Alunna se olvidó de Similaunhütte, y se concentró en las palabras de su esposo, en el presente. Introdujo su mano tiernamente entre sus mechones de pelo, acariciando su cabeza, y le besó tiernamente en los labios. El hombre del hielo le devolvió el beso. Pero, inesperadamente, la mujer se giró con dureza para tumbar a su marido en la nieve, en mitad de aquel beso. Elgor se dejó llevar, sorprendido. Cuando la hechicera separó los labios, mantuvo la cara junto a su hombro y no la separó de allí, porque no quería que él viera que tenía lágrimas en los ojos.

—¡Por los perros de las montañas! Voy a tener que traerte más a menudo a descender con el trineo —expresó Elgor, sorprendido.

Alunna negó con la cabeza sin separarla de su hombro, y tranquilizó a su marido.

—Puedo ayudarte con el tiro con arco. Mi padre me enseñó desde pequeña y no he dejado de practicar. No tengo tanta fuerza como Halle, así que no puedo alcanzar la misma distancia, pero tengo mejor puntería. Creo que será mejor que no se lo recuerdes.

—¿Mejor que Halle? Nunca dejarás de sorprenderme.

Alunna al fin apartó la cabeza del hombro. No dijo nada. Se limitó a asentir y a sonreír. Elgor entendió que tendría que acostumbrarse a aquellas sonrisas enigmáticas naturales en una hechicera y vidente que veía cosas extraordinarias, y que incrementaban su halo de misterio.

Elgor sabía que aquellas sonrisas enigmáticas podían estar ocultando respuestas para las que aún no estaba preparado. Sabía que debería aprender a vivir para siempre con esa sensación. Pero lo aceptaba porque entendía que Alunna cargaría con cosas aún peores.

—Aceptaré tu experiencia y me esforzaré por ser un buen aprendiz, también con el arco. Havel nunca me enseñó a disparar flechas porque pensaba que primero debía dominar la lanza, la espada, el arpón para pescar, el hacha y la daga, armas todas ellas más certeras que una flecha con punta de piedra. En el uso de esas otras armas, a pesar de ser tejedor, podría sorprender a aquellos que se llaman guerreros.

Durante los siguientes días, Alunna mostró a Elgor su increíble puntería, pero le sorprendió la habilidad de su esposo para fabricar flechas, para elegir la madera y para tallar las puntas, ya que había visto cómo las hacía Havel, que a su vez, las hacía mejor que Halle.

También aprovecharon todo ese tiempo para visitar las cabañas de los alrededores. Todos habían sido muy amigos de Havel, lo apreciaban, y Elgor sentía la obligación de presentarles a su esposa, ya que los consideraba en cierta forma como parte de su familia, o la comunidad a la que pertenecía. Además, tarde o temprano se cruzarían con ella y se preguntarían quién era.

Al principio todos se mostraban intimidados por tener como nueva vecina a la hija de Urcam, pero no tardaban en deshacer su desconfianza al descubrir que no era una bruja que lanzaba rayos por los ojos y fuego por la boca, y que lo único que repartía era deslumbrantes sonrisas. Algunos dijeron que se sentían más protegidos con ella en las montañas, ya que Urcam vendría a socorrerla ante cualquier peligro. Nova, un artesano que hacía maravillas con los cuernos de los animales del monte advirtió a Alunna diciéndole que tuviera cuidado con la Bestia.

Al instante, se dio cuenta de que había cometido un gran error, y se disculpó inmediatamente. El hijo del tejedor dijo que no importaba, pero no pudo impedir que su mirada perdida delatara su preocupación. No podía evitar sentir un nudo en la garganta cada vez que alguien le recordaba, sin querer, la pérdida de Havel. Pero lo que más le preocupaba, era la seguridad de Alunna, y así se lo hizo saber cuando volvieron a estar a solas.

—No quiero que te quedes aquí sola, con la Bestia. Debes venir conmigo a Kurt.

Le advirtió al salir de la casa de Nova. Su tono no admitía contestación, así que Alunna no quiso contradecirle, pero no tenía intención de dejar el hogar de los ancestros de Elgor. No en ese momento.

—Ya habrá tiempo para pensar en eso.

—Hay que hacerlo ya. Tengo que ayudar a Halle en Kurt, y tú puedes venir conmigo, o regresar a Atria. Allí estarás segura, con tu familia, con Kul, Urcam y Ummsark.

—Ayuda a Halle. Yo me trasladaré a Kurt tan pronto como comience a parecerse a una aldea, o una Urbe, como lo llamáis vosotros. Entre tanto, alternaré mis días entre Atria y tu casa.

—No puedo permitir que vivas aquí sola. No podré marcharme si no sé que estás segura en Atria.

—Esta es mi casa ahora. No debes preocuparte por mí. Rezo todos los días, y sé manejar un arma.

—¿Y qué pasa con la Bestia?

—No me preocupa nada —sonrió.

Elgor pensó que estaba loca, pero asintió con la cabeza. Sin embargo, no podría soportar perder a otra persona de la misma manera.

—Como quieras —concedió Elgor—. Cuando me marche, harás lo que te plazca.

Aquella noche, Elgor no pudo pegar ojo. Tenía que tomar una decisión importante. Al día siguiente, esperó a que pasara Fergo, el calero. Todos los días se despertaba muy temprano para hacer el recorrido a Atria para comerciar o vender su material.

Elgor le hizo llegar un mensaje a Halle, quien aún debería encontrarse en Atria.

CAPÍTULO 23 — LA BESTIA

Le llamaban la Bestia.

A los pocos años de vida probó la carne humana y nunca más dejó de perseguirla con irracional voracidad. Ya no era un oso joven, pero su gran tamaño y astucia había persuadido a cualquier otro macho adulto de su especie de intentar desafiarlo. Ni las manadas de perros de las montañas oponían la menor resistencia cuando se acercaba a arrebatarles una presa.

Havel solía contarle que antes de que Elgor naciera ya le conocían por la Bestia, porque llevaba muchos inviernos arrebatando almas y dejando atrás estelas dantescas de sus carnicerías.

Nunca imaginó que él mismo formaría parte de una de aquellas escabechinas.

Los pocos que lo habían visto de cerca y podían contarlo, decían que tenía una gran marca en su rostro, que comenzaba en su boca, atravesaba su hocico y llegaba a la comisura de su ojo, deformándolo en cierta forma. Esta cicatriz redoblaba el efecto psicológico que causaba en sus víctimas, paralizándolos en muchas ocasiones.

Pesaba más que diez hombres, cada una de sus zarpas medían lo mismo que la mano de un hombre adulto, y los viajeros podían recitar los nombres de las decenas de muertos que había dejado a su paso, sólo al sur de La Pared. Todos los intentos de darle caza habían fracasado, así que muchos comenzaron a decir que la Bestia pensaba como un hombre, o como un demonio.

Sin embargo, lo único cierto era que sólo atacaba a hombres, mujeres o niños en las afueras y bastante lejos de cualquier posible ayuda. También la Bestia tenía límites.

La Bestia levantó su hocico de la tierra húmeda de media mañana, y sintió con mayor intensidad la presencia humana, y el olor de su sangre bombeando con fuerza. Supo que se trataba de una presa joven, pero no demasiado. Su olfato siempre llegaba más lejos de lo que registraba su visión, pero era necesario ver a la víctima antes de iniciar una estrategia de ataque. Lo atisbó visualmente desde bastante distancia, y se acercó moviendo silenciosamente toda su corpulencia.

Los hombres eran su perdición. Cada vez había más poblados llenos de humanos rollizos, sabrosos y fáciles de atrapar. No oponían demasiada resistencia, ni trataban de esquivarlos a través de desfiladeros mortales, como los rebecos, las cabras montesas y los ciervos. A veces gritaban y movían esas cositas alargadas que llevaban en las manos, pero tras el primer o segundo rugido, intimidados por su

presencia, terminaban soltándolas. Luego, era como recoger una fruta que se había caído del árbol.

La vida que estaba vigilando a través de todos sus sentidos parecía otra captura fácil. La Bestia pudo sentir como su presa comía fruta apaciblemente bajo la sombra de un árbol, ajeno a él. Su olfato aspiró aire salvajemente, y el chico se giró violentamente para mirarlo.

Cuando el muchacho descubrió en la distancia la presencia de aquella masa de músculo y colmillos, emitió un lamento terrorífico, pero no trató de huir. La Bestia dejó que gritara hasta agotarse, pero sin perderle de vista. Luego se acercaría.

La respiración entrecortada del chico se mezclaba con sus lágrimas. El gran oso se acercó a pocos metros y volvió a sorprenderse por la ausencia de defensa, o de la intención de huir. Muchos hacían lo mismo, se quedaban paralizados y emitían gemidos de súplica, pero ese chico no se separaba del árbol.

El oso podía oler el terror en sus presas, pero esta vez no hubo variación en su miedo. Tenía un extraño olor, pero no lo reconocía. Movió la cabeza hacia un lado y al otro, e intentó descubrir si acaso estaba herido o enfermo. Todo a su alrededor estaba en orden. De hecho, reinaba un extraño silencio, más allá de los quejidos lastimeros de su presa.

No escuchaba el ruido de los pájaros.

La Bestia se levantó sobre sus patas traseras, irguió la cabeza y olfateó la posible presencia de otros osos o perros de las montañas. Segundos después, reposó las patas delanteras delante del chico, y lo olió.

El muchacho sintió el impacto de sus patas en el suelo y se acordó del alud de nieve y hielo que arrasó su poblado años atrás.

El mismo ruido, la misma vibración en la tierra, el mismo olor a muerte…

El chico sintió su aliento salvaje encima de su hombro, una mezcla poderosa de olor a hierba fresca y sangre podrida. Su inmensa cabeza no mostraba ninguna señal de debilidad, porque hasta su propia presa se mostraba consciente de su invencibilidad. El chico había escuchado mil historias de la Bestia, pero tenerlo allí al lado, encima de él y al alcance de cualquiera de sus zarpas era una cosa muy distinta, una sensación indescriptible. Cerró los ojos con fuerza y una mueca de pánico le desdibujó la cara. Las lágrimas salían de sus ojos y la saliva de su cara como si de un riachuelo se tratase. Pero ya no le importaba nada de lo que había en el mundo. Había entrado en otro nivel de consciencia. El oso gigante iba a matarlo en un instante, en el tiempo que duraba una respiración, un latido, un parpadeo, sin que pudiera hacer absolutamente nada.

Cuando la Bestia estuvo lo bastante cerca de su cuello, gruñó.

Algo no le había gustado, así que se dio la vuelta y salió corriendo por el mismo camino que le había traído hasta ese lugar.

En ese momento, justo en la trayectoria del oso, la tierra se abrió y apareció Elgor, encarado con el animal, con un arco de madera de tejo y flecha de avellano en la mano. Llevaba toda la noche esperando oculto y en silencio bajo tierra para tenderle una emboscada, y lo había conseguido.

Se encontró al enorme animal corriendo en su dirección. Era mucho más rápido de lo que hubiera podido imaginar, y mucho más intimidante. La tierra se movía cada vez que posaba las patas, y tuvo miedo de errar el disparo, pero no podía pararse a pensar, porque si pensara, probablemente saldría corriendo.

Tuvo que disparar rápido, sin apuntar. Se acordó de Havel, tensó la cuerda del arco hasta su oreja, soltó la flecha, y ésta impactó en el objetivo. Luego saltó de su escondrijo y se apartó lo más rápido que pudo para evitar la furia del animal herido. Ningún oso es derribado con una sola flecha.

Tuvo la tentación de alejarse definitivamente, de subirse a un árbol, pero volvió a acordarse de Havel. Sabía que el terror podría asolar su mente en algún momento, y hacer que se quedara paralizado.

Por eso, volvió a pensar en aquella cueva llena de despojos humanos y de sangre.

El oso sintió como la afilada pieza de pedernal se clavaba profundamente en una de las patas delanteras. Desplegó toda su velocidad gruñendo brutalmente y destrozando todos los arbustos a su paso, pero se detuvo al ver como la tierra volvía a moverse, y otros hombres emergían debajo de sus respectivos mantos de hierba.

Balak, Halle, el joven Espiga, Ummsark y los demás miembros de la partida de caza dispararon sus lanzas y flechas talladas específicamente para grandes presas. Acertaron cuatro veces en su costado, como habían planeado desde el principio. Pudieron ver cómo habían hecho sangrar a la Bestia, pero la gran capa de grasa del animal lo protegía de la mayoría de los ataques. Cargaron nuevamente sus flechas, pero ya no volverían a tenerlo tan a tiro.

El animal se sintió desconcertado por el atrevimiento y la actitud desafiante de aquellos hombres, así que trató de alejarse dando media vuelta y corriendo hacia abajo, hacia el valle. Se había enfrentado a alguno de ellos con anterioridad, pero nunca se encontró con una cuadrilla de hombres ocultos como topos bajo tierra, que aparecían de la nada gritando como salvajes. Pasó nuevamente al lado del asustado muchacho que había servido de reclamo, y que trataba de deshacerse inútilmente de una cuerda que lo ataba a un poste clavado en la tierra.

Si la Bestia quería salir con vida de aquella trampa, debía

enfrentarse a una caída equivalente a unas cuatro veces su altura, muy cerca de una agrupación de rocas negras y afiladas de aspecto amenazador, escondidas entre la nieve.

Varias lanzas pasaron junto a él, y cuando una nueva flecha se clavó en su lomo, decidió arriesgarse. Emprendió la bajada con la agilidad propia de una cabra montesa, recorriendo el desnivel como si corriera en llano.

Halle pensó que habían hecho todo lo que estaba en su mano. No podían seguir a un oso herido por aquel terreno. Pero Elgor no era de la misma opinión.

El hijo del tejedor persiguió a la Bestia corriendo a la máxima velocidad que le permitían sus bien entrenadas piernas, con el añadido del coraje de sus cuentas pendientes. Se detuvo y disparó una nueva flecha que volvió a herir a la bestia. Pero no parecía que fuera a ser suficiente. Caminó unos metros a la izquierda y saltó hacia una pendiente de nieve que había examinado anteriormente.

Cuando más convencido estaba la Bestia de que se había alejado lo suficiente, ahí estaba el loco humano, persiguiéndolo…

Desde lo alto, Balak y Halle contemplaban la escena. Veían al pequeño Elgor persiguiendo sobre la nieve a una bestia diez veces más corpulenta que él, la misma que había despedazado a su padre un año y medio antes.

Halle tensó el arco con todas sus fuerzas y apuntó nuevamente al monstruo. Pero un segundo después, desvió la trayectoria hacia un nuevo objetivo en movimiento.

Hacia Elgor.

Ni siquiera se inmutó cuando percibió por el rabillo del ojo la mirada de Balak, quien trataba de interpretar las intenciones de su señor. Finalmente, Halle bajó el arco y anunció:

—Ya le hemos ayudado bastante. A partir de ahora, Elgor deberá dar muerte a la Bestia. Es él quien guarda la cuenta pendiente.

Balak dijo:

—No puede morir aún. La profecía le protege.

Halle efectuó una expresión de desprecio con sus manos.

—Alunna puede equivocarse. Si Elgor se pone al alcance de sus garras, comprobarás lo poco que le importan a la Bestia las profecías de mi hermana. Ten por seguro de que Elgor ni siquiera se acuerda de eso.

Cuando el gran oso pardo miró hacia atrás, comprobó que sólo le seguía un hombre. A su manera, la Bestia sintió que aquella situación, la de huir perseguido a través de la nieve por un pequeño hombre, se encontraba fuera de toda lógica.

Se detuvo en seco, se dio la vuelta y gruñó con fuerza. Luego

corrió directo al pequeño hombre para destrozarlo con sus garras y colmillos. Su cuerpo seguía manteniendo todo el vigor y la potencia de su juventud.

Una nueva flecha procedente del arco de Elgor se clavó en su pecho, pero tampoco eso detuvo su carrera. Ni siquiera todas esas flechas clavadas en su cuerpo habían conseguido debilitarlo. El monstruo se comía el terreno y gruñía como sólo lo haría un demonio.

Elgor también se detuvo. La nieve le cubría casi hasta las rodillas, pero volvía a sentir la tierra temblando bajo sus pies por las pisadas de la Bestia. Sentía todo el miedo del mundo, y por un momento se sintió enfermo. Volvió a valorar la posibilidad de alejarse del peligro, de huir.

Pero volvió a pensar en Havel, y en Alunna. Ella no sería la siguiente. No quería morir ese día, sin despedirse de su mujer. Ella ni siquiera sabía que había organizado una partida de caza con Halle para matar a la Bestia.

Elgor se convenció a sí mismo de que por sus venas corría la sangre más pura, y por su cabeza, los pensamientos más rápidos y decididos que un hombre sería capaz de albergar, y esa claridad mental sólo podría alcanzarse con la muerte a un solo paso de distancia.

Estaba obligado a apagar la angustiosa voz que llevaba más de un año y medio resonando en su cabeza. No había marcha atrás. La única opción que le quedaba era la de reaccionar tan rápido como la Bestia, o incluso más.

Elgor soltó el arco, sacó el hacha de cobre y su daga, y trepó rápidamente sobre un grupo de rocas cuyo punto más alto se elevaba a unos cuatro pasos sobre el suelo. Allí, en aquella roca oscura rodeada de nieve, esperaría su suerte, cualquiera que fuese. El oso gigante se levantó sobre sus patas traseras y se preparó para lanzar sus mortíferas cuchillas. Elgor se quedó helado de miedo al encontrarse frente a aquella enorme cabeza armada por dos terribles filas de dientes cubiertos de saliva espesa y blanquecina, y aquellas mortales garras delanteras cubiertas de sangre y nieve. Recorrió con la mirada aquella terrorífica cicatriz de su cara en tan solo un instante, lo mismo que le duró el miedo.

La Bestia lanzó una de aquellas garras en un movimiento salvaje y fugaz, rozando su pierna. Elgor aprovechó ese preciso instante para clavarle el hacha en el cuello, aunque para ello tuvo que acercarse mucho más de lo que lo habría hecho cualquier hombre prudente.

Sintió en su brazo la vibración de la hoja del hacha chocando contra los huesos del gran oso. Si no hubiera asestado correctamente ese golpe, habría acabado despedazado, pero si el oso asumía riesgos a pesar de la emboscada, él no podía ser menos. Escuchó el rugido de

dolor del animal, que aún tardó unos segundos en caer sobre sus espaldas, y luego rodó descontrolado montaña abajo.

Tras un aparatoso descenso, asentó sus patas traseras, y trató nuevamente de ponerse en pie, pero la sangre brotaba, como manantiales de color púrpura, por distintas partes de su cuerpo.

La sangre caliente de la leyenda que había atormentado al mundo durante tantos inviernos humeaba en contacto con el aire gélido de las montañas, y el hacha de Elgor estaba clavado en su cuello.

Por un momento, Elgor sintió compasión por la Bestia, pero luego pensó que sólo podía haber un rey de la montaña.

Se acercó al animal, debilitado y herido de muerte, y buscó la manera de asestarle el golpe final. Le buscó la espalda y se lanzó a clavarle la daga repetidamente, para liberarle del dolor de la confusión.

La sangre salpicó el rostro del hijo del tejedor. Luego cayó al suelo, junto a la bestia inmóvil, agotado por el esfuerzo y, sobre todo, por la tensión nerviosa. Su sentido del oído estaba desconectado. Ni siquiera podía escuchar el sonido de los gritos de admiración de Halle, Balak y el resto de los hombres.

No odiaba a la Bestia. Había sido un glorioso rival. Un oso no sabe vivir de otra forma, pero él tampoco.

CAPÍTULO 24 — LA ESCLAVA

Nanna, la séptima bruja, caminaba dificultosamente ayudada por un bastón. Calzaba unas sandalias sencillas de fibra con relleno de paja. Vestía una abrigada túnica de piel con mangas largas, y llevaba unas bolsas decoradas con dientes colgando de su espalda. A pesar del esfuerzo para superar cada pequeño desnivel, en su boca siempre había una media sonrisa confiada. Los tres símbolos negros que cortaban por la mitad su frente, causaban espanto a los niños.

—¿Qué haces aquí, bruja? —Le preguntó Alalio—. Cuando Halle sepa que sigues cerca de Atria, te sacará atada sobre un asno emborrachado de vino, sin guía, en dirección a las montañas, con todos tus ungüentos y maleficios.

—¿Quién va a meterse con una vieja como yo? Sería más fácil para él esperar a que me resbale y me rompa la cadera, y que los perros de las montañas vengan a comerse estos pellejos. Mírame. No me debe quedar mucho. Déjame morir en paz.

La anciana ignoró al joven y siguió caminando hacia su humilde morada.

Entró en su cabaña, y allí dentro le estaba esperando aquel hombre.

—Te has metido en la casa de una pobre anciana.

—No me hagas reír. A mí no me tomas el pelo como a los demás. Sé que haces magia negra.

—Si lo sabes, no eres muy prudente al meterte en mi casa. ¿A qué se debe tu visita, gran hombre?

—¿Acaso no lo sabes?

—Hay muchas cosas que podemos desear. Unas son inteligentes, y otras no tanto.

—Yo seré rey.

—Pues hazme tu reina cuando lo consigas —bromeó.

El hombre torció el gesto.

—Pero necesito tu ayuda para serlo. Para eso he venido, para que me guíes. ¿Qué quieres a cambio? ¿Cobre? ¿Oro? ¿Esclavos?

¿El precio? No hay precio. ¿Qué puedes darme que no pueda conseguir por mis propios medios? Lo que ha de venir, vendrá. Montará a lomos de una bestia, llevará capa de oso, el rostro pétreo y grandes cuernos de Uro. Porque aquél que sea capaz de cazar a un oso por sí mismo, se convertirá en rey. ¿Hay mayor medida de la grandeza? Pero antes, deberás superar algunos obstáculos…

—¿Qué obstáculos? ¡Dímelo!

—No tan rápido. Primero debo forjar las herramientas, y eso

requiere su tiempo. Sólo existe un atajo, que es matar a Halle, pero no creo que te atrevas a intentarlo. Serás rey si cumples las condiciones, pero a su debido tiempo. Hasta entonces, no pierdas la cabeza.

—Entonces esperaré. Dispongo de mucho tiempo.

—Utilízalo bien, gran hombre. Saluda a Alunna de mi parte.

***

Imre había sido atada al tocón de un tronco seco durante diez días, y había sido violada cientos de veces. Ya no lloraba, ya no gritaba, ya no se resistía, y no hablaba. Le cortaron el pelo para humillarla aún más, y le tatuaron en la piel de la espalda la cara barbuda de Kratos con un cuchillo al rojo vivo, para que no olvidara a quién debía lealtad. Su mente había sufrido una transformación que la hacía parecer más un objeto, que una persona.

Por la noche la desataban, la conducían por un largo pasillo bajo tierra para encerrarla en su minúscula celda, donde recibía algo de comida y la atención de una curandera para que viviera más tiempo, porque así era como Kratos trataba a sus enemigos.

Escuchó a sus guardianes hablar sobre cómo Kratos planeaba matar a Halle y a los suyos. Imre rezó a sus dioses para que consiguiera su objetivo, y no tuvieran que sufrir ser prisioneros del autoproclamado dios Kratos.

Una vez en su celda, puso su mirada en el único ventanuco que le permitía ver el cielo, aunque sólo fuera por la noche. Su padre había sido un excelente minero y había sido el artesano que dirigió la construcción de aquellos pasillos y galerías bajo tierra, e incluso de la celda de su hija. Cuando se enteró de que Kratos la tomaba como su nueva concubina, protestó enérgicamente, hasta que Wotan le cortó la cabeza.

Imre pensaba en todas las diferentes formas de quitarse la vida que tenía a su disposición, pero no se atrevía. Tendrían que ayudarla, tendría que pedir a sus guardianes, o a los Hijos de la Noche, que le quitaran la vida. Pero no lo harían.

Volvió a pensar en los pasillos y galerías, y en cómo su padre situaba estructuras de madera para que se mantuvieran en pie. Sin embargo, a veces se derrumbaban y había que diseñar una nueva sección o un camino aleatorio. Muchos aldeanos de Argonas habían quedado enterrados bajo la tierra. Una horrible forma de morir. Sin embargo, para Imre no era tan horrible.

Había jugado por aquellos pasillos cuando era niña, y conocía todos sus secretos, y sus pasadizos más impenetrables. Cuando era pequeña, podía llegar por ellos al exterior. Ya no era una niña, pero había perdido mucho peso desde que Kratos decidió castigarla con el

dolor y la humillación más descarnada. Pensó que sería una buena forma de morir.

Una buena forma de morir. Asintió con la cabeza mientras permanecía con la vista fija en aquel ventanuco que le permitía ver el cielo.

CAPÍTULO 25 — ANTES DE LA TORMENTA

Año 2027 de Nuestra Era.

Por la noche, Erik se preparó un vaso de whisky con hielo. Pensó que eso le ayudaría a dormir mejor. Tras beberse el licor en varios tragos, dejó el vaso con los cubitos de hielo en el fregadero. Se tumbó en el sofá y esperó pacientemente su viaje hacia aquella región tan inhóspita, sin espacio y sin tiempo, que pertenecía al Morfeo del neolítico.

Mientras mantenía los ojos abiertos, se preguntó qué le depararía aquella noche. Esperó no tener que presenciar episodios tan desagradables como la muerte de Havel, o la violenta agresión de Kairatos a Vinus.

Empezaba a entender lo terrorífico que había sido el pasado. O lo terrorífica que era la mente humana, sin entrar en milenios.

Cerró los ojos y volvió a soñar. La escena empezaba en Atria.

Lo que estaba a punto de presenciar superaría todos sus referentes del terror.

CAPÍTULO 26 — ASALTO

Al amanecer, dos hombres armados entraron en la casa de Urcam, y sorprendieron a Alunna mientras rezaba a la Madre Tierra.

—¿Qué hacéis aquí?

—Somos los Hijos de la Noche. Entramos donde nos place.

Uno de los hombres observó los ojos de la bruja. Eran completamente azules.

«Atrapó el cielo dentro de sus ojos» —pensó.

Hizo lo que haría cualquier otro hombre cuerdo, y se enamoró de ella.

«Tengo que matarte, bruja» —rumió.

—Elgor y Halle os castigarán tan sólo por haber entrado en mi cabaña. Pero si os vais…

—Pero si os vais —gritó uno de los hombres, solo por interrumpirla, para burlarse de ella—. ¡Pero si os vais…! ¡Pero si os vais…!

Gritaba con una voz burlona y cavernosa, como si estuviera bajo los efectos de alguna droga, y Alunna se dio cuenta de que sólo era un niño cuyo único medio de comunicación era una mezcla entre la infancia y el lenguaje de las armas. Se acercó a la hechicera con una espada corta, amenazante.

La puerta se abrió y Urcam vio a su hija en peligro. Los dos hombres cruzaron la mirada y Urcam no dudó en correr hacia el hombre que amenazaba a su hija mientras sacaba la espada de su cinto. El invasor le dirigió un mandoble y Urcam lo esquivó ayudándose con su espada. El gran cuerpo del jefe hizo el resto. Estrelló al hombre contra la pared de piedra y argamasa, y luego le clavó la espada con violencia.

Una flecha entró por la puerta de la cabaña, e hirió a Urcam en la espalda.

El segundo hombre, que ya estaba detrás de Alunna, la atacó con una maza de piedra.

—¡Muérete bruja! ¡Puta!

Golpeó la cabeza de la hechicera. Alunna sintió como la envolvía una oscuridad impenetrable. Perdió el control de sus movimientos, y su cuerpo cayó inerte sobre el suelo.

Como cualquier otro hombre verdadero, el atacante no dejaría que nadie más tocara a la mujer de quien estaba enamorado.

Urcam no tardó ni un segundo en arrebatarle la maza al hombre y convertir su cabeza en un amasijo de vísceras. Luego contempló el cuerpo apagado de Alunna, y gritó de furia.

Tomó una butaca de madera del suelo y la maza de piedra, y salió hacia el exterior para repeler el ataque al poblado. Vio a algunos de sus hombres muertos. El leal Kul mataba a uno de los asaltantes justo delante de sus ojos, pero un instante después era muerto por la espalda, atravesado por varias dagas numerosas veces y con saña, como si lo odiaran.

—¡Éste es el gran Urcam!

Gritó Kairatos mientras sostenía un arco y una flecha con punta de cobre, poseído por la furia. Urcam se dio cuenta de que quien dirigía a los invasores era el hijo de Kratos, a quien conoció el día del matrimonio entre Alunna y Elgor.

—¿Qué haces, loco? ¿Te recibimos en nuestra celebración y así nos lo pagas?

Kairatos quiso mostrarse aún más ofendido, e igualó el tono de voz de Urcam.

—Tu hijo Halle nos pidió una respuesta respecto a la urbe de Kurt. Quería que sometiéramos Argonas a su autoridad, cuando Kratos, mi padre, es un dios. Y hoy he venido a entregar la respuesta personalmente. Creo que va a ser lo suficientemente clara.

Dos hombres salieron de una cabaña llevando en volandas a Kania, la esposa de Halle, agarrada de los brazos. La mujer sostenía al hijo que llevaba en su vientre.

La tiraron al suelo.

Urcam ni siquiera lo pensó, y corrió a liberarla, pero una saeta perfecta, con una afilada punta de cobre, atravesó el vientre preñado de la mujer, de lado a lado.

Urcam se detuvo, horrorizado. Por un momento pensó que no podía ser cierto, y una parte de su mente le decía que solo era una pesadilla y que pronto se despertaría. Pero se dio cuenta de que no iba a ser así, y se derrumbó psicológicamente.

Volvió a gritar de rabia e impotencia, como un animal herido, y una lluvia de flechas cayó sobre él. Detuvo algunas con la butaca y se dirigió al arquero que había disparado a Kania.

Tuvo que pasar por encima de dos hombres hasta que llegó a su objetivo, golpeando con la maza la cabeza del arquero. El hombre se desmoronó temblando, con un hálito de vida que se extinguiría en segundos. La caída del arquero permitió que el resto de los asaltantes se encargaran del viejo Urcam, saeteándolo hasta que la pérdida de sangre le hizo desplomarse de rodillas, en aquel estado de inconsciencia que precede a la muerte.

Kania tampoco parecía entender lo que estaba sucediendo. La herida que la había atravesado, tanto a ella como a su hijo, la había dejado totalmente conmocionada. Trataba de levantarse del suelo sin apartar la mano de su vástago nonato, sin saber quiénes eran esas

otras personas.

Tampoco era consciente de que el que iba a ser el abuelo de su hijo, yacía desangrándose sobre la tierra.

El comandante de los Hijos de la Noche volvió a usar su arco, y Kania recibió otra flecha de cobre en el pecho, acabando con su sufrimiento.

Los gritos cesaron tras la muerte de más de dos docenas de hombres, mujeres y niños.

Kairatos había terminado con su misión, y se regocijó en voz alta.

—Otra hazaña gloriosa que hará pasar a la historia a los Hijos de la Noche. El viejo Urcam, señor de Atria, padre de Halle, muerto; la mujer de Halle, muerta. Y también el hijo de Halle, que no verá nunca la luz del sol. Todos muertos.

Los hombres vitorearon y manoteaban con las manos manchadas de sangre, ebrios de la muerte de decenas de hombres, mujeres y niños.

—Alunna, la hermana de Halle, también está muerta.

Añadió otro de los invasores, para mayor satisfacción de Kairatos, que recordaba cómo Halle había rechazado su proposición de matrimonio. Se moría de ganas de buscar su cuerpo sin vida, de poseerlo y despedazarlo.

—Definitivamente, ¡el cielo nos bendice! ¡La bruja también está muerta! El primer paso era matar a la bruja que anunció la profecía. Ahora, hay que matar a la profecía. No hay otra forma de poner fin a esta locura y purificar las tierras de esta región. Y ya sé dónde encontrar a Elgor, el impuro.

Uno de los vigías de los Hijos de la Noche llegó corriendo e interrumpió:

—Kairatos… Un grupo de cazadores de Atria se acerca remontando el valle. Son tan numerosos como nosotros, y el gigante Ummsark va con ellos.

Kairatos había pensado en saquear los cuerpos de las mujeres, tanto de las vivas como de las muertas, pero debía cambiar de planes. Decidió que no tomaría más riesgos. Ese día no se derramaría más sangre.

—Hemos disfrutado de una dulce victoria a pesar de que algunos de nuestros hermanos hayan dejado la vida en la gloriosa batalla. Pero nuestra venganza será saciada a su debido tiempo. Marchémonos.

CAPÍTULO 27 — LA VISITANTE

Cuando se levantó del sofá, Erik se acercó a la nevera para beber agua y se fijó en el fregadero. Vio los mismos cubitos de hielo que había dejado en el vaso la noche anterior. No se habían descongelado a pesar de que ya era de día y habían pasado más de ocho horas.

—Mierda. Estoy soñando. ¿Estoy soñando, Sofía?

—Así es, Erik. Pensé que lo sabías.

—Pero tú y yo estamos hablando dentro de mi sueño, ¿no es así?

—No, es tu mente la que habla por mí. Pero ella sí, ella se encuentra en tu sueño ahora mismo.

—¿Ella? ¿Cómo que ella? —preguntó desconcertado.

Erik miró hacia atrás. Allí estaba Alunna, la preciosa Alunna, con su capa oscura, observando a Erik con el rostro sereno e imperturbable y los brazos cruzados, como si estuviera esperando que le prestara su atención.

—¡Hola Erik!

La sorpresa se reflejó en el rostro del anfitrión onírico. Había soñado con ella, pero ya había perdido la esperanza de entablar una conversación, y tampoco esperaba verla en un escenario moderno, sin cabañas, arcos y vasijas de barro y cobre. Barajó la posibilidad de saludar a la hechicera de Atria con un «buen porvenir».

—Caray, esto sí que es nuevo para mí. Hola Alunna… ¿Me conoces?

Alunna sonrió.

—Es gracioso que me preguntes eso, sobre todo después de…

En el último momento, Alunna prefirió no completar aquella frase. Decidió improvisar una nueva respuesta, una que no implicara revelar información demasiado sensible.

—Sobre todo —continuó—, después de todos los viajes que has hecho a mi mundo. Incluso me has visto desnuda.

Erik se sintió avergonzado.

—Es cierto, y lo siento. Pensé que no me estabas viendo, que sólo era un sueño. Además, no sé si lo sabes, pero no puedo evitar todos estos viajes, si se les puede llamar así.

—No te culpo. A mí también me sorprendió. Y tú ahora debes de estar igualmente sorprendido. Por cierto, ¿sabes lo que me acaba de pasar, en mi vida?

—¿Lo que acabo de ver? Sí, ese cabrón de Kairatos… Te golpearon con un mazo de piedra en la cabeza. ¡Mierda! Sentí tanta impotencia por no poder intervenir… ¿Pero qué ganaba ese hijo de perra iniciando una guerra contra Halle?

—Nadie debería encolerizar a Halle. Supongo que Kratos y Kairatos tuvieron envidia de los planes de mi hermano y ahora pretenden ocupar su lugar como reyes de Kurt.

—Me hubiera gustado ayudarte, Alunna. En serio.

—No te preocupes. Supongo que había llegado mi momento, y que es así como tenían que ser las cosas. Pero tú tienes otro papel. Puedes ayudarme, a mí y a Elgor. Yo le prometí que le ayudaría de una forma o de otra, pero si no puedo hacerlo, me gustaría que lo hicieras tú.

—Haré lo que me pidas, si está en mi mano.

La hechicera asintió.

—Enseguida te hablaré de ello. Pero tenemos algo de tiempo y sé que tienes preguntas que hacerme. Para ti tampoco debe ser nada fácil.

Alunna observó en una estantería un trofeo de color dorado que representaba a un águila con las alas desplegadas, como si fuera a emprender el vuelo. Luego prosiguió:

—Este es el momento de formular todas tus preguntas. Podríamos hablar durante días y, sin embargo, en mi mundo, no pasaría ni un segundo. De hecho, me gustaría prolongar esta conversación el máximo de tiempo posible, teniendo en cuenta que no sé si voy a sobrevivir, y que no sé si estaré viva mañana. Por este motivo, tampoco sé si ésta es la última conversación que tenemos. No tengo profecías para mí.

—Desde luego que tengo muchas preguntas. De acuerdo, allá voy. ¿De verdad amas a Elgor, o sólo te casaste con él por la profecía?

—¿Qué si amo a Elgor? Él es mi hombre. Me casé porque quiero estar con él todo el tiempo que sea posible, porque me respeta como nadie más podría hacerlo, porque es valiente, porque me necesita, y yo le necesito. Sí, lo amo. Debe ser así.

Erik asintió un tanto decepcionado. Después de todo, él también estaba enamorado de Alunna. Pasó a la siguiente pregunta.

—Necesito saberlo. ¿Cómo conociste esa profecía? ¿De qué forma te fue revelada?

—Eso no puedo decírtelo. Lo siento.

—De acuerdo. Entiendo que hay cosas que puedes decir, y otras que no. Entonces pasaré a la siguiente cuestión. He conocido a alguna persona que piensa que en vuestro tiempo comíais carne humana, supongo que como algún tipo de sacrificio. ¿Es cierto?

—¿Qué pregunta es esa? ¿Lo hacéis vosotros?

—Bueno, yo diría que algunos lo hacen. Aquí hay gente para todo. Somos más de ocho mil millones de habitantes, casi nueve mil.

Alunna se quedó pensativa.

—No sé cuánto es eso, pero por cómo hablas, deben ser muchas aldeas.

—¿Aldeas? Sí, muchas. Más bien urbes, como la que Kurt pretende erigir.

—Pretende…

Repitió Alunna en voz baja.

Al escuchar aquella palabra, se dio cuenta de que Erik se refería a un periodo concreto de la creación de Kurt.

Pero abandonó ese pensamiento al escuchar un zumbido en la distancia. Se acercó a una puerta con vistas al exterior, subió tres escalones y penetró en el balcón, al aire libre. Alunna se preguntó por qué en el futuro habría extensiones del suelo hacia el exterior, que conducían al vacío. Se detuvo a un metro de la barandilla, temerosa de la gran altura bajo sus pies. Vio grandes edificios, todos ellos con más de una planta de altura, algunos con muchas plantas. Todos con las ventanas iluminadas.

—En tu mundo hay tantas luces…

Expresó sorprendida. Erik salió, evitando el primer y el segundo escalón, por su ritual, se puso a su lado y se asomó al vacío, asintiendo.

Un segundo después, Alunna desvió su atención hacia el firmamento, porque de ahí venía el zumbido, y alcanzó a distinguir una figura semejante a un pájaro que levantaba el vuelo, como a una hora de distancia a pie. Pero aquel pájaro carecía de plumas y dibujaba una línea recta hacia el cielo. Su potencia, la ausencia de aleteo, el aspecto metálico y el sonido enloquecedor que emitía le confirmó que estaba hecho por los hombres, o por dioses. Se quedó petrificada.

Erik se dio cuenta de que aquella imagen podría resultar impactante para una persona instalada en el pensamiento del neolítico, donde aún creían en demonios, gigantes, magia negra y dragones.

—Es un avión. Es un invento del hombre, y está lleno de personas. Cientos de ellas.

Alunna asintió, sorprendida.

—¿Te asusta lo que le espera a tu mundo en el futuro? —preguntó Erik.

—Yo no puedo asustarme —contestó la hechicera—. No tengo cuerpo. Sólo mi mente se encuentra aquí, contigo. Mi cuerpo yace moribundo en otro lugar, en otra época, y allí tengo otras muchas preocupaciones. Pero tengo miedo por vosotros, por lo que los demonios podrían haceros por alterar la naturaleza, por convertir a los pájaros en piedras de metal, y a las piedras de metal, en pájaros. A los demonios no les gusta que los hombres alteren el equilibrio.

Alunna regresó al interior de la habitación y Erik la siguió, nuevamente evitando el primer y el segundo escalón. Alunna volvió a

darse cuenta, pero no quiso preguntar el origen de esa manía.

El hombre del año 2027 intentó reconducir a Alunna hacia la senda correcta, lejos de la mitología antigua y de las creencias sobrenaturales.

—Tengo que decirte algo —advirtió Erik—. Los demonios no existen.

Alunna asintió, mística. No estaba interesada en discutir con Erik o con cualquier otra persona sobre el orden natural de los elementos. Sintió que el hombre moderno había aprendido a vivir en un mundo diferente lleno de comodidades, pero había olvidado las enseñanzas más básicas, los códigos naturales que unen al hombre con el mundo en el que vive, con la tierra y la hierba que pisan sus pies. Ya había descubierto que Erik y el resto de las personas de su mundo se habían olvidado de conocer las plantas, los árboles y los frutos comestibles, de rastrear, de buscar agua, de tejer o hacer cuerda, o incluso de hacer fuego para sobrevivir.

Se habían olvidado de que hay muchas cosas que resultan inexplicables si se rechaza la existencia de poderes superiores.

—Ahora mismo —continuó Alunna—, estoy pensando en que Elgor no creería lo que me estás contando. Sería más probable que creyera que estoy estableciendo contacto directo con alguien que nacerá en un futuro muy lejano, que lo que me cuentas sobre unos pájaros de metal que transportan a cientos de personas en su pecho.

—¿Se lo contarás?

—Como ya te he dicho, mi cuerpo real está agonizando en mi época, y probablemente no sobreviviré. Pero si lo hiciera, no, no le contaría nada que pudiera cambiar la historia.

Erik asintió.

—Tengo otra pregunta. ¿Qué le pasó a aquel pobre diablo, al que le cortaron la mano? ¿Sobrevivió?

—¡Nos lo comimos!

Afirmó rápidamente Alunna, sin apenas pensar y con el rostro imperturbable.

Erik se estremeció. Pero al ver su cara, Alunna se echó a reír. Erik también estalló en una carcajada. El sentido del humor de Alunna era certero y eficaz, a pesar de las circunstancias, pero al final confesó:

—No es cierto.

—Ya, me lo imagino. Pero por un momento me lo creí. Eres buena.

—Sólo nos comimos la mano que perdió.

—Ya —dijo Erik, incrédulo.

Alunna asintió lentamente con la cabeza.

—Nos la comimos, pero sólo la carne.

Respondió completamente convencida, y con una sonrisa en la boca. Erik no supo qué pensar, pero aún tendría que esperar para

entender a la hechicera.

—Vale, está bien. No todo van a ser respuestas fáciles. Vamos a otra cosa —meditó un segundo cómo iba a formular la siguiente pregunta—. Lo siento, Alunna, pero no lo entiendo. ¿Por qué yo?

Alunna no parecía entender la pregunta.

—Pues, creo que ya lo sabes, o lo sospechas. ¿Cuál es tu profesión?

Erik no esperaba esa pregunta tan directa. Prefería no contestar a eso. No quiso repetir que era actor, o humorista, ya que ni siquiera Sofía le había creído.

—Prefiero no decirlo. Yo también tengo mis secretos.

—De acuerdo —contestó Alunna—. Tienes algo en tu poder, algo que pertenece a una entidad superior. Aunque no quieras hablar de ello, creo que ya sabes a qué me refiero. Ahora es cuando tengo que pedirte el favor, antes de que sea demasiado tarde, porque creo que estoy a punto de marcharme, para siempre. Creerás que es imposible, pero no lo es. Tengo que pedírtelo. Si puedo, te devolveré el favor.

—¿Me devolverás el favor a mí? ¿De qué forma? Yo sé cuidarme solo.

—No estás a salvo. Hay gente en tu mundo que va a intentar matarte, por la razón que tú y yo sabemos.

Erik asintió, apesadumbrado.

Alunna se quedó pensativa. Deseaba con todas sus fuerzas poder decir: ¡No vayas a Atria! ¡Allí encontrarás tu muerte!

Pero no tuvo el valor de hacerlo. Así que se limitó a hacer lo que podía.

—Lo que te quiero pedir es lo siguiente: Quiero que rescates a Elgor.

—¿Qué lo rescate? ¿Del museo?

—Así es. Él tiene un hogar donde descansan sus ancestros.

—Es imposible.

—¿Imposible? ¿Cuál es tu profesión?

—Vale —aceptó Erik.

Alunna asintió, complacida. Luego miró hacia la mesa, hacia los signos.

—¿Este es tu nombre?

Preguntó señalando hacia las cuatro letras que constaban en la portada de la agenda: ERIK.

—Sí, es mi nombre.

—Es muy sencillo. Los signos son parecidos a los que usan Arce y Kushim. Los recordaré.

—No sé de qué puede servirte eso.

—Yo tampoco, pero como no puedo llevarme ningún objeto, me llevaré ese recuerdo. Tu nombre, Erik… ¡Erik! ¡Te estás desvaneciendo!

Erik regresó a la edad de cobre, a Argonas.

CAPÍTULO 28 — DIOSES

Uno de los lugartenientes de Kratos se separó de su mesnada para informar con celeridad sobre la victoria en Atria. En Argonas ya se había hecho de noche cuando llegó la noticia de que los Hijos de la Noche habían asaltado el poblado natal de Halle y habían matado a Urcam, su señor, con muy pocas bajas por su parte.

También informaron a Kratos de que Elgor estaba a punto de sufrir una emboscada en el pueblo de Taga de manos de doce Hijos de la Noche comandados por Kairatos. Taga era un pueblo compuesto por artesanos carpinteros, caleros, fabricantes de resina y combustible para hornos. Y era un aliado de Argonas.

El dios Kratos saltó de alegría al enterarse de que todos sus planes se habían cumplido. Sacó a todos los habitantes de sus camas y se apresuró a divulgar la noticia vanagloriándose de la victoria. También informó acerca de la muerte de Alunna, la bruja de Atria, y de Elgor, el depositario de la profecía, porque sólo era cuestión de tiempo que su hijo le diera caza en el pueblo de Taga, o por las montañas.

Salió a la plaza de Argonas, en la entrada a su palacio, y se dirigió a su pueblo:

—Hermanos y hermanas. Tengo grandes noticias para vosotros. Hace varias jornadas, nuestros Hijos de la Noche aprovecharon la oscuridad para apostarse ventajosamente cerca del poblado de Atria, cuna de Halle, el impuro, quien ha tratado de someter a Argonas a su influjo. Al llegar el día, los Hijos de la Noche se abalanzaron sobre ellos y nuestros filos de cobre cortaron muchas cabezas con precisión y sin piedad. Urcam, el padre de Halle, su esposa, y el bastardo que retozaba en su vientre impuro perecieron en nuestro ataque y fueron enviados al infierno de la manera más deshonrosa. Su hermana Alunna, la hechicera, y otros muchos hombres y mujeres de su maldita familia tuvieron el mismo fin, y chillaron como ovejas antes de ser degollados.

La voz de Kratos se elevó resonante sobre las cabezas de sus súbditos, y estos gritaron llenos de júbilo ante las noticias de una nueva victoria de los hombres de Argonas. Los ojos de Kratos brillaban llenos de venganza.

—Pero además, también ha caído el que llamaban el profetizado. Elgor, el hijo del tejedor suplicó clemencia con gritos de hembra cuando se enfrentó a Kairatos. Todas las mentiras de Halle se han desmoronado como muro sin argamasa, y pronto él mismo y sus esbirros de poca monta caerán víctimas de nuestro fuego y la precisión

de nuestro cobre. Todos vosotros podréis participar en la venganza contra Halle cuando Kairatos regrese con la cabeza de sus enemigos.

Los aldeanos gritaron llenos de júbilo, y muchos hombres se mostraron deseosos de vengarse de Halle, el impuro. Quizás no conocían los motivos exactos de su venganza, porque no era necesario y no poseían la sabiduría de su regente. Si él, que era todopoderoso, afirmaba tales extremos, tenía que ser verdad.

Otros muchos no eran tan sumisos, pero estaban obligados a mostrar su alegría y obediencia.

Como el hombre que comienza el declive natural de la edad, Kratos necesitaba el reconocimiento sustitutivo de la energía y la vitalidad de la juventud. Presentó a su pueblo aquella escaramuza en Atria como una victoria contra los engreídos invasores impuros del norte, así que el pueblo no podía hacer otra cosa más que festejarlo. Mostrarse contrario, o incluso indiferente, habría sido tomado como una traición.

Además, había preparado una trampa a Halle. Ya que era previsible que, tras enterarse de la tragedia, saldría disparado en dirección a Atria. Kratos ya había contado con ello.

A mitad de camino, cuando estuviera cansado y sin resuello, seis buenos lanceros le tenderían una emboscada.

Sin embargo, pensó que los Hijos de la Noche estaban tardando en regresar. Cada día que se ausentaran era un día más de inseguridad en el Pueblo del Metal. Llegarían en un momento u otro con la cabeza de Elgor en la mano, pero hasta entonces, estaban parcialmente desprotegidos. Bien sabían que aquel Elgor sabría esconderse bien, sería ágil y buen montañero, pero no podría esquivar para siempre a una docena de Hijos de la Noche.

Tarde o temprano, le encontrarían.

Disponían de buenas espadas, hachas, lanzas y arcos, y flechas de la mejor calidad, y además contaba con cientos de hombres de guerra, muchos más de los que Halle podría imaginar.

Pero los Hijos de la Noche eran la cabeza de lanza de su ejército, y Kairatos era su comandante. Afortunadamente contaba con Wotan de su lado, y numerosos aliados en los poblados vecinos. A pesar de los cientos de hombres con los que contaba, capaces de levantar un arma, sólo la mitad de ellos poseía cierta destreza en la batalla. Sin embargo, comandados por Wotan, serían suficientes para mantener una batalla en terreno abierto ante un grupo de guerreros comandados por Halle, y para realizar numerosas escaramuzas en el exterior. Además, podían defender sobradamente las murallas. De cualquier manera, enviaría a un mensajero solicitando apoyo de sus amigos más allá de la Pared,

los kurgan. Sólo por si acaso.

Kratos era consciente de que muchos de sus siervos no creían que fuera un dios, pero la mayoría de los hombres y mujeres eran lo suficientemente estúpidos como para creérselo, o fingir que lo creían. No era un dios, pero sabía combatir y disponía de las mejores armas y la mayor fortuna en cobre por debajo de la Pared. Eso le convertía en un dios. Además, era el mejor de los guerreros en una lucha cuerpo a cuerpo, aunque sabía que pronto Kairatos y Wotan tomarían su lugar.

CAPÍTULO 29 — TAGA, EL PUEBLO DEL FUEGO

Taga era conocida como el pueblo del fuego. Estaba controlada por los trabajadores de la madera, cuyo líder se hacía llamar el Artesano, pero también albergaba al gremio de los fabricantes de cal, que a su vez también elaboraban carbón y resina. Celosos de sus secretos, habían levantado una tosca muralla circular de piedra que les permitía elaborar el producto y comerciarlo con tranquilidad.

Las columnas de humo y el particular olor de la piedra y madera ardiendo eran perceptibles desde una jornada de distancia. Era su seña de identidad, así que el Artesano adoptó para Taga un símbolo y un cuño, que era la silueta de un árbol y un fuego.

La madera era necesaria para calcinar la piedra y así obtener cal, por lo que no era de extrañar que los cortadores de árboles se dedicaran tanto al oficio de carpintero como de calero. Además, el calor que alcanzaban los hornos para la piedra hacía obtener temperaturas parecidas a los hornos de Argonas para fundir el metal. Por otra parte, el cobre del Pueblo del Metal, de las hachas, cuñas, martillos y demás herramientas, facilitaba el arduo trabajo de cortar grandes troncos para construir tablones. Por lo tanto, el intercambio de conocimientos y herramientas era fluido en ambas direcciones.

Elgor finalizaba un nuevo viaje en compañía de Kobo, uno de los hombres de Halle. Había cambiado las largas caminatas de comercio entre las crestas heladas, por las que realizaba en nombre del hermano de su esposa para establecer alianzas comerciales. Vestía su traje de cuero y llevaba una mochila con los presentes para el patriarca, los víveres y la capa. Sus armas eran el arco de su altura que le había regalado Halle, una aljaba cerrada de flechas, la daga y el hacha.

Tras culminar la mayor parte del viaje, y antes de entrar en el poblado, Elgor y Kobo se sentaron en el suelo con la vista puesta en las largas columnas de humo. Allí descansaron, comieron unas avellanas, el resto de la hogaza de pan negro, y tomaron el vino que traían en un odre de cuero. Aquel pan negro estaba hecho con la semilla extranjera que introducirían los prohombres, y su sabor resultaba algo amargo, aunque decían que era bueno para hacer cerveza. Tras el tentempié, se pusieron en marcha. Elgor aún se sentía nervioso representando a Halle y relacionándose con los jefes de los asentamientos y aldeas.

—Allá vamos, Kobo.

—Espero que sea un poblado generoso con los forasteros. El vino me ha sabido a poco.

—Yo me conformo con que no sean belicosos —añadió Elgor—. Es increíble la cantidad de poblados que existen por debajo de Atria. No me lo imaginaba.

Reemprendieron el viaje y caminaron en silencio hacia Taga, dejándose ver para que nadie pensara que trataban de ocultarse, y así evitar que los identificaran como enemigos. La infernal estampa del cielo colapsado por los vapores del hombre presidió su entrada.

Tras identificarse como Elgor, enviado de Halle, quien a su vez era hijo de Urcam, se les permitió la entrada en Taga, donde la actividad maderera era frenética.

Ya en el interior, Elgor se quedó mirando como una familia de carpinteros trabajaba un tronco de grandes dimensiones para obtener vigas o tablas de madera. Lo partían por la mitad utilizando herramientas de piedra y cuñas de madera, sin necesidad de usar cobre. Luego partían por la mitad cada una de las piezas, y así seguían hasta que obtenían listones de madera del mismo grosor que, dijeron, podrían destinarse a la fabricación de barcos, de mesas o de techos que sirvieran para habitar y transitar en una segunda planta. Cuando terminaban las piezas las amontonaban de la mejor manera para facilitar su ventilación y el secado de la madera.

A Elgor se le vino a la mente las tablas de madera del cuarto que ocupó el día de su llegada a Garín del Sur, y que tanto impresionó a Balak.

Los madereros hablaron entre ellos en algún idioma extranjero que Elgor desconocía, sobre la presencia de éste. El guía debió decirles que era un aliado, y el capataz emitió una risa sencilla, típica de los hombres de campo que no ocultan malos pensamientos.

—Esto no es nada —dijo el guía a los visitantes—. Los troncos de buena madera tienen otro proceso. Los marcamos con líneas de carbón y los cortamos con nuestras herramientas especiales, y podemos sacar de ocho a diez tablones de calidad sin perder material —presumió.

Le contó a Elgor que los arrancaban de la tierra de los bosques cercanos mediante diversas técnicas en las cercanías del río. Los ataban y los conducían rio abajo con varios guías con remos, y era una profesión muy peligrosa. Para detener los troncos, se conducían hasta un sistema de cuerdas y un apéndice artificial hecho de piedras, situados a la llegada al pueblo carpintero.

Allí también juntaban las piezas de madera que sobraban y las hacían arder durante días para obtener su valiosa resina, que se recogía mediante un canal trazado por los artesanos. El producto final se destinaba a la impermeabilización de tejados, o de las juntas de la base de los barcos, entre otros usos.

Sin embargo, a pesar de que eran fuente de riqueza, ambos procesos eran molestos debido al olor y los humos que desprendían

durante días.

Finalmente condujeron a Elgor y a Kobo hacia el taller central de carpintería.

—No solemos dejar entrar a nadie, pero tú eres Elgor, el de la profecía, así que eres bienvenido. El Artesano te recibirá, tu acompañante podrá dejar la caja con los presentes, y luego podrá ir a la cabaña de la cocina, donde le atenderán bien. El Artesano te acompañará luego y comeréis juntos.

Elgor no pudo conocer su nombre, ya que todos insistían en llamarle simplemente, el Artesano, como si hubiera nacido con ese apodo.

Penetró en el edificio de madera más amplio que había visto nunca, al que llamaban carpintería, que era donde almacenaban los materiales y donde se realizaban trabajos más finos o con piezas de menor tamaño. Tenía caída a dos aguas. Las columnas de madera y las tablas ligeras en los tejados permitían una construcción sólida, que permitía que más de cincuenta personas trabajaran al mismo tiempo. A Arce le hubiera encantado verlo.

Un grupo de muchachos introducían cuñas de piedra y metal en un grueso tronco con el fin de partirlo por la mitad con unas mazas de madera.

—¿Estás buscando al Artesano?

Le preguntó uno de los muchachos. Ante la respuesta afirmativa de Elgor, el muchacho señaló hacia el final de la nave.

El suelo estaba cubierto de trozos de madera que serían la codicia de cualquier fuego que se preciase. Allí se encontraba aquel a quien sus hombres llamaban sencillamente el Artesano, y a quien no parecía molestarle la montaña de polvo y limaduras de madera que se formaba a su alrededor.

El artesano era un hombre viejo y enjuto, pero aparentemente saludable. Sus brazos, sus manos y sus dedos eran desproporcionadamente grandes para su tamaño y edad, sin duda producto del trabajo diario. Elgor notó que le faltaba medio dedo índice. El artesano estaba cubierto hasta el pelo de serrín y virutas de madera, y parecía encantarle respirar aquel aire cargado de minúsculas partículas resinosas del corazón del árbol. Metió las manos en un cubo de agua, se las secó y estrechó la mano de Elgor. El hijo del tejedor sintió la fuerza descomunal del brazo del viejo artesano.

Kobo, el acompañante de Elgor, le entregó la caja de regalos de Halle y le dijo a Elgor que se iba a comer algo en la cocina. El artesano vio la caja y asintió en señal de reconocimiento.

—¿Quién la ha hecho? —preguntó con curiosidad, observando el corte.

—Lo desconozco. Pero seguramente la hicieron los madereros de la urbe de Garín del Sur, al otro lado de la Pared —contestó Elgor.

—La abriré enseguida. Pero primero tengo que acabar esta caja.

Se trataba de una serie de tablones que tenían unas muescas para que encajaran las unas con las otras sin necesidad de un solo clavo, o incluso de pegamento o resina. Él, o sus ancestros, debieron aprender a aplicar aquella técnica tras una vida de aprendizajes y pruebas, y tras largas reflexiones nocturnas.

Elgor contempló la mesa de herramientas. Había numerosas piezas de metal que no había visto nunca y cuyo cometido desconocía. Ese debería ser el secreto mejor guardado de los carpinteros, lo que marcaba la diferencia entre sus obras y las de otros artesanos más bastos. La calidad de sus formas era muy bien pagada en todas las regiones al sur de la pared, de tal forma que muchos potentados viajaban durante largas jornadas para encargarle una mesa, una puerta o algún ornamento tallado. No faltaban tampoco comerciantes marítimos que le encargaban los tablones de madera y la resina para construir sus embarcaciones en las carpinterías de ribera.

El carpintero, aún sosteniendo el martillo, se sentía satisfecho de su obra.

—El martillo de piedra es mejor para estos trabajos. Los de metal se reservan para las obras más finas. Y nunca salen de este taller, porque no queremos que otros se aprovechen de nuestras innovaciones. Las protegemos con nuestra vida.

Miró al visitante con ojos taimados.

Elgor sentía una atmósfera extraña, cargada de secretos y de pensamientos ocultos. Nadie sabía lo que pensaban los demás. Al menos, él no. Se sentía como inmerso en un sueño, de esos que no acababan nada bien.

Creyó que ya era momento de parlamentar.

—Buen trabajo, Artesano —elogió sinceramente, como hacía siempre Kushim—. Me envía Halle, señor de Kurt. Quiere iniciar una alianza entre ambas partes. Es él quien os hace llegar estos presentes para sellar esta naciente amistad.

—Un momento, tengo que acabar esto. Luego hablaremos de negocios.

Un ayudante del artesano, posiblemente su hijo, trabajaba dos patas de madera de forma cuadrada, las perforó con un arco, e hizo cortes tan extraños que no permitían a Elgor predecir su resultado, hasta que los encajó con resina.

Elgor asintió, y observó cómo trabajaba de la misma forma en que observaba detenidamente las labores de Havel. Sin embargo, por falta de experiencia, no hubiera sido capaz de repetir los procesos que

estaba presenciando.

—¿Qué haces si tienes un agujero en una de estas piezas de madera? ¿Hay que tirarla?

El carpintero contestó tranquilamente.

—¿Ves ese serrín que hay en el suelo? Pues puedes mezclarlo con resina y rellenar muchos agujeros con el producto final. Luego lo pules con la herramienta adecuada, y nadie sabe que ha sido trabajado.

—Vuestra destreza es admirable. ¿Y qué es eso?

Elgor apuntó con el dedo hacia una larga lámina de metal cuyos extremos se encastraban en sendas empuñaduras talladas en madera.

El artesano le miró mientras sonreía. Había un punto de maldad en aquella mirada, y no parecía querer ocultarlo.

—Se llama sierra. La maravilla de la inteligencia del hombre. Es nuestro secreto más preciado. ¿Ya has aprendido lo suficiente para que se lo reveles a tus amigos del norte, o necesitas que compartamos contigo más conocimientos de nuestros ancestros?

En ese preciso momento Elgor se dio cuenta del gran error que había cometido. Había mucha gente que no le daba importancia a las herramientas, pero eran más importantes que la vida misma para aquellas personas. Secretos y diseños que pasaban de generación en generación, que solo la familia podía disfrutar y guardar. Aunque se piense lo contrario, aquellos carpinteros matarían por mantener sus secretos.

Elgor había visto aquellas herramientas, aquella sierra. Los había visto trabajar. Había sido testigo de técnicas y conocimientos que habían sido guardados con celo durante decenas de generaciones. Por eso, comenzó a temer que no le permitieran salir de allí con vida. Intentó localizar con la mirada a Kobo.

Uno de los hijos del viejo trajo un cesto que contenía un objeto envuelto en paño.

El viejo lo desenvolvió y Elgor pudo ver la cabeza sin vida de Kobo, su acompañante. Tras los segundos que necesitó para darse cuenta de lo que le había sucedido, se quedó paralizado.

—Podrás pensar lo que quieras, pero se trata de un corte perfecto —afirmó el Artesano con orgullo—. No hay nada más importante que el corte.

Elgor dio dos pasos atrás, tomó el hacha con una mano, la daga con la otra, y miró al viejo y a su hijo.

—Tranquilo. Nosotros no te haremos nada. ¿Sabes lo que le pasó?

—¿A quién? ¿A Kobo?

—No, idiota. A la puta de tu bruja. Alunna.

Elgor guardó silencio, como si sintiera que una pesada losa de piedra estuviera a punto de caerle en la cabeza. Podía sentir como el ardor se concentraba en brazos y piernas, como si estuvieran

preparándose para luchar, pero una parte de su mente quería saber de qué estaba hablando.

El carpintero, para forzarle a entrar en cólera, le dio toda la información.

—La bruja está muerta, se te adelantó para cruzar ella sola al otro lado. Te está esperando allí. Te la mataron con rabia. Ha sido por tu culpa, Elgor de la profecía. La única forma de matar a un profetizado, es acabar antes con la profeta.

Elgor no quería creérselo. No podía hacerlo porque no sería justo. Solo llevaban unos meses de casados. No podía haber trasmitido una profecía para, acto seguido, abandonar el mundo, asesinada. ¿Qué clase de diablo imaginaría una injusticia tan grande? No podía creerlo, y, sin embargo, su piel se erizó de dolor, sus músculos se contrajeron y la respiración se desbocó.

—Kairatos quiere que lo tengas bien presente antes de morir. Quiere que sepas que toda tu estirpe ya estará muerta cuando te llegue la hora, que será muy pronto. Todos tus antepasados serán profanados. Se les expulsará de la tierra de tu familia y sus restos dormirán con los cerdos. Profanados, ya no quedará lugar para ellos en el paraíso del otro lado. Urcam también está muerto, y Kania, y su hijo…, todos muertos, todos criando gusanos. Tú serás el siguiente, y luego Halle. Cada tanto tiempo es necesario limpiar toda la tierra, con sangre.

El carpintero asió un pesado martillo metálico para prevenir un posible ataque de su invitado. Sin embargo, Elgor no iba a asumir que decía la verdad. No sería sensato. Si aceptara que Alunna estaba muerta, actuaría como un estúpido, como un ciego e imprudente muñeco de tela.

Si se negaba a creerlo y se concentraba en permanecer con vida, tendría una oportunidad. Cuando se encontrara fuera de peligro ya tendría tiempo de valorar si era necesario entrar en cólera, o no.

¿Había llegado la hora de su muerte? ¿La profecía estaba a punto de cumplirse? Alunna no le dijo cuando moriría. Le dijo que le avisaría. Pero, ¿cómo podría hacerlo si la habían matado?

—Kairatos va a cazarte. Le gusta cazar a hombres, mujeres y niños, como hizo con Alunna. Por eso te permitimos entrar y ver cómo trabajamos. Si supieras lo celosos que somos de nuestros secretos, no hubieras accedido a hacerlo. Muchos han muerto por intentar robar nuestros conocimientos. Pero nosotros sabemos que jamás vas a contarle a nadie lo que has visto, ¿y sabes por qué? Porque el poblado está lleno de Hijos de la Noche, y Kairatos te va a arrancar las entrañas.

—¿Dónde está Kairatos ahora?

—Ya te lo he dicho. Aquí.

Uno de los hijos del carpintero se puso a su lado. Elgor corrió hacia la puerta de la cabaña. Escuchó un movimiento detrás suyo, y se agachó. Fue puro instinto. Pero sí, un artesano le había lanzado un hacha, y ésta pasó por encima de su cabeza. Se clavó en el suelo, a pocos metros de distancia, a su frente.

El jefe de los carpinteros golpeó al chico en la cabeza y le riñó.

—¿Qué haces? ¡No seas insensato! ¡Su cabeza pertenece a Kairatos!

Luego dio una señal en un dialecto extraño. Todos los carpinteros gritaron al cielo, trasmitiendo la señal a los hombres que estaban escondidos. Elgor sintió que aquella señal era como el aullido de caza de los perros de las montañas, un sonido aterrador que rasgaba sus oídos como la piedra lijando el cristal de roca. Corrió más rápido que nunca en busca de un lugar donde esconderse.

Los Hijos de la Noche supieron que la caza había comenzado, tomaron sus armas y salieron de la cabaña en la que se ocultaban.

Elgor corrió en línea recta ladera abajo, hacia las columnas de humo de la aldea de los caleros. Afortunadamente, además del hacha y la daga, llevaba su arco y un carcaj de flechas en la espalda. Podrían haberle matado ya, como hicieron con Kobo, pero lo habían convertido en un entretenimiento para un grupo de cazadores de hombres que querían deshacer la profecía.

CAPÍTULO 30 — LA MUERTE DE LA BRUJA

Erik volvió a aparecer en el salón donde había establecido contacto con Alunna. Era de día, y se dio cuenta de que no tenía control sobre su sueño y su vigilia, como si estuviera completamente drogado.

Alunna permanecía allí, de pie. Seguía llevando su largo vestido oscuro.

—Erik. ¿Sigues viajando?

Confuso y sobresaltado, Erik respondió con otra pregunta.

—¡Alunna! ¿Has muerto?

Las palabras de los carpinteros eran bastante claras con respecto a su muerte, y había pensado que ya era oficial.

La hechicera movió la cabeza y encogió ligeramente los hombros.

—En lo que respecta a ti, llevo más de cinco mil años muerta. Creo que no es momento de llorar. ¿A qué se debe tu agitación? ¿Has visto algo fuera de lo normal?

—Te golpearon en la cabeza, y…

—Ya me lo contaste. Los Hijos de la Noche atacaron Atria.

—Y están persiguiendo a Elgor. Los Hijos de la Noche le están dando caza en un poblado de carpinteros llamado Taga. Son aliados de Kratos y los Hijos de la Noche. Su patriarca afirma que moriste en el ataque de los Hijos de la Noche. Y van a dar caza a Elgor, a pocos meses de tu matrimonio. Y va a morir, porque si tú estás muerta, la profecía se deshará.

Alunna asintió, apenada. Además, sentía lástima porque no podía decirle a Erik que él también iba a sufrir un ataque mortal.

Erik tuvo la tentación de contarle, además, que tras el golpe en la cabeza, los hijos de la noche mataron a su padre, a Kania y a su hijo, a Kul y a otros hombres, mujeres y niños de Atria. Alunna no parecía ser consciente de eso, pero finalmente decidió no contárselo, ya que añadir más preocupaciones no la ayudaría en absoluto. Ella aún tenía una oportunidad, pero tenía que luchar.

—Alunna, si estás aquí, significa que aún no estás muerta… ¡Tienes que despertar!

—Ya te lo dije. Ni siquiera recuerdo ese golpe. Simplemente aparecí aquí. Sigo atrapada en tu sueño y no puedo regresar. No puedo imaginar lo que va a pasar después de ese ataque, pero los golpes en la cabeza son mortales. Quizás esto es lo que llamamos «el otro lado».

—Nosotros llamamos «cielo» a lo que tu llamas «el otro lado». No creo que mi mundo sea algo parecido al cielo. No puedes quedarte aquí. Debes luchar por regresar.

—No puedo hacer nada.

—Quizás yo pueda intentarlo —dijo Erik.

—¿Cómo?

—Debes salir de este sueño. Debes regresar a tu cuerpo antes de que sea tarde. Tendrás que perdonarme por lo que voy a hacer.

Erik tomó de las manos a la hechicera y la puso de espaldas al balcón. Luego la agarró fuertemente, caminó hacia la barandilla y ambos cayeron al vacío.

—Lo siento Alunna, pero tienes que despertar en tu mundo —gritó.

Fue lo único que se le ocurrió.

Alunna, finalmente, gritó:

—¡No vayas a Atria!

Pero Erik no pudo escucharlo. Al soltar a Alunna, sintió como aquel torbellino de emociones le sumergía de nuevo en otro sueño distinto.

CAPÍTULO 31 — LA GREÑUDA

Halle inició el último tramo de su viaje a Atria tras el refrigerio de media tarde. Balak marchaba justo detrás, aconsejando al esclavo Espiga, a quien parecía haber puesto bajo su protección. El grupo estaba cerrado por otros cinco hombres que también habían nacido en Atria o sus alrededores, y que ansiaban llegar al poblado para poder ver a sus familiares, tras largas semanas de trabajo en Kurt.

El hijo de Urcam trenzaba numerosos pensamientos en su cabeza, todos ellos relacionados con el objetivo que se había marcado, y para el que se creía predestinado. En aquel momento su mente se mantenía ocupada imaginando las complejidades que implicaba la construcción de una nave marina ante la falta de colaboración del Pueblo del Mar. Trataba de ordenar en su cabeza las complicadas instrucciones que le había trasladado Arce en lo tocante a la mejor forma de frenar un barco, o para diseñar un mapa donde plasmar todos los refugios posibles en la costa que le permitieran resguardarse inmediatamente en caso de temporal. Lamentaba que Arce no pudiera dirigir el proyecto personalmente por su implicación a tiempo completo en la ciudad de Kurt.

De ese pensamiento, pasó a otro no menos delicado, como por ejemplo organizar el itinerario a seguir para visitar al mayor número posible de aldeas y solicitar artesanos. Había enviado una comitiva dirigida por Kushim al gran lago central y, días atrás, le pidió a Elgor que buscara a artesanos carpinteros en mitad de camino entre Atria y Kurt. Deseaba con todo su corazón que tuviera fortuna y su profecía le ayudara a establecer un buen acuerdo, ya que varias decenas de carpinteros solucionarían el problema de la nave marina.

Pero el extraño silencio reinante y una gran columna de humo procedente de Atria hicieron que todos los hombres apartaran de su cabeza todas aquellas reflexiones. Un rumor en la distancia los puso en guardia, y cuando este rumor se transformó en llantos y lamentos lejanos, y dedujeron que el humo debía proceder de una cabaña de madera y paja, supieron que aquella jornada no sería como las demás.

Halle y Balak se miraron sin hablar, pues parecía que no tenían nada que decir y sí mucho que averiguar. Halle aceleró el paso a ritmo de trote, con prudencia y manteniendo el silencio para evitar posibles emboscadas.

A poca distancia, tras un recodo en la pendiente, se encontraron con un rostro familiar, de rodillas en mitad del camino. Sollozaba en silencio. Se trataba de Kalina, la hija del Wulfgar el carnicero. A Halle le sorprendió verla cerca del poblado sin que Alalio anduviera detrás

como un cordero recién nacido detrás de su madre.

—¿Qué ocurre, mujer?

Kalina vio a Halle, y se quedó petrificada. De repente, un llanto agudo brotó desde lo más profundo de sus pulmones, como si se hubiera vuelto loca. Se inclinó en señal de sumisión, agachó la cabeza hasta que ésta tocó el suelo y lloró aún más fuerte.

Halle se temió lo peor, dejó caer la mochila, sacó el arco y la bolsa de las flechas, y corrió a toda velocidad comprobando con la mirada dónde tenía cada una de las armas que portaba en su vestimenta.

Balak intentó seguir su ritmo, pero no lo consiguió. El delgado y ágil Espiga, con una lanza en la mano, fue el único que pudo mantener el paso.

Halle llegó al poblado y saltó ágilmente el cercado de piedra. Con cada paso, los llantos se volvían más claros, nítidos y perturbadores. Vio un cuerpo en el suelo, y se fijó en la lanza que lo atravesaba. A pesar de su mueca de muerte, el rostro del hombre le resultaba bastante familiar. Lo conocía desde que era pequeño. Era Partan, el padre de Rolco, uno de los hombres que le acompañaban y que pronto alcanzaría ese punto en persecución del líder.

Notó que Espiga estaba junto a él, pero no le dedicó ni un pensamiento. Al confirmar que, efectivamente, Atria había sido atacada, corrió aún más rápido, dejando atrás a algunas mujeres que gritaban de desesperación y señalaban hacia la casa de Urcam. Pero Halle no podía escuchar nada. Sus piernas se movían a tanta potencia que el mundo que se encontraba a su alrededor parecía desaparecer. Sin embargo, sintió el grito de Rolco, quien ya debió haber visto el cadáver de su padre. Esquivaba las cabañas, los cadáveres que cada vez eran más numerosos, y a las mujeres que los lloraban y los enterraban. Vio como algunos hombres y mujeres terminaban de apagar el incendio de una cabaña. Cuando llegó a su casa, se encontró con el rostro familiar de algunos de sus hombres acompañados del gran Ummsark. Halle sentía que se encontraba en otra dimensión, ignoró las palabras y los gestos del gigante y, arco y flecha en mano, recorrió el perímetro que rodeaba su hogar dando grandes pasos y oteando en todas las direcciones, en busca de posibles enemigos.

Cuando se hubo cerciorado de que no había asaltantes en las cercanías, se dirigió con paso firme a la entrada de su casa. Sus orejas no dejaban entrar ni una sola de las palabras que le dirigía cualquiera de los habitantes de Atria. Sentía cómo la sangre corría por su cuerpo como la corriente de un rio enfurecido, cómo la visión se concentraba en lo más básico, y cómo los únicos ruidos que escuchaban sus oídos, eran los de su propia respiración.

Había fuego en su cabeza.

Antes de entrar, se dio cuenta de que uno de los hombres caídos era Kul, quien lo había visto nacer y con quien había jugado a las espadas durante toda su infancia. Echó la mano hacia él, como si pensara que se iba a levantar de repente para recibirle.

Cuando se dio cuenta de que eso no ocurriría, entró en la casa familiar, en la sala donde Alunna había revelado la profecía de Elgor.

Allí encontró el cuerpo de Kania, su mujer, que estaba siendo amortajado por una de las hechiceras. Llevaba sus mejores pieles, un collar de huesos de lobo en el cuello, y una prenda de cabeza cubierta de conchas marinas.

Su garganta respiraba con fuerza, sus brazos contenían una furia indescriptible, suplicando por encontrar un enemigo con el cual poder desahogarse, pero su rostro no varió ni un ápice. Había aprendido a dominar sus emociones en todo momento, porque eso era lo que hacían los verdaderos guerreros.

Balak entró unos momentos después y contempló la escena del guerrero atemperado, a varios metros del cuerpo de la mujer a la que había amado desde que ambos eran niños. Al contrario que su amigo, maldijo a media voz.

Escuchó fuera, a poca distancia, numerosas expresiones de furia y lamento, y algunas mujeres, ya viudas, observaban el rostro de Halle en busca de alguna respuesta.

Pero no tenía respuestas. Aún tenía que asimilar muchas cosas.

La hechicera que limpiaba y amortajaba a Kania se acercó a Halle con gran respeto y le dijo:

—Las ancianas pensaron que el niño debería quedarse con su madre, para que ella le proteja en el otro lado. ¿Te parece bien?

Halle asintió, reprimiendo sus ganas de llorar. Bufaba tan fuerte, por la nariz y la boca, que la mujer pensó que se le reventarían los pulmones.

Ummsark llegó al lugar mortuorio y se postró de rodillas. Alalio venía detrás, con la cabeza gacha. Poco después entró Kaan, el anciano de los inviernos, pero Halle no se percató de su presencia.

—Halle —gimió el gigante Ummsark—, la desgracia nos ha pasado por encima. La greñuda atacó Atria, y tu mujer y tu hijo han muerto. Ya lo has visto. Y yo estoy muerto también por no haber podido hacer nada para evitarlo, por haber estado de caza en lugar de estar aquí, como era mi deber.

El guerrero puso la mano sobre su hombro. No necesitaba sus disculpas. Sólo información.

—Mi padre también debe estar muerto —dijo Halle—. No habría permitido esta masacre.

—Tu observación es certera, Halle —afirmó Ummsark—. Le

atravesaron con una lluvia de flechas, y luego se las arrancaron para recuperar las puntas. Pero una se quedó dentro, una punta de cobre.

—¿Dónde se encuentra?

—Abajo, en el sótano. En la sala funeraria de la familia. Hemos rodeado su caja con hielo porque no sabíamos cuánto tardarías en llegar. Si hubiéramos sabido que no estabas en Kurt…

Aquella frase le dolió. Quizás no debería haber estado en Kurt, quizás no debería haber entrado nunca en el Pueblo del Metal.

—Enseguida me presentaré a él —interrumpió.

Alalio se puso ante él, agachando igualmente la cabeza:

—Ulpia se mantiene con vida, y tu hijo mayor, también. Afortunadamente no se encontraban en el poblado en aquel momento.

Halle consiguió un consuelo, y asintió.

—¿Y cuándo ocurrió?

—Esta misma mañana, después del amanecer. Como ya habrás imaginado, fueron los Hijos de la Noche, y estaban comandados por Kairatos, que mató a tu hijo y a tu esposa. Los supervivientes los reconocieron —añadió Kaan.

Halle no hizo ningún comentario. Soltó las armas que tenía en su mano y se acercó a su mujer. Puso la mano en su vientre y besó su rostro embadurnado de ocre. Pensó que la hechicera había hecho un buen trabajo, porque casi parecía viva, pero su piel ya no emitía nada parecido a la calidez que había desprendido durante toda su vida. Alguien pagaría muy caro por enfriar su corazón.

Balak lo observó y puso la mano en su hombro. Si conocía a su amigo desde la infancia, sabía que el plan de Kratos y Kairatos no iba a funcionar. Halle era el hombre más orgulloso y fuerte que conocía. No derramaría ni una lágrima, pero su ira se desbordaría como un rio en temporada de lluvias, como los barrancos se inundaban cuando se derretían los hielos de las montañas. La energía de su brazo explotaría como una piedra caída del cielo. Se vengaría, o moriría cegado por la ira. Kratos no lo había pensado bien.

De repente, el guerrero miró a los hombres, y preguntó:

—¿Y Alunna?

Con los ojos llenos de lágrimas, e incapaz de poder decir una sola palabra, Ummsark miró a Alalio.

—La atacaron cuando estaba desprevenida. Le golpearon en la cabeza. La bendita no se enteró, pero desgraciadamente no sobrevivirá.

Halle se sorprendió, ya que pensó que sería la primera a la que matarían. Se aferró a esa posibilidad.

—¿Pero entonces está viva? —Halle por fin demostró alguna emoción, porque aún podía hacer algo útil.

—Aún le queda un hilo de respiración, pero no parece…

—¡Pero, pero, pero…! —Alzó la voz y Alalio tembló—. Pon a los dos hombres más rápidos de camino, y que avisen a Karr, el sanador del norte. Que recoja sus herramientas y no tarde un segundo en emprender el viaje. Y que avisen a las hechiceras y las brujas. Decid que Alunna, la hermana de Halle las necesita.

Alalio salió de la estancia.

—¿Dónde está Elgor? —preguntó a Ummsark.

—Se dirigió a Taga, el Pueblo del Fuego. Los Hijos de la Noche juraron que sería el siguiente.

—¿Taga?

El viejo de las montañas dio muestras de su conocimiento del territorio.

—Es un poblado de carpinteros y de caleros. Necesitan ingentes cantidades de madera para su trabajo, así que se instalan en las zonas aledañas a los bosques, y cuando los árboles se acaban, se trasladan a otro asentamiento similar. El señor de Taga es un carpintero que se hace llamar el Artesano. Si me lo hubieras preguntado, Halle, te habría avisado de que Kratos cuenta con numerosos aliados. Los carpinteros trabajan mucho más rápido con las herramientas de cobre. Los brazos de la Ciudad del Metal son incontables. Son más poderosos de lo que crees.

—De acuerdo. No os vayáis muy lejos. Debo hablar con Balak.

Se dirigió a su guerrero de confianza.

—No te necesito aquí. Yo me quedaré a ver a Ulpia y a mi hijo, a mi padre y a Alunna, y luego partiré. Quiero que te encargues de asegurar Kurt. Comienza a reunir a los hombres y comunica a Arce, a Kushim, a Jan y a Torka que ahora mismo la guerra requiere de sus conocimientos. Pero no son guerreros. Confío en ti para que llegues lo antes posible y lideres a los hombres. Fabrica lanzas y flechas, y haced guardias en todo momento. También necesitaré emisarios para todos los poblados de los alrededores, y para Kiel. Muy pronto asaltaremos la fortaleza de Kratos.

—¿Adónde irás tú?

—Creo que Elgor necesita ayuda. Espero que no sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 32 — EL CORAZÓN DEL INFIERNO

La puerta de la furia es la misma que utiliza el demonio para entrar en nuestra cabeza.

Elgor penetró en el territorio de las negras columnas de humo de los hornos de cal, que, sin viento alguno, se alzaban como gigantes para desaparecer en el cielo encapotado. El sonido del crujir de la madera al fuego y el aroma penetrante de la piedra calcinada impregnaba el aire y penetraba en los pulmones de los caleros que trabajaban alrededor de una decena de hornos diseminados por el poblado.

Todos se mostraron ajenos al hijo del tejedor, así que éste ignoró su presencia. No eran ellos quienes intentarían darle caza.

Había corrido lo suficiente como para sospechar, esperanzado, que ya se encontraba fuera del alcance de los Hijos de la Noche, y que por fin podría dirigirse a Atria para encontrar a Alunna.

Los jornaleros, concentrados en su ardua labor, permitían que aquel extraño paseara entre ellos con despreocupación. Junto a cada horno se acumulaban grandes montañas de madera y arbustos secos que alimentarían el fuego.

Los hornos eran oquedades del tamaño de una cabaña pequeña, excavadas en la tierra y cubiertas de piedra y barro. La base del horno se cubría con la madera y arbustos, y luego se colocaba la piedra de forma ordenada para optimizar la cocción.

Tuvo la oportunidad de observar cómo un hombre viejo se introducía en el interior y cubría de barro la pared circular del pozo, y supuso que era para que el calor no se escapara por los agujeros. Elgor comprobó que no todos los hornos eran de cal, pues unos pocos estaban destinados a obtener resina tras quemar la madera en unas condiciones determinadas. Localizó también una carbonera, una especie de horno que mantenía la madera ardiendo sin aire bajo una cubierta de arcilla, y a la que le habían practicado agujeros estratégicos para regular la cocción. De esta forma, la madera se convertiría en carbón, un combustible mucho más eficiente que podría formar parte de la fórmula magistral de los hornos de cobre de Argonas.

Los demás hornos estaban en funcionamiento, cubiertos por piedras y, posteriormente, por una capa de barro para concentrar el calor y calcinar la piedra. La piedra se consumiría, pero el barro, ajeno al calor, se endurecería y se convertiría en una capa más fuerte, a través de la cual surgía la columna de humo. Posteriormente, la piedra

calcinada se trataría con agua para conseguir el valioso polvo.

El plan de Elgor consistía en caminar a través de las columnas de humo y aprovechar la falta de visibilidad para alcanzar el grupo de casas, ladera abajo, y desde allí encontrar una ruta hacia el bosque. Supuso que las casas de aquel extremo de Taga eran las viviendas de los hombres y mujeres que vigilaban la cocción durante días.

En el preciso momento en el que alcanzaba uno de los hornos humeantes, pudo escuchar un rumor lejano y un zumbido penetrante a su espalda. Se giró y vio una silueta humana oculta tras un montículo de tierra, sujetando un arco, y a duras penas pudo esquivar el proyectil que cortaba el aire zumbando como un avispón loco en busca de su corazón. La flecha cayó varios metros tras él, sobre un montón de piedras, cerca de un jornalero que no se dio cuenta de lo cerca que había estado de morir. El jornalero continuó introduciendo arbustos secos en el horno con una pértiga con forma de tridente metálico.

Elgor corrió a ocultarse aprovechando la humareda de los hornos, y se ocultó tras una montaña de madera situada a un tiro de piedra. Un asno atado en el lugar le observó sin prestarle demasiada atención.

Desde allí pudo divisar a todos los Hijos de la Noche que brotaron del mismo lugar. Una decena de hombres, aproximadamente, y detrás de todos ellos se alzaba Kairatos repartiendo órdenes.

—¡Tavián, por la derecha! ¡Leofric, por la izquierda!

Un joven de piel oscura y una cicatriz enorme en la cara, armado con una lanza y un escudo salió por la derecha, y un arquero con una gran barba y larga cabellera roja recogida en una coleta, por la izquierda. Su objetivo parecía ser cerrar las posibles escapatorias del hijo del tejedor.

Elgor miró lo que tenía a su alrededor, martillos de piedra y metal, un recipiente de agua y varios con comida. El recipiente de agua era una gran vasija de arcilla con cuello. El hombre que le disparó se encontraba en ese momento junto al lugar que él mismo ocupaba cuando esquivó la flecha. Cargó su arco, tensó la cuerda con todas sus fuerzas, y disparó, pero no al hombre, sino a la capa de barro superior de la cual brotaba una columna de humo. La flecha agujereó la techumbre del horno, y una llamarada de fuego abrasó la cara del arquero. Su pelo ardía mientras retrocedía torpemente gritando que estaba ciego y suplicando que apagaran el fuego.

Elgor aprovechó la confusión, tomó la gran vasija de agua, se dirigió a otro de esos hornos y tiró la vasija dentro, rompiendo parte de la cubierta de barro. Aquello produjo una pequeña explosión que provocó la destrucción de la cubierta, y que el humo negro se expandiera en todas las direcciones.

Eso causaría aún más confusión y le ayudaría a seguir ocultándose.

Mientras se alejaba, escuchó un alarido de terror que provenía del grupo de los Hijos de la Noche. Era una voz ronca y dura, de un hombre bastante recio, intuyó. Creyó que el hombre quemado exageraba demasiado, pero las voces del resto de cazadores reflejaban una preocupación excesiva para sus quemaduras.

Elgor no se quedaría allí para escuchar lo que decían.

En su retirada, y cuando ya creía estar saliendo de la zona de peligro, avistó a lo lejos a dos hombres armados con arco y flechas, además de a Leofric, el arquero pelirrojo, y a Tavián, el caracortada, con su lanza y su escudo. Tuvo que variar su rumbo, e intentó acercarse al grupo de casas. Se dio cuenta de que este cambio de planes le había hecho perder tiempo, pero no vio otra opción.

Alcanzó el poblado donde residían los caleros, un grupo de unas treinta casas compuestas de la misma piedra y barro que conformaba los hornos. Los tejados también estaban cubiertos de barro, para evitar incendios en una zona tan predispuesta a ello.

Escuchó otro nuevo grito en la distancia, de otro hombre muy distinto. Su voz brotó aguda y con tono lastimero, como el de una mujer, o el de un hombre que suplica.

Elgor detectó una oquedad considerable hecha por los caleros, quizás para extraer el tronco de un gran árbol, o piedra caliza para trabajar, y pensó que allí podría ocultarse mejor que en alguna de esas cabañas. Desde ahí podía ver a algunos de sus perseguidores.

Por un momento, interpretó aquellos extraños gritos como castigos de su comandante a sus hombres, e incluso llegó a pensar que quizás estaba matando a los caleros. Sin embargo, posteriormente pudo escuchar al propio Kairatos maldiciendo y repartiendo nuevas consignas a sus hombres debido, al parecer, a la presencia de un enemigo indeterminado.

Desde luego, los objetivos de aquel grupo de hombres dejaron de estar lejos del paradero de Elgor, como si la cacería que los condujo al pueblo de los carpinteros y caleros careciera ya de importancia.

Los gritos de Kairatos se alternaban con silencios que rayaban la locura, cuando los cazadores trataban de escuchar cualquier pista que les indicara la naturaleza y el número de sus enemigos.

Durante esos silencios, Elgor podía escuchar los latidos de su corazón. A distancia de tiro de piedra, o de flecha, pudo percibir una sombra que se movía como una exhalación, sin hacer ningún ruido, como un gato montés, pasando de una cabaña a otra tan rápidamente que era imposible reconocer si se trataba de un animal o de una persona.

Su mirada se detuvo en esa segunda cabaña, ya que presumió que ahí tendría una nueva oportunidad de visualizarlo. Pero la figura cambió su ruta y el hijo del tejedor solo alcanzó a ver cómo saltaba

ágilmente de un tejado a otro, acercándose de forma sigilosa al grupo de tres hombres que le habían cerrado el paso.

Los tres hombres se encontraban al alcance de su saeta, y no quiso desaprovechar la oportunidad de deshacerse de uno de sus enemigos. Apuntó con un proyectil con punta de piedra finamente pulida, y atacó a uno de los arqueros mediante un flechazo silencioso, sin que su posición fuera descubierta.

El hijo de la noche sintió la flecha en su costado, se vio herido y gritó. Luego comenzó a caminar desorientado lejos de todos. Para sorpresa de Elgor, la sombra se llevó a otro de los dos hombres, al pelirrojo, ante la atenta mirada de Tavián el caracortada.

Tavián se sintió tan aterrorizado por la suerte de sus dos compañeros, que ni siquiera dio la voz de alarma. Corrió despavorido lejos de Elgor, de Kairatos y de los hornos.

Elgor vio que el núcleo principal de los Hijos de la Noche iba tomando posiciones en un grupo cohesionado, cada vez más cerca de él. Pero también pudo ver cómo uno de los cazadores que marchaba por detrás de Kairatos salía volando por los aires, y aterrizaba aparatosamente en la techumbre de barro cocido de uno de aquellos hornos humeantes, atravesando la cubierta y cayendo en su interior.

Todos pudieron escuchar su grito agónico y desgarrador mientras una terrorífica llamarada alcanzaba la altura de las murallas de Garín del Sur.

Se incorporó rápido y trató de escapar del fuego. Elgor incluso alcanzó a ver cómo su brazo ardiente sobrepasaba el muro mientras los vapores lo cubrían como una cortina, y el fuego derretía los músculos ya inútiles de sus piernas. Sus alaridos eran más de terror que de dolor, pero duraron muy poco tiempo.

Al principio, Kairatos lo observó sin hacer ni un solo gesto.

Nadie pudo acercarse para ayudarle debido a las altas temperaturas. El comandante aulló el nombre de su hermano, aún a sabiendas de que no contestaría, y gritó en dirección al horno.

—¿Argino? ¿Qué ha pasado? ¿Quién lo ha tirado dentro del horno? ¡Maldito quién seas! ¡Te sacaré el corazón, Elgor!

Elgor quiso cambiar de posición y alejarse aprovechando la confusión.

Kairatos se sentía desconcertado. Todos aquellos extraños sucesos inesperados le convencieron de que Elgor les había conducido a una especie de emboscada, y que un número indeterminado de guerreros habían matado a algunos de sus hermanos y se ocultaban entre las sombras. Sin embargo, no podía dejarse vencer por el desánimo.

—¡Agrupémonos, levantemos las espadas y los arcos! ¡Somos cazadores, no presas! ¡Somos los Hijos de la Noche, los orgullosos guerreros del Pueblo del Metal!

Trató de mantener la moral de sus hermanos. Pudo distinguir a Elgor desde lo alto, a tiro de flecha. Comenzó a valorar si no habría sido un error intentar matar a Elgor, el hombre protegido por la profecía.

En un momento dado, el hijo del tejedor pudo percibir el olor de la carne quemada del hombre que se asaba dentro del horno, y sintió el impulso de vomitar. Salió de su agujero y se dirigió a un grupo de cabañas que le podrían servir de parapeto para escapar del poblado. En mitad de camino, vio un objeto esférico volar por el aire. Cayó cerca de Kairatos. El objeto esférico parecía la cabeza de Leofric, el arquero pelirrojo.

Una figura pequeña se cruzó en el camino de Elgor. Se dirigió a él con gran seguridad mediante gráciles pasos y con la cabeza alta, como si su sentido de la vista y el oído tuvieran la capacidad de captar hasta la caída de una brizna de hierba en la otra punta del poblado.

El hijo del tejedor examinó su corta estatura, los sucios paños sangrientos sobre el muñón amputado, y miró su cara. La reconoció inmediatamente. Sus ojos se habían convertido en dos piedras negras, ausentes de cualquier rastro de color del iris.

Elgor no podía imaginar que él fuera la exhalación que se había llevado a los hermanos de Kairatos. Sin embargo, mantenía en su mano hábil algunos pelos rojos de la cabellera que acababa de lanzar.

—¿Vinus?

Una voz cavernosa brotó de la garganta de quien decía llamarse Vinus.

—Quien te habla no es el pequeño hombre. Quien te habla es Kimkidik.

Elgor negó con la cabeza, esperando una explicación convincente, pero aquel que decía llamarse Kimkidik continuó hablando.

—¿No ves la oscuridad, Elgor?

El hijo del tejedor intentó escrutar aquellos dos ojos negros como pozos, y sintió un escalofrío de terror al escuchar salir de su boca aquella voz espantosa y oscura. Su mirada y su lenguaje corporal trasmitían un mensaje completamente diferente al que exhibió durante la celebración. En aquella ocasión hablaba como un desequilibrado, Kairatos le amputó la mano y le hubiera arrebatado la vida, de no haber sido por su intervención.

—¡Hay que invocar a la greñuda! —exclamó el hombrecillo.

Elgor sintió que se encontraba en una pesadilla, y no pudo contestar.

—La greñuda se acerca, Elgor.

—¿Qué dices?

—El fuego se encuentra dentro de ti.

—¡Marchémonos! ¡Corramos! ¡Este sitio apesta a muerte!

—Aún tienes tiempo… ¿Quieres volver a ver a Alunna?

—¡Claro que sí!

—Aún tienes tiempo.

—¿Tiempo para qué?

Kimkidik gritó de repente.

—¡Ahora!

Elgor se agachó y sintió como una espada pasaba encima de su cabeza. La esgrimía, con la peor intención del mundo, un Hijo de la Noche que se había acercado corriendo desde atrás. El hijo del tejedor, el cazador de la Bestia, giró su cuerpo mucho más rápido de lo que creía posible, clavando su daga de sílex en las entrañas de su enemigo y, un instante después, su hacha de cobre y madera de tejo en la cabeza. Otro nuevo giro de su ágil cuerpo le permitió ponerse detrás del guerrero de Argonas, sosteniendo su brazo armado mientras se desangraba.

—Déjalo salir, Elgor —ordenó la oscura voz.

Elgor degolló al hombre con el afilado sílex de su daga. Kimkidik asintió, satisfecho.

Volvió a fijarse en los Hijos de la noche. Había una valla entre ellos, posiblemente para contener a las bestias. Los Hijos de la Noche vieron juntos a Elgor y al pequeño hombre, y también el cadáver de su hermano agonizando en el suelo, tratando inútilmente de detener la hemorragia de su cuello.

Kairatos tensó el arco con todas sus fuerzas y disparó una potente flecha con punta de cobre. Varios de sus hombres hicieron lo mismo.

Elgor se tiró al suelo. Kimkidik permaneció de pie, y se limitó a moverse suavemente, esquivando las flechas con un casi imperceptible movimiento de hombros, como si se acercaran a la misma velocidad que un viejo buey.

Elgor, desde el suelo, puso otra flecha en su arco y apuntó al grupo de Kairatos. El pequeño hombre canturreó:

—¡Y la parca penetró ebria y desnuda en los jardines de palacio, y con sus labios helados, no dejó boca sin besar…!

Elgor sintió un temblor que le agitaba la piel, y un temor ancestral le sacudió la mente. Recordó las palabras de Havel:

—¡Elgor, aléjate de la Bestia!

Como si un remordimiento le mordiera en el hombro, Elgor desvió ligeramente el arco, y la trayectoria de la punta de su flecha se detuvo en la espalda de Kimkidik. Tenía que decidir en ese preciso instante quién o qué representaba la mayor amenaza, tanto para él, como para los demás.

Como si lo estuviera viendo con ojos en la nuca, como la mantis

que es capaz de mirar a su espalda, el demonio le advirtió:

—Elgor, recuerda que sólo hay un camino.

El hijo del tejedor volvió a sentir el corazón acelerado, y vio ante sí a la Bestia, el oso que, levantado, medía el doble que él. Los mismos pensamientos que albergó durante su caza se adentraron nuevamente en su mente, y sintió que su razón estaba a punto de explotar.

Negó con la cabeza y volvió a apuntar al grupo de los asesinos de Alunna, de Urcam, de Kania, y del hijo de Halle.

Kimkidik gritó hacia ellos con la misma voz cavernosa e inhumana:

—Vinus os advirtió a todos, y por eso estoy aquí. Yo soy Kimkidik, el primer demonio, el guardián de la profecía. Vosotros os llamáis los Hijos de la Noche, y me complace, porque quien os habla es la noche, el Portador de la Oscuridad. ¡Vosotros que tratáis de profanar la profecía, venid a quien os habla!

Como respuesta, los arqueros volvieron a lanzar una ráfaga de flechas hacia el pequeño hombre, quien volvió a esquivarlas sin apenas moverse.

El manco se lanzó a la carrera en su dirección, quizás sabedor de que tardarían en volver a cargar sus arcos. Uno de los hombres de Kairatos saltó la valla para interceptarlo y, esgrimiendo su espada, se puso en su camino y lanzó un tajo como lo había hecho miles de veces a lo largo de su vida.

Kimkidik no solo esquivó el mandoble, sino que controló su mano y utilizó la espada de cobre para clavarla en el cuello de quien la esgrimía, ante la atenta mirada de Kairatos. Elgor, más atrás y con el cuerpo aún en tierra, se quedó petrificado.

Era rápido. Más que rápido. Dispuso de un suspiro para esquivar el ataque, pero fue como si dispusiera de una semana para prever sus movimientos.

Elgor y Kairatos pudieron confirmar que no era la misma persona que había luchado en la celebración de su matrimonio. Comprendieron que era cualquier cosa, excepto humano.

El pequeño hombre saltó la valla apoyando su mano en la misma y, tras pasar al otro lado, arrancó violentamente una estaca del cercado. El siguiente guerrero trató de darle muerte intentando clavarle la punta de una larga lanza con punta de cobre, pero el manco la apartó, se puso a su lado como una exhalación y le clavó la estaca en el cuello.

Las espadas de los hijos de la noche intentaban en vano partirlo en dos, pero lo único que conseguían era abrir una brecha en su guardia para que Kimkidik les arrancara la vida.

Kairatos permaneció en el mismo sitio guardando la posición, pero el resto de los Hijos de la Noche, ante los aullidos de dolor y angustia

de sus hermanos, trataron de huir. El pequeño hombre recogió una espada del suelo, los siguió veloz como un felino, y les fue dando caza, uno por uno. Algunos eran acuchillados por la espalda, y unos pocos, en vista de lo inútil de su huida, se pusieron de frente y lucharon con desesperación, pero sus movimientos eran irrisoriamente lentos para el demonio. Tras su paso, iba dejando un rosario de manos y piernas.

Elgor por fin se incorporó, casi en estado de shock, y comprobó que un riachuelo de sangre regaba la tierra y bajaba lentamente junto a sus pies.

El demonio arrancó la cabeza al último de los fugados, y con ella en la mano regresó caminando tranquilamente hacia Kairatos y Elgor, que permanecían en pie. Veían, aterrorizados, cómo se acercaba saltando cual niño que juega, y recorría la distancia de un tiro de flecha.

Al ver que el manco se dirigía a él, el Hijo de la Noche pensó que debía disparar con más energía y precisión para que Vinus no tuviera el tiempo suficiente para esquivar la siguiente flecha. Así que tensó el arma con tanta fuerza, que el arco se descompuso.

No tuvo más opción que permanecer en guardia sosteniendo su gran espada de cobre, su mejor arma. Atacó al demonio asestándole un rápido mandoble con un cambio de dirección, para tratar de confundirlo, pero la espada acabó en la cabeza de su hermano, la misma que el demonio acababa de arrancar.

Una minúscula fracción de tiempo después de este ataque frustrado, más rápido que un parpadeo, el puño cerrado del primer demonio soltó la cabeza y golpeó el pecho de Kairatos liberando una energía brutal.

A pesar de su coraza de cobre y de su tamaño, el hijo de Kratos cayó al suelo como un saco, y Kimkidik volvió a jactarse de su poder.

—Vinus te advirtió, en nombre de quien os habla, y le arrancaste la mano. Llevas años presumiendo de ser un gran guerrero; te jactas de desmembrar a borrachos, de asesinar a mujeres y a ancianos… Ahora que por fin llega el momento de la verdad, y puedes demostrar que eres un gran guerrero, descubres que no eres más que un insignificante y ridículo niño asustado que no sirve para nada. Tu cobardía te sentencia. Tienes que sentir la oscuridad, porque es tu destino.

Kairatos tuvo que admitir que era un verdadero demonio, y suplicó para conservar la vida.

—Lo siento… ¿Yo qué podía saber? ¡Piedad! ¡No me mates. Te serviré…!

—Quien te habla no necesita servidores. Quien te habla sólo necesita tu oscuridad.

Se acercó a Kairatos e introdujo los dedos de su mano en los ojos. Los brazos de Kairatos trataron de apartarle por todos los medios, pero no tenían la fuerza necesaria para competir contra un demonio.

Primero, lo dejó ciego.

Luego, sus dedos continuaron recorriendo los conductos que conducían hacia el interior de su cabeza, rompiendo todos los huesos que encontraba a su paso.

El estropicio que producía en su cerebro y el dolor insondable que estaba sufriendo hicieron que Elgor, a poca distancia, se estremeciera. A pesar de lo que había hecho Kairatos, no lo estaba disfrutando. Le pareció la peor muerte imaginable: un guerrero que perdía la vida sin pelear, implorando clemencia. Finalmente, el grito de Kairatos se convirtió en un casi imperceptible hilo de aire brotando de sus labios. Elgor sabía que aunque no estuviera verdaderamente muerto, ya no era más Kairatos, ya no era más que un cuerpo sin alma.

Kimkidik miró a su espalda, y vio a Elgor. Estaba mareado y se apoyó en una choza de piedras y barro.

Repitió, con su voz inhumana:

—El fuego se encuentra dentro de todas las cosas, pero hay muy pocos que saben cómo hacerlo aparecer. Buen trabajo.

Y se marchó caminando, despacio y sin mirar atrás.

Elgor había escuchado aquella frase anteriormente.

Se la había escuchado decir a Havel.

CAPÍTULO 33 — OJO POR OJO

Halle había viajado sin dormir durante toda la noche cuando penetró en el poblado de Taga, cegado por el dolor y la venganza, con el único deseo de llegar a tiempo para rescatar a Elgor. Había corrido la mayor parte del tiempo, y llegaba acompañado únicamente por el grupo de hombres más ágiles y resistentes, entre los que se encontraba Espiga, el esclavo.

A pesar de que no era un grupo muy numeroso, cuando vieron llegar armado a Halle, los carpinteros le franquearon la entrada con sumisión, pues desconocían el grado de cansancio que habían acumulado sus piernas. Lo que sí sabían era lo que había ocurrido en Atria, y su destreza en el campo de batalla, así que le recibieron y atendieron todas sus demandas y preguntas, como si fuera el patriarca.

Nadie le pudo dar noticia del paradero del Artesano.

Lo primero que hizo fue preguntar por Elgor, el hijo del tejedor. Le indicaron que descendiera hacia la zona de los hornos. Sólo tenía que seguir la pista de las columnas de humo en la distancia.

Cuando Halle penetró en el campo de batalla, se encontró con el resultado menos inesperado de entre los que había podido imaginar.

A medida que se adentraba en el corazón del poblado de Taga, se iba encontrando con los despojos que habían quedado de los Hijos de la Noche.

Y finalmente vio el cuerpo sin vida de Kairatos. Parecía un espantapájaros, con las extremidades retorcidas en todas las direcciones, los ojos profanados brutalmente y una mueca de sufrimiento en el rostro ensangrentado.

Se quedó un rato mirándolo, tratando de entender qué había pasado. Miró hacia el grupo de casas y detectó a Elgor. Estaba vivo, y se alegró.

Permanecía sentado en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyada en la choza. Le recubría un mantón de sangre coagulada que no parecía suya, y una fina capa de ceniza proveniente del calcinado de madera y piedra.

Cuando se acercó lo suficiente, percibió que estaba temblando. Observaba, como si estuviera en otro mundo, las columnas de humo de los hornos, ya de color blanco tras la calcinación.

Halle veía en Elgor el aspecto que tenía una persona que había combatido al borde de la muerte, y que había conseguido sobrevivir.

Sabía que, a pesar de su pasado como tejedor, Elgor se había convertido en un intrépido guerrero, fuerte y veloz como pocos. Había aprendido a manejar el arco y la flecha con maestría, e incluso había visto con sus propios ojos cómo daba muerte a la Bestia.

Sin embargo, lo hizo con ayuda, con la suya y la de Balak. No creía posible que él sólo fuera capaz de vencer a todos aquellos Hijos de la Noche. Esperaba que le confirmara que había recibido la ayuda de un grupo de guerreros.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Halle.

Elgor giró la cabeza lentamente y detectó la presencia del hijo de Urcam. No le había visto llegar porque estaba abstraído de todo lo que le rodeaba. Pensaba lentamente y tardó en contestar. Vio como unos tímidos rayos de sol se colaban entre las góticas nubes de ceniza, atenuando su espesor.

—Ha sido Vinus. El primer demonio… Kimkidik.

Halle asintió.

Vio que no parecía estar tratando de mentirle, así que llegó a la conclusión de que Elgor deliraba. A pesar de todas las emociones de ira y tristeza que estaba conteniendo, escuchar que aquella escabechina había sido obra del pequeño hombre manco, provocó su risa. Era lo más gracioso que había escuchado en su vida.

Sin embargo, el hijo del tejedor no se reía.

—¿Qué has visto tú?

Preguntó Halle a una aldeana mayor de edad que residía en una de las cabañas de los caleros. El hijo del tejedor tampoco había notado su presencia.

—Elgor luchó como un demonio. Estoy aterrada.

Dijo la anciana.

El hijo del tejedor giró la cabeza hacia ella, perplejo. Aquella mujer, a quien no había visto en su vida, afirmaba que Kimkidik no había estado allí. Y por supuesto también afirmaba que Kimkidik no había causado la aniquilación de todos los Hijos de la Noche.

—¡Todos lo hemos visto!

Señaló un hombre de la misma edad que debía ser su marido, y que se acercaba al grupo con paso fatigado. Estaba cubierto de ceniza, como si, desde el despuntar del alba, no hubiera hecho otra cosa más que trabajar con los hornos.

—Lo último que dijo Kairatos fue: ¡Piedad, Elgor! ¡No me mates! ¡Te serviré…!

Elgor protestó enérgicamente.

—¿Estáis locos? ¡Miradme! ¿Cómo he podido ser yo?

—Te miramos, Elgor. Ahora mírate tú las manos —gritó Halle.

Elgor levantó sus manos y las observó. La mano derecha estaba manchada de polvo y tierra seca, pero la mano izquierda estaba

completamente bañada de sangre coagulada, y otros tejidos viscosos que procedían de sus enemigos. A su lado, los ojos verdes como el cobre viejo, de Kairatos.

—¿Qué hechizo es éste? —se lamentó en voz alta.

Halle se mantuvo en silencio unos instantes, mientras Elgor se llevaba las manos a la cabeza, como si tratara de ahuyentar a sus pensamientos, o a sus recuerdos.

—Todos saben que Kairatos intentó casar a Alunna. Y todos saben que te encaraste con él para defender al pobre diablo de Vinus cuando le cortó la mano. Nadie más tuvo el valor de hacerlo. Yo mismo fui testigo de cómo le arrebataste la vida a la Bestia. ¿A quién pretendes engañar?

Elgor se limitó a parpadear, sin decir una sola palabra. No podía hallar una explicación.

El fundador de Kurt continuó:

—Hiciste lo que tenías que hacer con los hombres que trataron de matarte, y que anteriormente atacaron a Alunna. Yo hubiera hecho lo mismo. Puedo ver en ti la inconfundible mirada perdida que aparece tras una batalla encarnizada. La conozco muy bien. Se te quitará en varios días. A veces, cuando la sangre bulle, hacemos cosas que luego no logramos recordar, muy superiores incluso a lo que esperamos de nosotros mismos. Pero no importa, y no tienes que avergonzarte u ocultarlo. Urcam, Kul, mi esposa y mi hijo están muertos. Kairatos y sus hombres los mataron. Ahora, todos ellos están muertos. Tú me has hecho el mayor regalo que podría recibir jamás.

Elgor miró hacia el suelo y deslizó su mirada de izquierda a derecha, como si siguiera la pista de algo que se mueve lentamente.

—Lo lamento mucho…

—Lo que tú has hecho —continuó Halle—… Me hubiera gustado hacerlo yo mismo, pero sólo puedo darte las gracias.

Elgor comprendía su dolor, pero no podía esperar la confirmación de la otra noticia, la que de verdad le importaba.

— Y Alunna… ¿También está muerta?

Halle mantuvo unos segundos de silencio. Cualquier mención al ataque de los Hijos de la Noche le causaba una dolorosa punzada en el corazón. Sin embargo, Elgor tenía derecho a saberlo.

—Karr, el sanador del norte la mantiene entre la vida y la muerte. Por suerte, ya estaba de camino. Tiene una buena colección de hierbas, y las hechiceras afirman que sus oraciones de sanación son las mejores. Pero hay que esperar. Sólo te puedo decir que no está muerta, o no lo estaba cuando abandoné Atria.

El hijo del tejedor asintió.

—Esa noticia me complace. Me gustaría verla más que ninguna otra cosa.

Halle indicó a sus hombres que levantaran a Elgor para que se pusiera en marcha.

—Andando, Elgor, hijo del tejedor, el «Elegido», el hombre que mató a la bestia, el hombre que venció a los Hijos de la Noche. Tu nombre no hace más que crecer. Y sin embargo, la venganza aún no ha llegado a su fin. Tenemos algunas fortalezas que asaltar y algunos corazones que arrancar. Y tú tienes una esposa a la que cuidar. Luego, levantaremos Kurt.

Dio media vuelta y reemprendió el camino.

***

Justo al salir del poblado, Halle se encontró con un grupo que parecía estar de viaje, probablemente con todas sus pertenencias encima. El hombre que marchaba en cabeza era un agricultor de rostro taimado que ya se había quedado sin pelo. Venía acompañado por ocho familiares, mitad machos y mitad hembras.

El agricultor contó los hombres que rodeaban al hijo de Urcam, apreció su tamaño, los adornos de oro y cobre que llevaba en su barba, en su cuello y brazos, e intuyó que se trataba del gran Halle, el fundador de la nueva ciudad de la que todos hablaban.

—¿Quién eres?

Inquirió Halle, autoritario, como si ya fuera el rey de la región. El anciano inclinó levemente la cabeza en señal de sumisión.

—Soy Oga, que significa «ojo», y creo que estoy en presencia del rey Halle.

Ante el asentimiento del señor de Atria, continuó:

—Buen porvenir, gran Halle. Aspiro a ser siervo de vuestros proyectos y a pagar impuestos en la floreciente Kurt.

—Cualquier ayuda será bien recibida. Tenemos asuntos de gran importancia entre manos y necesitamos financiación.

Oga se acercó y le entregó una bolsa pequeña. Halle la sopesó con la mano y notó que pesaba bastante. La abrió y descubrió que estaba llena de piezas de oro.

—Generosa donación, Oga. ¿Y qué cultivas que produce tanta recompensa? ¿Acaso son especias de oriente?

—Así es, señor. Vienen directamente de oriente. Son cabecitas y reconfortan el ánimo mucho mejor de lo que lo hace la cerveza. Por favor, recordad mi donación.

Halle no podía conocer todas las especias de oriente, y mucho menos aquellas «cabecitas» reconfortantes, pero necesitaba todo el oro posible para sufragar la guerra que estaba a punto de iniciar.

—Apuntado queda. Si tienes hombres jóvenes a tu servicio capaces de entablar batalla, envíalos a Kurt. Necesitamos espadas para

derrocar al traidor Kratos.

Halle se marchó sin esperar respuesta.

Los ojos taimados de Oga lo siguieron con la mirada. Cualquier gran poblado era un jardín adecuado para las cabecitas, y para los agricultores honrados como él.

Había donado una bolsa de oro, y donaría dos o tres más. A cambio, esperaba obtener cien.

La experiencia le dictaba que no era prudente establecerse en el corazón de Kurt, pero sí podría hacerlo en algún lugar recóndito de las afueras, para poder establecer el comercio estable y discreto del fruto de su trabajo: la adormidera.

***

El esclavo Espiga esperó pacientemente a que Elgor se levantara para atenderle y escoltarle durante todo el camino.

El hijo del tejedor no tenía energía para hablar, y ni mucho menos para discutir la autoría de las muertes. Empezaba a comprenderlo todo.

El poder del primer demonio no se limitaba a luchar como cien osos. También sabía cómo manipular la mente de los hombres, sabía convencerles de que lo que habían visto no había tenido lugar.

Quizás fuera mejor que todo quedara así. Quizás fuera mejor que la leyenda del primer demonio quedara cubierta bajo un manto de misterio, para que los hombres pudieran dormir tranquilos por las noches. Quizás fuera mejor que ese tal Vinus siguiera paseándose por el mundo bajo la apariencia de un pequeño hombre que no oculta ningún secreto.

Él necesitaría muchas noches, sin embargo, para olvidar lo que habían visto sus ojos.

—Sí, he visto la oscuridad.

Contestó finalmente a la pregunta que le había hecho Kimkidik.

CAPÍTULO 34 — ATRIA

Atria. Año 2027 de nuestra era.

Erik se despertó en el cómodo asiento del autobús que le llevaba a Atria.

Había despertado de otra pesadilla. Aunque era cierto que los Hijos de la Noche merecían un castigo ejemplar, Elgor actuó con la mayor crueldad que pudiera imaginarse, como un verdadero monstruo, cuando fácilmente podría haberse escondido y haber esperado a la llegada de Halle. Imaginaba que Elgor podía ser cruel, pero no que pudiera hacer cosas como aquellas a los Hijos de la Noche. Era un verdadero asesino.

Y luego fue capaz de afirmar que todo había sido obra de un demonio encarnado en el cuerpo del enjuto Vinus, el manco…

Inaudito.

«¿A qué juegas, Elgor?» —se dijo en voz baja.

***

No quiso dormir más hasta llegar a Atria.

Sofía había examinado decenas de millones de fotos tomadas en cien kilómetros a la redonda alrededor de la ciudad de Bolzano, que los turistas colgaban en internet, y encontró un poblado del calcolítico que coincidía con las características que le había descrito Erik, aunque fue llamado Stele di Remedello. Halló la clave en una fotografía de unos montañeros en la que aparecía una especie de monolito de piedra negra idéntica a la que Erik visualizó en su primer sueño, cuando Elgor encontró a Alunna rodeada de ovejas junto a una casa de piedra con tejado de musgo.

Sofía era increíble.

El poblado estaba siendo excavado por un grupo de arqueólogos italianos y alemanes. El trabajo arqueológico aún no había terminado, pero era posible visitar gran parte del yacimiento gracias al museo y al centro de visitantes levantado en el lugar.

Por fin encontraría lo que llevaba tanto tiempo buscando.

Atria.

El autobús subía dando tumbos por la sinuosa carretera serpenteante mientras Erik se extasiaba con la mirada puesta en el deslumbrante paisaje. Recordaba el afilado perfil de las montañas alpinas de crestas heladas aunque nunca hubiera estado allí

físicamente, y eso le ayudó a convencerse de que aquel viaje era necesario para que las piezas encajaran.

El camino parecía el mismo que utilizó Elgor en su llegada a Atria un año después de la muerte de Havel, tras su viaje por el sur de Italia, e incluso alcanzando el antiguo Egipto, por lo que Erik calculó que tendría miles de años de antigüedad.

Un pasajero que viajaba junto a él en el autobús le comentó, en español:

—Los políticos quieren conservar el pavimento original, pero yo creo que no vendría nada mal un buen asfaltado.

Erik sonrió y asintió.

Se sujetó a la silla frente a él, en mitad del traqueteo de izquierda a derecha. Vio que su compañero no soltaba la bolsa para los mareos que la compañía obsequiaba gratuitamente, y rezó para no tener que pedir una.

Cuando el vehículo se detuvo en un descuidado aparcamiento de tierra junto a la estructura que protegía el yacimiento de Atria, celebró no haber vomitado, como le ocurrió a una chica joven situada en la parte trasera del vehículo justo al final del trayecto.

Erik se levantó del asiento con las piernas entumecidas, tomó la mochila y se la colgó a la espalda. Cogió la botella de agua, le dio un trago para vaciarla y se bajó del autobús aliviado por haber dejado atrás el traqueteo del viaje.

Por fin se encontraba en Atria, el maravilloso lugar en el que se conocieron Alunna y Elgor, y también donde se produjo la profecía. Vio las montañas de los Alpes al fondo, y las reconoció como la silueta que veía en sus sueños. Había estado allí, lo había visto todo, pero no físicamente. Era una sensación mágica. Intuyó que en alguna parte en aquella dirección se encontraría el hogar de Elgor.

Sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal, abrumado por aquella maravillosa circunstancia entre lo mágico y lo imposible.

Para el resto de los turistas, cámara en ristre, Atria era historia pura, pero indeterminada, sin emoción. Para él se trataba de algo mucho más íntimo, como cuando alguien visitaba el lugar donde sus padres desarrollaron parte de su vida, o la infancia. Atria era el principio y el final de la historia más asombrosa que podría haber imaginado jamás.

Sintió el olor a piedra antigua, a cuerpos exhumados y a cobre recién desenterrado. Continuó dispuesto a hallar las huellas del pasado que necesitaba para reconstruir el puzle.

Tiró la botella vacía en la primera papelera que encontró y estiró la espalda. Ni siquiera se percató de la presencia del coche que se acercaba detrás del autobús, y que se estaba situando en el arcén de la

carretera, fuera del parking de visitantes.

***

Los ocupantes del vehículo que seguía al autobús intercambiaron algunas palabras en un idioma extranjero y salieron del coche. Vestían informalmente como de turistas, con pantalones vaqueros o de lino, pero con prendas de abrigo que le permitían esconder un arma entre la ropa. El clima gélido por la cercanía de los Alpes les daba esa oportunidad.

Goran era el jefe. Llevaba unos cuernos tatuados en su cabeza rapada naciendo desde la frente, que él denominaba «su marca». Aunque hubiera elegido el atuendo de turista y se hubiera colgado una cámara falsa al cuello, llamaba la atención por su voz cavernosa, los rasgos duros de su cara y la energía de su cuerpo. Era la última persona a la que se le esperaría en un museo, o cualquier otra actividad cultural.

Apuraba el cigarrillo mientras Stefano sacaba la mochila de los «imprevistos» del maletero. Stefano era el más alto y siempre vestía completamente de negro. Ese día, su atuendo consistía en un pantalón vaquero y una cómoda camiseta negra dentro de una chaqueta del mismo color.

Pensó que no era más que un aburrido yacimiento, una atracción del montón, para fanáticos de las piedras y el polvo, la cerámica rota y las momias descompuestas.

—Atracciones del montón —compartió sus pensamientos.

—Mierda de la Edad de Piedra —completó el jefe mientras se ocultaba los cuernos tatuados bajo una gorra.

—Es que no dices ninguna tontería. Si se encuentran una mierda, la recogen en una bolsita, la clasifican y la guardan en una vitrina. Si fuera por mí, levantaba un hotel o un centro comercial sobre estas ruinas. Cuando acabemos —dijo cambiando de tema—, podemos alquilar un equipo para ir a esquiar. Nunca he esquiado en los Alpes.

Afirmó Milos, medio en serio y medio en broma.

Milos tenía una piel llamativamente blanca, pero contrastaba con los gruesos pelos como estacas de su barba de pocos días y el pelo oscuro con entradas. Con unos hombros inusualmente anchos, era el más robusto de los tres, y cada movimiento suyo dejaba entrever el entrenamiento y las largas noches de trinchera durante su tiempo de servicio. Había pasado más de quince años en el ejército, desde que cumplió la edad mínima para enrolarse, hasta que averiguó que era más lucrativo hacer el mismo trabajo en el sector privado, y sin necesidad de dar cuentas.

Se pusieron unas gafas oscuras, una gorra y una mascarilla, y

fueron en busca de Erik. Su cliente les había dicho que Erik Abe había utilizado su tarjeta en varios lugares entre España, Francia, Austria e Italia, y finalmente para pagar un billete de autobús por internet. Además, había recibido un mensaje de una arqueóloga residente en Bolzano. El encargo consistía en que el hispano-japonés revelara cierta información, como solían hacer cuando se les preguntaba de la forma correcta. Pero si se resistía o trataba de huir, el cliente también estaría satisfecho con verle muerto.

—Esta vez no se va a escapar. Nos dejó como gilipollas en Madrid. ¡Cuando lo tenga a tiro, lo mato!

Afirmó Stefano, quien marchaba tras el hombre del tatuaje, en segundo lugar. Comprobó con la mano que el arma seguía bajo la chaqueta, y retiró el seguro.

Segundos después se acercaron a la taquilla, buscaron la presencia de cámaras y pagaron la entrada en metálico.

Mientras Goran y Stefano entraban en la atracción arqueológica, Milos se quedó observando los cuadros del hall de entrada, ya que existía la posibilidad de que tuviera que golpear o matar.

Los dos mercenarios entraron en la gruta y enseguida descubrieron que se trataba de un verdadero laberinto, y que tendrían que dividirse. Goran marchó por la derecha con la esperanza de que se tratara de un recorrido circular, como muchas atracciones arqueológicas.

Stefano, vestido de negro, optó por el pasillo que había tomado Erik, que era la parte del yacimiento arqueológico cerrada al público, señalada con balizas y vallas de color amarillo.

A partir de ahí, ya no encontró ningún turista.

Penetró en una serie de cámaras y caminó en silencio asiendo el arma bajo la chaqueta, preocupándose por no exhibirla, pero preparado para matar al objetivo en cuanto lo tuviera a tiro, sin preguntas. Maldijo entre dientes, como era su costumbre antes de realizar un trabajo.

Encendió la luz de su teléfono móvil para iluminar el camino.

Hizo entrada en un habitáculo, señalado con la palabra «dormitorio», que contaba con una estructura de piedra que pudo haber servido de soporte para un lecho, y con varias entradas o salidas excavadas en la piedra. Se encontraba en penumbras, pero algunas luces rojas permitían ver lo suficiente como para no tropezarse.

Comprobó que la mayor parte de la atracción arqueológica estaba cubierta de polvo o de tierra, aún sin manipular. Se detuvo unos segundos, intentando detectar cualquier sonido que delatara la posición de su objetivo. De repente, escuchó varios golpes de piedras y se dirigió hacia el sonido a través de una de esas puertas, la que conducía al pasillo con una estructura que debió ser una especie de

horno o chimenea, ya que estaba señalada con un cartel que decía «fuego». Caminó en silencio y barajando la posibilidad de que Erik también tuviera una pistola.

Recordó su formación militar, aquellas entradas a edificios, metódicas y silenciosas, plantando cada paso con cuidado, abriendo la mandíbula para escuchar mejor. El cuarto al otro lado del pasillo era otro dormitorio con dos camas más pequeñas, pero no podía ver lo que había en el extremo, ya que había un tabique anterior. Dio por sentado que Erik se encontraba oculto detrás.

Las luces rojas iluminaban diminutas partículas de polvo blanco, recién removidas. De repente escuchó un ruido al otro lado del tabique, como unos golpes y movimientos rápidos sobre una superficie irregular. No podía ser Goran.

Erik se había introducido en una cámara oculta.

Stefano sacó el arma y realizó cuatro disparos que atravesaron la pared de la cámara.

Luego, se produjo un silencio indescifrable, así que pensó que lo había abatido. Escuchó las voces de Goran, procedentes de algún lugar del yacimiento. Sintió sus pasos, como si estuviera corriendo y tratando de localizarle.

Se acercó a la pared de la derecha para atisbar mejor el agujero, de casi un metro de ancho, por el cual había entrado Erik. Un objeto salió de entre las sombras junto con un ligero destello entre rojo y verde. Pensó que era un insecto alado. Solo cuando vio que el objeto se había clavado en su hombro, supo que se trataba de una lanza metálica de superficie rugosa y de color verduzco. Comprobó que estaba profundamente hundida, e incluso sintió un curioso dolor en la espalda.

Descubrió que la vida se le iba rápidamente, como el reloj de un mecanismo explosivo a toda velocidad. Todas las décadas que le quedaban por vivir se transformaron en unos pocos segundos más de vida. Los suficientes como para ver entrar a sus dos compañeros en la cámara, moviendo la boca con gestos nerviosos.

Ya no escuchaba ningún sonido. Se estaba desangrando, marchándose en una extraña paz.

Perdió el conocimiento.

Goran maldijo y dejó a Stefano en manos de Milos, y se decidió a seguir al hispano japonés.

Entró en la cámara con la pistola en la mano derecha y la linterna en la izquierda, encima del arma para iluminar lo que se encontraba al otro lado del cañón. Comprobó que la cámara estaba vacía, y que había una escalera que conducía a un hueco en la esquina. Iluminó los escalones y el trayecto que debería seguir inmediatamente.

Pisó el primer escalón, con cuidado, y notó que el suelo desaparecía bajo sus pies. Los cuatro primeros peldaños se deshicieron mediante algún extraño mecanismo, una trampa similar a aquellas que, decían, se encontraban en las pirámides egipcias.

Afortunadamente pudo sujetarse sin caer hacia el piso inferior. Decidido a matar a Erik, dio un salto hasta encaramarse al quinto escalón, y siguió al objetivo. Se trataba de una galería igualmente excavada en la piedra que alguien había diseñado, al parecer, como vía de escape. La cueva era estrecha y de poca altura, así que tenía que caminar agachado, pero había combatido en sitios aún más estrechos y no sintió la claustrofobia que otros muchos experimentarían.

Pudo escuchar suspiros y pasos en la distancia, señal de que allí se encontraba Erik. Comenzó a trepar por el amplio desnivel, casi escalando, hasta que escuchó un ruido escandaloso, de objetos de piedra que caían.

Al desconocer el terreno que pisaba, y temiendo otra trampa, deshizo su camino, marcha atrás y pudo regresar a la cámara antes de que decenas de piedras completamente redondas cayeran a gran velocidad hacia el juego dejado por los primeros escalones, utilizando la gran pendiente como armas rodantes.

En aquellas condiciones, e ignorando cuántas más trampas podría encontrarse, decidió que no valía la pena seguir al objetivo. Otra vez los había dejado como gilipollas. Pero la siguiente vez, no se conformarían con matarle.

Cuando dieran con él —y lo harían—, el proceso duraría días, o quizás semanas.

***

Erik entró en aquella sección de las excavaciones sin saber que en algún momento de la historia, más de cinco mil años atrás, había constituido el dormitorio de la familia, ya que nunca había aparecido en sus visiones. Sin embargo, su linterna táctica le permitió leer una señal en una de las paredes que decía «dormitorio», en italiano. También encontró algo parecido a una cama, y luego una estructura marcada con la señalización de «fuego» que daba paso a la última cámara de todas las de aquella sección.

No sabía que aquella pieza había sido el dormitorio de Alunna.

Los responsables del museo habían situado una vitrina a menos de un metro, justo en la esquina, que contenía vasijas de barro, de cobre descompuesto y algunas herramientas de piedra.

En el extremo más alejado de este habitáculo había una especie de tabique hecho de ladrillos de adobe cocidos al horno, como una pared

oculta o de adorno. Entre esta pared artificial y la original, había una entrada visible. A Erik le recordó un cuarto de baño de una vivienda de los ochenta.

Contempló uno por uno los objetos de la vitrina, y luego el resto de la estancia, como lo haría cualquier turista. Pero frenó su curiosidad cuando pudo ver en el otro extremo de la cámara, a unos diez metros de distancia, a un hombre que llevaba una linterna en una mano y un arma en la otra.

A pesar de la oscuridad, reconoció su cara. Era uno de los tres hombres que le persiguieron en Madrid, y el arma que empuñaba delataba la intención de acabar con la vida de Erik. Aún no le había visto, e hizo todo lo posible por que no lo hiciera.

Al no haber ventanas o puertas, pensó en ocultarse tras el tabique. Se introdujo en el hueco entre el tabique artificial y la pared original cubriendo la parte delantera de su linterna para conseguir sólo un poco de luz con la que poder orientarse. Pero cuando se encontró dentro de este espacio, detectó en la pared el relieve de una pieza similar a una lápida, de un metro de ancho.

Ayudado por la linterna pudo leer una única inscripción esculpida en la piedra, y se dio cuenta de que no había sido realizada por el personal del museo. Era mucho más antigua.

La inscripción presentaba una serie de cuatro letras. Estaban tan gastadas, que no resultaba sencillo leerlas, salvo para alguien que estuviera familiarizado con ellas, como era su caso.

Las letras eran:

E R I K

Las únicas letras que Alunna sabía escribir en su idioma.

Empujó la pieza con la mano, y luego con el hombro, hasta que pudo tirar abajo la pared sellada con argamasa. La ligera losa cayó de una sola pieza en el interior de una especie de cámara mortuoria de la Edad de Cobre. Los arqueólogos nunca sospecharon que allí había una cámara oculta.

Erik supo que aquel ruido habría delatado su posición, así que se vio obligado a entrar dentro de la cámara y a escudriñarla a toda velocidad con toda la potencia de la luz de la linterna.

Dentro había varias tumbas igualmente excavadas en la roca, con tapas de piedra, una coraza de cuerpo entero hecha de metal, y una colección de armas colocadas en estantes en la pared: una espada de cobre, una lanza con punta metálica, otra enteramente hecha de madera con punta afilada a fuego, otra más pequeña hecha de hueso, una daga de cristal, un hacha de piedra y otra similar a la de Elgor, con filo de cobre. Además, había escudos de cobre y de madera muy

bien conservados.

Pudo divisar al final de aquella cámara unas escaleras de piedra que parecían conducir a un pasadizo.

«¿Una salida?».

Pensó.

Percibió los pasos cada vez más cercanos, y cuando escuchó como se montaba un arma de fuego, se agachó detrás de un pilar que reforzaba la estructura del techo. Escuchó numerosos disparos que impactaron en el tabique y que también abrieron cuatro boquetes en la cámara mortuoria.

Se detuvo unos segundos y llegó a la conclusión de que, si no hacía nada rápidamente, aquel o aquellos hombres volverían a disparar y él perdería la vida. Había hecho lanzamiento de jabalina en el instituto, así que tomó el escudo metálico con un antebrazo y una lanza corta con la mano contraria. Apagó la luz de su linterna y esperó parapetado junto al pilar. Percibió el murmullo de unos pasos y aguardó pacientemente. Notó la claridad en la entrada, y vio como una figura se adentraba cuidadosamente por el orificio. Sintió que era su única oportunidad, y lanzó el arma con todas sus fuerzas hacia la figura que portaba la luz.

La figura se retiró hacia atrás y Erik no supo si le había alcanzado. Unos segundos después, un quejido humano y la ausencia de nuevos disparos casi le confirmaron que había dado en el blanco. Pero sabía que en Madrid había, al menos, otros dos hombres en su persecución, así que no podía quedarse más tiempo allí. Los que vinieran detrás vaciarían sus cargadores sin titubear.

Echó un vistazo a su alrededor con la linterna y decidió subir las escaleras que conducían a la estrecha abertura. Como siempre, evitó el primer y el segundo escalón.

Sin dudarlo, se adentró en el pasadizo, muy agachado, y comenzó a recorrerlo a toda velocidad. El corredor continuó en una pronunciada pendiente, y tuvo que ayudarse de las manos para poder remontarlo. Pudo escuchar ruidos procedentes del lugar donde se produjo el tiroteo, así que se dio más prisa.

Continuó una decena de metros adicionales, hasta que halló un hueco a un lado que contenía un gran número de piedras redondas de gran tamaño, como de balas de cañón. Al estar cubiertas de un denso polvo, Erik estuvo a punto de no distinguirlas. Todas ellas estaban sosteniéndose las unas a las otras, mientras que las de la base estaban sostenidas por una pieza similar a la lápida que le permitió la entrada a la cámara mortuoria. Escuchó un estruendo preocupante que provenía de la cámara, así que se apresuró a golpear la pieza de piedra con la linterna, de estructura metálica, para liberar las piedras.

Cuando lo consiguió, las pesadas esferas de piedra comenzaron a

caer aprovechando la pendiente. Le sorprendió la habilidad del ingeniero, y pensó que quizás se encontraba dentro de una estructura diseñada por Arce, el brillante constructor de Garín del Sur.

Escuchó unas maldiciones en otro idioma procedentes de la cámara, muy lejanas, e intuyó que las bolas habían conseguido, al menos, disuadir a sus persecutores.

Tras recorrer unos doscientos metros adicionales de estrechas galerías, alcanzó una nueva pieza de piedra sellada con una argamasa casi deshecha, y empujó con fuerza.

Tras casi media hora bajo tierra, le costó acostumbrarse a la claridad del otro lado.

Se sintió feliz de reencontrarse con la luz del sol y con el perfil de los Alpes, fuera del poblado de Atria. Oteó alrededor para asegurarse de que no había nadie esperándole, y respiró aliviado. Se encontró en una pendiente cubierta de hierba que conducía a un profundo valle. Miró hacia arriba, hacia el poblado, y vio una columna familiar de color oscuro, la que descubrió cuando Elgor y Alunna se conocieron, y la referencia visual que había permitido a Sofía localizar Atria.

Asumió que, si excavaran a pocos metros de distancia, seguramente encontrarían una vieja estructura de piedra, semidestruida, y muchos excrementos de oveja.

Miró al fondo del valle y decidió que tomaría ese camino. Descendió corriendo a toda velocidad para poner distancia entre él y los asesinos, seguramente deseosos de matarlo por partida doble, por el encargo, y como venganza.

Tras recorrer cuatro o cinco kilómetros a la carrera, encontró una cabaña abandonada, muy desvencijada, pero que le permitiría pasar la noche y reflexionar acerca de lo que había experimentado.

Cuatro letras: ERIK.

Enseguida supo que ese mensaje era para él.

Alguien, probablemente Alunna, había dispuesto toda esa parafernalia con la esperanza de que le ayudara a protegerse.

No conocía a nadie más que pudiera atisbar el futuro.

No tenía ni idea de cómo supo lo que iba a ocurrir, ni de cómo pudo imaginar que su ayuda seguiría estando allí, intacta y lista después de tanto tiempo.

Era lo máximo que podría hacerse por una persona que nacería cinco milenios más tarde.

Ignoraba cómo lo había hecho, pero había sido maravilloso.

Había estado en la cueva de Elgor y Havel, en la vivienda neolítica de Urcam, Halle y Alunna, y posiblemente en la cámara mortuoria de la familia. Aún no podía creerlo. Todo era verdad.

Pero la mejor parte de todas era que, si Alunna había hecho todo

eso, significaba que había sobrevivido al ataque de los Hijos de la Noche.

Se dio cuenta de que todas aquellas visiones habían tenido un propósito, al menos. Que Alunna, su ángel de la guarda, le salvara la vida cinco mil años atrás.

***

Días más tarde, ya en su hotel de Bolzano, volvió a rememorar la boda de Alunna y Elgor, y el episodio de la visita de Nanna, la bruja.

Nanna sacó un bulto de cuero del interior de una faltriquera, lo abrió y extendió su mano exponiendo el contenido a la vista de los recién casados.

Era su regalo de bodas.

Se trataba de una figurilla tallada en piedra caliza. Una mujer robusta, sin brazos y una característica prenda de cabeza, o un peinado, que parecía cubrir la mitad de su cara. La figura no estaba hecha para sostenerse, sino para ser portada, ya que carecía de pies, como si hubiera sido afilada por la altura de los tobillos, o se hubiera roto durante su tallado.

Elgor se quedó estupefacto. Nunca había visto nada parecido. La mujer no tenía cara, pero sus atributos femeninos habían sido resaltados por el tallador, o la talladora, en aquel caso. Trató de no mostrar su sorpresa ante Alunna, temeroso de que la hechicera pudiera sentir celos por una figura de piedra.

Para Erik, todo adquiría sentido.

Sacó de su mochila una caja labrada finamente, y la abrió. Extrajo del molde acolchado la pieza que había sustraído en la casa de aquel excéntrico coleccionista serbio meses atrás. Ese era el verdadero motivo por el cual le perseguían aquellos tres hombres.

Era la figura de una mujer recia, con unos atributos femeninos llamativos que llevaba una extraña prenda en la cabeza. Estaba datada en más de 25.000 años, una copia exacta, o el original del que se inspiró el artista para tallar la Venus de Willendorf.

Además, era la figura que Nanna regaló a Alunna y Elgor en su boda.

Recordó las palabras de Nanna. «Os he traído un regalo. Solía hacerlas cuando sólo era una niña. Conservadlo, porque es mágica».

Erik por fin encontró la respuesta a su pregunta.

***

Kratos había atacado Atria aprovechando que Halle había

abandonado Kurt. Pero eso sólo era la mitad del plan. A medio camino entre Kurt y Atria, Halle solo era rey del polvo del camino. Tanto un asentamiento como el otro se encontraban descabezados, sin líder. Y cuando ya estuviera en Atria, Argonas prepararía el ataque a Kurt, y Halle aún tardaría tres o cuatro jornadas en llegar. Su cabeza herida y su corazón roto lo convertirían en un espantapájaros confuso e impulsivo, y carente de toda estrategia. Sufriría dos saqueos en pocos días, y se jactó de que esa era la diferencia entre la inteligencia de los dioses y los hombres. Dio la señal para atacar Kurt, o más bien a los artesanos que ponían piedra sobre piedra a una muralla aún insignificante, sin guerreros que pudieran presentar oposición.

***

Al mismo tiempo, Arce, Kushim y el resto de los prohombres se esforzaban por levantar una sólida ciudad llamada Kurt, sin saber que su líder había recibido un sucio golpe, y que no estaría allí para darles protección cuando llegaran los hombres con las mejores espadas de cobre del mundo conocido. Sufrirían un ataque letal por parte de los hombres de Kratos para el cual no estaban preparados. A pesar de su vasta inteligencia, no sabían sostener una espada. Balak, en camino, no llegaría a tiempo.

***

Las proezas de Halle y de Elgor llegaron a los oídos de Korda, el rey de los Kurgan. El hijo de su amigo Kratos había sido asesinado por Elgor, el tenedor de la profecía, quien luego profanó su cuerpo vilmente. Había llegado el momento de elaborar un plan de invasión. Su poderosa confederación tribal, la que había esclavizado y sometido a casi todos los pueblos de Europa central al imperio del terror, debía preparar una nueva guerra allá en el sur.

***

Imre llevaba sufriendo violaciones durante un mes.

Cuando el sol apareció por el pequeño ventanuco de su celda, Imre se preparó para una nueva jornada. Dos nuevos hijos de la noche la trasladaron al tronco de madera donde la violaban continuamente. Siempre la tomaban por detrás porque durante los primeros días solía morder, insultar y escupir. Pero consiguieron apaciguar su carácter a base de golpes y de ponerla boca abajo. Tras vencer su resistencia mental, dejó de resistirse, y por tanto, dejaron de atarla con la energía del principio.

Un día, ante la sorpresa de sus dos nuevos captores, antes de ser atada boca abajo, se puso frente a los dos guerreros que iban a violarla y, tranquilamente, se puso de rodillas y miró a sus ojos con la boca medio abierta. Ellos sabían lo que ella quería, y dejaron que eligiera con quién quería empezar. Ambos hombres se subieron las túnicas y dejaron que trabajara.

Imre decidió comenzar por el más grande. Se dirigió a él y observó el afilado cuchillo de cobre que guardaba en la funda, al costado. Cuando tuvo el plan en la boca, lo mordió con fiereza agitando la cabeza de derecha a izquierda, a pesar de los golpes, hasta que se lo arrancó de cuajo. Tardó un segundo en llevar a cabo su plan, el mismo tiempo que tardó en arrebatarle su cuchillo para cercenar el tendón del pie a su desprevenido compañero.

Éste no cayó al suelo inmediatamente. Cojeando, tomó su espada y la lanzó sobre la esclava, que se revolcaba en el suelo rodando sobre sí misma para alejarse del ataque. Aprovechando aquella grave herida, Imre se puso de rodillas y rodeó aquel tronco de madera que había sido su potro de tortura durante tanto tiempo. Pasó al lado del hombre que se desangraba, y atacó al segundo hombre en el otro tendón del pie, cayendo, esta vez sí, sin apoyos con los que sostenerse.

Tras esos segundos, los dos hombres se retorcían en el suelo y perdían gran cantidad de sangre, atragantándose con sus gritos. Imre se levantó y por primera vez en mucho tiempo se sintió por encima de alguien. Escupió el miembro a su legítimo propietario y corrió por los pasadizos de piedra que su padre construyó mucho tiempo atrás.

A pesar de la sangre que cubría su cara y su pecho, una sonrisa recorrió sus labios por primera vez en mucho tiempo.

Se sintió feliz por haber podido elegir la forma de morir, y por disfrutar de la libertad una vez más.

***

Elgor, quien ya había alcanzado su venganza, reflexionó acerca de su futuro. El destino le había regalado un don que nadie parecía poder arrebatarle. Viviría como nadie más podría hacerlo, porque era consciente de que, mientras durara la profecía, contaba con poderosos y oscuros aliados. Pero también pensó que quizás podría mejorar aún más su situación.

La incipiente ciudad de Kurt tendría un rey en Halle, pero quizás Halle no fuera a vivir para siempre, y él se encontraba en la lista de sucesión.

Nunca dejó de pensar en cómo podría jugar sus bazas. Nunca dejó de pensar…

***

Tras el tenso episodio ocurrido en Atria días atrás, finalmente Erik Abe visitó el Museo de Arqueología de Tirol del Sur, en Bolzano, al norte de Italia.

Pagó la entrada y esperó en la fila con impaciencia. Vestía pantalones vaqueros, una camisa azul de manga corta y en la cabeza llevaba una gorra roja de los Chicago Bulls. Se había puesto peluca y barba postiza, y llevaba unas aparatosas gafas de pasta con lentes ahumadas para no ser identificable fácilmente por las cámaras.

Se sentía emocionado, pero también algo intimidado, como si por fin, después de mucho tiempo, fuera a conocer a la persona con quien había mantenido una intensa correspondencia.

Tras una hora de espera, finalmente pudo acceder al museo. Parecía un mundo rescatado desde el pasado para proporcionar a Elgor, el viajero, un lugar donde poder sentirse cómodo. Pero Erik sabía que no era su casa.

Tras visitar la exposición y ver las pertenencias de Elgor, por fin se encontró con él físicamente, después de tantas vivencias cruzadas. Se encontraba a dos metros de distancia, al otro lado del cristal, en la cámara refrigerada que lo protegía del mundo.

—Hola Elgor —dijo en voz baja. Una mujer extranjera de unos sesenta años se le quedó mirando durante unos segundos, pues desconocía la relación que había entre ambos. Después, continuó su camino.

Se quedó lo más cerca que pudo, el mayor tiempo posible, hasta que se marchó el penúltimo visitante y un guardián del museo le anunció que iban a cerrar las puertas.

—Sí, enseguida salgo.

Echó un último vistazo a su rostro. Era muy diferente al hombre enérgico que había tenido la oportunidad de conocer. Incluso le chocaba verlo encogido por la muerte, flaco, desnudo y sin pelo; despojado de su valor, su fiereza y su eterna sonrisa.

Por un instante imaginó que la momia le estaba mirando, y decía:

—Por fin nos encontramos, viajero.

Erik pensó en contestarle, en hacerle algunas preguntas incómodas que rondaban por su cabeza, pero se deshizo de esa idea. Si comenzara a hablar con los cadáveres, perdería la poca cordura que creía mantener.

Cada día, Elgor era visitado por casi un millar de personas, pero no había ningún lazo entre ellos y el hombre del calcolítico. Ni siquiera conocían su verdadero nombre. Erik, en cambio, había vivido un año de su vida, quizás el más importante. Conocía a Elgor perfectamente, a sus ángeles y a sus demonios, y estaba entendiendo de qué forma el

cadáver del hombre recluido en la cámara refrigerada continuaba engañando al mundo, de la misma forma en que había engañado a Alunna, aunque ella aún no hubiera querido reconocerlo.

Abrió una libreta, sacó un bolígrafo de su bolsillo y garabateó sobre el papel la frase que mejor definía a la figura principal del museo de Bolzano, a quien podía ver como si se tratara de un viejo amigo al que visitaba en un cementerio; como si se encontrara al otro lado de los barrotes que le mantenían encerrado en una cárcel permanente, por culpa de sus pecados.

Erik escribió el último de sus pensamientos, el más claro de todos:

EL JUEGO DE ELGOR

FIN